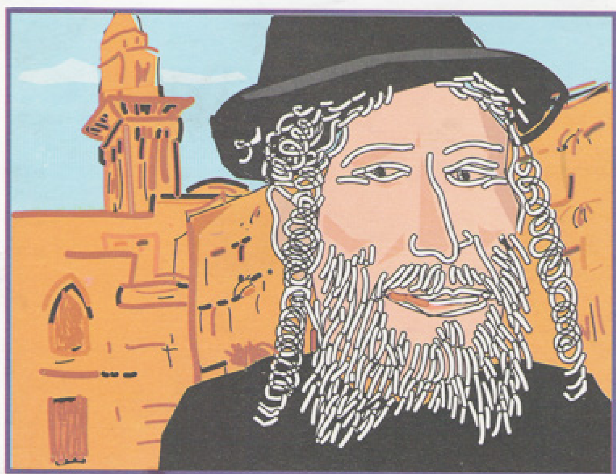
NARRATIVA ESPAÑOLA

Solly Wolodarsky

El rabí no cree en Dios



Editorial Fundamentos

EL RABI NO CREE EN DIOS

Solly Wolodarsky

Jerusalén me sedujo. Dos mil años de relatado exilio más cinco milenios de leyendas bíblicas y otras confluyeron en mí y, quizás, me ocasionaron el síndrome denominado por los sicoanalistas como “locura de Jerusalén sin yo advertir mi dolencia.

La amalgama de sentimientos, lecturas y memoria histórica con los nombres de David, Salomón, Nabucodonosor, Jesús, Tito, Mahoma, Yehuda Halevi, el soldado sollozando junto al Muro de las Lamentaciones, y muchos más, produjo una perdurable mezcla, indestructible, a pesar del tiempo transcurrido desde aquel mayo de 1968 cuando vi la Ciudad de David -un día de luminosa primavera- por vez primera. Esa imborrable imagen la guarda mi memoria como uno de mis mejores recuerdos.

Las fotografías, las pinturas, los grabados unidos a las imágenes imaginadas a lo largo de mi vida, se fundieron en una poderosa visión real: El espectáculo de sus doradas murallas espejando los rayos del sol, sus torres, la de David en primer plano, la Iglesia de la Dormición más allá, me hechizaron para siempre aquel día primero de mi primer arribo a la ciudad de las oraciones de mis mayores, las canciones de mi niñez y los poemas de mi adolescencia.

Cuando la mitología se transformó en realidad habitual y la mezcla de religiosidades diversas, judaísmo, cristianismo, mahometanismo, -todas ellas en sus variadas sectas- cuando esa orilla del Oriente y los turistas de los más diversos orígenes se hizo corriente, -los hechos comunes poseen una fuerza de convicción irresistible- retorné del mundo de los encantamientos al cotidiano. Mi presencia en la capital bíblica no se debía a ningún ataque místico, ni estaba allí por placer. Cumplir un contrato profesional constituía el motivo concreto de mi estancia en Jerusalén por un año completo.

Mis contratantes no entendían demasiado -ni siquiera lo intentaban- de misticismos, memoria histórica o desvaríos transitorios de la razón. Yo estaba allí para resolver problemas diarios, vulgares, pedestres...

Por esos días recordé ciertos e inevitables compromisos contraídos; visitar determinadas personas, ser portador de saludos y fotografías familiares, explicar a esos parientes quien era quien, si bien -en más de una oportunidad- yo nunca los hubiera visto anteriormente, ó -en el mejor de los casos- varios quinquenios atrás. Entre esas ineludibles obligaciones destacaba una:

Mi padre me había pedido encarecidamente que, una vez en Jerusalén, visitara a Reb Meier ben Scholem Vlodsky, el Rebe de Greiding, haciéndole llegar sus saludos y emocionado recuerdo. Estaba seguro que el rabí se alegraría.

Varias razones motivaban ese singular pedido de mi padre, habitualmente discreto en ese tipo de solicitudes -aseguraba que el correo estaba inventado y funcionaba correctamente-. Por otra parte, sabedor de mi alejamiento de la religión y de las tradiciones judías, su requerimiento me intrigaba. Pero sus motivos eran poderosos; Don Mario Wolodarsky, mi progenitor, había nacido en Greiding, una perdida aldehuela ucraniana de la provincia de Kiev,

la misma a la cual llegó al mundo Reb Meier en una época coetánea a la de su nacimiento. El actual Reb Meier, hijo del renombrado Reb Scholem, “el zahorí”, y el autor de mis días, -el retoño de unos de sus fervientes seguidores- habían sido compañeros en la escuela de primeras letras de la aldea, un colegio religioso por supuesto. No había otras opciones escolares. Según parece mi abuelo -a quien nunca conocí- ejercía unas funciones indeterminadas- en ese centro de enseñanza.

Mi progenitor, tibio observante religioso, cultivaba sin embargo ciertas tradiciones, entre ellas algunas -así yo las enjuiciaba- fronterizas con un cierto paganismo inexplicable en una persona culta como él lo era. Descubrí, con asombro, que entre esas prácticas idólatras se hallaba el respeto reverencial por el “Rebe de Greiding”, cuya titularidad en ese año de 1968, la ejercía su antiguo compañero de la infancia, Reb Meier.

Uno de los primeros sábados normalizados de mi permanencia en Jerusalén -la magia y el color local se habían convertido en reiteradas circunstancias diarias- decidí cumplimentar el encargo de mi padre.

Esa mañana me dirigí a pie hacia Mea Sharim, el barrio ultraortodoxo de la Ciudad Santa por excelencia, dónde, según las informaciones contenidas en el reverso de un sobre, vivía Reb Meier Vlodsky, el Rebe de Greiding.

La no utilización de un medio mecánico para llegar a su domicilio se basaba en varios y muy atendibles motivos:

En Jerusalén, sacrosanta ciudad, no circulan durante el día consagrado al descanso ordenado por Las Escrituras, medios de transporte público.

La alternativa de un taxi -(como en la mayoría de las religiones civilizadas -la hebrea no constituye una excepción- la estricta observancia de los preceptos doctrinarios se reduce a un problema económico)- hubiera resultado de utilidad limitada. Los límites geográficos del barrio ultraortodoxo son bien conocidos por los conductores, en especial los de los coches de alquiler. El automóvil y sus ocupantes, yo en ese caso concreto, sufrirían las consecuencias de una lapidación realizada por los celosos guardianes de la fe, efectuada de acuerdo con los más acabados modelos bíblicos. Los píos defensores de la pureza del sábado, si bien no podían ejercer sus funciones en toda la ciudad, lo hacían severamente en su vecindario, ese trozo del siglo XVIII enquistado en un arrabal de Jerusalén. Mea Sharim no resultaba recomendable -ahora menos- para paseantes desprevenidos y poco conocedores de las múltiples ordenanzas integristas, en especial en “esos” días de urticante inflamación fundamentalista.

Una de las consecuencias de la fanática actividad de los vigilantes de la salud espiritual de los vecinos y visitantes de la Ciudad Santa, fue iniciarme en un casi pecaminoso placer; lo practiqué asiduamente durante los meses de mi permanencia allí; deambular a paso lento por las calles de Jerusalén, en especial por las callejuelas y travesías de la Ciudad Vieja. Parecían, con sus tenduchas y ocultos portales, una escenografía teatral adecuada para las distintas funciones religiosas diarias que en ese decorado se representaban desde hace siglos, aunque los textos fueran ligeramente distintos según el credo de cada jornada.

Dejé Derej Yaffo y descendí por una calleja hacia el barrio de “Las Cien Puertas”, si bien es posible que por la vía de la exégesis puedan hallar los doctores ultraortodoxos un significado de mayor peso doctrinal al nombre de “Mea Sharim”.

Una apresurada multitud de hombres enfundados en negros capotes, o listados caftanes, tocadas sus cabezas con sombreros de piel, preferentemente de castor, a pesar del caluroso día de verano que elegí para mi visita, (soplaba el “jamzim” desde el desierto de Judea para hacerlo más sofocante) me envolvió como una prieta marea al adentrarme en suburbio reservado a los píos seguidores de los rabinos suprarreligiosos. Me pareció hallarme en un ghetto transportado de la Europa Central del medioevo al Cercano Oriente de nuestros días.

Las oraciones y cánticos que emergían de las pequeñas y múltiples sinagogas -a cada paso tropezaba con alguna- me retrotrajeron al “schtetl”de mis padres y abuelos. Conocía, como si hubiera nacido en una de ellas, las aldeas de la “Zona”, en especial Greiding. Las repetidas descripciones de mis familiares, con personajes y referencias concretas de nombres y lugares, las anécdotas de los paisanos, la lectura de Scholem Aleijem, -el eximio narrador de aquella vida ya desaparecida - no se diferenciaban demasiado de una experiencia estrictamente personal. Era, para mí un entorno conocido.

Finalmente arribé a la casa de Reb Meier, no sin dificultades. Para mi extrañeza escasísimos, entre los apresurados transeúntes sin motivo conocido para sus prisas, tenían noticias de Reb Meier y ninguno, salvo un viejísimo jasid de Gur, me supo indicar el estrecho callejón de su domicilio.

La casa, humilde en su exterior y modesta en su interior, resultó muy acogedora. El recinto principal de la vivienda, el salón o algo similar, tenía un aire de grandeza que no armonizaba con el resto. Se lo confería el marco de una nutrida biblioteca; incontables manuscritos antiguos, vetustos volúmenes de añejas ediciones, libros actuales. Se mezclaban diversos idiomas: hebreo, idisch, ruso, alemán, inglés, árabe... En el punto fuerte del cuadro se hallaba la figura de Reb Meier Vlodsky de Greiding. Se parecía a los trazos del Quijote de Picasso o un modelo de los grabados de Felix Fabian. No muy alto, enjuto, coronado por una blanca y etérea cabellera que su solideo no retenía, asemejábase a un ser incorpóreo que se movía al ritmo de una melodía interior. Subrayaba cada palabra con un acento y un gesto específico. Su voz no se correspondía con su endeble aspecto; firme, llena de matices desmentía su aparente debilidad. Cuando joven, pensé, debió ser un hombre guapo y atractivo. Su edad, -no se la pregunté, la supuse- si fue compañero de mi padreen esos días, sería la del siglo.

Me presentó a su esposa Lea también oriunda de Greiding; no recordaba al autor de mis días por haber salido de la aldea con unos pocos días de edad. También acudió su única hija soltera, Sara. Sus doce hermanas mayores estaban ya casadas y vivían fuera del hogar paterno.

La muchacha, de una belleza singular, irradiaba una cautivadora sensualidad -yo por lo menos así lo experimenté- que su recato y el intento involuntario, supongo, por evitarlo con sus feas y “modestas” vestimentas a la “moda” jasídica, resultaban un fracaso total. Su hermosura superaba la difícil prueba sobradamente.

Comencé hablando en inglés dado mi desconocimiento del hebreo. Presumí, acertadamente, que el rabí conocía la lengua oficial de los tiempos del Protectorado Británico. Por otra parte en Israel el idioma del imperio es la “lingua franca” normal para la mayoría de los habitantes de babélico origen que pueblan la Tierra bíblica.

Los propósitos de Ben Yehuda de imponer el hebreo como idioma nacional a lo israelíes, si bien ha logrado un trabajoso éxito dentro de las fronteras nacionales, ha fracasado en la conquista de las relaciones internacionales; como en otros tiempos resultó indispensable el arameo, el griego, el latín, el árabe para entenderse con el resto del mundo, a sus habitantes de hoy se les hace indispensable conocer la lengua imperial al salir de su territorio... o dentro de sus fronteras.

A las pocas palabras que intercambiamos Reb Meier descubrió que en idisch nos entenderíamos mejor. Abandonó el inglés -lo hablaba correctamente, sin acento- y pasó, sin sucesión de continuidad ni aviso previo, al dulce idioma de mi hogar paterno. Por unos momentos me costó rescatarlo de las penumbras de la desmemoria. Me ayudó el ritmo, la idéntica música de aquellos remotos coloquios familiares de mi lejana niñez. El relegado habla del “schtetl” regresó incólume de su largo ostracismo; comenzó a fluir libremente sin necesidad de la ineludibles y traicioneras traducciones mentales. De las inevitables presentaciones, informaciones y detalles de los primeros momentos pasamos, sin proponérnoslo, al campo de las ideas.

Mis convicciones laicas -la experiencia me ha enseñado a suavizar ciertos términos muy ásperos por unos más aceptables para el común- no colisionaban con los pensamientos de Reb Meier que yo presumía debían tener una raíz dogmática religiosa. Me desconcertó el hecho; llamativo -y grave- sus ideas me atraían sobremanera.

Durante el año de mi permanencia en Jerusalén visité repetidamente al Rebe de Greiding. Conversé, además, con personas que lo conocían, pocos en verdad; algunos paisanos, uno que otro de sus contados discípulos, -singulares profesores de Biblia y otras disciplinas filosóficas- no sólo judíos. Estos académicos no se constreñían a los textos bíblicos aferrados a los dogmas en sus investigaciones y comentarios; analizaban y enseñaban Las Escrituras racional e históricamente ubicadas. No faltó el testimonio de los vecinos; tampoco las virulentas críticas de sus colegas. Los rabinos, en su inmensa mayoría, lo consideraban un peligroso heterodoxo.

Finalizado el apasionante año de mi contrato me marché a mi nuevo destino pero regresé en muchas oportunidades a Jerusalén. En algunas ocasiones por motivos profesionales; otras por simple solaz.

En cada una de estas visitas encontré el tiempo necesario para entrevistarme con Reb Meier y disfrutar de su inteligencia y sabiduría.

Años más tarde, veinticinco, viví durante largos meses en Israel. Durante ese periodo mis conversaciones con el ya muy anciano maestro fueron asiduas.

A pesar de su edad no había perdido su lucidez y se había reafirmado, para mi sorpresa, en sus convicciones.

Durante esta última etapa, como resultado de mi insistente búsqueda, dí con personas vinculadas con el singular rabí. Anteriormente estos encuentros fueron producto casi de la casualidad. Luego, durante mi itinerante existencia, hallé otros personajes relacionados con el Rebe de Greiding o conocedores de sus pensamientos. A éstos los busqué.

Sin un propósito claro -mi ocupación no eran los relatos sino otro tipo de escrituras- tomé apuntes de mis experiencias y de los diversos testimonios resultados de las relaciones con Reb Meier.

Hace un tiempo, liberado de la obligación de llenar cuartillas a diario, rebusqué esas notas, las uní a mis recuerdos y reflexiones. Redacté esta selección de relatos de entre los numerosos que poseo de este notable personaje.

Las he escogido apremiado por mis urgencias personales y las ineludibles exigencias de la vida real.

Madrid, 1996.

MIRIAM

-¡ Nunca me había pegado! ¡Ni siquiera cuándo pequeña lo molestaba durante sus horas de estudio! ¡Siempre me respondió cariñosamente aunque lo importunara con mis preguntas! ¡Jamás me alejó con malas maneras! ¡Ha sido horrible, rebe! ¡La bofetada de mi padre me ha conmovido, no solo físicamente, Reb Meier! ¡Papá maltratándome...! ¡Nunca me lo hubiera imaginado!...

Reb Meier Vlodsky de Greiding observa con pesar como Miriam, la hija menor de Jaim ben Leibl Vlodsky de Kurst se lamenta. Las quejas de la joven -apenas tendrá quince o dieciséis años- lo alteran como si de un retoño propio se tratara.

"¿Será por qué soy padre de trece muchachas, la menor de parecida edad a la de Miriam?" piensa el rabí mientras busca, una vez más, el calor de la estufa a medio encender. Jerusalén es un lugar frío en invierno; la casa del maestro, dónde se hallan, gélida; el vecindario, expuesto a las corrientes de aire frígido que llega de las montañas, álgido pero, a pesar de los pocos grados por encima del nivel de congelamiento en que se hallan, la situación se encuentra próxima a la ebullición. Lea, la esposa de Meier, la "rebetzn"no acaba de convencerse. Alterada, transgrede la tradición de permanecer callada y ausente de los asuntos de los esposos como está mandado a las mujeres de los maestros de La Ley.

-¡ Descarada jovencita! ¡Preguntarle a tu padre, a Reb Jaim, te explicara porqué nuestro Patriarca Abraham aceptó qué su esposa Sara nuestra madre bíblica, fuera la...! La voz de Lea se estrangula presa de la indignación. Las palabras se resisten a salir de su boca.

Para ella, si Abraham, el antepasado primero de los hebreos, merece la más absoluta veneración, a su mujer le corresponde igual tratamiento.

"La Madre" Sara para Lea tiene el aura de la santidad. "¿Cómo puede esa desvergonzada mocosa dudar de la moralidad de Abraham y de Sara, los progenitores del Pueblo Elegido?".

-¡ Insolente muchachita! ¡ Si fueras mi hija, no solo te abofetearía cómo lo hizo tu padre! ¡Te encerraría, además, en tu cuarto hasta que pidieras perdón al Creador por tu blasfemia! Contrariamente a las bondadosas prácticas pedagógicas de su marido, Lea aplicó, en más de una oportunidad, el castigo como método educativo. Lo hizo con sus trece hijas -(Dios negó la gloria de un vástago varón, aunque insistió en su búsqueda hasta que la fertilidad la abandonó)-.

Miriam, resignada ante esta nueva demostración de intolerancia con su análisis del claro texto bíblico, dirige su mirada al rabí en busca de amparo.

Reb Meier apenas contiene una sonrisa bajo la máscara de severidad. Lo hace por dos razones; si Las Escrituras contienen párrafos difíciles de explicar, aún considerándolos desde un punto de vista extremadamente ortodoxo ¡Ni qué hablar si se los analiza literal o racionalmente! Los maestros prudentes pasan velozmente por esos textos sin detenerse en ellos…si pueden… Nunca falta un alumno, o alguien como Miriam que se detiene en la fría letra de los versículos finales del Capítulo XII de “Génesis”.

La segunda motivación de su moderada postura se basa en su inquietud acerca de cuales pueden ser los móviles que han impulsado a Reb Jaim Vlodsky para enviar a su hija Miriam en busca de su consejo. No se trata sólo de que Reb Jaim sea un afamado colega; también es un familiar, si bien lejano. Ambos descienden, por línea directa, del primer Rebe de Greiding, Reb Scholem Vlodsky, “el milagroso”, fundador de ambas dinastías.

Su preocupación se expresa en una pregunta:

-¿Por qué tu padre, gran conocedor de los Textos, delega en mí la averiguación de cuáles son tus dilemas y tratar de que los superes con mi ayuda…? Luego, con irrefrenable intención surgida, quizás, de sus profundas e inconfesadas frustraciones, continúa. -¿No alcanza la sabiduría del docto Rebe de Kurst para orientar a una “mujer”? El especial subrayado de la palabra “mujer” resulta extraño al discurso habitual de Reb Meier; su posición con respeto a la igualdad de sexos, proclamada en toda oportunidad, siempre ha merecido agrias censuras de los otros líderes rabínicos y sus seguidores, esos que pronuncian, con delectación, durante las preces primeras de cada jornada su agradecimiento a Dios “por no haberlos hecho mujer”.

La razón de haber usado un despectivo tono proviene de no querer demostrar, de antemano, su probable lenidad cuando llegue el momento de juzgar los problemas de la jovencita. Miriam le cae muy bien, a pesar de ser la hija de quien es…

Ante el silencio de la muchacha insiste:

-¿No se sintió capaz de resolver tus cuitas?

Miriam responde con seguridad; bien se advierte que tenía la contestación preparada:

- El Rebe de Kurst sostiene que se debe aprender de los médicos; si ellos no intervienen quirúrgicamente, algunos ni siquiera los auscultan, a sus familiares directos, en especial a sus hijos, los rebes deben imitarlos. En momentos críticos para la ellos, o ellas, como en mi caso, es más adecuado recabar la opinión de un tercero. Sus opiniones resultan más acertadas al no estar viciadas por el cariño… o por el enfado.

“Interesante ejemplo el de los médicos… No en vano la fama de Reb Jaim es considerable…” Reb Meier no puede evitar juzgar favorablemente, a su pesar, las ideas de su lejano pariente. Pero el caso no consiste en su parecer sobre Reb Jaim; se trata de ayudar a su hija, pero no logra evitar la tentación de la vanidad.

-…Otro rabí, con un determinado prestigio, en tu caso, yo, por ejemplo…

- En efecto. Mi padre lo consideró el más adecuado, Reb Meier...

-¿Te ha explicado las razones qué lo movieron a elegirme entre los muchos sabios rabinos de todo el país? El maestro Greiding lo sabe; bien claramente expuesto está en la carta de introducción que ha traído Miriam, pero no está demás su esposa Lea escuche la opinión que de él tiene un distinguido rabino, piensa Meier.

- Mi padre lo considera un hombre muy docto y bondadoso. Si bien no se le conoce entre los doctores de la religión, por causa de su exagerada modestia Rebe, igualmente se le debe juzgar como erudito entre los sabios de Israel. Miriam, repite, memoriosa, las instrucciones dadas por su progenitor.

Reb Meier experimenta como su ego acrece. Las palabras le producen una sensación de agrado difícil de igualar. Por otra parte quizás así Lea, su crítica más ácida -tiene el buen gusto de formular sus censuras sólo en privado- al escuchar los elogios de un severo colega recapacite y calle parte de sus reproches. Bien es verdad que la mayoría de sus recriminaciones surgen cuando el dinero no le llega para lo más elemental y las carencias domésticas resultan agobiantes...

Pero el tema sometido a su discernimiento hoy se llama Miriam y no Lea. La observa con detallado interés. El aspecto exterior generalmente revela detalles del interior de las personas.

“Bonita muchacha”. Su belleza se destaca a pesar de las modestas -horribles- vestimentas que usa. Miriam supera la prueba; la falda despegada exageradamente del cuerpo, larga por debajo de los tobillos, no impide suponer las redondeces de sus caderas y la sensual curva del “final de su espalda”. La blusa, desmesuradamente ancha, abotonada hasta el cuello, apenas domina las formas de un busto generoso y voluptuoso. Miriam es una mujer bien acabada y extremadamente atractiva no obstante haber salido recién de la adolescencia.

“Demasiado sensual para ser la buena esposa de un hombre entregado por entero a la piedad y seguimiento de las normas de un “rebe” jasídico...” opina Lea. Ella prohibió a sus trece hijas, en especial a Sara, la menor y única soltera, mirar de reojo siquiera a las soldadas del ejército israelí cuando pasan -inclusive por Mea Sharim las muy desfachatadas- luciendo sus palmitos acentuados por las ajustadas minifaldas... “¿Cómo pueden hacer la guerra los hombres con tales mujeres tentándoles a cada instante?” considera Lea la inexplicable -para ella- circunstancia. La estricta educación impartida a su progenie ha permitido que once de sus retoños se casaran correctamente con jóvenes de Mea Sharim, quizás no muy brillantes -Reb Meier los considera estúpidos- pero buenos y píos esposos. Una, Neora, se fugó -ni recordarlo quiere- con un miembro de un kibutz socialista o algo peor... Y en cuanto a Sara, la menor, esa se casará como corresponda, aunque -no puede evitar la comparación- en mucho se asemeja a Miriam...

Reb Meier, en tanto, trata de exprimir un poco más el dulce fruto del elogio.

-¿No agregó nada más tu padre, Miriam?

La muchacha controla su impaciencia. Sabe por experiencia, como hija de un rabino que es, lo difícil que resulta arribar al meollo de los asuntos a tratar con ellos. Nunca acceden por el camino más corto. Los pensamientos de un maestro de La Ley mosaica y sus reflexiones siempre discurren por los meandros más complejos de sus mentes; han heredado los procedimientos especulativos de sus antepasados, generalmente también estudiosos de los Textos Sagrados. Miriam los conoce perfectamente y sabe que no queda otra alternativa que seguir las reglas del juego.

- Si, Reb Meier. Reb Jaim, mi padre, agregó además que las enseñanzas de los rebes de Greiding y los de Kurst son muy similares, ya que tienen un Origen común; el gran Reb Scholem Vlodsky, "el milagroso", el primero de ambas dinastías... Por ello confía que usted puede considerar correctamente un problema si el Rebe de Kurst no lo hace. Esas han sido sus textuales palabras, Rebe...

El maestro de Greiding analiza las afirmaciones de su distante familiar y colega.

"...Si el Rebe de Kurst no lo hace"... ¿Qué significan en realidad? ¿Un reconocimiento de la superioridad de la cátedra de Greiding... o lo opuesto? "Si él de Kurst no lo hace..." ¿Por qué no lo hace? ¿Por muy complicado o por constituir un tema tan simple, tan pedestre qué no merece su atención? ¿Qué sentido realmente debe atribuírsele a esas palabras?..." Reb Meier se adentrado en el bosque particular de su dialéctica interior. No saldrá de ahí tan rápidamente.

Un joven seminarista, nacido en Volín, en el corazón de la "zona" zarista fue el primer Rebe de Greiding. Ello aconteció a mediados del siglo XIX.

Scholem Vlodsky, hijo de Meier, un maestro de primeras letras, luego de cursar sus estudios brillantemente -resultó un joven rabino de un saber excepcional, sumado a ello una extraordinaria capacidad de razonamiento propio.

Quien primero advirtió sus poco corrientes facultades, uno de sus profesores, comprendió que destinar a Scholem a tareas subalternas sería despreciar un don del Creador. Consultó con Reb Elimelaj, distinguido seguidor de las doctrinas del Rab Bal Shem Tov, quien era el guía espiritual del educador.

Elimelaj le recomendó al descubridor hiciera dos cosas: la primera, casar a su hija mayor, soltera y en edad apropiada, con Scholem; la segunda dotara con una buena cantidad de rublos a la futura esposa -el profesor estaba a su vez desposado con una rica heredera que ya había heredado -de manera tal que su futuro yerno, Reb Scholem Vlodsky, hijo de un mísero maestro de una pequeña y poco concurrida Talmud Torá, no pudiera negarse.

Con esas dos acciones lograba resolver su preocupación por el futuro del promisorio rabí recién egresado y casaba, si tanta confianza tenía en el porvenir del joven, a una de sus hijas con una de las grandes luminarias del pensamiento judío del porvenir.

El profesor siguió el dictamen del maestro jasídico al pie de la letra: Rabí Scholem se casó con su hija a las pocas semanas. Para evitar que su yerno malgastara su talento como maestro de primeras letras o matarife ritual y circuncidador en algún remoto pueblo de las estepas, dotó espléndidamente a la pareja de manera tal que el esposo no tuviera que preocuparse del sustento.

La elección del lugar donde iniciar su carrera también surgió por consejo del Rebe Elimelaj; debía tratarse de un lugar pequeño -el prestigioso se extiende fácilmente entre una reducida población, sin rabino asentado en ella. ¿Para qué competir? la población debía estar alejada de centros con una cantidad de habitantes que justificara la presencia de otros rabíes. Él había conocido una aldea en uno de sus viajes a Kiev para una reunión de los grandes maestros ucranianos. Pernoctó en casa del molinero, la mejor del poblado pues allí no había ni rabino ni posada. Sus habitantes, excitados por la presencia de un gran rabino, no durmieron esa noche y esperaron a la puerta de la vivienda del anfitrión para que Reb Elimelaj los bendijera antes de seguir viaje... ¿Cómo se llamaba ese perdido lugar...?

Cuando Scholem Vlodsky y su esposa se establecieron en Greiding los míseros judihuelos del villorrio no podían dar crédito a la nueva. ¡El "schtetl" tenía un rebe propio! ¡Ya no tendrían que viajar durante días centenares de verstas a Kiev para ver a un rabino!

¿Quiénes, de los alrededores, se atreverían a compararse con ellos? ¡Nadie! ¡Un rabí qué, además, comenzó a utilizar el nombre del pueblo en su patronímico! ¡Reb Scholem Vlodsky de Greiding!

De inmediato todos sus habitantes se convirtieron en sus seguidores. Abandonaron antiguas lealtades a distantes líderes que tenían sus domicilios a muchas verstas de distancia; se consagraron por entero a su nuevo guía espiritual y dirigente comunitario. El novel mentor adquirió rápidamente fama y respeto en la región. Sus inteligentes respuestas, sus acertados consejos originaron la toma de decisiones de acuerdo a sus asesoramientos que resultaron éxitos, tanto en materia de familia como en el campo de los actos prácticos y comerciales, si bien el tráfico económico de Greiding consistía en no mucho; una reducida taberna cuya exclusiva clientela estaba constituida por los mujics de los alrededores; dos carreteros, uno hebreo, el otro gentil; un aguador, un sastre, un zapatero, un peluquero-saca muelas... Quizás si se pudiera agregar el escriba que si tenía bastante actividad: además de redactar y descifrar la correspondencia en hebreo, idisch, ucraniano o ruso, leía en voz alta todas las mañanas el único periódico -en idisch- que llegaba al pueblo con dos o tres días de atraso desde Kiev a los pobladores reunidos a la puerta de su casa. Iankl, que se así se apelaba el plumista-lector, percibía por su trabajo de comunicador unos pocos kopecs de cada uno de sus oyentes, lo que le permitía, pagada la suscripción del diario, tener una entrada garantizada. Según parece Iankl aprendió a leer, escribir y hablar ruso y ucraniano correctamente durante sus años de servicio militar que no pudo eludir de forma alguna.

El único “rico” del lugar, Berl, conocido como “el tramposo”, era el propietario del molino; pareciera que el ejercicio de ciertas profesiones origina más vicios que virtudes. El aceñero nunca consultó con Reb Scholem sus problemas. A Berl no le interesaba que nadie del pueblo supiera de sus negocios ni tampoco conocieran su verdadera fortuna.

Pero un día no tuvo otra alternativa. Volodia, su analfabeto peón a nombre de quien se hallaba el título de propiedad del molino -a los judíos no les permitía la legislación zarista poseer determinado tipo de bienes- se emborrachó, hecho frecuente en él, y vendió al dueño de la taberna, Duvedl, el molino por dos botellas de vodka. Los papeles estaban en regla y nuevo propietario se presentó la mañana siguiente para hacerse cargo de la aceña. Desesperado, Berl no tuvo otra alternativa que recurrir a Reb Scholem.

El molinero tenía perfecta conciencia de su difícil situación. No podía recurrir a los jueces rusos; había cometido un delito al poseer bienes de propiedad vedada a los judíos. En el mejor de los casos le quitarían el molino.

Reb Scholem, luego de escuchar a Berl, llamó a Duvedl. En poco menos de media hora resolvió el pleito. Informó al tabernero de varios aspectos del caso; en primer lugar él tampoco podía ser propietario del molino, por lo cual el documento firmado por Volodia no tenía valor; en segundo orden de cosas, el mujic le había trasmitido el bien en un estado de embriaguez absoluta, existían testigos presenciales del hecho, lo que hacía nulo el documento... y en tercer lugar Volodia era analfabeto total, y por ello, jamás pudo firmar la transferencia, menos con un garabato con demasiados recuerdos del abecedario hebreo. Reb Scholem le advirtió que los tribunales rusos, si bien podían penar suavemente una infracción a las ordenanzas de bienes prohibidos a los judíos -una práctica por otra parte muy habitual a todos los niveles- la falsificación de una firma representaba un delito muy grave, y su condena sería a trabajos forzados en Siberia, de donde, indudablemente, no regresaría vivo... Le señaló, por otra parte, que su actitud contraria a los mandatos éticos de La Tora y a La Ley hebrea, lo hacían pasible de una condena religiosa muy grave...

Duvedl rompió en llanto, se arrodilló ante el rabí y pidió perdón; la codicia lo había cegado... Rasgó el documento en mil trocitos, se abrazó a las piernas del molinero rogándole clemencia, besó las pantuflas del reb Scholem -estaban reunidos en casa del rabí- y le suplicó su perdón...

Antes de dar su dictamen solicitó del molinero un compromiso; todos los viernes proporcionaría, gratuitamente, harina a las viudas de Greiding para que pudieran amasar el pan del sábado. Berl, tan feliz estaba de recuperar su propiedad que, sin considerarlo mucho, juró. A partir de ese día, los viernes se le producía un fuerte dolor de estómago que, según afirmaron las comadres, le produjo la úlcera que lo llevó al cementerio antes de su tiempo.

Duvedl recibió la clemencia solicitada; a cambio, durante toda su vida debió proporcionar los licores para el consumo de los fieles que concurrían los sábados a la sinagoga -con lo cual el rabino logró aumentar la concurrencia de manera inusitada- y proveer la totalidad de las bebidas necesarias para las bodas de las huérfanas de la aldea.

El ejemplar fallo, si bien más de una embriaguez inesperada se produjo entre sus feligreses.

Su fama se consolidó definitivamente por una circunstancia nada fortuita. Reb Scholem recomendó a las mujeres de Greiding no utilizaran el pan sobrante del día en alimentar las aves de corral o en otros menesteres. Lo debían guardar en las buhardillas de sus casas y dejar se pusiera verde. Su esposa dio el ejemplo ante el descreimiento general. ¿Para qué se necesitaba pan viejo descompuesto, cubierto por ese desagradable moho verdusco? comentaban desconfiadamente las comadres del pueblo. Las afirmaciones del rabí de que sería útil para la cura de heridas no convencían a nadie, pero sí a él; había experimentado en su persona a las propiedades sanadoras de las hogazas herrumbradas. Un día, de pequeño, Scholem jugando con otro chico, no tan aplicado al estudio, recibió de éste una pedrada. El proyectil, oculto en una bola de nieve, le abrió una brecha en el cuero cabelludo de apreciable profundidad.

Su madre se desmayó al ver la sangre que cubría el rostro de su hijo. El padre se hallaba en el campo tratando de convencer a un campesino de que le diera a crédito tres gansos para venderlos en el mercado del viernes y pagárselos el domingo sin falta. Su abuela corrió a casa de su hija atraída por los gritos de desesperación. La llamaban “la crimchake” por ser oriunda de Crimea, lugar donde los judíos tenían un origen histórico dudoso. Afirmaban descender de los kúzaros, el legendario pueblo cuyo reino se extendía entre los mares Caspio y Negro convertidos al judaismo en el Siglo VIII. Quizás de tan lejanos tiempos le venía a la abuela de Scholem la experiencia de las virtudes curativas del pan mohoso. La “crimchake” no dudó. Contuvo la sangre de su nieto con una compresa de migas verduscas sacadas de su desván y con un buen trozo de una vieja sábana la ató fuertemente sobre la herida.

En aquellos tiempos una infección equivalía generalmente, a una septicemia de final trágico.

El pequeño Scholem, nada privilegiado físicamente, sobrevivió. El profundo corte cerró por completo a la semana.

Pero las mujeres de Greiding no aceptaban la historia. La curación de su actual rabino se pudo deber a diversas causas, inclusive a un milagro...

Frumke, el tejador, al caerse de un techo, rompiéndose una pierna con herida expuesta, se constituyó en la “probatio probatísima”. La devoción por Reb Scholem tenía en Frumke un máximo exponente. Por ello permitió que le aplicara pan mohoso -el rabino lo producía en el desván de su propia casa- sobre su lesión.

Greiding entero estaba envuelto en una polémica desusada. Por un lado, la mayoría, eran escépticos.

“¿Curar con pan viejo a un herido grave? ¿Quién ha oído nada igual? Frumke se morirá”, opinaban los incrédulos.

Los seguros de la ciencia del Rebe, afirmaban:

“Reb Scholem, con la ayuda del Todopoderoso, sanará a Frumke”, afirmaban los partidarios del rabí.

El estado de salud de Frumke se convirtió durante largos y muchos días en el tema más importante para los pobladores de Greiding.

“¿Cómo está?”, la pregunta, inevitable de cada mañana, circulaba por la aldea antes, inclusive, de las oraciones matinales.

“Le ha subido la fiebre”, informaban los descreídos. “Tiene mejor semblante, aseguraban los esperanzados.

Greiding entero vivió, durante esas jornadas, pendiente del destino de Frumke. Al cabo de una semana Frumke mejoró ostensiblemente. La fiebre desapareció y la herida comenzó a cerrar.

Cuando el techista acabó su convalecencia, su posterior curación originaron varias consecuencias:

En primer lugar para él; quedó cojo de su pierna derecha, pues si bien su herida se había cerrado, los huesos fracturados se consolidaron con fuerza pero en ángulo grave. Por el resto de su vida arrastró su extremidad. En esa época lo comenzaron a llamar “Frumke, el cojo”. Además se vio obligado a cambiar de oficio; presa de la fiebre, Frumke no pudo instruir a su hijo quien lo reemplazó en el trabajo durante el tiempo de su grave percance. En ese periodo el muchacho taponó las grietas en los techos de Greiding con absoluta idoneidad pero no provocó, al mismo tiempo, nuevas fisuras en los tejados para asegurar la continuidad del negocio. Ello causó el cese de actividades de Frumke como techador.

Pasados unos meses, medio olvidados los ardides anteriores de Frumke, le hicieron bedel de la nueva sinagoga de Greiding. Entre seguir manteniéndolo, -una entidad benéfica existía en la aldea a pesar de la extremada pobreza de sus habitantes- pues su condición de lisiado le confería derecho a una ayuda, prefirieron darle el empleo, si bien un auxiliar cojo no hacía bonito ante los nuevos, cada vez más numerosos, visitantes del renovado templo del Greiding.

Frumke sostenía, con cierta razón, que el cargo le correspondía; de no ser por su accidente y a continuación su cura, nadie se hubiera enterado de la existencia de la aldea, ni la necesidad de construir una nueva y mayor sinagoga hubiese resultado imperiosa...

La nueva de la prodigiosa recuperación de Frumke, debidamente corregida y aumentada, recorrió centenares de verstas en todas direcciones. Los habitantes de decenas de aldeas, villorrios y hasta de alguna ciudad, se enteraron de la existencia de un rabí milagroso en Greiding por el testimonio presencial de los portentos de Reb Scholem. Lo afirmaban más

personas que habitantes tenía Greiding. Algunos aseguraban, con absoluta convicción, que el santo rabino había resucitado a un muerto...

Gentes de la más diversas clases sociales, hebreos y no judíos, por centenares comenzaron a llegar a la perdida aldea en busca de las prescripciones del prodigioso sanador.

Las recetas de Reb Scholem, simples, resultaban eficaces: lavarse a menudo, todos los días inclusive en invierno; beber el zumo de un limón en ayunas; tomar muchos vasos de agua, aún sin sed y pocas copas de vodka, aún con sed. Estas elementales recomendaciones también las efectuaban los pocos paramédicos que cubrían la extensa Ucrania zarista, como toda asistencia a la salud del padrecito zar a sus millones de habitantes.

Pero las fórmulas de Reb Scholem poseían un ingrediente que las de los funcionarios imperiales no tenían: una enorme dosis de fe. Los enfermos creían ciegamente en el rabí y ello contribuía mucho a sus curaciones.

Los viajeros, traían consigo mendrugos de pan viejo para que los bendijera el milagroso rabí de Greiding.

Decenas de quienes, por una razón u otra, pasaban por las cercanías del pueblecito, efectuaban los desvíos necesarios para llegarse a casa del ya notorio rabí y consultarle acerca de sus males.

Greiding prosperó como resultado de la corriente de visitantes. Se pudo construir una nueva sinagoga. La antigua, medio destruida por un incendio provocado por los soldados al pasar por allí de camino para Crimea, en su mayor parte solo tenía el cielo como tejado. Para ese entonces fue cuando resultó necesario un segundo carretero. Leibl, “der balegule”, descendiente de la tradicional, y única, prosapia de transportistas de la aldea, se opuso. Con un carruaje sobraba; permanecía ocioso la mayor parte del día.

Ello fue verdad antes. El incesante tráfico de pasajeros de y hacia la estación de las diligencias, situada a 30 verstas de villorrio, exigía un medio de traslado adicional. Reb Scholem aconsejó que fuera un gentil. Se aceptó su opinión e Iván, el habitual proveedor de caballos de la región -algunos de dudoso origen-, adquirió un carromato y se estableció.

Leibl e Iván mantuvieron una cordial competencia y un pacto establecido “de facto” entre ambas líneas; cada uno procuraba llevar pasaje, o acarrear mercancías, de origen hebreo Leibl y cristiano Ivan. Esta regla no escrita se alteraba sólo en excepcionales oportunidades de grandes concurrencias -para las festividades mosaicas- o por circunstancias especiales; un enfermo grave o los días de guardar de las respectivas religiones.

Quien también aprovechó la oportunidad resultó aquel cuyo accidente había provocado la prosperidad de Greiding; Frumke, el cojo. Como no existía posada en el pueblo, el desnivelado bedel de la sinagoga compró una cantidad de camastros extraídos, sin conocimiento de sus superiores, o si, por los soldados de una guarnición no muy lejana. Frumke alquilaba los catres para que los visitantes pudieran dormir en el templo.

Si bien la generosidad del avispado Frumke para con la caja comunitaria no mereció ningún reproche, le restaron los rublos suficientes para construir el primer, y único, albergue del pueblo, comedor incluído.

Tal prestigio adquirió el santo rabí de Greiding que llegaban a su casa desde lejanos puntos de Ucrania no sólo para pedir sus atenciones sanadoras; otros llegaban para solicitar sus consejos: "Mi esposa no quiere yacer conmigo ¿Me debo divorciar, rebe?" o "Tengo un tío en América que me llama. ¿Debo abandonar a mi prometido y marcharme?". Otras veces el asesoramiento no resultaba sencillo. "A mi hijo lo han convocado para servir como soldado del Zar Nicolás -veinticinco años de servicio militar obligatorio- y carecemos del dinero para "comprar" su exención. ¿Está obligado a presentarse o "debemos provocarle" un impedimento físico qué lo exceptúe...? ¿Cómo responder sin infringir el precepto hebraico de que "la ley del país en que vives es tu ley" qué rige para los judíos de la diáspora?.

Reb Scholem contestaba no sin antes tomarse una noche de reflexión, costumbre seguida por sus descendientes sin exclusiones. Aseguraba que durante esas horas escuchaba con mayor claridad las voces de su mente...

Su fama de santo y sabio se consolidó. Por esos tiempos comenzaron a sumar a su nombre y apellido el apelativo de "milagroso". "Reb Scholem Vlodsky de Greiding, el milagroso".

El rabí prosperó como el resto de la aldea. La estricta voluntad de cada uno de sus visitantes representaba el monto de sus honorarios, jamas exigido ni insinuado, pero todos sabían que "el rebe de algo tenía que vivir..." Los de Greiding no le abonaba un solo rublo como estipendio.

Quién tenía "posibles", dinero con mayor o menor generosidad; los pobres, unas gallinas o unas docenas de huevos; los indigentes, su sincero agradecimiento, pero nadie se olvidaba de contribuir a que la vida del "milagroso" rabí fuera mejor.

Reb Scholem atendía a cada uno, dedicándole el tiempo necesario, por riguroso turno de llegada. Nadie merecía, por su condición, un trato preferencial y nadie se marchaba de su casa sin su prescripción, consejo o parecer.

Entre este cúmulo de bienaventuranzas un tema, sin embargo, preocupaba a los habitantes de Greiding, en especial a sus pobladoras y, entre ellas, al selecto e infalible servicio de comunicaciones compuesto por el círculo de comadres: Reb Scholem, "el milagroso", de treinta años ya cumplidos, y su mujer, Rivka, de uno menos, no tenían hijos...

La cotilla mayor, Esther, la casamentera, formuló, en una reunión plenaria del grupo que se efectuaban los jueves en el mercado durante los tiempos muertos entre las compras para el sábado, -más tiempos muertos que compras- la inquietante pregunta:

"¿Será estéril Rivka "la rebetzn?" El título honorífico conferido a la esposa del rabí de Greiding no amenguaba la gravedad del interrogante.

Otra cuestión surgía de inmediato como lógica consecuencia de la primera: "¿Esperaría Reb Scholem los diez años fijados por la legislación para divorciarse de su esposa con motivo de su infecundidad? ¿Seguiría unido a su cónyuge, a pesar de la posibilidad legal de repudiarla y casarse con una mujer más joven en condiciones de brindarle hijos?".

El asunto rebasó los dimes y diretes femeninos y se convirtió en la comidilla principal de los asistentes al baño ritual obligatorio semanal. Allí, en la "mikvé" masculina comunal, chapoteando en el agua caliente -otra de las ventajas introducidas por la prosperidad de la aldea en las instalaciones de la nueva sinagoga- los naturales del lugar deliberaban sobre el tema; alguno, ligeramente versado en los Libros, opinaba que siendo Rivka, la esposa yerma del Rebe, tan buena persona ¿Por qué no optaba Reb Scholem por la solución bíblica qué autorizaba a tener cuatro esposas y se casaba con otra sin necesidad de divorciarse...?

...Un día de mayo de esos felices años, cuando nada lo hacía esperar, estalló la tempestad sobre el desprevenido Greiding. Aconteció el día de "Lag Baomer". Reb Scholem decidió celebrar en medio de la naturaleza la "festividad de las primicias" por considerar oportuno que si el día era para celebrar los frutos primeros del año agrícola, ¿Por qué no festejarlo dónde las primicias se producen cada año por mandato de El Creador? Sus jasidim -la casi totalidad de los varones de la aldea- siguieron al maestro al bosque vecino con sus mantos de oración y sus libros de preces para los servicios de la fecha señalada...

...Azuzados por los instintos primarios despertados por la primavera, luego de un riguroso invierno y estimulados por el vodka, los soldados de un cuartel no muy distante entraron al galope, en la indefensa aldea. Violaron a todas las mujeres que hallaron sin respetar edades; solteras, casadas, viudas, madres, hijas. A Rivka, la esposa de Reb Scholem, también...

Protegidos por los árboles los inermes maridos, hermanos, padres, hijos presenciaron la tragedia. La rabia, la impotencia los consumía. Algunos -pocos- desesperados se armaron de gruesas ramas y se dispusieron a intervenir. Sabían que iban a morir a manos de los embriagados y enloquecidos soldados, pero el instinto del macho por defender a su hembra y a sus crías los impulsaba.

Reb Scholem les prohibió terminantemente intentaran nada.

Los militares mataron a los contados varones que hallaron; ancianos, enfermos, impedidos, niños de corta edad; robaron y devastaron cada casa.

A las mujeres las dejaron vivas para oprobio de sus hombres. Lo hicieron con especial regocijo imaginado como sentirían los "valientes" esposos y demás familiares.

Regresaron a su acantonamiento dejando la sangre, la vergüenza y el fuego como marcas indelebles en la memoria de sus víctimas.

Reb Scholem ordenó, asumiendo además de su tutela espiritual las funciones de guía práctico, varias medidas que fueron obedecidas por los habitantes de la aldea sin discutir. En primer lugar reconstruir cada casa derruida, reparar cada desperfecto. Liberó a los deudos de los

siete días del extremo luto que obliga, después de enterrar a los muertos, a paralizar sus vidas en ese especial momento.

Dictaminó que las esposas violadas -entre ellas, la suya- no habían cometido adulterio de acuerdo con la estricta interpretación de La Ley mosaica. Los matrimonios continuaban vigentes y la vida conyugal debía proseguir normalmente; los hijos habidos a partir de los forzamientos serían suyos para los casados.

Asimismo mandó que la totalidad de los hombres solteros de Greiding en edad de contraer matrimonio, es decir mayores de trece años, debían casarse con las muchachas solteras o las viudas violadas para que sus hijos fueran legítimos. Ninguno de ellos sería un "mamzer", la marca infamante de bastardo que se transmite hasta la décima generación.

Ningún varón de la aldea desoyó la disposición. Los solteros y viudos, aún los de provecta edad, obedecieron.

Ninguna soltera forzada permaneció célibe. Ningún nacido después de la tragedia fue considerado ilegítimo. Les evitó toda discriminación futura.

Los habitantes de Greiding acataron sin protestas. ¿Acaso no les había salvado las vidas a casi todos los varones convocándoles a celebrar ese fatídico "Lag Baomer" lejos del pueblo? ¿No residían en Reb Scholem sabiduría y poderes milagrosos, facultades otorgadas por Dios?

El rabí no actuó únicamente por un impulso irracional. Reflexionó: "Las violaciones se habían producido durante la noche de la Luna de la fertilidad, esas jornadas en que las hembras están naturalmente predispuestas a engendrar. Por consiguiente era más que probable su fecundación por los repetidos actos de los soldados…

Los nacimientos serían numerosos…."

Sus predicciones resultaron acertadas. La mayoría de las mujeres en edad de procrear parieron a los nueve meses, días más, días menos de aquella malhadada festividad de las primicias. Rivka, la esposa de Reb Scholem, también. La mujer del milagroso rabino dio a luz a dos sanotes mellizos.

Scholem, en la intimidad más absoluta, en el difícil instante de la autoconfesión, de su análisis recóndito del cual nadie tendría, jamás, el mínimo indicio, dio sus fervientes gracias al Todopoderoso.

"Si ninguna de las mujeres, además de violadas no fueron asesinadas como de costumbre acontecía; si los hombres salvaron sus vidas por una ocurrencia suya de celebrar de manera inusual la Fiesta de Las Primicias, ello se debió a que el Supremo Dueño de la Voluntad y Los Hechos así lo había dispuesto…"

Scholem se prosterno ante El Altísimo y le agradeció el milagro. Amaba a Rivka. Si bien no lo experimentó cuando su boda con ella, los años de convivencia, las pruebas de la vida en común y, en especial, el fatídico "Lag Baomer" pasado le demostraron su amor por su mujer.

Ahora, con el nacimiento de los mellizos, comprobaba que la esterilidad era suya y no de su mujer. Tampoco debía repudiarla cuando se cumplieran los diez años de matrimonio sin descendientes, como la tradición ordenaba a los rabinos. El divorcio no hubiera resuelto su incapacidad para engendrar y su amada Rivka habría recibido un trato inmerecido. Ya no resultaba necesario separarse de su querida compañera.

Adonai, una vez más, lo había distinguido con su favor. Reb Scholem tenía sucesores. Su matrimonio continuó normalmente como los restantes en su condición. Nadie, ni aún las comadres más arteras, comentaron nunca estos acontecimientos.

Greiding se salvó de su desaparición, según afirmaban sus habitantes, por la intervención milagrosa de Reb Scholem, que reforzó su fama de prodigioso en toda “la Zona”.

Las responsas y actitudes de Reb Scholem Vlodsky de Greiding, “el milagroso”, llegaron a conocimiento de los círculos rabínicos de Ucrania, Rusia, Polonia y otras comunidades del imperio zarista. De él se tuvo noticias, inclusive, en lugares tan distantes como Alemania, los Países Bajos…

Su renombre como erudito entre los ortodoxos alcanzó niveles inusuales. Para el común su prestigio de milagroso, aumentado considerablemente en cada transmisión oral, se convirtió en indudable.

Su casa de Greiding se llenaba a diario de visitantes ilustres, inclusive algunos funcionarios zaristas acudían a consultar con él. Reb Scholem Vlodsky se convirtió en uno de los faros del pensamiento de su época.

Los años corrieron veloces en pos de la última meta. Cuando sus hijos mellizos se hicieron mayores, su inteligencia natural, los estudios realizados en prestigiosos centros de formación rabínica y, fundamentalmente, la experiencia acumulada de su padre, las largas horas pasadas junto a él, les permitió acumular una sabiduría poco común y una versación en La Ética y La Ley bíblicas excepcionales.

A Reb Scholem se le presentó un dilema; sólo uno de sus hijos podría heredar su cátedra, -de acuerdo con la tradición jasídica- el día de su paso de este mundo al gran interrogante. ¿Cuál de los dos se convertiría en el segundo Rebe de la dinastía de Greiding por él iniciada? ¿Y él otro? ¿Qué futuro le esperaba si el hermano le cerraba el paso a un porvenir asegurado?

Scholem adoraba a sus dos únicos hijos por igual…

Al hijo considerado por él con menor poderío -difícil decisión porque ambos gozaban de una vigorosa naturaleza y de un agudo raciocinio- lo designó su sucesor. Meier, así se llamaba -la alternancia de los nombres se mantuvo durante las generaciones siguientes- se convertiría en el Rebe de Greiding cuando su padre, Reb Scholem, ascendería en el “Carro de Fuego” hasta “Su Trono”, como los cabalistas gustaban interpretar un párrafo de Las Escrituras al referirse al otro reino de El Altísimo.

Al otro vástago, Jaim, estimado por su padre con más fuerte temperamento, casado con una sobrina, hija de una hermana de su esposa, lo dotó espléndidamente. Con los años, sin quererlo en verdad, su patrimonio no era de despreciar, la generosidad de sus feligreses lo había originado; a éste lo envió a fundar un nuevo rabinato en Kurst, un pueblo muy alejado de Greiding pero cercano a Odessa.

Reb Jaim Vlodsky dio origen a la dinastía de los rebes de Kurst. Con los años adquirió un importante renombre muy merecido que le permitió, en pocas generaciones, se olvidara su fuente, la escuela de Greiding. La vecindad del gran puerto del Mar Negro, con una importante comunidad hebrea de comerciantes dedicados al intercambio internacional y las finanzas con una clase profesional a su servicio. Existía allí una Universidad, en la cual, a pesar del "numerus clausus" estudiaban una cantidad de judíos. Todo ello, unido al gran talento de Reb Jaim, originó una feligresía, de una composición social diferente -de mayor poderío- con la cual la clientela de su hermano mellizo Meier, cuyos seguidores, los pobres habitantes de los misérrimos villorrios se "La Zona", no podía competir.

Si bien Reb Meier cuando ocupó el sillón de su padre Reb Scholem, lo hizo con grandeza similar a la de su progenitor, el prestigio en los círculos sociales de su hermano Jaim, eclipsó el suyo.

No fueron necesarios demasiados años para que los sucesivos maestros de Kurst relegaran al oscuro rincón de los lejanos recuerdos familiares su ascendencia. De ella únicamente se hablaba en la intimidad y se evitaba mencionarla de forma pública.

Por el contrario los rabíes de Greiding recordaban los comunes orígenes de ambos. Ellos, "los de Greiding", siempre serían los iniciadores, los primeros, los auténticos. De las enseñanzas y pensamientos de Reb Scholem, "el milagroso", se nutrían los sucesivos rebes de Kurst, "una rama secundaria del gran patriarca del cual, ellos eran los legítimos sucesores..."

Este distanciamiento continuó en Israel, a donde, con muy pocos meses de diferencia, inmigraron tanto los de Greiding como los de Kurst a comienzos de la década de 1920.

Reb Scholem de Greiding, "el zahorí", fijó su residencia en Jerusalén, en Mea Sharim no lejos de la Ciudad Vieja, realizando un profundo anhelo de su vida. Allí, en el lugar de Los Profetas, quería vivir hasta el último día de su existencia.

Reb Leibl de Kurst, "el justo", escogió Bnei Brak, un barrio cercano a Tel Aviv, la acogedora urbe mediterránea donde su acaudalado suegro, el señor Elitzky fijó su domicilio.

El de Kurst afirmaba, para justificarse, que su elección se debía a que el frígido clima de la Ciudad de David en invierno perjudicaba su salud.

Reb Scholem soportaba sin quejas el frío de la Ciudad Santa. Tampoco hacía mella en "el zahorí" el "jamzim", visitante asiduo de las ardientes callejuelas de Mea Sharim en más de un día de verano.

Y si el calor húmedo de Bnei Brak se adueñaba de la costa, a Reb Leibl le agradaba acercarse con su coche a la ribera del Mediterráneo a tomar unos refrescos con su familia.

En cambio Reb Scholem se calcinaba en la Ciudad Santa. Su familia, compuesta por el pequeño Meier -su otra hija, Jone, había desaparecido en la tormenta de la revolución a las grupas del caballo de un soldado del Ejército Rojo- y su esposa, Jaike, la hija de un modesto maestro, se debían conformar con el agua enfriada en una ventana.

No sólo en la elección de sus domicilios se diferenció la vida de estos lejanos descendientes del tronco original.

Para Meier el comienzo de cada mes representaba el principio de los días calamitosos; los recibos de la energía eléctrica, del agua; las cuentas de los proveedores, la ... los mil reclamos de una familia por modesta que sea, en especial si el hombre de la casa dedica su tiempo por entero al estudio de los Textos y a los problemas del espíritu propio, y de los ajenos que recurrían a él. La agobiante parafernalia del diario subsistir caía con su insoportable peso sobre el necesitado Rebe de Greiding.

Para Leibl Vlodsky el final de un mes significaba el hecho, mínimo, de arrancar una hoja del calendario. Su bien provista cuenta bancaria atendía los requerimientos de su familia, por otra parte acostumbrada a la holgura.

Esta muy diferente actitud entre los requerimientos esenciales se originaban en el pasado inmediato. Sus condiciones de vida en Ucrania determinaron sus niveles de subsistencia en la Tierra Prometida.

Reb Scholem, “el zahorí” a comienzos de la década de 1920, sería para finales del 21, tuvo un sueño; Greiding ardía. Dada la situación, la revolución bolchevique, la contrarrevolución blanca, la premonición no constituía ningún aviso divino. Decenas de villorrios habían sido arrasados por la tempestad, miles de los “hijos del pacto”, sucumbido y los supervivientes buscaban como escapar del convulsionado país en el cual se habían convertido en el chivo expiatorio por excelencia.

La mañana siguiente a su aviso onírico ordenó a los habitantes de Greiding que, de inmediato, se marcharan de la aldea y emigraran dónde pudieran o desearan. Reb Scholem, “el zahorí”, lo hizo a los pocos días. Él, su esposa y su hijo Meier se marcharon del pueblo donde habían nacido.

Llegaron a Jerusalén con las primeras nieves de 1922, con lo puesto y, como único patrimonio, unas cajas conteniendo libros.

Para esas épocas las tropas del ejército blanco llegaron a Greiding, mataron a los poquísimos habitantes que no se habían ido -inválidos y ancianos incapaces de arrostrar las penosas peripecias de la larga marcha hacia un destino incierto- e incendiaron la aldea de la cual no quedó rastro alguno, como si nunca hubiera existido...

Reb Leibl Vlodsky de Kurst -si bien conservaba la denominación de origen, vivía en Odessa. Tres generaciones atrás los rabíes de Kurst comprendieron que, dado su prestigio, una importante ciudad con un gran puerto abierto al mundo, les convenía mejor como domicilio que pequeño pueblo. El Rebe de Kurst llegó a las mismas conclusiones que su lejano pariente Reb Scholem Vlodsky, “el milagroso”, de Greiding . Había que abandonar Ucrania, a pesar del dolor que producía dejar para siempre sus ancestrales hogares. El convencimiento de Reb Leibl no lo produjo ningún aviso divino. Lo ocasionó la decisión de su suegro, Gospadin Elitzky, -el renombrado y riquísimo comerciante de té, proveedor de los zares cuando existían- de salir de la poca segura Rusia. El imperio se había desmoronado.

El importador de las aromáticas hojas asiáticas, puesto ya a buen recaudo su patrimonio, convencido de lo irreversible de la situación, se marchó con su familia y allegados, Reb Leibl y los suyos incluidos -entre ellos su nieto Jaim- en un buen barco turco con destino a Haifa.

Los Elitzky prosiguieron sus negocios en Palestina, con éxito. La bonanza también se hizo extensiva a su yerno, Reb Leibl.

Jaim Vlodsky, el futuro jefe de Kurst, aleccionado por el ejemplo de su sabio progenitor, se desposó con la hija de un seguidor del Rebe de Berdichev pero que, además de ello, poseía una de las mayores fortunas del país; su suegro, dueño de una gran compañía importadora y talladora de diamantes, poseía una buena cuota fijada por el mercado de Londres y no cesaba de incrementar su riqueza por ese simple hecho.

Meier Vlodsky, el hijo de Reb Scholem, también siguió el modelo familiar. Se casó con Lea, la hija de un paisano de Greiding, que poseía un pequeño comercio de ropa en una callejuela cercana a la Iglesia Ortodoxa de Jerusalén. Pocos clientes y menos recursos. Lea, honrada con la boda, nada aportó al peculio del futuro Rebe de Greiding.

Meier se enamoró de la joven un día que su padre concurrió a la humilde casa de Mea Sharim para honrar y pedir consejo a “su” rebe, el venerado Reb Scholem, acompañado de su familia. La consulta era precisamente “¿Qué hacer con su hija Lea? ¿Dejar se marchara a fundar un nuevo kibutz en la Galilea, en un verdadero pedregal rodeado por aldeas árabes, como ella deseaba, o retenerla en Jerusalén -Lea no pasaba de los 16 años- y casarla con alguien merecedor de respeto? “La perspectiva de “un compañero” yibutiano no hacía muy felices a los padres de la muchacha.

El interés por Lea del joven rabí Meier resolvió el problema. Cuando, con la aprobación de su padre Reb Scholem de Greiding, la desposó los problemas del modesto tendero jerosolimitano desaparecieron. ¡Su hija casada con el futuro Rebe de Greiding! ¡A qué más podía aspirar un natural de aquella aldea aunque, para esos tiempos, fuera únicamente un recuerdo!

De esta historia, paralela de los rabinos de Kurst y Greiding, surgía la reconfortante sensación de triunfo de Reb Meier ante la inesperada presencia de Miriam. Confirmaba con este

acto la superioridad de Greiding sobre Kurst; constituía el indudable y expreso reconocimiento de Reb Jaim Vlodsky de la verdad histórica...

- Según parece tus dudas, Miriam, se hallan vinculadas con la interpretación de unos versículos de "Génesis"...

Con estas palabras Reb Meier rompe el silencio en que su evocación lo había abismado.

- Si, maestro; corresponden al Capítulo 12, explica con firmeza la muchacha.

El rabí no consigue alejar de sí una de sus dudas más acendradas.

"¡Nunca se explicará la razón por la cuál los sabios maestros los han canonizado! ¡Podrían haberlos eliminado cómo otros tantos párrafos, libros enteros a veces, de las Escrituras cuándo decidieron el contenido último e inmodificable de La Biblia!"

- ¿Desde cuándo una "mujer" -Meier subraya la condición femenina de su interlocutora- se interesa por las interpretaciones de los Textos Sagrados?

- Los estudio, así como la Mischná y otros libros en un centro de estudios religiosos de Bnei Brak para mujeres...

Reb Meier no logra reprimir una tenue e irónica sonrisa

- ¿Así qué los rabinos de Bnei Brak han descubierto qué las mujeres son capaces de tener acceso al estudio de las Sagradas Escrituras y sus exégesis? ¡Vaya con estas nuevas ideas! No hace mucho, a quienes lo afirmábamos, nos consideraban poco menos que peligrosos herejes...

- Meier, la niña no te ha venido a preguntarte sobre tus opiniones acerca de la posición de las mujeres de acuerdo a La Ley de Moises. La voz de su esposa, que no logra disimular su desacuerdo con las tesis de su marido, representa un severo llamado a la atención para Reb Meier...

El maestro sabe que Lea tiene sus firmes doctrinas sobre el lugar de las mujeres en la vida; ha sido educada en un hogar rigurosamente observante; ha callado sus críticas públicas a la liberal posición de su marido con respecto a sus compañeras de sexo; el respeto por el esposo ha primado sobre su incomprensión y rechazo de las ideas con respecto a las mujeres de su cónyuge, Reb Meier. Sin embargo, a veces, su fuerte carácter supera su atávico sentido de la obediencia y le resulta difícil callar...

El maestro reflexiona; no desea que Miriam se lleve la imagen del Rebe de Greiding discutiendo con su esposa. Prefiere, en cambio, regodearse unos momentos más con su éxito personal antes de entrar en el tema planteado.

- ¿Tu padre no pudo, con toda sabiduría, analizarlos?

- No lo hizo, no por falta de conocimientos, Reb Meier -Miriam no permite que nadie dude de la sabiduría de su padre-; no lo hizo porque se enfureció tanto que le resultó imposible responderme... Ya le he dicho que me abofeteó... ¡Él, qué nunca me ha levantado la voz!. La ira se apodera de mi padre cuando yo pregunto...

- No es el estado de ánimo recomendable para explicar los Textos Sagrados, ni otros...

- Eso mismo dijo Reb Jaim...

El párrafo "... la ira, la bebida o el dinero son los momentos en los cuales el hombre pierde el control de sus actos y aparece su verdadera personalidad..." recuerda el maestro las enseñanzas. "Si, el Rebe de Kurst ha hecho bien en no intentar el esclarecimiento de las dudas planteadas por su hija..."

- ¡Meier! Miriam ha venido en busca de tu ayuda... Lea advierte que su esposo, como de costumbre, se marcha por los complejos caminos de sus pensamientos, asociando uno con otros hasta el infinito.

El aviso surte efecto.

- ¿Cuales son los párrafos qué te suscitan tales dudas? pregunta Meier, a pesar de conocer perfectamente a cuales se referirá Miriam.

- Capítulo 12 del Génesis, a partir del versículo 10 hasta el 20...

El texto no ofrece incertidumbre, por más que algunos aleguen que se pueden extraer otras conclusiones que las muy claramente están redactadas...

"La actitud del patriarca Abraham, aunque aún ese momento sólo fuera Abram y su pacto con el Divino Creador no estuviese convenido por toda la eternidad, es, al menos, discutible, siempre han constituido un dolor de cabeza para los estudiosos y exegetas de la Torá..." reflexiona Meier.

- ... en los cuales se relata como Abram al entrar en Egipto declaró que su esposa Sarai, nuestra futura y reverenciada madre bíblica Sara, no era su cónyuge sino su hermana, consintiendo que, como dice claramente la frase, "... y fue llevada la mujer a casa de Faraón..."

- ¡No continúes insensata! Brama Lea, aterrorizada ante las palabras de Miriam.

- No lo digo yo, señora; lo está escrito en La Biblia... La joven, decidida ya a llegar al final a pesar de las consecuencias, prosigue:

- Agregan las Sagradas Escrituras que “E hizo bien a Abram por causa de ella; y él tuvo ovejas, vacas, asnos, siervos, criadas, asnas y camellos…” Según parece Rebe, de acuerdo a lo escrito por el dedo de Dios, Abram se hizo rico porque Sara, su esposa, “sirvió” al Faraón, complaciéndolo en grado sumo, pues puso toda su voluntad y conocimientos en dichos “servicios”, según parece… De otra manera, creo yo, no le hubiera compensado tan espléndidamente, así está en los Sagrados Textos, su buena disposición y sus solicitudes con tan poderoso señor…

Mientras Miriam realiza su interpretación literal del Texto -los rabinos han tratado de hallar otras explicaciones ante tan chocante y explícito pasaje por medio de complejas exégesis-. Reb Meier sonríe. Sus consideraciones las interrumpen los rugidos de Lea.

- ¡Hereje! ¡Impía! ¡No me contentaría con calentarte las mejillas con cien bofetadas! ¡Te…!

Miriam, sin temores ya -el primer, y más difícil paso lo ha dado- continúa. ¡Y no fue la única vez en qué las Sagradas Escrituras relatan actitudes similares…

- ¡Perversa niña! ¡Si fueras mi hija…!

- Qué no lo es, Lea… Miriam, la hija del Rebe de Kurst, ha llegado a mi casa en busca de ayuda… Dejemos, al menos, se explique francamente… Y no insistas en lo de Abraham y Sara; quizás Dios hizo caso omiso de su falta porque lo había elegido de entre los hombres para sellar su pacto con él y quiso salvar su vida; en aquellos tiempos si a un gran señor, y el Faraón lo era, le placía una mujer y ella estaba casada, mataban al marido… Quizás… Pero dime Miriam ¿Es lo único que te preocupa de La Biblia?

Miriam titubea. No la inquieta sólo el posible aprovechamiento del primer patriarca; varios temas de igual tenor le producen profundas incertidumbres. Prevé que su nuevo interrogante la llevará a una nueva tembladera pero, ya metida en las arenas movedizas de la aporia, decide seguir adelante.

- ¡Si, rebe. En Génesis 19, versículo 32 y siguientes, los Textos así lo dicen claramente, las hijas de Lot -la joven vacila- “duermen” con su padre, con el mismísimo Lot; cometen incesto, maestro, y tienen hijos de esa relación: Moab la una, Ben Ammi la otra…

Si, reflexiona Reb Meier, lo escrito no ofrece dudas; al mismo tiempo el maestro no puede menos que considerar como las Enseñanzas, leídas literalmente sin una correcta interpretación histórica, situando los hechos en su contexto de época y condiciones que rodean cada circunstancia, originan conclusiones erróneas. Si a otros les alcanza y basta con las Sagradas Escrituras y sus Análisis autorizados, las consecuencias de ello pueden resultar, en muchos casos, extravagantes, cuando no decididamente perversos… Los exégetas los analizan y reinterpretan decenas y decenas de veces. Comentados en centenares de ocasiones, pueden llegar a decir lo que nunca se quiso expresar. Pero será mejor concentrarse en la hija del Rebe de Kurst.

- ¿Algún otro dilema, Miriam?

- Varios más, maestro, pero si usted me aclara estos me sentiré satisfecha...

Reb Meier cierra sus ojos y echa su cabeza hacia adelante apoyando el mentón sobre el pecho. Pareciera buscara en otros niveles del intelecto, rastreando en el complejo mundo de las ideas y las experiencias, la respuesta adecuada.

"Nunca se debe contestar de inmediato. Unos instantes de meditación, con la cabeza en alto, o por el contrario colocada entre las piernas, ayudan a dar a luz a respuestas límpidas", solía afirmar su padre, Reb Scholem, "el zahorí", quien aplicaba lo aprendido en un libro de ejercicios yogas, obsequio de un profesor de inglés que lo visitó interesado por sus facultades extrasensoriales.

Sus dudas son pocas. Las inquietudes de la joven se originan, para él, claramente en elementos absolutamente alejados de su aparente preocupación sobre la correcta interpretación de los textos de La Biblia. Se ha encontrado a lo largo de su vida con demasiados místicos jóvenes para no conocer la causa natural de sus turbaciones espirituales. Pero debe llevar a Miriam a descubrir la razón de sus ansiedades con exquisita dulzura. Por ello, suavemente, comienza su respuesta.

- Te podría citar decenas de interpretaciones de esos versículos y de las Escrituras, no únicamente por párrafos; también palabra por palabra, al estilo de los cabalistas. Deseas conocer, me parece, en especial la razón porque las relaciones sexuales reciben una atención preferencial en los Textos...

- Rebe, no me entienda mal...

- Nada de eso... Haces bien; los relatos de las actividades venéreas de nuestros antepasados abundan en las Escrituras. Y ello es correcto. El sexo es el instinto más importante del ser humano, varones y mujeres, pues garantiza la continuidad de la vida... Con estas manifestaciones iniciales Reb Meier finaliza su introducción. El tono de amabilidad, empleado hasta ahora, se transforma en severo. -Antes de responderte, Miriam, desearía saber, conocer tus "reales" -subraya la palabra- tus verdaderos motivos para atreverte a preguntarle a tu padre la explicación esos versículos precisamente. Supongo que esas "mujeres" -la palabra maestra o profesora se resisten a salir de su boca- que enseñan en ese "seminario" al cual concurres, podrían haberte aclarado los temas que tan oscuros encuentras... El Rebe de Greiding cambia de tono; la acorrala inquisitivamente. -Miriam Vlodsky! ¡Dime la verdad! ¿Qué es lo qué realmente te angustia!

Miriam vacila. Mira fijamente a los ojos del maestro. Sus ideas sobre él ahora tienen claridad y certeza. Es un hombre sagaz. Ha llegado a descubrir, en poco tiempo, que no le preocupan la interpretación de los textos bíblicos. Contempla una vez más al rabí. El instinto le dice que puede confiar en él. Una persona sabia y buena siempre merece la fe de quienes a él vienen en busca de consejo.

- ¿Por qué ciertos hombres de hoy discriminan a las mujeres con mayor severidad y las segregan de manera brutal, con una rigidez mayor qué lo hacían nuestros antepasados bíblicos?

- Tu inquietud no carece de motivos, pero según me consta en este país las mujeres no están diferenciadas; las hallamos en cualquier trabajo en pie de igualdad con los varones; sirven en el ejército...

- Nosotras no, Rebe...

Miriam vacila, pero si ha arribado hasta el punto en que se encuentra, decide continuar.

- Los rabinos, los jasídicos en especial, han creado por la vía de sus interpretaciones, preceptos más severos que los de la mismísima Tora con respecto a como considerar y tratar al sexo femenino...

- ¿Cómo puedes afirmarlo con tanta seguridad, Miriam? No creo sean esas las enseñanzas de tus "profesoras" -con ironía marcada la última palabra- ; como buenas hijas de las más estrictas sectas, que lo deben ser... supongo...

- No se equivoca Reb Meier, si al menos no tienen diez o más hijos, no las consideran aptas para enseñar a las muchachas de Bnei Brak.

- No podía esperar nada diferente de tu padre. Reb Jaim Vlodsky se ha ganado un prestigio de hombre muy apegado a los usos más tradicionales.

- Si, Rebe... Papá se considera como un estricto guardián de la fe...

- ¿Y de dónde sacas tú entonces las críticas qué efectúas? Si tu padre es tu maestro ¿cómo te atreves a dar opiniones contrarias a los pensamientos del Rebe de Kurst?

Miriam considera, presa de los nervios, la situación. Supone que Reb Meier sabe -y está en lo cierto- que ella, como la mayoría de las hijas de los rabíes de renombre, asisten a hurtadillas a las clases de sus progenitores o escuchan, desde las habitaciones vecinas, las magistrales lecciones del "tisch" de los sábados. Ese día, Reb Jaim de Kurst, se reúne con sus discípulos y seguidores, alrededor de "la mesa". Estos escuchan, hechizados, las palabras del "justo" jefe de la secta. Pero no surge de lo anterior su intranquilidad. Hay más. Pero si desea una respuesta honesta ella debe comenzar por ser sincera... Miriam se decide.

- Se leer...y pienso, Rebe... No sólo libros religiosos...

- ¿No habrás leído alguna de esas cochinas revistas "para mujeres", esas impías publicaciones qué deberían prohibirse? Lea no puede contenerse.

Ha sorprendido, en más de una oportunidad a jovencitas, hijas de las más pías familias de la vecindad leyendo, a hurtadillas, esos procaces semanarios llenos de fotos eróticas y artículos repletos de sexo y consejos obscenos para las mujeres. -Dime Miriam, insiste la esposa de Reb Meier- ¿Lo has hecho?

El silencio y la cabeza baja de Miriam constituye la respuesta.

Lea estalla.

- ¡Perjura! ¡Perdida! ¡Mereces el más severo de los castigos! ¡Tú, la hija del Rebe de Kurst, descendiente de Reb Scholem de Greiding, “el milagroso”…

Reb Meier apenas contiene una sonrisa. Lea tiene bien aprendida la lección; ni aún en medio de su ataque de ira, olvida de señalar la superior categoría de su esposo.

- …Te has convertido en una viciosa hembra, capaz de enrolarte en el ejército, en carne de prostíbulo…!

La furia de Lea no se contiene, ni se anda con pequeñeces. La intervención de Reb Meier consigue detenerla en su desatada y santa ira.

- Lea…¡Basta! Una vez sofrenada a su esposa, agrega en tono conciliador. -Lo malo no se halla en esas lecturas o en otras. Lo perverso se encuentra en las mentes de quienes leen, o piensan… Un periódico, un libro es apenas un instrumento, una herramienta del conocimiento…

La esposa no cede en su santa furia.

- ¡Habrá visto televisión, ese aparato del Maligno, lleno de imágenes malignas, de historias inmorales…!

Miriam no levanta su cabeza. Su culpa resulta evidente. Una vez más Reb Meier acude en su ayuda.

- Las imágenes por sí solas no son pecaminosas. Depende de los ojos con los cuales se las contempla… Los museos…

- ¡Yo nunca he visitado ninguno de esos antros, ni lo haré mientras viva! Estalla iracunda, Lea.

- Yo, como lo sabes Lea, si. He concurrido a muchos… La imagen no es lo vil; lo son los pensamientos de aquellos que la observan…

Miriam, sintiéndose apoyada por Reb Meier, se atreve a emitir las palabras que desde un principio ha querido pronunciar. Conoce, por experiencia, que las mujeres de los rabíes y de los jasidim son más intolerantes que los hombres.

- Reb Meier; creí que venía a consultar “sólo” -subraya la palabra- a usted…

Lea sabe que la mujer de un Rebe no tiene derecho a presenciar las audiencias ni las lecciones de su esposo. La clara sugerencia de la joven surte inmediato efecto. Lea se marcha ofendida pero no da un portazo para remarcar su enfado. Deja entreabierta la puerta de la cocina para seguir desde ella la conversación aunque, evidentemente, no podrá intervenir…

Meier, conocedor de la habitual estratagema de su esposa, no puede menos que aceptarla. Su mujer, como las demás vecinas de Mea Sharim -y como contaba su padre, lo fueron las habitantes de Greiding- no logran reprimir sus ansias de intercambiar información, para ellas tan vitales como respirar. También comprende Meier que su esposa tiene muy limitados esparcimientos fuera de ello. Pero cuando se trata de un asunto realmente grave, Lea conoce perfectamente sus obligaciones y ni siguiera aparece por su sala si Meier no la llama. Este no es el caso. Por otra parte, resulta conveniente Lea se entere como piensa una muchacha religiosa célibe; no deben olvidar, él y ella, que su hija Sara, la única soltera de las trece habidas por ellos, tiene la misma edad que Miriam, poco más o menos...

Reb Meier, luego de esta breve reflexión sobre su esposa, retorna a Miriam. Quiere obrar con toda justicia. No desea, a pesar de la escasa simpatía que tiene por su padre Reb Jaim de Kurst, su distante pariente, actuar con ligereza o movido por razones inconfesables como mala intención, ligereza o envidia, las peores enemigas de la equidad...

No debe, obligación primera, abandonar a la muchacha a sus impulsos ya que ha venido a pedir su consejo. Si alguna hija de familia jasídica logra liberarse de sus restrictivos medios ambientes y sale al mundo, lo hace desprotegida. Muchas de ellas inician, en sus ansias, una carrera sin final. Ni tanto, ni tan poco... El difícil justo término medio no resulta sencillo de alcanzar cuando se tiene la edad de Miriam ni, por cierto, muchos adultos lo logran en el conflictivo y tumultuoso Israel; Reb Meier bien lo sabe: pareciera que las vehemencias propias del Medio Oriente hubieran hecho presa de los otrora calmos y resignados judíos guéticos.

"¿Cuál sería el veredicto de un rabino anclado en el pasado si tuviera qué dar su respuesta a los interrogantes de Miriam?" -discurre el maestro de Greiding (en ciertas oportunidades le agrada efectuar este juego intelectual para convencerse de la certeza de sus conclusiones; si se asemejan a los presumibles pareceres de su imaginario oponente, Meier de inmediato revisa su juicio. Deben de existir elementos erróneos en sus discernimientos...) Ya metido en esa transposición intelectual de considerar a Miriam como una atrevida jovencita, prosigue "No queda ninguna otra alternativa que castigar severamente a la osada muchachita. Si su ejemplo fuera seguido por otras mujeres, ello podría significar el final. La rebelión femenina daría como resultado que los maridos jasídicos deberían ocuparse de cantidad de obligaciones y trabajos cotidianos, al igual que los restantes varones, en detrimento de las horas necesarias para el estudio de los textos. Finalizada su aventura especulativa, Reb Meier retorna a la realidad. Sabe bien, ahora, cual debe ser su actitud para con Miriam...

- Dime... ¿Leas has comunicado tus inquietudes a otras personas...?

- A mi madre únicamente...

- ¿Y cómo reaccionó la "rebetzn" de Kurst?

- Me puso las mejillas al fuego vivo con sus cachetadas...

- ¿Por qué no te quejas de los golpes de tu madre y si lo haces de las bofetadas de tu padre?

- Ella me ha educado a golpes, Rebe...desde pequeña... No han servido para nada... Si piensa que así se aclaran las dudas de una hija, bien equivocada está...

- ¿A nadie más...?

- Sólo a mi padre... Mi madre me obligó, me arrastró a su presencia cuando le expresé mis dudas sobre la conducta de nuestro patriarca Abraham...

"Bien -considera Reb Meier la actitud de su visitante- por ahora parece que su interés no pasa de lo personal. No pretende liderar ningún movimiento reivindicativo de las mujeres oprimidas por la religión. Con su fogoso carácter ella podría dirigirlo. Las ideas laicas pueden calar fácilmente en las oprimidas mujeres de las familias ultrarreligiosas, en especial la de tener ellas la opción de elegir esposo, sin obedecer la decisión de los padres o ... la peligrosa vía de su libertad sexual... El maestro de Greiding no puede evitar una sabrosa posibilidad "¡Sería desopilante qué la hija del pío Rebe de Kurst liderara ese movimiento!" Pero no; los interrogantes de Miriam son estrictamente individuales.

"Pero -considera Reb Meier- el interés de Miriam supera los problemas de interpretación de algunos párrafos conflictivos de La Biblia. Debe haber más..."

- Dime, estimada jovencita. Mencionaste, me has dicho que no comprendes porque los rabinos como tu padre van más allá de los Textos con sus masoras...¿Me podrías dar algún ejemplo?

- Varios. Responde cautamente, sin precisar en concreto sus críticas. Miriam presiente la celada.

- ¡Vamos...! Si no te sinceras conmigo. ¿A qué has venido?

La hija del Rebe de Kurst trata de evitar el cerco inquisitivo del maestro de Greiding. Eludirlo no resultará fácil. Los rabinos tienen un largo adiestramiento en las prácticas dialécticas y sabe que Reb Meier no es una excepción. Discutir, argumentar pros y contras, constituye el juego que más les divierte a los maestros de La Ley de las diversas escuelas y tendencias. Es, quizás, el deporte nacional judío...

" Sin embargo -recapacita la joven- Reb Meier tiene razón... Si no le enumero mis dudas... ¿Cómo me puede ayudar...?" Observa el lugar en dónde se encuentra. "El Rebe de Greiding, un hombre tan sabio y generoso -así al menos le parece- merece mejor suerte... ¡Vivir en esta casa, sumido en el frío! No comprende la razón por la que su padre, que respeta de tal forma a Reb Meier hasta el punto de haberla enviado a pedir su consejo, goce de una existencia llena de comodidades mientras que el Rebe de Greiding carezca de lo elementalmente necesario..." Miriam, intuitivamente -no ha llegado aún a la edad en la cual las explicaciones se conocen o se presuponen con la certeza de la experiencia- decide fiarse.

"¡Qué el Todopoderoso se apiade de mí si la bondad de Reb Meier resulta un simple disfraz! Hay muchos rabinos que utilizan una benignidad aparente en sus actividades, en sus

relaciones exteriores cuando en realidad la maldad se anida en ellos… Ella lo sabe por su padres. Reb Jaim, que algunas veces forma parte de los tribunales rabínicos cuando los casos resultan difíciles de juzgar -él de Kurst es un especialista en lo referente a la judeidad de los individuos que se atribuyen su pertenencia al credo mosaico por diversos motivos personales-, comenta, en la intimidad, la criticable actitud de los jueces de los tribunales religiosos; se ganan la confianza de quienes se presentan ante ellos demostrándoles simpatía para sonsacarlos. Los peticionantes, alentados por esas posturas de los jueces, y considerando que de un corte rabínica pueden fiarse dado su carácter de consagrado, abren sus corazones… ¡Pobres quiénes lo hacen! Pronto descubren su error…"

- Rebe ¿Por qué la hija de una familia jasídica debe esperar a qué su hermana mayor se case antes para recién después poder hacerlo ella?

En verdad, Reb Meier no necesita más; la muchacha lo ha dicho casi todo pero no está demás enterarse de los detalles.

- ¿Sólo eso te preocupa Miriam? Constituye una costumbre; ni siquiera tiene rango de tradición…

- Eso dirá usted, pero en mi familia es ley… ¡y le puedo asegurar qué mi hermana mayor es fea y agria! ¡Nadie, en su sano juicio, se casará con ella!

- Ya encontrará marido… Nunca falta un roto para un descosido… ¿Nada más…?

Miriam titubea. Le consta que proseguir significará una confesión en regla…

- ¿Por qué las dinastías jasídicas, se niegan a qué sus hijas se casen con "retornados a la fe"?

- ¡Extraña actitud para con quiénes vuelven a las fuentes del judaismo! Pero, según parece, tu padre y quienes como él se consideran guardianes de ella, piensan que no se debe fiar demasiado en las mudanzas de los incrédulos que después de una vida alejada de la ortodoxa, a veces desde su mismo nacimiento, buscan el credo como redención… Por ello no permiten que sus hijas se casen con esos individuos poco seguros… ¡Y menos un rabino jefe de un clan! ¿Un yerno dudoso con derechos dinásticos? ¡Ni hablar!

Miriam, aunque lo sabe, -en más de una oportunidad su padre lo ha comentado en el seno de la familia- deseaba obtener la confirmación de Reb Meier. Pero no acaban en esto sus inquietudes.

- ¿Y me podría explicar rebe por qué, además, tampoco confían en sus seguidores sefaradíes si bien los acepta cómo discípulos?

El Rebe de Greiding no puede menos que indignarse con sus colegas de profesión, aunque lo guarde para sí y no lo manifieste ante Miriam:"¡Esos petulantes rabinos aschkenazis! ¡Se consideran los "elegidos" entre los miembros del pueblo elegido! ¡Tan racistas cómo los peores! ¿Preguntaban los exterminadores quiénes eran sefaradíes o aschkenazis a la hora de

cremarlos?"... Pero su diálogo con la hija del Rebe de Kurst no constituye el momento oportuno para ese tremendo tema... Miriam no aportará soluciones para el problema que divide al pueblo de El Libro... Ya en la antigüedad, relata La Biblia, se separaron Israel y Judea para desaparecer primero el uno, y ser expulsado de la Tierra Prometida el otro.

Pero la muchacha no ha venido a él para enterarse de sus exégesis bíblicas. Miriam tiene un problema -Reb Meier ya lo conoce- y necesita su consejo, una salida para su angustia de mujer...

- Miriam, dime con sinceridad... ¿De quién estás enamorada...?

El rabí sonríe. Le parece escuchar las protestas de su esposa Lea, la escondida oyente detrás de la entreabierta puerta de la cocina; sabe que las efectúa en voz imperceptible para su visita:

"¡Las jóvenes de familias respetables no se enamoran! ¡Se casan con quién deben y basta!"

Miriam permanece en silencio; una mudez con tintes de culpabilidad.

"¿Cómo lo habrá percibido Reb Meier...? "Merece su fama de sabio..."

- No calles muchacha; si has llegado hasta aquí, no me parece propio de una mujer inteligente como tú...

Miriam permanece sin pronunciar palabra. Reb Meier, tiene ya en su mente el retrato del causante de las tribulaciones de su joven interlocutora...

- A ver si puedo ayudarte a romper tu silencio... -el maestro de Greiding inicia su descripción como quien va dando forma a una idea aún vaga- ... Se trata de un alumno de tu padre...

Miriam asiente calladamente con la cabeza.

- ...Un recién "retornado a la fe"...

El mismo gesto de la muchacha le indica a Reb Meier su acierto.

-...Ese "Ba´al Tshuvá" es, además, sefardí...

- Se llama Moises Bensimón..."Moi" para sus amigos...

"Bueno, bueno; si Miriam se ha decidido a decírselo todo, le será más fácil aconsejarla -piensa Reb Meier, aunque no puede evitar corregir su optimismo- o más difícil..."

- No veo tu problema... Tu eres muy joven; podrás esperar un tiempo hasta que tu hermana mayor se case...

- ¡Nunca llegará ese día! ¡La fealdad de mi hermana no tiene comparación con nada conocido!

- En ese caso tu padre sabrá resolverlo. Ya verás; decidirá que la soltería de su hija mayor no debe impedir tu boda... Aguarda un poco...

- ¡Aguardar, esperar! ¡A usted le resulta fácil aconsejarlo! ¡Pero para mí resulta imposible!

Meier lo sabe. Pedirle a una doncella en flor, bella, atractiva, no busque al varón es negar la ley fundamental de la vida. El rebe la contempla desde la distancia de su edad. Lejanos para él aquellos años de mozo, cuando, soltero aún, recorría los campamentos juveniles o los movimientos colonizadores, repleto de muchachas bellas y libres. Las noches estrelladas, en los valles o a orillas del Jordán, después del trabajo, no se consagraban por entero al descanso... Los jóvenes alumnos de los seminarios religiosos, él lo era, solían prestar su colaboración a los esforzados pioneros en sus días libres... Otros tiempos, otras las relaciones entre los pocos habitantes de Palestina; soñaban con edificar sobre los pedregosos eriales un país para todos los hijos de "El Pacto"... Su juicio, basado en aquellos distantes recuerdos, es terminante:

"Miriam, llena de sensualidad, con movimientos que constituyen -como debe ser- un llamado a cumplir el mandato divino de la procreación, con sus labios húmedos de voluptuosidad, repletos de promesas, no puede ser condenada a una larga espera... ni corta..." Miriam se ha convertido, repentinamente, en un tema complicado:

"¿De qué sirven las explicaciones rabínicas para una joven mujer ansiosa de cumplir con su parte en la orden bíblica de generar otras vidas? De nada, a pesar de lo tradicional de su familia y su educación pía y ajustada a los más estrictos principios jasídicos...?"

Por otra parte Reb Meier no consigue reprimir un involuntario sentimiento de regocijo ante los problemas que agobian a Reb Jaim Vlodsky, su distante familiar. Con cierto regodeo pecaminoso -sabe perfectamente que debería evitar su contento ante la desgracia ajena- el maestro de Greiding rumia:

"¡Vaya regalo le ha tocado al arrogante Reb Jaim! ¿Cómo digerirá su soberbia de que una de sus hijas pretende casarse con un "Ba´al Tshuvá", sefardita para mayor afrenta a su orgullo? No pasarán de pocos los días para que se entere por vía directa o indirecta. En Bnei Brak las comadres funcionan con eficiencia superior al de las aldeas; cuentan con el teléfono, instrumento que facilita sus labores de comunicación. Tan solo un enemigo podría desearle tal aflicción. Y aunque no me considero adversario de él, no puedo evitar alegrarme..."

Sin embargo, de inmediato, Reb Meier se sume en la contrición: "He violado el precepto fundamental de la convivencia humana, deseándole a mi prójimo lo que no deseo para mí y regocijándome con ello... ¿Cómo puede un hombre qué se considera justo permitir afloren tan depravados sentimientos? ¡Meier, eres un resentido, un envidioso del éxito de Reb Jaim! ¿Cómo juzgarás con la necesaria serenidad de espíritu los problemas de Miriam, si detestas a su padre? El afligido Reb Jaim te ha enviado a su hija confiando en tu ecuanimidad..."

La voz de la joven interrumpe su acto de expiación intelectual:

- ¿Qué hago, "rebeñu"?

El cariñoso apelativo toca sus fibras más íntimas. Su innata bondad jamás ha podido resistir un pedido de ayuda o la aflicción de aquellos que solicitan su apoyo. Meier siempre acude sin excepciones y se pone, invariablemente, junto a los débiles... Miriam está, en ese momento, entre los desprotegidos. No obstante no logra reprimir un ligero reproche.

- ¡No te has andado con pequeñeces, jovencita! Piensa en tu padre y en tu madre... Cuando se enteren que tus dudas bíblicas, sólo encubrían tus deseos de casarte, despreciando las costumbres jasídicas antes que tu hermana mayor que, además, pretendes hacerlo con un "recién retornado a la fe", -¡con las numerosas deserciones que se produce entre los que han probado los placeres del siglo! -y por otra parte, ¡sefardí...!

- ¿Le parece qué nuestra Ley prevé tal diferencia...? ¿Existen para los preceptos de primera y de segunda clase excepto, claro está, excepto las mujeres qué somos, por definición, inferiores?

La correcta crítica de Miriam sorprende al maestro. Meier se ve forzado -no le agrada utilizar la experiencia como un elemento en asuntos del amor- pero, no obstante, tratándose de quien se trata, una joven de aguda inteligencia, se considera en la obligación de prevenirla.

- Casarse una de nuestras hijas, en especial la de una rabí aschkenazi tan tradicionalista como tu padre con una persona de diferente educación, de costumbres -ni mejores ni peores- pero si extrañas para ella, no es lo más recomendable. Pasado el deslumbramiento queda la vida cotidiana, y si casarse nos obliga, a pesar de que se pasen cuarenta o más años juntos, a convivir, en última instancia, con un extraño -o una extraña- considera niña mía, si le agregas una origen y unos hábitos ajenos a los propios...

- ¡El amor supera todas las diferencias! replica Miriam desafiante. Luego, no sin sorna, agrega - Se ha olvidado, Rebe de señalar que, para mayor dificultad, se trata de un "Ba´al Tshuvá"... A ver, sabio maestro, explíqueme porque un judío, mayor de edad, que ha pactado con El Señor el octavo día de su nacimiento con la "Brit Milá" si, temporáneamente alejado de la práctica religiosa, siente el reclamo de la fe y retorna a ella, no es la persona adecuada para ser el yerno de Reb Jaim Vlodsky de Kurst...

"¡Buena pregunta!" la considera Meier y a pesar de que si tiene la respuesta adecuada para ello debería explicarle primero a Miriam su concepto de la religión y su práctica, lo qué, seguramente la jovencita no comprendería (a él le llevó muchos años explicarse sus propias ideas), el maestro prefiere el camino transitado de las manidas contestaciones utilizadas por pesarosos padres en iguales y difíciles circunstancias. Utiliza, tranquilamente -Reb Jaim los hubiera vociferado preso de la ira- los argumentos de circunstancias.

- Los rebes jasídicos consideran que el pasado profano, mundanal de estos inéditos -o retornados- novísimos practicantes del credo mosaico, los hace presa fácil de recaer en el epicureísmo de sus anteriores existencias. El recuerdo de aquellos fáciles y placenteros días constituye un peligro permanente para quienes pretenden seguir las exigentes reglas religiosas. ¿Te imaginas, mi estimada jovencita, la desgracia qué puede significar para un rabí jasídico, no digamos si tiene la importancia de tu padre, qué un yerno suyo, sus nietos se conviertan en profanos alejados del estricto cumplimiento de los preceptos tradicionales? Si llega a ocurrir tal infortunio habrá perdido, para siempre, a la hija, al yerno y a los nietos...

Miriam, cabizbaja, reconoce el cuadro que le pinta Reb Meier. Para la descendiente de severos rabinos dogmáticos -recuerda todavía a su abuelo reprimiéndola por jugar a la comba en sábado- no significan palabras desconocidas. Más de una muchacha de Bnei Brak ha cubierto de oprobio a su familia huyendo con su enamorado laico o, simplemente, marchándose para siempre, a seguir otro tipo de vida, la habitual de la mayoría de las mujeres del país. Conocía estas repuestas antes de venir. No era necesario confesarse ante Reb Meier para obtener tan pobre resultado... Levanta su cabeza y, desafiante, recita:

-"¡Cómo el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los jóvenes!..."

La estrofa del "Cantar de los Cantares" es la respuesta de Miriam. Reb Meier la acoge con asombro: "¡Cómo ha sabido esa jovencita sin experiencia, sin reales estudios rabínicos, utilizar los poemas de Salomón en su literal sentido amatorio desafiando las interpretaciones de los grandes comentaristas bíblicos! La exégesis rabínicas han transformado las palabras del Rey Sabio, constructor del Templo, en una inocente canción sabática, entonada, inclusive por los niños.

¡La inocente muchachita se atreve a desafiar las opiniones de los grandes doctores para darle a los versos de Salomón su real sentido erótico! (Reb Meier comparte esta opinión. Contra el verdadero sentido de las palabras no pueden mil sacerdotes unidos) ¡Valiente mujer! ¡Y mucho ha de amar a ese sefardí para arrostrar tales peligros! No sólo es capaz de enfrentarse con su padre..." El rabí de Greiding percibe claramente que únicamente el camino de la comprensión es el único correcto.

- ¿Por qué estás tan alterada, hija mía?

- ¡Estoy desesperada Reb Meier! ¡Ni siquiera esperando el improbable casamiento de mi horrible hermana mayor podré ser la legítima esposa de Moisés, de mi amor! ¡Me quieren casar con otro! ¡Mi madre ha llamado a más de un casamentero para "ir viendo el mercado", y cómo ella afirma" Una vez "colocado" el adefesio, no quiere demorar mi boda... No confía, parece, mucho, ni poco, en mi capacidad de espera...

(La "rebetzn" de Kurst parece conocer bien el natural de su hija menor, -reflexiona Meier- sabe, por madre y por mujer, que casarla cuanto antes es lo mejor... No tendrá dificultad de hallar un excelente partido... Miriam, joven y bella, hija del Reb Jaim Vlodsky de Kurst, interesará a más de uno... Podrá elegir... Pero no creo que un jasid, un estricto observante de las normas rabínicas extremas sea el marido adecuado para ella...)

Ante el silencio de Reb Meier que se limita a observarla, Miriam insiste implorante.

- ¡He venido en busca de su consejo!

- No me resulta fácil enjuiciar un tema tan particular...

- ¡Para eso se recurre a los rebes! Los asuntos de carácter general se estudian, se discuten con el fin de aplicarlos luego a los problemas individuales...

Sorprendido por la correcta respuesta de una jovencita apenas salida de la pubertad, Reb Meier le pregunta sorprendido.

- ¿Y de dónde saca, una chiquilla cómo tú, palabras cómo las qué acabas de pronunciar? ¿Cómo te atreves a discutirme?

Miriam cambia el acento. De una casi airada contestación pasa a un tono no lejano de la zalamería.

- Las palabras pertenecen a mi padre, Reb Jaim de Kurst...

"¡Vaya, Reb Jaim posee un buen conocimiento de los comentarios de Rashi!" Meier no puede evitar el elogio de su colega y familiar, por supuesto sólo para su coleto.

-...Se las he oído más de una vez cuando sus discípulos se quejan del estudio en abstracto de Los Mandamientos y las disposiciones bíblicas. Siempre responde a los protestones: ¿"Cómo podrán resolver los casos particulares sin conocer el total de los mandatos de El Señor? ¡A estudiar imberbes, hasta qué tengan una espesa barba!" Eso les dice... mi padre... de tanto escucharlo... me ha quedado...

- Pues "te ha quedado", me parece, aquello que no te impide hacer tu voluntad... El resto lo has olvidado, me da la impresión...

- ¡No "rebeñu" -"¡Vaya aduladora!" piensa Reb Meier- ... ¡por ello mi desesperación - continúa Miriam- ¡Vengo a usted, sabio entre los sabios- "No está mal el elogio", reflexiona halagado el Rebe de Greiding- ... a que me dé, por piedad, una solución.

- Lo que realmente deseas, muchachita, es una opinión en tu favor, justificando tus actos -futuros espero- sobre cuya corrección tienes dudas... Quieres enfrentarte a la voluntad de tus padres...¡Y eso no, Miriam! ¡No cuentes conmigo!

La hija de Jaim Vlodsky, con una entonación de seriedad absoluta, le señala:

- Reb Meier; Ha sido mi padre quien me ha enviado a usted, piadoso maestro. Él confía en su sabiduría -vacila un fugaz instante- yo también... Aceptaré su veredicto sin vacilaciones, por más severo y duro sea su cumplimiento para mí...

El rabí sabe que ha llegado el momento de la verdad. La jovencita le ha abierto su corazón, le consta; su padre recurre a su saber y bien hacer para señalar un camino a Miriam; debe honrar la fama de justos de los rabíes de Greiding…

Reb Meier reclama silencio con un gesto. Cierra los ojos; busca en su interior, en la experiencia heredada y propia, en las enseñanzas de su larga vida, en los errores propios y ajenos, en el conocimiento de la naturaleza humana, en su diálogo íntimo -un largo monólogo- las justas palabras que puedan conformar la respuesta correcta.

Cuando Meier levanta sus párpados, sus ojos tienen un especial resplandor. Con tono solemne, dice:

- Te pido Miriam que regreses dentro de dos días. Recién entonces estaré en condiciones de darte mi opinión.

- ¡Rebe, no me de largas, por favor! Como hija de rabino que es, la joven conoce el método de cansar al peticionante de los rabíes cuando no han llegado a una conclusión, o no se la quieren dar. Su padre, como tantos otros, practica el procedimiento dilatorio con asiduidad.

- ¡Te prometo solemnemente qué tendrás mi respuesta dentro de dos jornadas! Debo considerar cuidadosamente algunos aspectos particulares de tu caso…

Miriam acepta la palabra del maestro y parte de regreso a Bnei Brak.

No bien ha cerrado la puerta de calle, Lea, presa de una enorme e irrefrenable expectación sale de su puesto de observación y le exige a su marido:

- ¿Cuál es tu contestación, Meier? ¡Sé qué ya la tienes…!

- No del todo…

- ¡A mi no despistas con tus actitudes! ¡Recuerda! ¡Soy tu esposa!

“No caben dudas; Lea es quien mejor me conoce. Sé que no satisfacer su curiosidad me acarreará consecuencias: comer frío, soportar ruidos inexplicables durante las horas de estudio…¡O peor! impidiéndole la siesta, su momento de meditación más profunda…” Pero Meier no considera oportuno hacerle saber a su mujer sus ideas.

-…porque las dudas que tengo acerca de su corrección son muchas, Lea.

- ¿No será por qué se trata de la hija de Reb Jaim Vlodsky, de Kurst?

- Si, por ello precisamente…

- ¿Pretendes darte importancia ante él?

- No. No se trata de mi vanidad.

Lea está desorientada. Su marido no miente nunca, ni en las oportunidades más insignificantes. Lo sabe. Muchos de los inconvenientes de su vida pudieron evitarse si su respetado esposo se hubiera callado.

- Si no por altivez ¿Cuál es el motivo por el cuál demoras dos días tu respuesta? ¿Acaso por qué Reb Jaim Vlodsky pertenece a tu familia?

- No me resulta fácil, Lea. No se, realmente, si mi contestación la dicta mi envidia por su posición... O el encubierto deseo de hacerle daño ¿Quizás algún resentimiento oculto en mi subconsciente? -no en vano Meier ha leído a Freud de quien opina se ha inspirado en La Biblia para sus teorías- ¿O mi perversidad qué aflora? Quizás, simplemente, la maldad natural en las relaciones entre familiares...Puede ser eso, Lea... Pero ¿por qué no, sencillamente, el fruto de mis cavilaciones? Mis recomendaciones, en muchas oportunidades, fueron consideradas excéntricas o absurdas, contrarias a los comentarios y experiencias de respetados rabinos pero, las más de las veces, he brindado soluciones originales y prácticas a más de un desesperado... Y Miriam lo está... -Reb Meier sonríe burlonamente- No puedo acudir a ningún maestro para pedirle consejo, como hacen lo psicoanalistas. Debo hallar, solo, el camino justo... Y tener presente la más importante regla moral del judaísmo; “No hagas a tu vecino lo que no quieres que te hagan a ti...”

- ¿Cómo eres capaz de pensar siquiera qué puedes ser capaz de dañar a nadie, Meier? Eres la persona con mejores sentimientos del mundo entero...

Meier se siente halagado por el elogio de su esposa; lo aprecia como el mejor, pero su inquietud no se aleja por ello. Entonces formula la pregunta que verdaderamente lo sobrecoge.

- ¿Qué pensarías de un rabino qué aconsejara erróneamente, a nuestro entender, a nuestra hija Sara y qué, además las consecuencias de sus recomendaciones resultaran no sólo irreparables sino, asimismo, dolorosas para nosotros, sus padres...?

- Lo consideraría un ser vil y despreciable. Pediría en mis maldiciones la peor de las suertes para él y su descendencia hasta la décima generación...Qué fueran...

Meier la detiene con un gesto y con una sonrisa apenas esbozada. La vehemencia de Lea no se detiene en pequeñeces. Cuando lanza sus imprecaciones contra alguien -no lo hace frecuentemente- supera a Taibl, la última comadrona de Greiding, jefa indiscutible de las comadres del pueblo. Su repertorio, afirmaban los conocedores, reunía centenares de posibilidades de desearle el mal a sus semejantes... Pero las preocupaciones del Rebe de Greiding son otras.

- Debo reflexionar cuidadosamente -su expresión denota su conflicto interior- Mis indicaciones a Miriam no deben significar ningún pesar para sus padres, si lo puedo evitar... Pero, no por eso, puedo exigir a la muchacha malogre su joven existencia para el resto de sus años... Aconsejar a Miriam continúe sometida a costumbres retrógradas a las cuales me opongo personalmente y que, además, constituyen una acumulación de ideas trasnochadas sin ninguna relación con la condición de la mujer en la familia y la sociedad, sería cometer un pecado

imperdonable… Por otra parte… ¿De qué servirán mis opiniones oponiéndose a las irrefrenables fuerzas de la naturaleza? De nada… Los impulsos primarios del género humano no pueden dominarse con palabras… Sólo puedo intentar encauzarlas de manera que cause el mínimo sufrimiento a los suyos pero, ante todo, no perjudiquen a Miriam convirtiéndola en la víctima de mis errores de juicio…

Lea comprende el dilema de Meier; sin embargo su curiosidad puede más que su recato:

- Algo ya habrás pensado…

- Si… Pero deseo consultarlo con mis dos asesores… -Reb Meier sonríe.

- Bien sabes que en momentos difíciles me pregunto: ¿Cuál sería la respuesta de mi padre, Reb Scholem, "el zahorí" ante este caso" Suele dármela en mis sueños… Nunca ha dejado de acudir…

Ante el silencio de su esposo, Lea, intrigada pregunta:

- Has hablado de dos asesores… ¿Quién es el segundo?

- Mi conciencia… o como se llame… Cuando duermo, libre de las presiones del día, emancipada de las influencias del medio, elabora sus conclusiones razonadamente… Por eso le he pedido dos días… mejor dicho, dos noches…

Lea aprecia y admira a su esposo, a pesar de las críticas con las que lo reconviene a menudo. Sabe que debe respetar su actitud. A pesar de ello le pregunta:

- Sin embargo… ¿No me podrías adelantar algo…? Soy tu esposa, Meier…

- Dentro de dos días, Lea..

MOISES

Su revólver, que me apuntaba a menos de cinco centímetros de mi frente, no ofrecía dudas sobre lo certero de su disparo. Si se decidía a gatillar yo me convertiría de un joven prometedor, con toda la vida por delante, en unos restos mortales sin otra perspectiva que una fría tumba en el cementerio de Madrid.

Lo lamentaba profundamente. En especial que mi asesino me eliminara de este maravilloso mundo de los vivos por un problema de interpretación generacional. Nunca advertí, hasta ese instante, lo que significa la abismal brecha cultural existente entre nosotros y la generación inmediata anterior, es decir la de nuestros padres.

Mi primo segundo, o tercero -nunca me enteré del verdadero grado de nuestra relación familiar -llamado Alex, (en realidad encubre su verdadero nombre Abraham con ese pretendido

"Alex" para disimular sus orígenes enraizados en la "mellah" magrebí); educado en los rígidos conceptos de judería marroquí, no había evolucionado en ningún aspecto y menos en los matices de las relaciones modernas entre los sexos. Tampoco, quizás de otra forma, se había desprendido de antiguos y obsoletos prejuicios su esposa Rolande, que tampoco se llamaba en realidad así. Su verdadero nombre en hebreo, "Rajmaná", lo transformó en el afrancesado "Rolande" durante los cursos de la "Alliance", en la cual se educó durante su niñez y adolescencia.

Tanto Alex como Rolande no habían progresado mentalmente, ni ajustado sus conductas sociales con la época actual. A pesar de los largos años de haber abandonado el Norte de África para instalarse en Europa, seguían aferrados a las costumbres de la vida tribal norafricana y, en muchos casos, no habían dejado aún, mentalmente, las "mellah" de sus ciudades natales.

- Alex -dije en un desesperado intento de situarlo en la realidad- ¿Serás capaz de asesinar así, a sangre fría, al hijo de tu mejor amigo, un directo familiar tuyo además?

El brillo criminal de sus ojos, sumados a sus palabras, no me dejaron la menor esperanza.

- ¡Lo haré, Moisés Bensimón apenas acabes -¡maldito!- ¡Debes pagar por el terrible crimen qué has cometido! ¡Sólo tu larga agonía puede reparar un poco la irreparable afrenta qué me has hecho! sentenció mi potencial homicida.

- ¡Mátalo, mátalo! -aulló animándolo a perpetrar el crimen la maligna Rolande. La cónyuge de mi dispuesto verdugo, testigo presencial y cómplice indispensable del asesinato a punto de cometerse, empujaba el brazo de su esposo animándolo a disparar.

En un último intento, grité:

- ¡Rolande! ¡Acabarás tus días en la cárcel! ¡Declararé qué sin tu participación no hubiera sido posible mi ejecución!

Mi intento de aclararle a la instigadora su situación jurídica resultó vano.

- ¡No tendrás esa satisfacción! ¡Estarás en el infierno durante las investigaciones! -Me espetó la arpía, y agregó segura- ¡Alex es un caballero que asumirá toda la responsabilidad! ¡Yo quedaré al margen!

El rostro de mi inmediato matador nada reflejó. No pude creerlo. Conociéndolo como lo conocía, no podía admitir que Alex Bensimón -nuestro apellido común demostraba claramente nuestra relación familiar- fuera un señor en el sentido de la palabra. Intenté dramatizar las consecuencias de mi eliminación del censo de los vivos.

- Alex... ¿Cómo justificarás tu acción ante mi padre, tu primo, tu mejor amigo, cuándo me deba dar sepultura y rezar el "kadisch" por mí, su adorado hijo menor?

- ¡Le diré qué he eliminado de la Tierra a uno de sus más perversos habitantes! ¡Qué nuestra familia, los Bensimón, ya no deberán avergonzarse con tu pertenencia a nuestro puro linaje! -Alex declamaba sus frases con la entonación y el convencimiento de un actor de un cuadro filodramático de provincias representando el "Juan Tenorio". Siempre gusté del buen teatro español. A pesar de la extrema situación en que me hallaba, no pude reprimir mi sentido crítico.-

- ¡Alex! ¡Tus palabras suenan más falsas qué promesas de vendedor de coches usados! -utilicé la metáfora al recordar, mi situación no me permitía exquisiteces poéticas, el negocio de mi primo segundo con el cual se había hecho de muchos millones y de más enemigos que sus dineros.

- ¿Tú te permites hablar de falsedades hipócritas? ¿Qué autoridad moral tienes para desprestigiar a un honorable gremio de comerciantes? -Me pareció que, sin quererlo, había empeorado mis posibilidades de sobrevivir con mi parangón. Pero Alex, además de ofenderse profesionalmente, se encaminó por el peligroso sendero de sus cualidades de caballero español.

- ¡Además debo matarte para salvaguardar mi honra! ¡No le queda otra alternativa a un hidalgo cuándo de su honor se trata! -Continuó recitando vilmente mi mal habido pariente.

Tampoco en este delicado primó mi cordura. Las necedades me enfurecen.

- Alex, no exageres con eso del honor. ¿Te has olvidado de nuestros vínculos familiares? Somos pocos y nos conocemos perfectamente...

- ¡Mátalo, mátalo! ¡No demores un segundo más este acto de divina justicia! -chilló la infame Rolande.

¿Por qué se encontraba tan encaprichada con eliminación física la depravada esposa de mi primo segundo? Yo lo sabía perfectamente. Su odio se originaba en aquella fatídica mañana de sábado de pocos meses atrás. Supuse -había acontecido con regularidad cronométrica- que mientras Alex se encontraba en la sinagoga tratando de arreglar con unas oraciones los deberes religiosos incumplidos del resto de la semana y Rolande entregada a su actividad principal de compradora compulsiva, en especial en época de rebajas, su hija Alegre, el objetivo principal de mis operaciones, se encontraría sola y esperándome, como de costumbre lo hacía...Más no. En lugar de la bien dispuesta damisela se encontraba su madre, la infausta Rolande.

Mi pariente política, mujer bastante bien conservada -producto de los más diversos tratamientos de cosmética avanzada, cirugía incluida, largos ayunos en clínicas especializadas, de esas que cobran fortunas diarias por brindarte agua como toda pitanza, sumado lo anterior a fatigosas sesiones diarias de gimnasia con extenuantes aparatos- se mantiene en una aceptable forma física. Su aspecto no condice, a primera vista, con el esperado en una respetable matrona sefardí, de esas a quienes la edad les confiere ese particular aspecto honorable común a todas ellas.

Sabedora de mis virtudes por el comentario generalizado de nuestro núcleo social femenino o, quizás por la confidencia de alguna fémina merecedora de mis favores -no faltan en el círculo de sus amigas-, la desvergonzada cónyuge de mi primo segundo Alex, se insinuó... Alegre se había marchado, imprevistamente, a la sierra a esquiar con unas amigas. Y ya que no se hallaba la hija, estaba la madre...

Efectué el tratamiento previo adecuado en sus puntos más sensibles impelido por mis inclinaciones primarias, cuando me encuentro ante una hembra sin distinción de raza, credo, edad, condición social o familiar. Tampoco me coarta la época del año, ni la hora del día significa un impedimento. El necesario elemento para mis reacciones lo representa una mujer en actitud receptiva. Y Rolande ese día ¡vaya si lo estaba!...

Pero me detuve a medio hacer, hecho desacostumbrado en mí. Una vez iniciada una faena de ese tipo es imposible, al menos para mí, inacabarla. Obraron para que tal inusual circunstancia se produjera varias consideraciones; la antigüedad del objeto de mis incursiones sicalípticas, avanzado medio siglo; las complicaciones que podía provocar el hecho de ser madre de Alegre, el verdadero motivo de mi interés; si bien servir a una hija y a una progenitora, simultáneamente, no resulta incompatible...¿Qué necesidad tenía de complicarme la vida en demasía? En trance de elegir, la joven y sabrosa damiselita resultó la escogida.

Abandoné la tarea, y a la potencial adúltera, sin mayores explicaciones. No las hubiera aceptado. Una mujer en trance celoso -en especial si casada- no perdona al varón que deserta antes de cumplir su cometido.

La frustrada infiel -al menos conmigo- no constituyó la excepción. Me gané su odio eterno.

La difícil situación en que encontraba, a punto de perder mi vida a manos de Alex, su esposo -si bien en este caso no actuaba como marido ofendido sino como padre vengativo, - constituía la prueba total de su resentimiento de mujer despechada.

- ¡Mátalo! ¡Dispara de una vez Alex! -Insistía la bruja- ¡Debes hacerlo! ¡Ha deshonrado a nuestra familia!

En los ojos de mi homicida brillaba un furor asesino digno de mejor causa. No terminaba de aceptarlo. Si bien los sefaraditas de Marruecos habían convivido durante siglos con los mahometanos y "el homicidio por honor" constituye un hecho socialmente aceptado - levemente penado- , Alex, mi primo segundo, que yo supiera no se había convertido a la fe musulmana. ¿A qué venía entonces eso de "matarme" por un motivo de honra? Me creí en la obligación de recordárselo.

- Alex, un "tetuaní" como tú, como mi padre, seréis magrebíes pero ante todo sois hebreos respetuosos seguidores de los Mandamientos. Un sefardí puede ir en trena porque un "negocio" le "ha salido mal" y no ha podido huir a tiempo, o porque no ha podido evitar a pesar de abogados de relumbre y cohechos, que su inocente quiebra se declare fraudulenta; representan accidentes profesionales perfectamente aceptables, pero ¡ir a chirona por un

asesinato! ¿Quién ha oído nada semejante en nuestra comunidad? ¡Y por honor! ¡Jamás! No existen precedentes, salvo algún hecho bíblico -recordé la violación de Tamar que perpetró Amnón con su hermana y la muerte de éste a manos de su hermano Absalón -pero Alegre y yo éramos, en el mejor de los casos, primos quintos o sextos y no hermanos y, por otra parte, de forzamiento ¡Nada! Consentimiento mutuo y satisfactorio recíproco... Y para finalizar agregué. - Además, Alex, está prohibido por la Torá! ¡"No matarás", ordenan claramente los Mandamientos!

- ¡También dice "ojo por ojo, diente por diente"! apuntó con ira vindicativa el basilisco de Rolande.

Reflexioné; la idea de ser sujeto pasivo de una acto de sodomía -penado con la muerte en los mandatos bíblicos por otra parte- no me atraía en especial y, a pesar de que en estas épocas la categoría de "gay" ya no representa una vergüenza social, -hay rabinos que tratan de justificar la homosexualidad, cuando no practicarla y ser guías espirituales de congregaciones de estos pecaminosos correligionarios- quise evitar encontrarme solo, en una fría tumba con dos metros de tierra encima.

Accedí a la impensada propuesta de la arpía Rolande sin meditarlo demasiado. Una sola justificación conseguí encontrar en esos infinitesimales instantes que mediaban entre vivir y morir: Cualquier acto, por nefando, se puede cometer si la finalidad es preservar la existencia, según está escrito; sabia y santa disposición pensé, sobre todo tratándose de mi vida.

- ¡Acepto! ¡Estoy dispuesto a ser sodomizado si ello os satisface cómo reparación ! grité.

Mi inesperada oferta los desconcertó. Nunca había considerado otra alternativa que mi funeral. Rolande, después de unos segundos de estupor, en la cima de su perversidad, asintió. Advertí que la idea de hacer público en Madrid, España y el mundo entero que a "Moi", al supermacho, le habían "conocido" contra natura le encantaba. De ahí en adelante sería nombrado como "el mariquita". Ni siquiera las especiales circunstancias de mi organismo receptivo serían causas eximentes para una sociedad profundamente machista como la española.

Por ende los sefaradíes me condenarían con mayor dureza, no sólo por seguir la corriente general; la homosexualidad está severamente castigada por las disponibles bíblicas.

- ¡De acuerdo! Destiló su pestilente baba la raposa Rolande.

- ¿Quién... lo hará...? La solución no le atraía demasiado a mi primo segundo. Las vacilaciones de su voz lo demostraban.

- ¡Tú! Le aclaró su cruel esposa.

- ¡No quiero! ¡Es un pecado gravísimo! Alex trataba de librarse de la felonía.

- ¡Ya encontraremos un rabino qué te absuelva! Escupió su bilis la depravada Rolande, demostrando, una vez más, su absoluta ignorancia sobre las funciones de los maestros de La

Ley mosaica. Para ella, inmersa en la realidad católica hispana, la diferencia entre las misiones de los sacerdotes apostólicos romanos y los rabíes se habían disipado. Ya no podía diferenciar con exactitud las misiones de los mentores de ambas creencias.

Bien, me felicitó. Había logrado el objetivo inmediato; alejar el espectro de mi muerte con una oportuna maniobra divisionista. A continuación como desbaratar la opción ofrecida, constituía mi segundo paso.

- Les aclaro que el castigo no se ajusta al "ojo por ojo" de la ley del talión. Yo soy virgen...

- ¿Virgen tú? Mis ejecutores no aceptaban mis afirmaciones con carácter general, por lo cual aclarada el área de mi pureza genital, proseguí.

- ... En cambio vuestra hija... La frase sin terminar traía consigo implicaciones inequívocas.

Mis claras insinuaciones enfurecieron a los progenitores de la causa de mi perdición.

- ¿Afirmas, violador, qué nuestra pobre hija tenía perdida su castidad antes de "conocerte"?

No pude evitar una frase ingeniosa, e inoportuna... ¿Cuántas vidas se han perdido por esa jactancia intelectual?

- Alegre tenía sus estudios teóricos y prácticos aprobados, con excelente clasificaciones, un considerable tiempo atrás previo a nuestro recíproco y placentero intercambio de experiencias.

Alex se contrajo en una mueca; su tez adquirió el color de una guindilla y su voz, sombría, no anunciaba nada bueno para mí.

- Si tú no has sido, hijo de Satanás... ¿Quién entonces?

- Jamás interrogo a una dama sobre su historia amorosa. Soy un caballero... Por otra parte, en estos tiempos -¡Deberías "agiornarte", Alex!- la integridad del himen carece de importancia para los varones, esposos incluidos! Puedo afirmar, y no hablo son ligereza, pocas señoritas llegan puras y castas al matrimonio... ¡La virginidad ya no está de moda en el mundo! Vuestra hija no constituye una excepción...

Mis aseveraciones fueron malinterpretadas. Las limitaciones culturales de Alex se manifestaron brutalmente. Apoyó el cañón de su arma homicida sobre mi frente. Estremecido por la ira, inquisitivamente continuó:

- ¿Sugieres qué -su voz vaciló. No podía aceptar, ni aun supuestamente, su hija fuera calificada, según su anticuada tabla de valores, como una "mondaine"- ... mi niña, mi Alegre... ha ido de... en....?

Alex, prototípico ejemplar de un espécimen anclado en el pasado, no podía aceptar las actuales relaciones entre varones y mujeres. Como para otros modelos de conductas trasnochadas, pertenecientes a las diversas religiones de la humanidad, para él la virginidad de las solteras representa un tesoro guardado con celo. No logran hacerse a la idea que el himen es apenas una imperfección genética que se debe corregir de inmediato apenas una mujer tiene noción del inacabado de la naturaleza...

Por otra parte, si entre los judíos a los varones se los circuncida a los ocho días de nacido y no tienen, en su momento, el inconveniente de la rotura del frenillo que sujeta el prepucio al bálano ¿Por qué discriminar a las féminas hebreas con restricciones qué se evitan para los de sexo masculino...?

Pero mis igualitarios conceptos de igualdad me condujeron a cometer otro grave error.

- Alex -le dije con inocencia- Recapacita; nunca he definido a tu hija como una- busqué en mi amplio vocabulario las palabras menos ofensivas para el prehistórico arquetipo- - mujer dada a la promiscuidad...

La explicación, bien elaborada -e incomprendida, supongo, por mi primo segundo- hubiera mejorado nuestra relación de victimario- víctima pero la que si entendió perfectamente la frase fue Rolande, la homicida en grado de complicidad directa:

- ¡Alex, el depravado corruptor de nuestra inocente Alegre llama ramera, mujer de la calle, a la pobre niña qué creyó en sus promesas y se le entregó! ¡Has abusado de su inocencia!

El presumible asesino apretó el arma homicida contra mi cabeza. El cañón parecía atravesarme el frontal. Presa del pánico, respondí sin reflexionar demasiado:

- ¡Mi único compromiso fue asegurarle qué pasaríamos un agradable momento recíproco! ¡Yo cumplí! ¡Y les puedo asegurar qué Alegre me correspondió a mi entera satisfacción!

La miserable Rolande, alterada por mis declaraciones -supongo por envidia y resentimiento- culminó su notable interpretación de progenitora desesperada con un magistral -justo es reconocerlo- "finis coronat opus". (Mi latín proviene de mis estudios en los colegios españoles). Con tono y gesto rayanos en la desesperación que sólo una madre puede experimentar ante la desgracia de uno de sus hijos, la frustrada adúltera, exclamó:

- ¡Pobre Alegre! ¡Creyó en tus promesas de casarte con ella! ¡Por eso cedió a tus lujuriosos requerimientos entregándote su inocencia!...

La claridad irrumpió entre los negros nubarrones de mi estupor... ¡Ahora todo encajaba, adquiría sentido! ¡Me habían sorprendido practicando la gimnasia más antigua del mundo asociado con Alegre no por casualidad! ¡Ahora me ofrecían el casamiento cómo el único medio de reparar la honra de su hija y el exclusivo recurso para salvar mi vida! ¡La muy zorra de Alegre me la había jugado! ¡Pretendía convertirse en una respetable matrona utilizándome para ello! ¡Y

sus desesperados padres, conscientes de la "joya" qué tenían en casa, se habían confabulado con su promiscuo retoño para cazarme!

Lo adecuado sería, una vez más poner en claro la situación.

- ¡Yo no he abusado de ninguna candidez! ¡No me he comprometido a nada! ¡A la señorita hija de ustedes le gusta encamarse...!

- ¡Encamarse! ¡Qué vulgaridad para el acto de amor de una casta niña!

Musitó entre las brumas de una excelente escena de desfallecimiento la émula de Lilit, la perversa Rolande.

- Es un correcto vocablo castellano. Se utiliza para definir la acción de meterse en cama por alguna razón u objetivo...

- ¡Mátalo, mátalo Alex! Clamó la vulpina y predispuesta encornudadora repentinamente recobrada de su colapso inmediato anterior.

El vindicativo progenitor vaciló un fugaz instante por una razón indeterminada, quizás porque estaba todo dicho y la víctima, yo, no se prestaba a sus exigencias. La acción se imponía... y del dicho al hecho la perspectiva de la cárcel no lo convencía demasiado... Advertí la fugaz debilidad y se me ocurrió atacar por un sector no previsible.

- ¡Nuestros encuentros se producían las más de las veces ahí! -Señalé el sofá sobre el cual yacía la ponzoñosa alimaña de Rolande presa, ahora, de un sofoco mortal de necesidad si hubiese sido cierto. Mi indicación sobre el lugar de los hechos, provocó su inmediata recuperación. Agregué, con absoluta maldad conociendo la tabla de valores de la alimaña. -Deberían pensar en comprar uno nuevo. Este se halla desgastado por el excesivo uso...

- ¡Qué dirán nuestras visitas cuándo se sientan en él! recapacitó trémula la zafia esposa de mi primo segundo.

- ¡Ni te lo puedes imaginar! Ahondé con mi comentario la herida.

La reacción se produjo de inmediato.

- ¡Eres un avaro cómo todos los de tu familia! ¡Te lo vengo diciendo desde hace años! ¡Debemos renovar todo el mobiliario! ¡Mudarnos a un barrio de categoría! ¡Hay qué comprar un coche grande y aparente! ¡Hay qué...!

- ¡"Hay qué, hay qué..."! ¡Es lo único qué sabes decir! ¡Y tus "hay qués" siempre significan dinero! Le respondió de muy mala forma Alex. Y agregó -Además, ahora no es el momento...

- ¡Nunca es el "momento" cuándo se trata del parné! clamó la compradora compulsiva.

Rolande tenía una fama bien ganada de transformadora de billetes de banco en mercancías, las más de la veces inútiles, a una velocidad inigualable, según afirmaban las comadres de la familia.

- ¡Ahora menos! Contratacó mi primo segundo fundamentándose en un argumento irrebatible para cualquier sefardí. -¡Necesitamos todo el dinero posible para la boda de nuestra pequeña Alegre!

La sola idea de invitar a quinientas personas, o más, a la ceremonia y al banquete, comprarse los vestidos en Paris, lucir las joyas de la familia y ser el centro de la atención enloqueció a la ya perturbada Rolande. Durante seis meses su única actividad sería gastar... Pero a mí las palabras de Alex me intranquilizaron en grado sumo. Si planeaban la boda de Alegre...

- ¡Los felicito! Pronuncié estas, y las siguientes palabras con el mejor tono de inocencia posible.

-¿Y con quién se casa vuestra adorable hija?

- ¡Contigo, canalla! Bramó mi primo segundo. La furia homicida reapareció en su rostro.

Y, una vez más, me encañonó.

Y también mi inoportuna ingeniosidad, una vez más, me había traído nefastas consecuencias... No sé callarme... Pretendí -¡Iluso de mí!- comprobar los detalles faltantes...

- Supongo que Alegre está de acuerdo...

- ¡Encantada de la vida "Moi"! Relinchó con una sonrisa depravada la madre de la presunta novia.

¡No podía ser de otra manera! La muy hija de la meretriz modelo, formaba parte de la confabulación destinada a reparar su desprestigio social a causa de su fama de muchacha de poco seso y mucho sexo... La perspectiva de casarme con una señorita de carnes muy sobadas por el intenso uso, no me atraía de ninguna forma. Por otra parte nada me unía a la precoz buscona. Si bien habíamos compartido momentos de mutua concupiscencia, ello no significaba que yo tuviera la madurez necesaria -tampoco la tengo ahora- para casarme...

Esta última afirmación de Moisés Bensimón de la cual se podía inferir su soltería, inquietó sobremanera a su interlocutor, y receptivo oyente Reb Meier de Greiding... Si permanecía célibe, ello significaba, evidentemente que no se había desposado con Miriam Vlodsky, la hija de Reb Jaim, su distante familiar...

Pero el monólogo de Moisés no tenía ese argumento. Narraba, preferentemente, las peripecias previas a su presunto homicidio...

-...Y carecía de los sentimientos necesarios para unirme a la pequeña granuja, hija de la experimentada zurcidora de Rolande que pretendía reparar el dañado prestigio de su hija, utilizando una boda -conmigo- en vez de aguja e hilo... Continuaba Moisés, explicando sus vicisitudes.

- Pero lo que colmó mi capacidad de soportar agravios fue la propuesta de Alex con la cual pensó doblegar mi férrea resistencia al matrimonio con su democrática hija.

- Por el dinero no te preocupes... Por supuesto vendrás a trabajar conmigo en mi empresa de Import-Export...

Esta oferta representó el final de mi paciencia. ¡Cómo si los Bensimón necesitaran de sus recursos, miserables si se comparan con lo de mi familia, Rebe! Pero la espeluznante perspectiva de depender económicamente de Alex, de compartir un tercio de mis días hábiles con él y el imbécil congénito de André, mi cuñado en expectativa, representaba un futuro apocalíptico. Es ese momento juré que si salía con vida, y soltero, del grave trance en que me hallaba, consagraría mi existencia entera al servicio del Creador del Mundo, de Adonai hasta las últimas consecuencias. Mi decisión estaba tomada; respiré profundamente y con un triste tono de voz, pero subrayado por las inflexiones necesarias para demostrar mi inexorable determinación, anuncié al imbécil de Alex, y a la perversa Rolande, mi última e inmodificable respuesta:

- Nunca me casaré con Alegre. ¡Jamás!

- ¡Morirás Moisés! Me anunció, con voz firme, mi potencial asesino .

- ¡Te pudrirás en tu tumba! Agregó, satisfecha al ver culminada su venganza de hembra resentida la provecta bruja de su cónyuge.

Para demostrar -incluido "moi méme"- que estaba decidido a dejar esta vida antes que ceder, pronuncié, respetado Reb Meier, las frases correspondientes al tránsito final:

- "¡Schmá Israel! ¡Adonai Eloeinu, Adonai Ejad!"

Cerré los ojos; escuché, horrorizado el sonido del percutor llevado hacia atrás preparándolo para disparar...

Se produce una larga, dramática pausa en la narración de Moisés Bensimón.

Reb Meier Vlodsky de Greiding, que ha escuchado pacientemente el extenso relato de su visitante, efectúa, como resulta inevitable, la inevitable pregunta:

- ¿Y cómo estás con vida? ¿Se arrepintió tu familiar a último momento?

- No, respetado maestro. Alex presionó sobre el gatillo para producir el disparo asesino.

- ¿Se desvió la bala?

- Imposible. Tenía el cañón apoyado sobre mi frente...

- ¡Ya me explicaras cómo estás aquí, gozando de una salud envidiable!

El rabí clava sus ojos en las celestes pupilas del sonriente sefardí que tiene delante. Sus dientes brillan entre unos ligeramente carnosos labios de claro origen morisco.

- La bala destinada a terminar con mi preciosa vida no se disparó, rebe, por el simple hecho de que a mi homicida "se le olvidó" colocar los proyectiles en el tambor del revólver...

Moisés con una mueca burlona, abre sus brazos con un gesto que lo dice todo.

El Rebe recapacita y analiza en alta voz las circunstancias:

- Técnicamente tu primo segundo Alex... disparó... Es decir que su intención, su voluntad de eliminarte de entre los vivos, existió...

- Así es, maestro...

- Pero omitió verificar si el arma estaba cargada...

- Alex aseguró qué, en la ofuscación del momento en que me sorprendió sobre el sofá con Alegre, colocada en el lugar adecuado y ambos en el uniforme apropiado para el deporte que estábamos practicando, cogió el arma del cajón dónde la guardaba sin controlarla...

- Se puede aceptar, pero yo dudo de la verdad de esta explicación...

- Y yo, Reb Meier... Intuí en algún momento que todo era una farsa montada con la complicidad de la "incapaz de negarse" Alegre, su maldita progenitora Rolande y el cabrón, a la vez que desesperado padre, mi primo segundo Alex.

El rabí menea la cabeza negativamente.

- Una apuesta muy arriesgada... Te jugaste tu existencia confiando en tu juicio, realizado en difíciles circunstancias... La vida es nuestro más precioso bien y no se debe envidar con ella... Si bien, como tú lo has afirmado, conociendo el paño podías suponer hasta que punto eran reales las amenazas... Tu aguda perspicacia y sabedor de la pautas culturales de tu primo, lo presentías en el fondo de tu memoria histórica, la que te advirtió que lo único verdadero lo representaba el hecho de que te querían colocar una mercancía "defectuosa"...

- Contra mi voluntad... No pensaba, ni pienso casarme por mucho tiempo...

La imagen de Miriam Vlodsky se aparece al rabí una vez más. Si Moisés fue el motivo de sus inquietudes y la razón última de que la muchacha requiriera sus consejos; "¿Los había seguido? ¿Cuál fue la suerte de la hermosa hija de Reb Jaim?"

La presencia de Moisés Bensimón provoca terribles dudas en él...

Pero “Moi” con su relato, y sus lúcidas observaciones , lo substraen, una vez más, de sus preocupaciones acerca de Miriam... La historia de Moisés le interesa sobremanera... demasiado... Quizás su curiosidad esté emparentada con las vocaciones chismográficas de las mujeres del barrio, ávidas de hurgar en las vidas ajenas...

- Como se advierte fácilmente, Reb Meier, mi primo segundo jamás tuvo el propósito de eliminarme del censo de los vivos...

- Si, matar no entra en su educación, ni en sus formas de comportamiento, por más que los sefardíes hayan vivido siglos entre mahometanos... ¿Ir a prisión por un asunto de honor?...

- Nunca. Pero mi ofendido familiar de alguna forma pudo afirma que lo hacía...

- Por supuesto, Moisés. “Tuvo” la intención de lavar su honra, al estilo caballeresco hispano con tu sangre; su linaje le obligaba a tal determinación...pero si el arma no estaba cargada, “por la voluntad del Divino Hacedor -¿Qué se puede hacer?- El propósito existió y eso era lo valedero...

- ...Y así mantener, Reb Meier, incólume su fama de sefaradita “taor”, de pura casta española...

Sin embargo un aspecto del final de la historia, no encaja para el maestro.

- ¿Tu primo proclamó públicamente la historia...?

- Lo hizo... ¿Qué utilidad tendría socialmente el episodio si no lo divulgaba?

- Pero una consecuencia inmediata era reconocer automáticamente los deslices de su hija y la pérdida, más o menos voluntaria de su pureza... Expresó sus dudas Meier.

- ¡Por descontado! Pero ¿Qué importancia tiene ello para un hombre qué puede alimentar su ego y aumentar su prestigio de hombre cabal y celoso de su honra?

- ¿A costa de la reputación de su hija?

- ¡Rebe! ¡Por favor! ¿A quién le preocupa, seriamente, en estas épocas, la virginidad...? Y si les concierne, poco o mucho, se resignan... Padres y madres, judíos y no judíos, lo aceptan aún a regañadientes... Representan un valor sin cotización en el mercado de las convenciones sociales de nuestros tiempos... ¿O no se ha enterado, maestro, qué las mujeres luchan por su igualdad...?

- Pues han comenzado por el final, me parece...

- Por la conclusión o por el comienzo ¿Qué más dá? Yo creo que hacen bien, maestro...

- Bien te aprovechas de su libertad sexual...

- Ellas, rebe, tampoco la pasan mal...

Reb Meier examina a Moisés, un ejemplar nada frecuente en sus relaciones con los seres humanos, aunque debe admitir que éstas son escasas. No se lo puede considerar un jasid, si bien sus ropas corresponden a tal condición, ¡su porte, su atractivo personal rompen la negra envoltura.

Su sonrisa formada por perfectos dientes, sus ojos azul-celestes, su tez ligeramente aceitunada y enmarcada por un cabello de un negro matizado por los brillos del azabache, hacen un todo que no corresponde al de los típicos seguidores de las sectas superpías, ni con los traslúcidos, encorvados seminaristas de ojos desgastados por las incontables horas de lectura de los textos religiosos.

Por otra parte la agudeza de sus conceptos le hacen aplicable una de sentencias preferidas de su padre, Reb Scholem, "el zahorí"; "el dinero y la inteligencia no se pueden disimular largo tiempo".

A Reb Meier lo perturba la visita de Moisés Bensimón. No por su historia con Alegre, la hija de su primo segundo, sino porque extrayendo consecuencias de la misma, la suerte de Miriam, la hija de Reb Jaim Vlodsky de Kurst, supone -mejor dicho, está seguro de ello-, se encuentra íntimamente vinculada...

- Dime Moisés... ¿Estás aquí, dialogando conmigo a fin de qué yo te aconseje sobre un tema que aún no conozco...?

- Reb Meier, sin la historia de Alegre y sus padres mi problema resultaría incomprensible...

-...Ya hablaremos de ello, pero lo que a mi me interesa es saber si Miriam es quien te ha enviado, te ha recomendado me vengas a ver...

- ¿Por qué me pregunta eso, respetado maestro?

- Por la simple razón de qué, no hace demasiado tiempo atrás, Miriam, la hija del Rebe de Kurst, me mencionó tu nombre... Respóndeme antes de proseguir... ¿Es ella quién ha dirigido tus pasos hasta aquí...?

Se produce un significativo silencio. Finalmente el joven se decide:

- No exactamente...

- ¿Puedes aclararme qué significa "no exactamente"...?

- Me pareció que usted es un hombre sabio, bondadoso, que comprende el alma humana, en especial y a diferencia de los anquilosados rabinos ultrarreligiosos, la sicología de los jóvenes de estos tiempos...

- ¿Qué te hizo suponer ello sin conocerme siquiera?

Con un acento en la voz, que a Meier le parece intencionado, Moisés le aclara:

- Me convencieron el espíritu de sus recomendaciones a Miriam...

Reb Meier recuerda los consejos dados a la hija de Reb Jaim Vlodsky, el Rebe de Kurst, su distante familiar:

"Miriam; tu problema no tiene posibilidades de solucionarse de manera habitual. Tus padres nunca te permitirán casarte con ese muchacho sefardí...

- Moisés Bensimón -Le había aclarado ella.

-...Del cual te has enamorado. Te resultará imposible superar las reglas de tu comunidad, disposiciones absurdas creadas por una tradición fundamentalista que se oponen, en no pocas oportunidades no sólo a la letra de Las Escrituras, sino que también a sus Mandatos...

- ¡Pienso de la misma forma, Reb Meier! proclamó con entusiasmo la muchacha.

-... Es mi opinión, no consejo, tampoco orden, apenas una reflexión, se trata de tu problema personal y él pueden entrar muchos otros factores, que si estás realmente enamorada...

- ¡Amo a "Moi" con todas mis fuerzas! La doncella casi pregonó sus sentimientos.

-...Y no quieres, ni tú -como hija-, ni él.

- ¡El Rebe de Kurst lo considera el más brillante de sus alumnos!

-...Buscar con otro lugar vuestra felicidad...

- ¡Moisés nunca lo haría! Ni yo quiero hacerlo...

- Pues, luego de reflexionar profundamente sobre tu problema, no le veo otra salida que el, o los hechos consumados...

- ¿Qué me quiere decir, Reb Meier?

Al maestro de La Ley se le hizo muy duro pronunciar las siguientes palabras, pero eran el fruto de un sereno y profundo examen de las circunstancias...

- Debes permitir que Moisés te "conozca"...

- ¿En el sentido... bíblico, Rebe...? ¿Antes de... casarnos... ? A Miriam le resultaba increíble escuchar las palabras de Reb Meier. Si bien el deseo la consumía y le exigía lo que su educación negaba, el maestro, recomendado por su padre como un sabio prudente, le sugería que... -¿Me está usted proponiendo qué Moisés y yo...? No se atrevía a concretar en vocablos las ideas insinuadas como salida al callejón en que se hallaba.

- Si, mi querida muchacha. Únicamente si te sorprenden “in fraganti”, o Moisés te hace una “barriga” -Meier empleó en este caso el particular vocabulario de los vecindarios populares para los embarazos habidos fuera del matrimonio- Reb Jaim de Kurst, tu padre, y en consecuencia tu madre, te permitirán te cases con Moisés Bensimón.

Miriam apenas pudo contener su alegría. Casi sin despedirse apropiadamente, se marchó de la casa de Reb Meier.

Nunca supo si la hija de Reb Jaim de Kurst había puesto en práctica sus ideas. Jamás tuvo noticias, directas o indirectas -en los medios mojigatos estas nuevas se difunden con extraordinaria rapidez a través de las antenas femeninas y masculinas- ávidas de hurgar en los secretos de sus colegas y sus familias...

No se preocupó mucho en averiguarlo, tampoco le llegaron informaciones de una boda apresurada de la hija de Reb Jaim...

Ahora la presencia de Moisés le permitiría conocer los resultados de sus sugerencias. Podía preguntar, -las palabras del joven sefardí lo autorizaban a efectuar las averiguaciones- pero Meier prefirió la vía indirecta...

- ¿Mis recomendaciones a Miriam? No se exactamente a que te refieres...

- ¡Rebe, por favor! Usted sabe perfectamente que Miriam se enamoró de mí -¡Le aseguro qué nada hice para lograrlo!- ¡Hasta se me declaró con términos tan ardorosos qué raras veces escuché en boca de una mujer! Pero yo la rechacé como si de la serpiente bíblica se tratara. Estaba allí, en Bnei Brak, en la cátedra de Reb Jaim Vlodsky de Kurst para encontrar mi camino hacia El Altísimo y cumplir mi juramento. No había dejado Madrid para recaer en las tentaciones lujuriosas que me llevaron por la senda del pecado. No la “conocí” a pesar de constituir una presa fácil por el ardor que demostraba, su buena disposición a cumplir con la parte previa al mandato bíblico de “reproduciros”, y su inexperiencia...

Las palabras del español le parecen sinceras pero, no por ello, tranquilizan al rabí. Algo no encaja...

- ¡Quise probar mi devoción al Todopoderoso resistiendo a los llamados de la libídene!

Me perseguía pero lograba apartarla de mí, con esfuerzo... Concentraba mi voluntad en el estudio de Los Textos, tratando, de esa manera, alejar su apetitosa imagen de mi mente, porque -¡A qué negarlo, Rebe!- la moza está, a sus diecisiete floridos y bien aprovechados años, muy bien acabada... Moisés relata sus peripecias con lágrimas en los ojos. Con un profundo suspiro, continúa. -Pero, un día... mejor dicho una noche... El dolido narrador interrumpe su reseña, como si la evocación de lo sucedido lo inhibiera.

Reb Meier no soporta el repentino silencio. Con un fervor desusado en él, espolea al protagonista de una historia que -¡Ni lo quiere pensar, él ha provocado!- y no ha finalizado como...

- ¡No te detengas! ¡Necesito conocer lo acontecido hasta sus últimos detalles! ¿De qué manera continuaron tus relaciones con Miriam...?

- Ocurrieron hechos irreparables... "Moi" baja la mirada, avergonzado.

- ¿Irreparables? El rebe tiembla al imaginárselos. ¿Cuáles fueron esos actos? ¿Cuán graves...?

Incitado por la curiosidad del rabí, Moisés, como todo conquistador de voluntades femeninas -contar las hazañas tiene una importancia similar a la de haber sido protagonista de las mismas -tiene ecos de falsa atribulación apropiadas para el interlocutor del momento- con otros el relato de sus proezas en las camas tendría acentos de burla y regodeo-. El joven prosigue su informe.

- Hace unas semanas, al regresar de Jerusalén, luego de efectuarle una visita Reb Meier...

¡Lo temido! Él, responsable de los hechos de los cuales a continuación se enterará, entra de lleno en el tempestuoso mar de las culpabilidades... Moisés continúa.

-... Era de noche... Miriam entró en mi apartamento -tengo recursos para pagarme uno sin compartirlo con los demás- y... ¡Me violó, rebe!

- ¿Ella te... forzó...?

- Sin mediar palabras ni explicaciones previas...

- ¿No te aclaró nada...?

- "Antes" no rebe... Estaba estudiando "Guemará" tranquilamente, en mi lecho... Entró... ¡Ni una gata en celo puede compararse con Miriam esa noche...!

- ¿No era acaso... virgen...?

- Si. Perdió la inocencia en esos inolvidables instantes... ¡Fueron momentos gloriosos!

Moisés sonríe recordando los hechos, y agrega -Me hizo de "todo"...

- ¿Y cómo sabe una joven doncella, educada en el pío hogar de sus padres, criada en un vecindario extremadamente religioso, qué hacer para despertar, en un hombre experto cómo tú, el deseo...?

- Las mujeres bien hechas lo saben por intuición... La naturaleza las guía, maestro...

- Pero, según cuentas, no se limitó a lo elemental...

- No, maestro... Conocía procedimientos sofisticados, propios de la experiencia...

- ¿Experiencia? ¿No me has afirmado qué tu la desfloraste...?

Moisés no puede menos que sorprenderse: Un hombre tan informado como Reb Meier permanece en el puritanismo propio de los estrictos y anticuados preceptos de los beatos más atrasados que no se han “agiornado”.

- En efecto; perdió el virgo esa noche, pero cuando hablo de “experiencia” no me refiero sólo a la propia; la ajena ayuda mucho... Las revistas eróticas femeninas, y las pornográficas, circulan profusamente entre las muchachas de Bnei Brak... ¡Centenares de ejemplares! ¡No hablemos de las publicaciones obscenas para varones! Los inspira para seguir las prácticas de Onán todas las veces que pueden al día...

- ¡No lo puede creer! ¿Los alumnos de los seminarios violan el mandato de no derramar la simiente de la vida en vano?

- Pues así es, Reb Meier. Lo hacen hasta quedar agotados... Y las chicas hacen lo que pueden... información visual -¡Las fotografías son estupendas y detalladas! -y explicaciones escritas, minuciosas las instruyen.

Reb Meier está anonadado. Percibe que poco conoce de lo que acontece en el mundo real que lo rodea, inclusive él de Mea Sharim.

Recapacita: “Quizás no he salido de Greiding y mi mundo se reduce a mis pensamientos y a mis libros...!

No puede evitar, además, mofarse de su propia ingenuidad... Pensar que durante noches enteras no pudo conciliar el sueño, considerando si sus consejos a Miriam no la conducirían por un camino errado, si con su incitación a tener “relaciones” con Moisés, antes de pasar por debajo de la “jupá”, no la había alentado a transitar el sendero del pecado. “¡Pobre de mí, cándido rabí de aldea, necio qué piensas haber llegado al conocimiento del alma humana por el simple hecho de haber leído millares de volúmenes en varias lenguas! Has ignorado la vida real, Meier Vlodsky...”

- ¡...Vaya pía criatura, Rebe! ¡Perdió el pudor por completo! ¡Resultó una excelente socia de cama! ¡No sólo leía “El Cosmopolitan”! ¡Además, según parecía, lectora aplicada de cien tratados sobre erótica!

- Jamás me pude imaginarme que Miriam, apenas salida de la adolescencia, pudiera ser capaz de...

- Las ninfas de hoy, Rebe, son muy precoces... Por otra parte, si La Ley permite que una niña de 14 años se despose ¿Piensa qué se casa para jugar a las muñecas con su marido? Maestro, los rabíes del pasado no eran tan ingenuos...

-...Como yo. Acaba la frase Reb Meier.

- Bueno, no se considere tan inocente, Reb Meier...

- ¿Qué insinúas Moisés?

- Sus recomendaciones, Rebe, -según me dijo Miriam- fueron las que la indujeron a practicar la gimnasia más antigua del mundo, algunas veces en sesiones matinales y vespertinas, con un entusiasmo indescriptible... ¡Vaya fiebre se apoderó de la casta jovencita!

Meier se siente avergonzado. Si bien la "niña" estaba instruida en el ejercicio genético, su consejo desató la tormenta, aunque, reflexiona, de todas maneras y más con los antecedentes que "Moi" detalla, -tarde o temprano, seguramente antes que después,- Miriam no habría podido refrenar su natural sensualidad... No hay mandato o ley que pueda reprimir los dictados del instinto primario de los machos y hembras; lo animal de su creación lleva en sí el secreto de la perdurabilidad del género humano...

No obstante estas disculpas, y otras fáciles de hallar, Reb Meier experimenta un bochorno interior profundamente turbador.

- ¿Te aclaró Miriam él porqué de mis consejos, Moises...?

Teme el maestro que sus honestas indicaciones de como resolver un problema humano complejo -la contradicción entre los impulsos naturales de una jovencita en flor, ansiosa de cumplir su principal cometido en la vida, y las desvariadas usanzas convertidas en preceptos de cumplimiento obligado de las sectas jasídicas- sean mal interpretadas por un, al menos, desaprensivo muchacho producto de una sociedad desenfrenada.

- No lo hizo las primeras semanas, Reb Meier...

- ¿"Semanas"...? La falta de explicación de Miriam a Moisés por un plazo tan prolongado, sobresalta al de Greiding.

- No tuvo tiempo... "Moi" sonríe con picardía; pareciera recordar ciertas circunstancias de la relación- ...se encontraba tan ocupada en la realización de sus deseos reprimidos, que no hubo real oportunidad de conversar hasta la "mala semana". Recién en esos días me aclaró los motivos de su comportamiento que -para ser honesto- no entendía... Si bien he despertado la llama de la pasión en algunas damas y damiselas, convenientemente provocada por mis acciones, lo de Miriam era -¡un incendio!- sin la menor insinuación de mi parte... salvo una que otra perdida mirada...

- ¿Y cuáles fueron sus explicaciones...? La pregunta de Meier, aparentemente de simple curiosidad en su tono, lleva una pesada carga de intranquilidad...

Me relató, en detalle, sus recomendaciones, Reb Meier... El joven sonríe -¡Inteligente razonamiento! ¡Una hábil solución para un problema humano de difícil salida! Lo admiro, Reb Meier... Sólo un hombre muy sabio pudo dar una tan imaginativa resolución...

- Agradezco tu elogio, Moisés...

- Pero… -El “pero” se clava en el maestro como una saeta al rojo vivo. Meier tuvo, desde que “Moi” entró a su casa, la absoluta premonición, la certeza que sus consejos habían fallado en su desarrollo. Reflexionó, una vez más sobre las palabras de su padre, Reb Scholem, “el zahorí”: “Lo peor para un rebe es comprobar los resultados no queridos de sus dictámenes…” Esa, la aplicación de los suyos a la relación de Miriam y Moisés podía, ser sin duda, una de esas oportunidades tan temidas…

-…Mi respetado maestro, existió un detalle que usted no consideró al dar esa perspicaz evasión para las naturales ansias de Miriam, prisioneras de retrógradas costumbres…

- ¿Me podías aclarar cuál fue mi omisión?

- Yo, Reb Meier. Cuando me enteré que hacía lo hacía conmigo a diario no sólo por placer, sino que, además de la satisfacción mutua indudable, buscaba que fuéramos sorprendidos o que yo le hiciera “una barriga” para así superar las trabas que su padre podría oponer a nuestro matrimonio…

- Esa fue mi recomendación…

- ¡Pero yo nunca tuve la menor intención de casarme con Miriam, ni con nadie, cómo a usted le consta por mi relato anterior, Reb Meier! ¡No me comprometí a nada a cambio de sus favores, por otra parte no solicitados! ¡Mi vida estaba, y está consagrada al servicio del Supremo Hacedor, Rey del Mundo! ¡Siempre consideré qué practicábamos un libre y recíproco intercambio! Ante el hecho afortunado, ya que Miriam no guardaba ninguna discreción, de no haber sido cogidos en flagrante ejercicio de nuestras facultades genéticas, ni que, comprobadamente en el momento de ser informado por mi socia de lecho, siempre me extrañó que la muchacha no adoptara ninguna medida preventiva, pero lo atribuí a su inexperiencia y no a la maldad, de sus posibilidades de embarazo, resolví que debía evitar el peligro de verme envuelto en una situación no deseada, en absoluto, por mí…

Meier presiente que la decisión de Moisés representó un ponderable omitido por él al evaluar la situación de Miriam… Si bien ¡A quién se le pudo ocurrir qué un seguidor, el jasid de un Rebe rehusara casarse con la hija de su guía espiritual…! ¡Ningún discípulo en su sano juicio se negaría a tamaña distinción! Pero…

- ¿Cuál fue tu actitud?

- Ante el riesgo inminente, si proseguíamos por el camino indicado por usted, opté por una retirada estratégica. La efectué, según los cánones en esta materia, “a la francesa”…

- ¿Los franceses tienen reglas de cómo proceder en estos casos?

- En materia de normas de educación lo han inventado todo…

- Me gustaría…

- La mañana siguiente, discretamente, sin previo aviso, lié mis petates y me marché de Bnei Brak con el fin de evitar despedidas desagradables y lacrimógenas...

Meier se estremece.

- ¿Dejaste abandonada a la pobre doncella qué te entregó su castidad?

- Yo no la insté a ello... Sería como culpar a José por la actitud de la mujer de Putifar...

La comparación bíblica, si bien no ajustaba exactamente a los hechos, resulta acertada en cuanto a las intenciones. Pero ello no consuela al rabí.

- ¡Pobre Miriam! ¡Desgraciado destino el suyo! ¡Todo por mi culpa!

- No se preocupe estimado maestro. Se arregla perfectamente, de acuerdo a las noticias que me llegan. Cuando se percató que mi ausencia tenía carácter permanente, comprendió que su amor por mí tenía sólo un carácter sensual y por lo tanto sustituible. A partir de ese momento continuó con entusiasmo sus actividades...digamos sensoriales... Yo sólo constituí el comienzo operativo de unas tareas que ella deseaba con ardor. Tiene en estos momentos, luego de varias experiencias anteriores, como asociado a un jasid de su padre...

- ¡Pobre niña!

- ...Un argentino, uno de esos especímenes que tienen incorporada, como música de fondo, la pedantería a cada una de sus palabras...

- ¡Cuán bajo ha caído! ¡Yo, con mis recomendaciones, soy el responsable de su ruina!

- De ruina, nada reb Meier. Afirman que nunca la han visto más rozagante, más hermosa... No debe preocuparse maestro. Usted la aconsejó sabiamente... Sin sus recomendaciones Miriam hubiera terminado muy mal, internada en un siquiátrico, como tantas otras muchachas de Bnei Brak cuyos sistemas nerviosos no soportan las represiones antinaturales a que se ven sometidas; o en el mejor de los casos casada con el primer imbécil que le señalara su padre, para mayor desgracia... Usted sólo le ayudó a encontrar su camino que, tarde o temprano, hubiera hallado de cualquier manera. Una mujer ardiente, Rebe no se satisface con palabras por sagradas o sabias puedan ser...

Reb Meier observa a su interlocutor. A pesar de su juventud, sus afirmaciones resultan apropiadas y sensatas. Considera el maestro que, quizás, las nuevas épocas destruyan el dicho de que "los ultraortodoxos se hallan muy ocupados haciendo niños como para preocuparse del sexo... Posiblemente la libertad sexual de sus mujeres, como la de las restantes féminas del país, llegara a ellas, y sus hijos fueran fruto del amor y no de la obligación de engendrar...

- Por otra parte -continúa Moisés- la segunda parte de sus consejos se cumplirá inexorablemente... Miriam se casará a la brevedad, sin demoras de ninguna índole.

- ¿Cómo puedes asegurarlo tan rotundamente?

El sefardí sonríe. El maestro será un hombre ducho en lo que respecta a Las Escrituras, pero en ciertos aspectos de las relaciones humanas de la época, su experiencia no pasa de elemental.

- Se desposará sin lugar a dudas. El rioplatense cederá, seguramente ya lo ha hecho, a su innata fatuidad. Bnei Brak entero debe ya conocer sus actividades amatorias con Miriam -conmigo tenía asegurada la discreción como caballero que soy- y, a no dudarlo, no faltará quien él, o ella -el chismear constituye una de las tareas mejor ejercidas por los vecinos y vecinas del barrio- haga llegar a reb Jaim Vlodsky, o a su esposa, el quehacer preferido de su hija Miriam...

- ¿Estás seguro Moisés?

- Totalmente. El porteño morirá por la boca, como los peces. Apenas consiga una audiencia aceptable -no resulta difícil reunir a unos cuantos desocupados en Bnei Brak- se vanagloriará de su supuesta conquista con nombre, apellido y demás detalles... De ahí a los oídos de los padres de Miriam pasarán escasos minutos... Los preparativos de la boda deben estar, según mis cálculos, a punto de culminar... La "jupá" borrará sus remordimientos, Reb Meier.

El maestro de Greiding examina cuidadosamente al singular ejemplar que se encuentra frente a él. Cuando se presentó en su casa, si bien su nombre asociado a Miriam y a sus recomendaciones, lo inquietó, nunca supuso cuanto sería su desasosiego. Moisés pertenece a una categoría de personajes sólo conocidos por él a través de la literatura.

Su buen porte, su atractivo natural, su idioma exacto y florido, sumados a la capacidad de su intelecto y a su encanto indudable, convierten a Moisés Bensimón en una criatura seductora, inquietante...

Cuando Yosef Ben Simón de Granada arribó a la costa Bereber, desde el Puerto de Palos de Moguer en agosto de 1492, su vida se había trastocado por completo. Las escasas horas de navegación empleadas en el traslado de las orillas españolas a las del Norte de África, lo convirtieron en un hombre diferente.

Del reino nazarí, rendido sin luchar por Boabdil a los soberanos católicos Doña Isabel y Don Fernando, partió un hebreo andaluz orgulloso de su linaje y de sobrados medios económicos. Al ser desembarcado en las playas africanas su poderío había desaparecido. Al mismo tiempo su libertad y su posición social sufrieron un aciago destino.

Su fortuna pasó a manos de la corona, el clero y los señores al amparo del Decreto de Expulsión. Sin dinero un judío poco valía en el mundo de los gentiles medievales. Adón Yosef Ben Simón, sabedor de ello por su personal experiencia y la memoria histórica de los suyos, puso a salvo una parte de su riqueza transportable -a pesar de las prohibiciones reales y a la muerte como condena por tales transgresiones- utilizando secretas e intrincadas rutas. El conocimiento de estos ocultos senderos del tráfico que ignora las aduanas y fronteras, no constituía para el mercader granadino una novedad. No en vano había sido el comercio libre de las ataduras fiscales del almojarifazgo una fuente de beneficios. Para ello siempre tuvo la

colaboración de los contrabandistas andaluces y moros. El provecho de los pasadores no resultaba menguado y el hebreo cumplía sus compromisos con exactitud.

Los matuteros onubenses, conocedores de la difícil situación de Adón Yosef y que se trataba de su transacción final con ellos, fueron, sin embargo, leales hasta el último doblón con el convenio contraído.

La palabra dada por un contrabandista cabal tiene valor, o más, que un contrato. Va en ella su prestigio y su vida en algunas oportunidades. Los clientes -y los cómplices en especial- de este tipo de comercio no suelen olvidar. Un error, particularmente si ha sido voluntario, acaba con su actividad, a veces con la simple pérdida de su libertad por un periodo; otras, si la mala fe se comprueba y el perjuicio considerable, la existencia del pasador infiel indemniza a los damnificados.

La persona indicada por Adón Yasof como receptor en Ceuta recibió los fondos remitidos, previo descuento del cincuenta por ciento del total enviado, comisión convenida por el trabajo. Los honorarios no resultaban abusivos, en especial si se tenía en cuenta los riesgos. En caso de apresamiento a causa de un descuido, de un aduanero no avisado o demasiado ambicioso, el yerro no tenía como consecuencia la cárcel en este caso. La horca, o el garrote vil, representaban la condena por desafiar la orden de los Reyes Católicos.

Ayudar a los expulsados, en especial en lo que se refería a sus bienes dinerarios, representaba un crimen merecedor de la pena máxima. La otra parte de sus patrimonios, casas, campos, ganados quedaban, en la mayoría de los casos, librados a la discrecionalidad de los Reyes.

La previsión de Yosef Ben Simón resultó providencial...

El altivo seguidor de La Torá, y los suyos, partieron personas libres de Granada y decididos a mantener su condición de “Hijos del Pacto”. Arribaron esclavos a las playas del Norte de África.

Los patrones y las tripulaciones de las barcas que los transportaron de una orilla a otra los traicionaron al saberlos desamparados. Ningún rey o señor los protegía. A ninguna autoridad le importaba su destino. Les robaron sus bienes hasta dejarlos prácticamente desnudos; los vejaron, violaron a sus mujeres... Los desterrados salvaron sus vidas por la simple razón de tener un valor posterior como mercancías.

Al llegar a las costas magrebíes, tal como estaba convenido de antemano entre los marinos cristianos y los piratas berberiscos, los vendieron como esclavos a los forajidos del mar. Estos, conocedores de los preceptos mosaicos, esperaron que la noticia se esparciera antes de ponerlos a la venta. Los beréberes sabían -no en vano La Biblia constituye parte de su herencia religiosa- que uno de los mandamientos básicos para los hebreos del mundo entero es rescatar de la esclavitud a su correligionarios que se encuentren cautivos. Representa un deber piadoso de obligado cumplimiento. Nadie puede negar su contribución a tal causa, ordenada expresamente por Las Escrituras.

Los Ben Simón, y miles de hebreos esclavos, fueron redimidos, por sus correligionarios.

Con los maravedíes en manos del leal corresponsal ceutí a quien llegaron por intermedio de los pasadores de Huelva, Adón Yosef comenzó su andadura magrebí.

Prosperó. Conocía bien a los habitantes del Norte africano. No en vano había convivido con ellos en Andalucía; el árabe era para él su lengua natural, aunque lo tuviera que leer en grafía hebrea. Contaba con importantes relaciones internacionales, especialmente hermanos de fe y conversos a las diversas religiones, -catolicismo, sectas cristianas de las más variada índole, clanes musulmanes y otras creencias- residentes en reinos y señoríos donde esos dogmas constituían la única verdad aceptada en materia de fe oficial.

No todos los judíos habían permanecido fieles, como él lo había sido, a la fe de sus mayores. Pero ello no constituía un factor negativo para los negocios de recíproco provecho.

Los soberanos y los señores del Magreb desconocían las arterias del comercio y de las finanzas fuera de sus fronteras. Los Ben Simón les resultaron útiles en esas funciones durante siglos. Casi quinientos años.

La simbiosis, fructífera durante centurias, se aproximó a su fin en la década de los años 1950. Los Bensimón advirtieron el final próximo, riesgoso para ellos, asociados -como la habían estado- al poder de turno. La memoria histórica los alertó. El presentimiento de las terribles tormentas que recorrerían el Norte de África, cambiando de raíz las instituciones imperantes durante siglos, constituyó un presagio imposible de ignorar. Los asociados más débiles -los hebreos- a los señores en declive serían las víctimas propiciatorias. Los poderosos encontrarían -siempre las han hallado- formas de ponerse a salvo...

Los Hijos del Pacto emigraron -una vez más- de sus ancestrales hogares. Decenas, centenares de miles se dispersaron por el mundo entero; Francia , Israel, Estados Unidos -no les faltaban parientes a muchos de ellos- Canadá, Venezuela, Argentina, en inverosímiles comarcas otros. El tercer éxodo, el del Norte de África, comenzó en esos años para los sefardíes de la cuenca Mediterránea. Los países musulmanes ya no constituían un refugio seguro para ellos.

Don José, el jefe del clan de los Bensimón de Tanger y Tetúan, escogió cuidadosamente el nuevo domicilio de su cabila.

Sefardí "taor", de puras raíces hispánicas, castellano parlante -el antiguo judeo-español había evolucionado dada la vecindad con España, o cuando fue potencia colonial -como el resto de su familia, a pesar de que el francés representaba el detalle de educación superior entre los magrebíes, Don José el guía del grupo se decantó por Sefarad, la patria histórica, la tierra de la nostalgia cantada en cien romances durante siglos. Pero no fueron los sentimientos los factores determinantes en la resolución del cabeza del clan. Razones concretas, reales motivaron la elección:

Durante décadas, las del Protectorado hispano en Marruecos, las empresas de la familia habían realizado ventajosos negocios con una España sometida al boicot internacional. En

Tánger los Bensimón, vinculados a los españoles, aprovecharon las oportunidades de comerciar con una Europa envuelta en una sangrienta guerra en condiciones libérrimas. Los cargamentos consignados a la ciudad internacional de Tánger, compuestos de materiales estratégicos, combustibles y alimentos cambiaban, las más de las veces sin tocar puerto, el destino de sus fletes. Eludían así los severos bloqueos recíprocos de las alianzas enfrentadas. Tales operaciones, obviamente, no se efectuaban, a los precios habituales de mercado. Sin la colaboración de los administradores de la ciudad internacional no hubieran sido posibles los trueques de los conocimientos de embarque, o las reexportaciones a destinos diferentes a los originalmente indicados.

Es en esas épocas se cimentaron sólidas relaciones con los funcionarios hispanos. Cuando el periodo colonial llegó a su final y Tánger perdió su internacionalidad para convertirse en una ciudad marroquí, don José Bensimón sopesó las circunstancias: "¿Por qué no continuar la fructífera relación recíproca en el marco de una España emergiendo del asilamiento internacional, necesitada de todo...?" Los amigos habidos en Marruecos se encontraban, además, bien situados. La presencia de Franco y su régimen no representaban ningún inconveniente. Los reyes y los señores magrebíes del pasado, luego las potencias mandatarias europeas no fueron, ni los unos ni los otros, modelo de democracia para los habitantes del Norte de África.

Los Bensimón emigraron sin prisas. Trasvasaron la mayor parte posible de sus bienes, crearon nuevas empresas en España que se hicieron cargo de los negocios de la familia. Los senderos del comercio y las finanzas internacionales, las veredas ocultas por el follaje de los documentos mercantiles y notariales fueron transitados sin premuras, con una absoluta normalidad aparente. Los nuevos gobernantes estaban inmersos en la epidémica fiebre nacionalista de las primeras horas y no se debía exacerbar su sensibilidad patriótica.

Al instalarse el último de los integrantes del clan en Madrid casi nada del patrimonio tribal quedó en Marruecos. Alguna casa a lo sumo.

La totalidad de la cabila, hermanos, cuñados, tíos, primos, parientes más o menos cercanos y la clientela compuesta por jefecillos o encargados de las diferentes actividades comerciales de los Bensimón, se instalaron en la amable capital de España de los primeros años 60.

Moisés, el primero en nacer al poco tiempo del trasplante, fue el primero de los Bensimón en ser español legítimo por nacimiento en el territorio de la "madrastra" España, según la calificaba la abuela Luna, jefa espiritual indiscutible del clan.

"Moi", así lo comenzaron a llamar para distinguirlo de los innumerables familiares del mismo nombre, era un hijo tardío de don José, la autoridad suprema de la tribu, y de Raquel, la bella polaca con la cual se había casado en Tánger en los años posteriores a la guerra. En esos tiempos la ciudad internacional, no muy exigente en materia de documentos, se hallaba poblada por una cantidad de refugiados de la más diversa índole, muchos judíos entre ellos.

Isaac Berman, padre de Raquel -la madre de “Moi”- llegó con su joven hija a Tánger apenas finalizada la guerra. Había salvado su vida, y la de su hija, por uno de esos azares de los tiempos de contiendas. Una mañana salió del gueto de Vilna, con un pase de los nazis, para acompañar a su niña al hospital...

A su regreso no encontró a nadie en casa. Su esposa y sus restantes hijos habían sido acarreados por las tropas de Eichman, con varios centenares de vecinos del barrio, en dirección a un lugar del cual nunca regresarían.

Isaac y Raquel huyeron de Vilna; ayudados por la resistencia llegaron a los bosques donde se ocultaban los partisanos. Allí permanecieron hasta la llegada de las fuerzas soviéticas.

Al retornar a Vilna Isaac percibió claramente que jamás podría vivir allí nuevamente.

Las entidades que se preocupaban por el destino de los refugiados de guerra judíos, les encontraron acomodo temporal en Tánger a la espera de hallar un lugar que aceptara definitivamente a los asilados; Palestina eligió Isaac asunto nada simple a pesar de las plañideras declaraciones de las potencias vencedoras, en especial Gran Bretaña que administraba homeopáticamente los certificados de radicación para los judíos que deseaban afincarse en el futuro estado.

En Tánger, mientras aguardaban, Isaac Berman, egresado del prestigioso Gimnasio Hebreo de Vilna, se dedicó a la enseñanza de la lengua bíblica a los niños de la antigua comunidad sefardí y a los retoños de otros refugiados en la bella ciudad mediterránea. Para ello tuvo que variar su fonética del hebreo y adaptarlo a las nuevas normas dictadas por los líderes sionistas. También le sirvieron sus inacabados estudios en el famoso seminario rabínico de Vilna. Se dedicó a preparar a los adolescentes para sus “bar mitzvot” y a enseñar la Torá y sus comentarios a quienes les interesara.

Finalmente llegó, desde una remota ciudad australiana, una oferta de trabajo, -documentos de radicación incluídos- para ocupar una plaza de maestro hebreo y Biblia en la pequeña comunidad judía de Adelaida, así se llamaba la desconocida población, pero -el tiempo transformaba las circunstancias- Isaac Berman no la pudo aceptar.

Su hija Raquel se había convertido en una hermosa muchacha de la cual se había enamorado perdidamente José Bensimón, el primogénito de una de las más importantes familias sefaradíes de Marruecos. Raquel le correspondía; José, un bello ejemplar de judeo - español puro, sin rastros de “extranjería” (así llamaban a los hebreos no provenientes de España, aunque vivieran en el Marruecos desde siempre) era, además, “el soltero de oro” de la comunidad.

A pesar de las diferencias -ashkenzi ella, de raíz hispánica pura él; pobrísima ella, riquísimo el- se concretó la boda. Al clan de los Bensimón no les agradó demasiado la entrada de “la polaca” -así llamaban a Raquel- en la aristocrática tribu de los Bensimón.

Con el devenir de los años la resistencia a la bella “polaca” mermó. Contribuyeron a ellos dos importantes hechos; el nacimiento de los hijos de José y Raquel; algunos rubios de ojos oscuros, otros morenos de ojos verdes-celestes como los de la madre. Pero el segundo y definitivo elemento de aceptación de Raquel al completo lo constituyó que, a la muerte del patriarca reinante, José Bensimón su primogénito se convirtió en el jefe indiscutido del grupo y en consecuencia en la cabeza dirigente de los negocios comunes, el administrador único de los bienes familiares como mandaba la tradición dinástica...

De esta manera, sin desearlo, Isaac Berman quedó unido al destino de los Bensimón. No quería, ni podía, separarse de su hija.

Los siguió a Madrid. Al nacer su último e inesperado nieto, “Moi”, por esas misteriosas razones por las cuales los abuelos dispensan un mayor cariño a sus netezuelos que en los años de su infancia a sus hijos, Isaac Berman volcó su amor en Moisés.

Las especiales circunstancias de su nacimiento -inesperado por la edad de sus padres, el primero en ver la luz en la ancestral Sefarad, en su capital, la devoción de sus progenitores y su abuelo- configuraron un muy especial ejemplar humano. Sus facetas, muchas y diversas, componían un personaje singular.

Una de las consecuencias de haber nacido en el barrio de Chamartin -”Generalísimo” por Franco, en aquellas épocas- era su acendrado casticismo madrileño que, sumado a su fanático partidismo por el Real Madrid a la sombra de cuyo estadio de fútbol había llegado a este mundo, convertían a “Moi” en un “gato” de los pies a la cabeza. El sefardí ejercía su madrileñismo con puntualidad:

La afición a las interminables tertulias con los amigos al pie de las barras de los bares, su debilidad por las mujeres -por las cuales experimentaba una particular inclinación-, su decidida actitud a considerar el ocio más importante que el negocio, su apego a la buena vida -”la otra no me interesa”, afirmaba con sinceridad Moisés -le conferían un perfil único entre los restantes miembros de su parentela y los demás componentes de la reducida comunidad hebrea; en relación con los restantes madrileños, Moisés era uno más, de una normalidad absoluta.

Sin embargo “Moi” se diferenciaba de los demás habitantes de la “villa y corte” por un aspecto inusitado de su personalidad; su acendrada religiosidad. Su devoción, producto de las enseñanzas de su abuelo Isaac quien se dedicó, desde la tierna infancia de su nieto preferido, a inculcarle el respeto por Las Escrituras y el conocimiento de la Lengua utilizada por Dios Único para hablar a los hombres. El bello hebreo de Moisés, con sus resonancias bíblicas, pleno de vocablos precisos, reveladores de un completo dominio de un idioma propicio a variadas interpretaciones para cada vocablo, atrapa a quienes conocen el idioma de Los Textos común hoy -aunque convertido en un habla diferente por el uso cotidiano y las necesidades prácticas- en Israel.

Moisés practica desde niño la religión sin fanatismos. La obcecación en la observancia del credo no es norma entre los hijos del Mediterráneo. No necesitan reafirmar su identidad con

rigurosos estudios, tratados o círculos de reflexión al uso entre los aschkenazis. Son judíos, simplemente, sin ninguna duda de ello. Los magrebíes no caen en los excesos del espíritu a los cuales son propensos los “otros” hebreos originarios de los fríos climas del Norte europeo, con sus oscuras y largas noches. Los nacidos en las riberas de los suaves climas del Sur de Europa y del África septentrional prefieren escoger ser súbditos del reino de los sentidos. No les agrada pertenecer a las intransigentes huestes del rigor de los ultraortodoxos provenientes del centro continental celta o eslavo.

Moisés no se correspondía con ninguno de estos modelos. Por un lado su prosapia sefardí lo prevenía de los excesos; por el otro la educación recibida de su abuelo materno, ambos componentes produjeron una extraña amalgama:

En la observancia cotidiana no incurría en exageraciones, de acuerdo a la tradición de su padre y abuelos marroquíes pero, en las ocasiones de las grandes preguntas sin respuesta, de las dudas sin resolver, de los grandes arrepentimientos -si bien ocasionales éstos- surgían los extremismos dogmáticos indoctrinados por su abuelo materno, “el polaco” según la nomenclatura familiar.

Con la edad “Moi” cambió su comportamiento. Concurrieron varios factores; Isaac, su amado abuelo falleció a la semana de su “bar mitzvá”, como si el anciano considerara cumplida su misión con la confirmación como “hijo del pacto” de su nieto preferido.

Pero el elemento fundamental de la atenuación de su religiosidad lo constituyó el medio en el cual el receptivo adolescente tuvo que vivir en de esos días.

Escasos madrileños se resisten a gozar de la auténtica despreocupación “gata” en materia de dogmas. Es el estado natural de quienes han nacido en Madrid o son, por adopción, habitantes de la “Villa y Corte”.

La despreocupación por el credo acontece a pesar de los centenares de iglesias, de la presencia inmanente del catolicismo histórico, de los nombres de las calles pertenecientes reiteradamente al santoral y de la profusión de elementos omnipresentes de la que ha sido, hasta no mucho, la religión oficial del Estado.

Para los pobladores de la capital de España, sus continuadas referencias verbales a la Virgen María, a Jesús y a Dios por ese orden de importancia -frecuentemente irreverentes- representan más una pauta cultural que una expresión de verdadera fe.

Moisés cursó sus estudios secundarios en el exclusivo Liceo Francés, como la mayoría de los sefardíes de la segunda diáspora.

Moisés entre las aulas, los bares, las gradas del estadio del Real Madrid alternando con compañeros y amigos relegó la práctica de su religión a su fuero íntimo y privado.

Una causa de no menor importancia en el arrinconamiento de la práctica ortodoxa lo constituyó una afición permanente del joven, casi simultánea a su pubertad, las mujeres; ellas lo atraían irremediablemente de manera continua.

Desde su más temprana virilidad Moisés fue incapaz de evitar el pecado venial de la carne. En los tiempos en que sólo un suave vello cubría su rostro y no la renegrida y tupida barba actual, siempre halló señoritas y señoras, de las más diversas edades y condición social, dispuestas a colaborar con su contraparte en las infracciones a los principios de castidad, lealtad o fidelidad. Las virtudes de "Moi" tuvieron un publicidad "boca a boca" que ya desearían muchas marcas para sus productos.

Contribuyó de manera sustancial el desarrollo público de las relaciones intersexuales, el cambio político y social español. Si en tiempos del nacional-catolicismo la actividad amatoria fuera de los estrechos márgenes matrimoniales, se ejercía clandestinamente y con discreción por parte femenina, con el arribo de la libertad las hispanas abandonaron rápidamente tales rémoras. Alcanzaron -y sobrepasaron, se afirma- en la asignatura a las restantes europeas y demás mujeres del mundo occidental.

Las hijas del más conservador sefardismo se sumaron -no podía ser de otra manera- al movimiento ibérico de liberación femenino con una particularidad:

Las buenas muchachas hebreas -ayudadas por una similar actitud de los buenos muchachos judíos- al arribar a la edad de "sentar cabeza", elegían, -las unas y los otros- consortes pertenecientes a la comunidad israelita; si de una "familia conocida" -y sefardí- "miel sobre hojuelas".

Moisés contribuyó con todas sus fuerzas al progreso femenino, tarea a la cual dedicó sus energías con ahínco...

Reb Meier de Greiding se enfrenta a un inesperado personaje. Moisés Bensimón no encaja en ninguno de los modelos acumulados en su memoria personal o en los prototipos resultado de sus lecturas profanas. De las bíblicas sólo David tendría nexos con el joven sefardí; cómo el conquistador de Jerusalén, "Moi", si bien un buen creyente, la fragilidad de su conducta con respecto a las mujeres -solteras o ajenas- producían en él un olvido de las estrictas normas de conducta dictadas por Las Escrituras. Pero al igual que el Rey poeta, su arrollador magnetismo personal reducían -o eliminaban- las censuras que su comportamiento merecía. Si David, a pesar de sus constantes infracciones a los mandatos bíblicos era -y es- uno de los personajes bíblicos más querido por los hebreos, Moisés no estaba lejos de igual consideración... Lo que en otros representa un pecado, en seres como "Moi" apenas se considera una simple travesura...

No son únicamente sus reflexiones talmúdicas las utilizadas por Reb Meier para juzgar a su interlocutor. En tiempos distantes, pero presentes en sus recuerdos, cuando Meier, soltero y a punto de acabar sus estudios rabínicos empuñó las armas para defender a su amada Jerusalén, se comportó como el resto de sus camaradas, quizás demasiado liberalmente para un seminarista. La posibilidad de no llegar vivos al siguiente amanecer -hecho probable- daba al

estudiante de Los Textos- sus compañeros y compañeras de lucha no la necesitaban- una justificación para su conducta durante las largas noches que duró el asedio de la Ciudad Santa. Una vigilia bien acompañados por el amor predisponía a los jóvenes para enfrentarse con ánimo al combate de la jornada siguiente. Y como la cantidad de las soldadas era mucha, no resultaba difícil encontrar compañía, ello sin contar la gallardía de Meier que, a pesar de sus negras ropas y su larga barba, resultaba muy atractivo para las muchachas.

Por ello juzgar con severidad al singular ejemplar, no le resultaba fácil...

Observa a Moisés tratando ser ecuánime; una mujer, aún la menos proclive a las debilidades de la carne por educación, edad, situación o convicciones, en el momento propicio, difícilmente resista un ataque en toda regla a su virtud, si es que aprecia realmente tal bien. Si pertenece a la categoría de aquellas para las cuales el placer ocupa el lugar correspondiente al deber, el muchacho significa, a simple vista, un deleite garantizado...

Es alto. Tiene un cuerpo proporcionado y atlético. Largas horas empleadas en la práctica deportiva -el baloncesto cuando niño y adolescente, el tenis luego, salvo los sábados, contribuyeron a moldear su físico.

Su renegrido cabello, enmarcando una tez cetrina -clara en la cual dos brillantes pupilas celestes-verdosas encandilan a las objeto de sus apetencias, completan el aspecto exterior de un espécimen que parece creado para el placer.

Los ojos de un azul claro con reflejos verdes, Moisés los ha heredado de su madre, Raquel la bella "polaca".

El color de su piel morena, matizada por la blanca herencia de los sefardíes puros, tiene una génesis más compleja.

Los Hijos del Pacto generalmente se han casado entre ellos por razones que van desde lo religioso al rechazo de los "otros". Sus matrimonios, mayormente endogámicos, dan frutos muy similares a lo largo de las generaciones. Ello se produce con frecuencia en los estratos de los linajes "taor" de la rama judeo-española pero, al llegar a las capas populares, tanto los sefardíes como los aschkenazis, el mimetismo exterior -y también interior- con los pueblos con los que han cohabitado durante centurias se manifiesta indeleblemente.

Por ello una buena cantidad de hebreos de la Europa Central y Oriental tienen rasgos alemanes, polacos o francamente eslavos. (Reb Meier conservaba innegables rastros cosacos legados por su lejana abuela, la esposa del primer Rebe de Greiding).

Iguales razones motivan que los hebreos del Norte de África se asemejen a sus coterráneos magrebíes.

La explicación de porque un pueblo tradicionalmente acostumbrado a que sus miembros se casen entre ellos, sus descendientes resulten tan diversos y tan parecidos a los naturales de las religiones donde suelen habitar, no constituye ningún misterio incomprensible.

La violación, hecha pública o no por la víctima, el amor ocultado, la infidelidad, ocasional, o permanente, sin conocimiento del marido, el adulterio consentido o soportado por razones de fuerza mayor, las variadas ocasiones de intercambio sexual de las muchachas judías con los gentiles de los más diversos orígenes, tan deseadas por ellos, han introducido en los linajes hebreos la presencia genética de sus vecinos.

Moisés Bensimón representa una prueba fehaciente de un encuentro germinal de esa categoría, aunque tuvo poco de violación y menos de clandestino.

Es una historia omitida diligentemente por la familia en los relatos sobre el origen inmaculado de la prosapia sefardí del clan.

En Marruecos existe una heroína hebrea, Sol Hachuel -cuya tumba es venerada en el cementerio hebreo de Fez- que prefirió morir decapitada "antes que ser mujer del gobernador", (musulmán por supuesto) según lo relata un difundido romance marroquí.

Una lejana abuela de Moisés, en época no determinada con exactitud, obró de forma completamente opuesta a la digna actitud de Sol Hachuel.

Accedió, inicialmente de forma discreta, a los requerimientos un heredero de casta real. Pasado un tiempo abandonó, -por deseo de su regio amante- esposo y familia; se convirtió en la favorita del harem principesco. Según relatan las memorias escondidas en ciertas muy bien guardadas cartas familiares, méritos físicos e intelectuales justificaban la devoción del heredero del sultán. La correspondencia, ocultada con celo por los descendientes de la adúltera, nunca fue destruida. No existe motivo racional para tal omisión en una progenie tan orgullosa de la pureza de su estirpe. Quizás la explicación resida en la similitud de la historia de la bella judía con la reina Esther bíblica, pero el desenlace fue otro…

… Cuando en las entrañas de la preferida hebrea del príncipe comenzó a madurar la simiente áulica, el padre decidió salvar a su futuro hijo y a la madre, a la que amaba por encima de cualquier diferencia racial o religiosa. Nada bueno les podían esperar de sus restantes descendientes y de sus respectivas y rencorosas progenitoras. En la primera oportunidad que tuvieran los eliminarían del censo de los habitantes vivos del sultanato.

El real heredero retornó con gran tacto a la hermosa sefardí, la predilecta de su querer, a su legítimo esposo. Le recomendó -ese tipo de cordiales advertencias, en esos tiempos y en esas regiones, eran difíciles de no ser puntualmente aceptadas- que por afecto a la casa gobernante, tendiera el manto del olvido sobre lo acaecido y fuera comprensivo, y feliz marido, con su regresada mujer.

El consorte de la licenciada serrallista así lo hizo. No sólo reconoció al hijo habido a los pocos meses de la vuelta de su cónyuge, sino que, además, la fiesta de su circuncisión resultó una de las más sonadas del reino. El nuevo vástago trajo consigo fortuna. Su nacimiento contribuyó a engrosar el patrimonio de la familia. Por esas épocas las compañías del clan subscribieron importantes contratos de aprovisionamientos diversos para los ejércitos reales.

Se debe aclarar que el coronado marido no cayó en el fácil recurso de los celos o el remordimiento. El rabino de la sinagoga familiar -mantenían una para su uso exclusivo con maestro de La Ley incluído- justificó los hechos con el oportuno párrafo de Las Escrituras: "¿No relatan una historia similar los Textos con respecto al Patriarca Abraham, su esposa Sara y el Faraón?" La paráfrasis significó un argumento definitivo para la tranquilidad -más de carácter social que espiritual- del padre putativo, aunque los maldicientes lo llamaran PP a sus espaldas...

La única consecuencia visible con el correr de los años de aquel remoto episodio, agregado al enriquecimiento definitivo de la familia consiste en que, de generación en generación, alguno de los Bensimón tienen acentuados rasgos moriscos, principescos afirma la actual abuela, fiel guardiana de la memoria histórica de la tribu. Moisés es uno de esos casos...

Pero Reb Meier no cae presa de la seducción del persuasivo joven -Moisés no la ejerce únicamente con las mujeres; sus poderes cautivan, de otra manera, a los de su sexo-.

Recuerda en detalle la historia de la supuestamente engatusada Alegre, su vindicativo padre Alex y la criminal arpía Rolande, así como la feliz resolución del peligroso trance en que se hallaba Moisés y las promesas efectuadas si salía con bien de la difícil circunstancia en que se encontraba.

Algo le dice al maestro de Greiding que no todo resultó tan fácil...

Antes de proseguir prefiere indagar directamente y aclarar su dudas.

- ¿Cumpliste el solemne juramento de consagrar tu vida a honrar Su Nombre qué efectuaste cuándo tu existencia pendía de un hilo? ¿O te surgieron dudas acerca de la intervención divina con respecto al hecho de qué el arma de tu primo Alex estuviera descargada...?

De la respuesta depende la credibilidad de Reb Meier; también si merece seguir utilizando su tiempo en escuchar al muchacho, si bien sus palabras resultan instructivas para él; nunca ha tenido, con anterioridad, oportunidad de dialogar con espécimen de tal naturaleza.

Moisés percibe claramente que de lo plausible de su contestación le dedicará, o no, su atención el rabí. La verdad, arriesgada, le parece lo adecuado.

- Dejé su realización para más adelante, Reb Meier.

- ¿Postergaste el cumplimiento de una promesa hecha al Altísimo? La sorpresa del maestro tiene visos de enfado apenas refrenado.

- ¡Compréndame Rebe! La alegría de haberme librado de la muerte o de un desgraciado matrimonio me llevaron a una exaltación, para ser sincero, no religiosa precisamente... ¡Quise gozar de la vida, de mi libertad...! La sinceridad evidente de la réplica, la expresión que la acompaña, conforman un todo imposible de resistir; es de buena fe o Moisés es el farsante más

redomado que ha conocido. Además el granuja ha desplegado sus artes de hechizador consumado...

Pero decidido a no caer en las redes del seductor, el rabí prosigue.

- ¿Te parecen buenas razones para olvidar la palabra dada a El Señor del Mundo?

El pecador trata de justificarse.

- Madrid no es el lugar adecuado para cumplir ese tipo de promesas...

- ¿Por qué? ¿Acaso falta una sinagoga? ¿Carece su congregación de los Santos Libros de La Torá?

- Si maestro; existe un templo en Madrid -No puede reprimir una sonrisa antes de continuar- ...se encuentra en la calle Balmes, un sacerdote católico, filósofo escolástico a cuyo nombre está dedicada la travesía que, a su vez, da a la calle la Santísima Trinidad, como usted sabe, rebe, representa el dogma básico de la religión apostólica romana, la esencia de las Tres Divinidades -el Hijo, el Padre y el Espíritu Santo reunidos en una sola deidad... -otro gesto burlón remarca el final de su descripción- Por otra parte el barrio se lo conoce como "Iglesia"... El paradigma de las posibilidades de una vida religiosa mosaica en mi ciudad natal...

- No importa el medio exterior para aceptar los principios de la Torá. Creer en ellos, y acatarlos como norma de nuestras existencias nace y se desarrolla en el interior de las personas... No son las sinagogas, ni donde se encuentren, incluído el Muro de las Lamentaciones, lo que hacen a un buen Hijo del Pacto, sino su sinceridad íntima... ¿No has consultado con el rabino de la comunidad...?

- No, no lo he hecho...

- ¿Por qué? ¿No lo consideras acaso digno de confiarle tus dudas, Moisés?

- Nada de eso... Es buena persona, hombre docto pero muy modesto...

- Un rabino recatado no constituye un hecho habitual...

- ...Muy callado... Habla muy poco y en contadas ocasiones...

- Una persona cuidadosa de sus palabras merece mi reconocimiento en general, pero si de un rabí a cargo de una congregación se trata, aún mayor es mi respeto... Por otra parte si el guía de una comunidad es parco, será porque pocos lo escuchan realmente... -Las afirmaciones de Reb Meier van calando en Moisés. Su respeto por él crece y lo reafirma en lo acertado de su decisión de venir a buscar su consejo.

- No comprendo -el tono admonitorio se mantiene en las expresiones del Rebe -como existiendo una sinagoga, Los Libros, un hombre preparado con quien glosar la Torá y dialogar

acerca del Verbo, no puedes consagrarte al estudio de La Ley- la reprobación acaba con un cambio de intencionalidad en su acento- si realmente esa es tu intención…

¿Cómo explicarle a un hombre qué ha salido poco de Jerusalén y nada de Tierra Santa, qué vive inmerso en el mundo irreal de los libros? No es fácil de esclarecer, pero de alguna forma lo intentará:

- Respetado maestro; si comparáramos Tel Aviv con Jerusalén, quizás le pueda aclarar el tema… Por ejemplo ¿Usted estima qué alguien puede ser fiel en Tel Aviv, -sin tachas en sus actos, o en sus pensamientos- con sus cálidos soles, sus dulces playas pobladas de mujeres bellísimas luciendo sus generosas forma escasamente cubiertas, sus calles repletas de hermosas muchachas de las más diversas razas y nacionalidades, insinuantes, atractivas, bien dispuestas…? ¿Qué varón, aún el más santo, consigue evitar qué sus ideas se encaminen por el sendero de la sensualidad y el intercambio sexual, si bien, en la mayoría de las oportunidades no sobrepase las fronteras de lo imaginado…?

- ¿Cómo puedes calificar así a un lugar principalmente habitado por nuestros hermanos de fe? ¡Tel Aviv ha sido la primera ciudad hebrea fundada en Tierra Santa después de casi veinte siglos!

- No lo discuto, pero está llena de tentaciones. Es el sitio menos indicado para la reflexión o la práctica religiosa… Ello queda reservado a Jerusalén; aquí se puede mantener el espíritu sereno con su rigoroso clima, sus pétreos edificios, el aire cargado de historia, respirando el misticismo en cada molécula de su atmósfera. ¿Por qué sino la perturbación espiritual qué los siquiatras definen cómo síndrome de Jerusalén?

Reb Meier apenas consigue retener una sonrisa de aprobación. Por experiencia propia conoce a los afectados por esa sintomatología; pertenecen a las variadas religiones que tienen su asiento entre sus murallas: apenas atraviesan alguna de las puertas caen en trance, en una comunicación parasicológica con la deidad correspondiente a su devoción. En Mea Sharim, al Rebe le consta, se tropieza con afectados por sus relaciones con el Creador Único, Rey el Mundo, a cada paso. Llegar a Jerusalén y contagiarse no es una excepción. En grupo se manifiesta agudamente, de forma agravada… Pero no desea hacerle fácil a Moisés sus reflexiones. Reb Meier, a pesar de su amplitud de ideas, no puede evitar su condición de rabino en ejercicio…

- Tus afirmaciones, jovencito, me parecen temerarias…

- ¡Nada de eso, Rebe! Aquí, en la Ciudad de David, las diversiones mundanas se practican casi en la clandestinidad; en Tel Aviv no se pueden evitar. Tropiezas con ellas en cada rincón de la urbe. Madrid, maestro, como Tel Aviv, no propician la virtud; eso queda para las poblaciones duras, frías de Castilla la Vieja; Avila, Salamanca, León y otras de sus mismas características, son las mayores productoras de santos y beatas…

El Rebe de Greiding lucha por liberarse del encantamiento ejercido por Moisés. ¡Si al expresarse en hebreo el hechizo resulta imposible casi de evitar, lo qué será este granuja

hablando su lengua materna! (No se equivoca; el idioma de su país natal adquiere en boca de Moisés Bensimón matices sugestivos, fascinantes) En especial, piensa acierta el maestro de La Ley, cuando están destinadas a una dama joven y agraciada...

Reb Meier consigue librarse del embeleso y retornar al tema no aclarado aún; sus dudas acerca de los verdaderos motivos de la presencia de "Moi", en su casa... Pero no lo hace de forma directa; su formación rabínica le aconseja la perífrasis:

- ¿Cuál fue la verdadera razón por la qué "dejaste para más adelante" cumplir tu juramento con Dios?

- Se lo explicado, Rebe; las perversas tentaciones de la vida frívola y sin ningún contenido. Mi debilidad ante la seducción de los placeres, la sensualidad... el medio poco propicio...

- ¿Y el motivo de recordar, tu compromiso con El Altísimo?

- ¡Se produjo un día, súbitamente! ¡Se hizo la luz! ¡Cómo la zarza ardiente frente a Moisés! ¡Oí la voz, o al menos así me pareció, de El Señor reprochándome, no sólo la falta de fidelidad a la palabra dada, sino también la vacuidad de mi existencia...!

- ¡No te creo! ¡No ha sido sincera contrición la tuya! ¡No me mientas! ¡Dime la verdad!

- ¡No lo engaño, maestro! ¡Los grandes pecadores, cómo lo fue San Francisco de Asis, tenemos madera de santos!

- Tu alegoría católica no resulta la más acertada... ¡Estas hablando con un rabino, no con un cura!

- ¡Pero usted, Reb Meier, un hombre culto, nunca se atrevería a negar otras creencias sin al menos conocerlas!

Le asiste razón al truhán, reflexiona el rabí. Su buen amigo, Fray José María, uno de los más antiguos guardianes del Santo Lugar del Huerto de Getsmaní, le ha proporcionado abundante lectura cristiana. Los dos hombres tienen un afecto en común: aman a Jerusalén. Pero no será esa fortuita circunstancia la que libre a Moisés de confesar las verdaderas causas de su actitud.

- ¿Cuál fue, Moisés, el móvil, el real de tu repentina "iluminación", de tu profundo arrepentimiento, de tu súbita rememoración de tu incumplida promesa...?

"Moi" se da cuenta de que carece de escapatoria. Si pretende convertirse en un discípulo de Reb Meier (aún no se lo ha dicho al docto maestro) sus deseos, lo advierte, no serán fáciles de lograr; no le resta otra alternativa; relatarle la desagradable realidad de los hechos.

- Aconteció... (resulta arduo confesar los pecados previos a quién, como él, no tiene experiencia de la práctica de la confesión católica o no haya sido paciente durante un largo

período de un sicoanalista con sesiones dos días a la semana) un hecho que me trajo a la memoria mi juramento, una circunstancia fortuita…

- ¿"Fortuita"? Le interroga desconfiadamente el rabí.

- Si… aunque la definición más apropiada, creo, sería "riesgo profesional"…

Le cuesta mucho a Moisés proseguir con la revelación de sus culpas.

"Si Reb Meier fuera un psicoterapeuta sería más sencillo. Los médicos del espíritu comprenden los pecados anteriores y justifican los futuros." Moisés tiene un amigo de la infancia que ejerce el sicoanálisis con pingües resultados…

- Te pido, muchacho, si has venido hasta aquí por algo concreto, no me ocultes tus actos con palabras sujetas a varias interpretaciones. Sólo pretendo conocer lo sucedido.

"Evidentemente Reb Meier no se conforma tan ligeramente, como lo hacen los pretendidos discípulos de Freud…" considera, vencido por el tesón inquisitivo del intérprete de La Ley mosaica; "Moi" se decide.

- Me sorprendió un marido utilizando su lecho…

- ¡No escarmentaste a pesar de tus declaraciones de arrepentimiento!

- Mi carne es débil -Admite, contrito, el merodeador.

- ¡Tu moral, sería más exacto! ¡La fragilidad de tus escrúpulos me asombra!

Si bien el reincidente burlador parece afligido, el maestro no cree en su sinceridad. No representa para un libertino como él, un hecho tan excepcional verse descubierto entre sábanas con la esposa de otro. Deben existir otras circunstancias que agravaron esa particular situación.

- ¿Me podrías explicar con mayores detalles los hechos? No necesito nombres, ni tampoco lugares u otros pormenores. Me basta me expliques los sucesos que originaron la recuperación súbita de los juramentos postergados…

Determinado como lo está -otro camino tampoco tiene- Moisés avanza con sus revelaciones. Emplea un tono impersonal; parecería que se refiere a un tercero, no a él como protagonista. "Quizás -piensa- la ira de Reb Meier será menos intensa al conocer las particularidades de la historia…"

- El esposo en cuestión, el cónyuge de la mujer con manifiesta debilidad por mi persona, me puso sobre aviso sobre un grave peligro que me amenazaba…

El rabí no lo puede creer.

- ¿Un hombre damnificado por tus acciones adúlteras con su esposa, te previno de un riesgo qué se cernía sobre ti…? ¡Increíble! … Lo conocías, supongo…

- Si. Se trata de un pariente lejano de mi cuñada Flor... Un primo suyo, me parece... Un alto ejecutivo que viaja mucho...

- ¡Vaya capacidad de perdonar la suya! Debe ser un santo... o un cuclillo consentido...

- Ni lo uno, ni lo otro...

La sorpresa de Reb Meier aumenta.

- ¿Un marido tan enamorado quizás capaz de soportarlo todo con tal de no perder a su mujer?

- No. Me advirtió por reconocimiento al servicio que le había prestado.

- ¿Un varón a quién humillaste ocupando su lugar en el tálamo, te agradece su vergüenza, previniéndote...? -La capacidad de asombro de Reb Meier, aparentemente colmada con el anterior relato de las aventuras de Moisés, rebosa. Le resulta imposible admitir tamaño despropósito.

El joven advierte la situación. Con la mejor de sus pícaras sonrisas aclara:

- No se confunda maestro. No me perdonó la afrenta por bondad o algún sentimiento honorable. Lo hizo por lo opuesto a cualquier actitud digna de respeto; me utilizó. Me propuso un trato, que yo acepté. No estaba en condiciones de discutir...

Reb Meier se teme que Moisés haya incurrido en algo imperdonable.

- El peligro no justifica ciertas actitudes... Te recuerdo, jovencito, que muchos han sufrido por mantener la verdad...

- Exactamente lo que hice. Fue su exigencia. Debía declarar exactamente de los hechos; de como su legítima mujer y yo practicábamos el ejercicio físico más antiguo de la humanidad ante el tribunal rabínico, y ante los jueces españoles, a cambio de su perdón total... Desde hacía tiempo deseaba librarse de su cónyuge sin perjuicios para él y así recuperar su libertad. Deseaba casarse con una sobrina, mucho más joven -por supuesto- que su adúltera esposa... Me quedó muy agradecido por mi colaboración...

La naturalidad empleada por Moisés en el relato de sus peripecias desorientada al rabí de Greiding. Las más disparatadas situaciones parecen normales en sus narraciones. A pesar de ello -resulta inútil su intento de aceptar la normalidad de los hechos descriptos por su libertino visitante- decide avanzar en el conocimiento de sus actos. (Quizás no sólo lo hace por tener más información al momento de emitir su juicio. Reb Meier no puede sustraerse al atractivo de hurgar en las vidas de los otros cuando se trata de casos como los relatados por Moisés)

- ¿"Agradecido" has dicho?

- Si. Me lo demostró de manera fehaciente. No hace mucho -su sobrina ha sobrepasado sus expectativas, parece...- me previno sobre una conspiración destinada a poner fin a mi joven vida...

El relato del comienzo de la conjura para acabar con “Moi” no difiere demasiado de anteriores peripecias de su azarosa existencia; un marido rencoroso que, a pesar de haber perdonado a la mala pécora que tenía por esposa por sus devaneos con Moisés...

-...No toleraba la expresión de felicidad que adquiría el rostro de su indultada esposa cuando se me mencionaba... Como se trata de familiares, por lejanos que sean Rebe, no se puede evitar se me mencione en reuniones de los parientes, en especial durante las sesiones de cotilleo a las que proveo de abundante material. Debo admitir que alguno de mis familiares lo hacen con manifiesta mala intención, maestro. Les gusta zaherir a las víctimas de mis, digamos, “travesuras”... Así por lo menos las define mi padre...

Al viejo rabino le cuesta aceptar como reales los hechos, pero no tiene alternativa. El actor principal se halla frente a él.

- ...El esposo de la aparentemente perdonada adúltera -torturado por su encornudamiento de forma retroactiva (a veces duelen hasta la muerte del ofendido), instigado por la bellaca de mi prima política segunda Rolande -la despechada madre de Alegre nunca me perdonó -organizó...

Los pormenores de la colecta iniciada por el ofendido marido -a instancias de Rolande- resultan realmente sorprendentes. La lista de ofendidos, maridos, hermanos cuidadosos del honor, padres agraviados, amantes despreciados, novios burlados, amores lésbicos abortados, en resumen una buena parte de los ultrajados por las actividades de Moisés conocidas públicamente por las chismosas que llevaban un acabado registro de los hechos comunales -los ignorados mucho se cuidaron de permanecer en tal condición -fue requerida para una finalidad grata a todos ellos: Contratar a un profesional ducho para reducir las expectativas de la existencia de Moisés a cero.

A pesar de que la contribución solicitada significaba poco dada la finalidad, -unos miles de pesetas- el vengativo y pretérito buco logró reunir una cantidad adecuada para lograr los servicios de un gran especialista en la materia, un mafioso marsellés de fama bien ganada por la inefabilidad de sus acciones exterminadoras...

-... Cuando me enteré por boca del agradecido marido, de la existencia de esa cooperativa de agraviados y rencorosos deudos - Prosigue calmamente Moisés- se presentó ante mí, como lo hizo ante Abraham, la imagen del Todopoderoso exigiéndome cumpliera mi juramento de consagrar mi vida a honrar Su Santo Nombre... Consideré, Rebe, que mi problema existencial -la posible pérdida de mi vida- se producían con la única finalidad de recordarme mi compromiso con El Señor...

-...Y además, incluido en el mensaje, el aviso de que Madrid no era el lugar más adecuado para llevar a buen fin tu juramento...

- ¡Exactamente! Su lucidez, Reb Meier me asombra… De los sitios apropiados para cumplir mi compromiso…¿Cuál, en el mundo entero, puede superar la Tierra Bíblica para honrar Su Nombre?… Maestro, debe reconocer su sabiduría una vez más… Además de satisfacer mi deuda con Dios en los parajes a donde condujo a Su Pueblo, mi presencia aquí evitaba una violación de Los Mandamientos…

A Reb Meier, -Moisés ya no le asombra con su capacidad de paráfrasis de los hechos que le atañen- (El maestro considera que con sus aptitudes para el análisis podría llegar a ser un destacado rabino) lo intriga sin embargo, su referencia a los mandatos fundamentales de La Ley mosaica.

- ¿Los Mandamientos? ¿Alguno en especial?

- Si, al que ordena "no matarás". Marchándome de Madrid, de España, evitaba que la conciencia de mi potencial asesino, y las de sus contratantes, cargaran con el imperdonable pecado de mi muerte…

Pocas dudas le restan a Reb Meier. Moisés es un pícaro de mucho cuidado. A pesar de ello varias razones le impiden dar por finalizada la entrevista de inmediato: Quizás su arrepentimiento sea sincero; de madera de pecadores está construido el Carro de Fuego que conduce al Supremo Hacedor, dicen los cabalistas. Por otra parte -¿a qué obrar precipitadamente?- cuánto más lo escuche, más exactamente podrá juzgarlo -los hombres son dueños de sus silencios y esclavos de sus palabras-, y, finalmente, -no lo puede negar- Moisés y sus peripecias lo divierten de manera especial.

- Usted se preguntará, respetado Reb Meier, las razones por las cuales le he relatado mis peripecias, tanto las acaecidas en Madrid como las compartidas con Miriam…

- Lógicamente; un caballero como tú debe tener buenas razones para exponer, ante un desconocido como yo, sus intimidades, sus relaciones… un poco heterodoxas… y sus problemas…

- ¡Por supuesto! ¡Jamás le he contado a nadie, ni bajo tortura lo haría, mis andanzas! Uno de los mandatos en estas lides corresponde a la absoluta prudencia en la mención de nombres, lugares o fechas… Pero, aunque suene a extraño, sus consejos a Miriam me convencieron de que usted es la única persona que puede ayudarme a encontrar mi camino…

- ¡Pero qué dices muchacho! Mis recomendaciones a la hija del Rebe de Kurst no fueron las adecuadas! No consideré varios factores que me hubieran impedido darlas…

- ¡Nada de eso, Rebe! Miriam me afirmó durante los escasos momentos de reposo que nos dábamos, que usted fue el único que descubrió que sus dudas acerca de ciertos párrafos de Las Escrituras ocultaban una mujer ardiente, necesitada de amor, deseosa de cumplir el mandamiento bíblico de que el hombre y la mujer deben ser uno…

Las palabras e informaciones de Moisés llevan a Meier a considerar su actitud con menor rigidez. De todas maneras, tarde o temprano, la muchacha habría estallado… Resulta imposible contener sólo con palabras los deseos de los humanos. Satisfacer el primario instinto sexual correspondiente a la especie, como la de cualquier criatura viviente. El Rebe sabe que en algunos varones en ciertas mujeres esta exigencia natural se manifiesta de manera distinta. A veces estos apetitos son tan intensos que superan los reparos y los frenos impuestos por la sociedad. No deberían existir, con un criterio estricto, normas que juzguen este tipo de comportamientos…

- ¡Reb Meier, respetado maestro -La voz de Moisés lo restituye, una vez más, a la realidad. Su arraigado hábito de ausentarse de lo cotidiano adentrándose por los laberintos de sus deducciones, lo ha llevado lejos… Pero el reclamo del joven resulta más poderoso que las atractivas especulaciones de su intelecto…

-…Le he referido las personales razones de mi presencia en Tierra Santa, mis relaciones con Miriam para que usted comprenda las poderosas razones que me han traído hasta su casa. Me hallo en una difícil situación… Vengo en busca de su consejo, sabio rabí…

Reb Meier no puede eludir el hacerlo. La misión de los grandes rabíes ha sido, desde siempre, guiar a su grey tanto en lo espiritual como en lo práctico y aunque sus fieles apenas llegan a los dedos de una mano, el maestro de Greiding se siente obligado.

- ¿Cuál es tu problema Moisés Bensimón?

- ¡Tengo inconvenientes insuperables en cumplir mi juramento de servir, para mayor Gloria de Su Nombre, al Señor del Universo! ¡Estoy desesperado! ¡Muéstreme el camino, santo Rebe!

- Tú has sido educado en la aceptación de Su Ley y Sus Mandatos… ¿Los aceptas realmente, o simplemente forman parte de unas prácticas heredadas qué más o menos admites sin demasiada convicción…?

La pregunta, directa, no se presta a interpretaciones, pero el muchacho sin detenerse a considerar el verdadero sentido de la cuestión, responde como todos aquellos para quienes la fe no acepta explicaciones.

- ¡Creo en Adonai con todas mis fuerzas! ¡Dios es Uno! ¡Dios es nuestro Señor! proclama auténticamente poseído.

La respuesta del Rebe de Greiding no es la esperada. Sintetiza profundas y largas cavilaciones. Ha llegado a elaborar sus pensamientos, luego de atravesar los áridos desiertos de las dudas. No le resultó simple arribar a la Tierra Prometida de la comprensión. El viejo rabí al final de su tránsito espiritual, que le ha ocupado su entera vida, cree entender, no sin reservas, el verdadero sentido de las revelaciones del Monte Sinaí, la razón de la existencia de las Sagradas Escrituras y el significado del culto a un Dios Único.

- Lo importante no es creer en Dios o como se lo quiera denominar… Ni tampoco es fundamental estar seguro de su esencia…

- ¿Dudar de la existencia del Todopoderoso? Moisés, asombrado, no alcanza a entender ni puede aceptar como ciertas las afirmaciones del maestro.

- ¿Usted, Reb Meier, un hombre versado en La Ley, un sabio rabí es capaz de negar la divinidad del Verbo?

- Padre Celestial o terrenal… Lo uno, o lo otro, da lo mismo… Lo trascendental consiste en observar sus principios éticos, su moral, los mandamientos… Para mí Dios es una idea ética…

- Reb Meier… ¿Reduce usted al Señor del Universo, al Creador a una idea, a un pensamiento de los humanos…?

- Maimónides afirma que Dios es una idea necesaria… Otros aseguran que aceptamos la divinidad de un Ser Supremo para explicar lo inexplicable.

…El maestro cambia su tono de amabilidad por los acentos de la reconvención. -¡No estás aquí para discutir conmigo los problemas de la naturaleza de Dios!

- ¡Jamás he tenido esa intención! Replica desconcertado el muchacho.

- ¿Quién te crees qué eres? Prosigue sin escuchar la respuesta el rabino.

- ¡Nadie para atreverme a debatir sobre tales asuntos! replica sumiso “Moi”.

- ¡Atender a sus mandamientos y ordenanzas representa la única forma de asegurar la convivencia pacífica entre los hombres! ¡Si obedeces las reglas del bien hacer entre los miembros del género humano sin excepciones, si no destruyes el sacrosanto jardín en el cuál convivimos con las plantas, con las especies animales, crees en Dios!

- ¡Creo fervientemente! ¡Nunca he dudado de Su Inmanente Existencia! Exclama Moisés; trata de aplacar la exaltación de su interlocutor con su asentimiento pero lo consigue a medias. Presa de un furor de raíces místicas, Reb Meier continúa apostrofándolo.

- ¡Escuchando tu supuesta fe en el Ser Supremo cómo has contravenido sus reglas fundamentales, dando rienda sueltas a tus instintos primarios dudo de tí! ¡Te has entregado a la lujuria y a la concupiscencia pensando qué con un simple arrepentimiento posterior, proclamando tu inquebrantable fe en El Señor, te resultaría suficiente para borrar tus malas acciones!

El joven, anonadado, clama, sinceramente arrepentido:

- ¡Perdón, perdón! ¡Pequé, soy culpable de actos nefandos pero, santo rabí, le pido me otorgue su perdón!

- ¿Quién soy yo para perdonarte? ¿Un sacerdote católico acaso? ¡Nadie puede concedértelo salvo tú mismo! ¡En ti debes hallar la exculpación! ¡Si te arrepientes con sinceridad la encontrarás! De otra manera apenas constituirá un alto, un instante efímero de contrición... No busques en mí lo que no te puedo dar...

Desesperado Moisés busca un argumento para obtener lo imposible.

- ¡Ayúdeme a encontrar el camino! ¡Si el Rey David a pesar de sus tremendos pecados, de sus violaciones a La Ley Divina, a los principios morales fundamentales, -hizo matar al más fiel de sus generales, Urías el heteo, para satisfacer su lascivia- consiguió el perdón divino,¿ por qué me lo negará Dios? ¿Acaso no lo merezco de igual manera? ¿No me lo otorgará Dios por qué no soy rey? ¡Las Escrituras establecen la igualdad entre los hombres! Por otra parte nunca fui tan canalla ¡Yo no hice matar a nadie para satisfacer mis deseos! ¡Ni me aproveché de mi superior condición para lograr los favores de una mujer!

El maestro de Los Textos permanece en silencio. Los argumentos del joven no son endebles. Pero la duda aparece: "¿Por qué ha buscado Moisés esos párrafos bíblicos para justificar sus acciones? ¿Lo ha efectuado sinceramente o con la aviesa intención de lograr la gracia divina...?"

"Moi", tan sagaz como inteligente, adivina los pensamientos del rabí.

- No me juzgue tan severamente... ¿Peco también si conozco Las Escrituras? ¿Por qué no puedo utilizarlas para mi particular situación? ¿Acaso no las ha dictado Dios? Los hombres estamos obligados a estudiarlas durante toda nuestras vidas para servirnos de las enseñanzas de sus textos...

El maestro de Greiding duda una vez más; su dilema no consiste en aceptar la justeza de las afirmaciones teológicas -absolutamente acertadas- sino juzgar correctamente la sinceridad de las palabras de Moisés... Posiblemente, no tenga conciencia de la maldad de sus actos. Ha buscado como exculpar sus pecados en Los Textos, y los ha encontrado... Por otra parte ¿No es extremadamente severo con Moisés? ¿No estará hilando demasiado fino? Debe sólo apreciar los hechos si quiere ser ecuánime. Los vericuetos ocultos, las intenciones desconocidas no deben ser óbice para ponderar los méritos visibles. Así lo enseñan los grandes sabios de La Ley: "Los juzgaras por sus actos"...

Su padre, Reb Scholem de Greiding, afirmaba: "Un juicio realizado sin sopesar los hechos y meditar acerca de las circunstancias corre el riesgo de ser errado". También agregaba: "Los hombres somos seres falibles y nuestras sentencias suelen ser inexactas. ¿Cómo no considerar nuestras probabilidades de cometer un yerro si el Rey de los Cielos, de la Tierra y de los mares, el mismo Creador puede equivocarse? Así lo reconoce Dios en Los Textos más de una vez..."

Cuando estas palabras suscitaban tormentas entre sus oyentes, o desconcierto entre sus discípulos, Reb Scholem de Greiding aclaraba sus aparentemente heterodoxas afirmaciones:

“La Torá lo dice, está así escrito. ¿No lo prueban sus arrepentimientos bíblicos con respecto a sus criaturas y a los hechos resulta de su ira divina?” Su ejemplo preferido, entre otros, lo constituían las afirmaciones de Dios ante las consecuencias del Diluvio: “No volveré más a maldecir la Tierra por causa del hombre... No volveré más a herir a todo viviente como acabo de hacerlo...” Gustaba referirse a ese versículo del Capítulo VIII de Las Escrituras cuando sus colegas presumían de inefabilidad en sus análisis de Los Textos, o cuando algún empecinado cabalista auguraba el futuro a través de la gematría.

Moisés, listo por naturaleza, sin comprender las razones de los largos ensimismamientos de Reb Meier ha aprendido a respetarlos pero, al mismo tiempo, se ha percatado que pasado un lapso resulta conveniente, en especial si se pretende mantener un diálogo, retrotraerlo a la realidad...

- Respetado maestro...¿Acaso no merezco, cómo cualquier otro pecador la oportunidad de reparar mi disipada vida anterior con una existencia dedicada a honrar Su Nombre...?

Reb Meier lo observa sin responder.

El sefardí, sin estar seguro del motivo del silencio -quizás aún permanezca absorto en sus reflexiones, quizás no se encuentre decidido- resuelve introducir una dosis de elogios para su interlocutor.

Constituye un recurso seguro: no falla aún con los más modestos; ”¿Acaso -piensa el muchacho- al mismísimo Dios no le agradan las alabanzas? La Biblia entera está repleta de loas al Señor...”

- Docto Rebe ¿Su amplio concepto de la Ética cómo idea de Dios, de La Ley cómo regla fundamental para convivencia humana, no encuentra en su sabiduría un solo párrafo para reincorporar al mundo de los observantes de esas disposiciones a este humilde pecador?

Pero estas zalamerías no consiguen despistar a su destinatario. Meier al escuchar los empalagosos halagos de Moisés ratifica su prevención inicial; el muy listo ha incorporado como discurso propio algunos de sus conceptos, oídos por vez primera pocos minutos antes de su boca... El desparpajo de Moisés no conoce fronteras ¡Con tal de congraciarse con él está dispuesto a la aceptación de sus teorías por absurdas qué le parezcan!

Pero Reb Meier “sabe” perfectamente que Moisés “sabe” que él “sabe” ... Dos intelectos jugando con naipes marcados... Ello resulta contradictorio para el rabí. Por una parte le resulta agradable competir con una persona bien dotada intelectualmente. Pero en clara oposición a esta satisfacción, la camaleónica personalidad de su antagonista no le complace. Una persona capaz de admitir sus trascendentales pensamientos sin una mínima crítica, sin pedir explicaciones no le agrada... Quiere probar hasta donde es capaz de llegar el español.

- ¿Piensas qué yo puedo serte útil?

- Si Rebe...

- No veo la manera... Te lo he dicho antes. Nadie, de acuerdo a La Ley, a Las Escrituras puede otorgar el perdón que buscas. No se trata de una falta o un delito. Lo tuyo es un pecado, una ofensa a sus Mandamientos... Únicamente tú puedes conseguirlo.... Sólo tú puedes perdonarte... Así está escrito...

- Pero usted, sabio maestro, puede ayudarme a encontrar la mejor forma de lograrlo... ¿Quién otro qué el Rebe de Greiding, capaz de los más audaces consejos, para guiarme hacia el sincero arrepentimiento qué busco...?

El rabí sopesa las manifestaciones de Moisés. "El muy descarado -piensa- no se equivoca. La tolerancia que puede obtener de él no la logrará de ningún rabino ultraortodoxo.

Sus recomendaciones a Miriam lo autorizan a pensar así..." Pero Reb Meier, convencido como está, que de poco servirán sus opiniones para orientar el futuro comportamiento del sefardí, calla. La naturaleza de Moisés no cambiará por sus buenos consejos. Ni le serán útiles las buenas intenciones que ahora lo animan momentáneamente. Pero el joven no flaquea.

- ¡"Rebeñu", quiero convertirme en uno de sus discípulos! ¡Deseo fervientemente ser su más fiel seguidor!

El maestro esperaba la petición. La había previsto casi desde el inicio de la visita, pero ante la solicitud efectuada de forma inequívoca, debe examinar la situación. Varios elementos, no todos negativos, ha de valorar en su decisión:

Se trata de una persona inteligente, con una preparación religiosa y general aceptables, quizás por encima del promedio de los seminaristas habituales. El nivel ha descendido alarmantemente en los últimos tiempos. En la actualidad admiten a cualquiera que se presente. No indagan demasiado en los motivos de las vocaciones. Las causas van desde librarse de los tres años de servicio militar -el maestro de Greiding nunca comprendió porque los seminaristas no cumplen obligaciones sustitorias trabajando en las diversas tareas en las cuales la mano de obra resulta escasa- , o para vivir sin fatigas ni preocupaciones; no pocos, al ingresar en las academias rabínicas se libran del trabajo amparado por más de una cita del Talmud, cuando no por las afirmaciones de algún jefe de secta. Para Reb Meier la afirmación del Supremo Lubavitcher que "es más importante estudiar que orar" tiene tintes de heterodoxia...

Recuerda que en los tiempos de su juventud -y en los anteriores por los relatos de su padre- el ingreso a los centros de enseñanza religiosa estaba limitado a los más capaces. Entrar en una "yeshivá" exigía no sólo vocación; para ser rabino, un maestro de La Ley se debía poseer muchas virtudes además de conocimientos.

En el caso de Moisés debía sumar el oportunismo de sus arrepentimientos. Sus arrebatos piadosos se producían en los momentos de gran riesgo personal... ¿Se mantendría la repentinamente despertada inclinación de servir a Su Nombre una vez pasada la crisis del día...? Una vez superada la situación ¿No renacería su natural, evidentemente nada predispuesto a

someterse al imperio de La Ley? La biografía no resulta alentadora en lo referente a lo sólido de su vocación.

Por otra parte Reb Meier aprecia su tiempo con avaricia. Sabe -nadie puede engañarlo- la proximidad del instante supremo en que dilucidará sus dudas respecto al Altísimo... No quiere utilizar sus preciosas horas en instruir a un discípulo que se marchará, al menor soplo de las tentaciones mundanas...

Existe otro factor para su valoración negativa, aunque Meier no quiera confesárselo claramente. Se origina en la historia de Miriam y circunstancias concretas del entorno familiar del Rebe de Greiding.

Si la piadosa hija del severo Rebe de Bnei Brak pudo caer víctima de sus deseos carnales despertados por la presencia de Moisés... ¿Por qué no acontecerá otro tanto con su hija menor Sara, la única soltera qué resta de sus trece retoños, todas ellas mujeres? La ha reservado, celosamente, para desposarla con quién será su sucesor, el futuro Rebe de Greiding -ya que el destino no le deparó ningún descendiente varón. Moisés, está absolutamente seguro de ello, no es el yerno esperado...

Sara llegó cuando la edad de Lea, su esposa, no lo hacía suponer. Para ese tiempo once de sus anteriores hijas se habían casado con jasidim de diversos clanes, ninguno ni siquiera cercano al de Greiding... Sus muchachas no tuvieron muchas opciones de escoger otros maridos; para las hijas del pobre rabí las opciones se reducían a los jóvenes de Mea Sharim. No resultó fácil para los, y las casamenteras, colocarlas, en un mercado muy competido. Las familias super beatas con sus numerosas proles, sin bienes terrenales que ofrecer, se ven en grandes dificultades para acomodar a sus descendientes, en especial a las mujeres. En el barrio la riqueza no abunda y sobra la indigencia crónica. Los hijos de las parejas celosas del mandato de "creced y multiplicaros" aumentan de forma geométrica y el trabajo escasea en un campo profesional superpoblado. Los seminarios producen maestros, circuncidadores, matarifes rituales, rabinos y vice rabinos por encima de las necesidades de las comunidades, ello sin tener en cuenta el progresivo proceso de laicidad y la creciente asimilación.

Reb Meier recapacita, una vez más, acerca del fenómeno de la incorporación de los hebreos de la diáspora en su entorno real, en especial en los países con sociedades abiertas, democráticas... No se trata de un hecho nuevo en la historia del pueblo judío... ¿Cuántos serían los millones de judíos si este natural, inevitable mimetismo social no se hubiese producido a lo largo de su historia...?

Los patrioteros, no únicamente los de origen religioso, los que sostienen la teoría del "pueblo elegido" sin reflexionar demasiado sobre su real significado, aceptando sin análisis crítico la crónica de un pequeño grupo humano que escribió sus leyendas en un rincón del Cercano Oriente, no quieren oír hablar de la verdad biográfica de sus antecesores. Para ellos, herederos del contradictorio orgullo de los excluídos, el pertenecer a "los elegidos" justifica las persecuciones, los pogromos, el genocidio...

El maestro de Greiding lo ha estudiado cuidadosamente. Si los principios éticos, las enseñanzas morales, La Ley contenidos en Las Escrituras han sido transmitidos de generación en generación por los descendientes de aquella reducida tribu que un día salió de Ur, de las profundidades de La Mesopotamia y, por los intrincados senderos del acontecer histórico, los ha legado a la mayoría de los seres humanos ¿qué mayor satisfacción puede caber a quiénes proceden del pequeño clan de Abraham?...

Tampoco se atreve a proclamar sus ideas últimas sobre la asimilación. Sabe del peligro que corre. Con las escasas reflexiones que de él se conocen públicamente, poco le falta para ser declarado un hereje, si se enteraran de sus pensamientos críticos sobre la aceptada idea de la misión divina del Pueblo Elegido de testimoniar Su Palabra y Su Existencia, los rabino, estrictos defensores de la fe, no vacilarían en excomulgarlo públicamente. Ejemplos no faltan...

- ¿Me acepta, respetado maestro? El reclamo de la realidad llega, una vez más, en la voz de Moisés...

Reb Meier observa detalladamente al postulante.

Ya se le ha marchado una hija... Jave... ¿la cuarta...? con el miembro de un kibutz... El primer día que lo conoció... ¿Qué necesidad tuvo de huir? La hubiera comprendido sin demasiadas explicaciones. Jave, simplemente había transferido, lo mismo que su fácil seductor, sus creencias de una religión a otra. Para él no existen grandes diferencias entre el mesianismo de los miembros de los movimientos izquierdistas y los creyentes ortodoxos de la fe mosaica... claro que su cautivador era, y es, además un fornido y atractivo muchacho...

- Seré juicioso, maestro... Las afirmaciones de Moisés no le merecen crédito a Meier. Ninguno...

Sara constituye su mayor tesoro. Su inesperado nacimiento fue algo similar a una anunciación, si bien al viejo maestro no cree en la divinidad de dichas revelaciones.

Meier esperaba un varón como corolario del inesperado acontecimiento -sus doce hijas anteriores justificaban su anhelo- pero apareció Sara... Si no había llegado su sucesor, su última hija se desposaría con quien mereciera serlo...

Dejó de lado sus racionalistas críticas, con la llegada de Sara, sobre la costumbre de que los hijos -en su defecto los yernos- de los jefes de las sectas jasídicas hereden la prelacía. Sus terminantes afirmaciones negando la tradición aceptada de que los cabezas de los clanes transmiten a sus vástagos, al primogénito en especial, su sapiencia tiene, además de las propias deducciones de Reb Meier, un fundamento indiscutible; el Talmud lo rechaza claramente. En "Nedarim 81", sentencia:

"¿Por qué los hijos de los sabios rara vez son sabios? Para que nadie pueda decir que la ciencia se transmite por herencia".

Pero si la jerarquía jasídica se olvida de ese párrafo del Talmud por los motivos de cualquier aristocracia, Reb Meier lo deja de lado a pesar de sus censuras anteriores... No lo confiesa a nadie, ni a su esposa Lea... y, a duras penas, a sí mismo... A pesar de su racionalidad no deja de considerar, como seguro, que su futuro hijo político será su sucesor, él destinado a perpetuar el rabinato de Greiding...

Moisés Bensimón no es el hombre adecuado para convertirse, en el futuro Rebe...

Meier percibe en su presencia a diario, estudiando durante horas con él, una amenaza para sus previsiones sobre el futuro marido de su hija Sara. Su poco fiable discípulo se cruzará, inevitablemente, en muchas oportunidades con la inocente muchacha...

El resto, predecible; una fácil presa del lúbrico seductor. Por otra parte, Reb Meier ha observado, y no le caben dudas, la natural propensión de Sara para ser "capturada" si "alguien" -Moisés por ejemplo- se lo propone seriamente. La jovencita rezuma sensualidad a pesar de su juventud; recién ha cumplido, para las fiestas de las cabañuelas, dieciséis años. Hermosa, atractiva, ni quiera las groseras ropas de la obligada modestia integrista, al uso en Mea Sharim o Bnei Brak, logran ocultar su belleza, sus voluptuosas formas. A su padre le consta su poderoso atractivo sensual. Su hija atrae las miradas de los varones del vecindario; solteros, casados, jóvenes, maduros no pueden resistir y se vuelven a su paso. No logran evitar su hechizo de hembra bien hecha cuando ella camina por las aceras de la barriada de "las cien puertas". La contemplan con miradas pecaminosas, con pleno conocimiento, la mayoría de ellos, que violan el mandato que prohíbe a los varones píos a observar con ojos lúbricos a las mujeres, inclusive a las propias...

Sin ir más lejos, Yehuda, el hijo del matarife ritual que habita la casa medianera, siempre ha experimentado una atracción -Reb Meier no vacila en calificarla de libidinosa- por su niña. Lo han tenido que vigilar, él y su esposa Lea, con especial atención. El actual Reb Yehuda, cuando adolescente, inclusive cuando ya tenía una tupida barba intentaba magrear a Sara, desde que ella apenas tenía cinco o seis añitos. El pretexto, cuando imberbe, inocentes juegos; supuestas demostraciones de cariño, cuando mayor...

Pero ni al llegar a una edad adecuada, habló de boda... Reb Yehuda, Meier lo había calado desde su niñez, era ambicioso y su mayor anhelo, huir de la pobreza de su barrio natal y convertirse en alguien rico y poderoso, no lo lograría casándose con la hija de un mísero rabí de su arrabal nativo...

Pero, la razón última y principal para Reb Meier, la constituye una sensación, podría definirse "de piel". Al maestro de Greiding no le gusta nada Reb Yehuda, y tampoco su familia.

Provienen de una región del antiguo imperio zarista que tiene fama de dar hombres muy inteligentes pero un tanto retorcidos; Galitzia.

Reb Meier se avergüenza de sus prejuicios, propios de un ser ignorante, de cierta manera perversos, pero no los puede evitar; se originan en conceptos mamados desde la cuna y que superan, demasiadas veces, su educación y racionalismo. En oportunidades el maestro

considera que algo similar debe acontecer con los antisemitas... Y si el aborrecimiento a los judíos es un sentimiento condenable, no menos son los suyos... Tan execrable los unos como los propios... Si bien la razón, con esfuerzo, lo lleva a dominar estas prevenciones y fetichismos, de una cosa está plenamente seguro: Moisés Bensimón, si él lo puede impedir, no será su yerno, ni le dará oportunidad de realizar ninguna de sus hazañas que entorpezca el matrimonio de Sara con quien corresponda.

El preocupado progenitor, y su también afligida esposa, se han preguntado a quien ha salido la frívola hija. Desde muy niña a Sara le ha gustado jugar a fascinar a los demás, a los varones en especial.

Lea no tiene respuesta; Meier si. Existe un antecedente familiar. Una abuela suya, polaca ella, a quien su abuelo Meier, conoció en una boda de un pariente no estaba bien considerada por las comadres del pueblo. Las mujeres de la aldea -tenían un servicio de informaciones de superior eficiencia a la de la "Okrana" zarista -afirmaban que ella, la polaca, no era la esposa adecuada para el Rebe de Greiding. No daban razones para su dictamen, pero si la red de cotillas de la aldea emitía un veredicto el mismo no se podía apelar y su aceptación por el resto de los habitantes, unánime, permanecía en el tiempo... Si bien el actual Reb Meier ocultó a su esposa ese precedente, él no lo ignoraba.

Quizás Sara ha heredado alguno de los veleidosos genes de la frívola abuela. Una combinación demasiado explosiva para permitir que los elementos de la mezcla, -Moisés y Sara- se acercaran...

- Moisés, te agradezco hayas considerado la posibilidad de convertirte en mi alumno pero no puedo aceptarte. Las palabras del rabí, corolario de sus reflexiones, resumen su actitud.

El muchacho, ignorante de los motivos del maestro, insiste.

- ¿Por qué, respetado guía? ¿No me considera capacitado para ser uno de sus discípulos?

Reb Meier no desea manifestarle sus verdaderas razones. Le expone otras que, sin duda, resultarán comprensibles para "Moi":

- Estudiar conmigo no te brindará posibilidades para tu futuro profesional. ¿De qué utilidad te será llegar a rabino si el grado lo otorgo yo? De poco; lo más probable que resulte negativo. "¿Reb Meier de Greiding...? ¿Quién lo conoce?" dirá la mayoría. Y a los que mi nombre les signifique algo, afirmarán... "¿Ese hereje?"... No te servirá de crédito mi certificado de estudio rabínicos para lograr un empleo en ninguna comunidad del mundo...

"Moi" sonríe con un dejo de ironía.

- Ser rabino de alguna pequeña, o gran congregación, no simboliza el ideal de mi vida, "rebeñu"... ¿Discutir yo con un atajo de iletrados, vanidosos y arbitrarios directivos de una

sinagoga perdida en algún remoto lugar de la geografía mundial, por el hecho de qué mi mesada depende de sus soberanas voluntades? ¡Jamás!.

Si bien Meier está de acuerdo con su definición de la mayoritaria proporción de los dirigentes comunitarios, no deja de sorprenderle la actitud de su interlocutor. Moisés intuye el asombro de maestro y le aclara entonces.

- No necesito que nadie me pague un salario. Mi familia posee los medios suficientes para asegurar la subsistencia de sus miembros por generaciones... Mis hermanos, y cuñados, trabajan porque desconocen otros placeres de la vida... espiritual, se entiende...

En Marruecos los Bensimón tenían una sinagoga, rabino incluído, de su propiedad.

El maestro de Greiding no alcanza a comprender la actitud de Moisés. Algo no encaja... Si no desea ejercer como rabino ¿Qué lo mueve a estudiar arduamente días enteros, con sus noches muchos de ellos, leer y releer hasta memorizar Las Escrituras? ¿Para qué conocer los centenares, los miles de comentarios escritos por decenas, por cientos de rabíes seguros de que su interpretación de Los Textos es la única verdadera? Reb Meier considera las innumerables glosas, reiteradas en su casi totalidad, como una maraña de escritos que ocultan Las Escrituras o, en el mejor de los casos, deforman de tal manera las ideas originales de La Torá hasta convertir la religión mosaica en algo diferente de su sentido inicial.

Estas opiniones le han valido, entre los seguidores de los antiguos comentaristas y entre los nuevos exegetas bíblicos, una bien merecida fama de herético peligroso propicio a ser excluido de la grey hebrea...

Pero en esos momentos ese problema no constituye su preocupación fundamental. "¿Cómo alejar para siempre de su casa a Moisés?"

- ¿Lo has intentado con otros rebes? Sólo en ese país existen decenas y decenas de sectas jasídicas... ¡O en el exterior! Más de una estará dispuesta a recibirte...

- ¡La mayoría de sus mentores me parecen unos obtusos!

- ¿Incluido Reb Jaim de Kurst? El de Greiding no evita, si se presenta la oportunidad, satisfacer la rivalidad que mantiene con su lejano pariente.

- Dentro de lo que abunda por ahí, me parece uno de los más aceptables. Sus enseñanzas tienen cierto sentido.

Reb Meier, está satisfecho, aunque un juicio desdeñoso lo hubiera alegrado más... Por lo menos sus raíces, las enseñanzas del fundador de la escuela de Greiding, Reb Scholem Vlodsky, han protegido de las locuras integristas absolutas a su distante pariente...

- ...¡Pero muchos de los demás rabinos, qué se autodefinen cómo ultrapiadosos, los creo delirantes peligrosos! Cuando abandoné, por las razones expuestas, los estudios con Reb Jaim, comencé a buscar el maestro adecuado con quien proseguir, con su guía, mi camino hacia

El Altísimo... ¡Reb Meier, nadie puede suponer, ni en la categoría de los extravíos mentales extremos, las ideas que tienen esos anormales de la práctica de nuestra religión! Uno de ellos me ordenó, el primer viernes que estuve en su centro de estudios, sentarme con los demás estudiantes a cortar largos rollos de papel higiénico en trozos y así evitar el hacerlo en sábado para cuando fueran necesarios... De esa forma se evitaba, afirmó el perturbado, violar el descanso ordenado por El Señor para el séptimo día...

Reb Meier conoce esos excesos, y de la misma manera que la indignación se apoderó de él cuando lo supo por primera vez, apenas contiene su enfado ahora: "¡Cómo se puede agraviar una sabia institución, el descanso semanal obligatorio, legislado por Las Escrituras en los albores mismos de la vida en sociedad con tal necedad! ¡"Quienes así obran no tienen la menor noción de La Ley mosaica ni de su sentido social!".

-...Otro rebe superobservante me ordenó no utilizar un dentífrico que produjera espuma...- Continúa Moisés- pues... ¡la espuma de la pasta de dientes, producida al lavarse la boca, viola las reglas del sábado!...

"¡Los extremos a los qué llega el fanatismo irracional de algunos sería risible si no fuera peligroso! Esos desatinados manejan los temas religiosos, controlan los actos de las personas" El maestro apenas contiene su ira.

-... Un tercero me explicó que no se debe cortar una tarta, por "casher" que sea en sábado -sigue el desconcertado muchacho- si la misma lleva una inscripción sobre su superficie ¡Prohibido hacerlo! ¡Constituye un agravio a Dios de una magnitud inconmensurable! El joven no puede aceptar una ofensa tal a la inteligencia humana.

- ¡Esos rabinos integristas y sus seguidores son unos trastornados mentales! ¡Deberían vivir encerrados, pero no en un seminario! ¡Cada día inventan un dislate nuevo para convertir en impracticable la fe de nuestros mayores!...

Las palabras de Moisés afectan a Reb Meier. Medita sobre la poca, o inexistente, distancia que media entre ese tipo de usos fundamentalistas y la idolatría... Se resiste a aceptar sus propias conclusiones... "¿Qué diferencia hay entre uno de esos fetichistas y un pagano...? ¿Pueden ser considerados Hijos del Pacto realmente...?"

-...Otro de "esos maestros" estuvo un día entero sin dormir sin llegar a decidir cuantas veces resulta necesario lavar una cuchara utilizada previamente en leche para luego mezclar, o comer con ella, un guiso de carne sin violar las disposiciones dietéticas que ordenan separar los productos lácteos de los cárnicos... ¡Nos abrumó hasta el amanecer con millares de observaciones en un sentido y otro tanto con argumentaciones opuestas! Finalmente decidió escribirle al Jefe Supremo de la secta que reside en Nueva York, por supuesto, para que le diera

la solución al arduo problema...¡Cómo si no existiera, desde la antigüedad, el jabón o no hubieran inventado los detergentes!

Reb Meier apenas refrena sus deseos de adherirse, en voz más que alta, a las críticas de sefardí. Puede agregar a las sensatas observaciones decenas de extremismos imbéciles de los así llamados "guardianes de la fe": No llevar llaves en sábado, ni siquiera las de las propia vivienda; está prohibido cargar objeto alguno el Día del Descanso marcado por El Señor, pues representa un trabajo... Pero ¿cómo resolver el problema de no cerrar la casa esa jornada? La preocupación de haberla dejado expuesta a los ladrones no permitiría orar con limpieza de espíritu, ni loar al Hacedor sin máculas en los pensamientos? Grave dilema... Pero para eso los clarividentes rabinos de piedad absoluta tienen cerebro... y tiempo. Decidieron transformar los llaveros en algo parecido a hebillas de cinturones... Sujetar los pantalones si está autorizado, aún en sábado...

Los disparates que Reb Meier tiene registrados completan una sarta demencial de despropósitos increíbles.

Los estrictos vigilantes de la sacralidad de los sábados y las conmemoraciones religiosas de guardar, no permiten que los médicos y las enfermeras que prestan servicios en esos sagrados días lleguen a sus hospitales y centros de salud en medios de transporte público... pero sí pueden hacerlo en ambulancias utilizándolas como disfrazados autobuses...

O manifestarse violentamente contra las autopsias; apedrear a los vehículos que intentan circular por las calles de los barrios que ellos dominan; retirar el sello de pureza dietética -algo similar a una sentencia de muerte comercial en Tierra Santa- a un establecimiento panificador por obsequiar con cromos de dinosaurios a clientela infantil, compradora habitual de sus bollos. La razón, muy simple; de acuerdo a los Sagrados Textos nunca existieron los animales de la era secundaria; prehistoria, no la hubo; el mundo tiene poco más de 5.000 años de antigüedad, según las palabras de la Biblia; esas afirmaciones dictadas por el Supremo Hacedor no deben -ni pueden- discutirse, ni interpretarse por los fieles a Su Verbo. Ellos, los píos custodios de la Única religión, no lo admiten y en consecuencia no ha habido dinosaurios en la Tierra, nunca...

Los restos arqueológicos -explica la teoría de los lubavitcher- son recursos del Supremo Arquitecto para probar a sus fieles...

También el tribunal rabínico, vigilante de la puridad de los alimentos de acuerdo al complicado código dietético ultra piadoso elaborado por las múltiples paráfrasis de los rabíes más extremistas, retiró, en su momento, el certificado de "casher" a los productos de "Coca Cola" por patrocinar conciertos de música joven sábado. No le importó demasiado si sus componentes se ajustan, o no, a los principios de pureza religiosa...

Reb Meier interrumpe su repaso de las arbitrarias actitudes de quienes se autoproclaman los auténticos -y únicos- celosos guardianes de la fe... Si continúa por ese camino, imperceptiblemente acabará coincidiendo con Moisés... como una concordancia trae otra, finalmente, sin quererlo, aceptará al peligroso seductor a su lado...

- No sólo se sirve a El Señor con el estudio y la devoción religiosa extrema. Existen formas diferentes de honrarlo... ¿Por qué no buscas tu camino en otros campos de la actividad humana? ..."quizás aleje así a Moisés de su casa... y de Sara..."

- ¿En cuáles, Rebe?

- ¡Hay tantos! Con tu inteligencia y preparación puedes escoger él que te plazca, o él más apropiado para tí...

Al muchacho la respuesta no lo convence. Le parece vaga. Por otra parte su familia tiene una contestación tradicional para aquellos que intentan eludir el destino marcado por las generaciones de sefardíes que en el mundo han sido.

- Maestro. Entre los míos el único trabajo merecedor de respeto lo constituyen los negocios. Los demás apenas se pueden considerar como meros entretenimientos. Lo mismo que las "novias extrañas"... Finalmente un buen sefardí terminará casándose con una buena hija de una familia conocida, sefardí por supuesto... Con la actividad laboral sucede lo mismo; un digno descendiente de "un buen linaje" finalizará siendo un buen comerciante...

- ¿Y por qué, entonces, te interesan los estudios rabínicos de tal manera mi estimado "señorito"...?

- Ya se lo he dicho, maestro. Deseo expiar mis pecados con mi devoción a Su Santo Nombre... Por otra parte un rabino siempre ha sido, y es, objeto de gran respeto entre los míos, en especial si resulta ser un santo, esos que se reverencian en los hogares protegidos por sus estampas, o se concurre a sus "hilulot" para lograr su intermediación ante El Señor...

- ¿Te refieres a esas idólatras romerías qué se parecen más a una procesión católica o un "musem" musulmán?

- ¡Vamos Rebe! ¡No sea parcial! Si a una "hilulá" la juzga una manifestación fetichista ¿Cómo definiría el culto a los rebes jasídicos? ¿Los seguidores del Rebe de Satmar, los adoradores del lubavitcher, los devotos del rebe de Beltz o de otros, esos fanáticos deben ser considerados de otra forma por qué son aschkenazis?

Meier no responde. Debería mostrar su conformidad con las ideas de Moisés... Para él en nada se diferencian; tampoco resultan muy distintos de los supersticiosos y ultradogmáticos de otras religiones; en su irracionalidad basan su obcecada fuerza los unos y los otros; judíos, cristianos, musulmanes, animistas u observantes de cualquier credo que aceptan la intolerancia como forma de practicar su fe.

Lo ha proclamado en voz alta a quienes -pocos por cierto- lo han querido oír. La idolatría resulta más fácil de practicar que el racionalismo. El joven no es únicamente inteligente y culto. No le falta astucia. Ello, en la particular situación en que se encuentra, resulta riesgoso para el maestro. Pero Moisés, intuyendo la débil postura de su interlocutor, intenta resolver el asunto.

- ¿Cuándo comienzo, respetado maestro? ¡Estoy ansioso por conocer sus pensamientos y estudiar con usted la verdadera esencia de Las Escrituras!

Pero Moisés no ha ponderado con justeza a su oponente. Reb Meier, a pesar de sus disidencias, es un rabino; ha sido educado como tal y su padre, rabino también, le ha enseñado los recursos necesarios para no ceder fácilmente en una contienda dialéctica: No contestar a la primera, buscar las evidencias constituyen la médula de las reflexiones acertadas. Este proceso requiere un tiempo para su correcto desarrollo. El encuentro de la verdad a través de las argumentaciones opuestas, exige lo suyo. Meier sonríe. Recuerda las clases de filosofía, cuando alumno de la universidad de Jerusalén; el catedrático afirmaba que Hegel debió asistir asiduamente a los seminarios rabínicos; de otra forma no se explicaban sus tesis sobre la dialéctica como método.

Su experiencia en la esgrima de las ideas lo lleva a dar el asalto final. Su contrincante está demasiado confiado y ha descuidado su guardia... Reb Meier lo percibe claramente.

- Así que deseas dedicar una buena parte de tu vida al estudio de los Textos...

- ¡Lo anhelo fervientemente, Rebe! ¡Sólo me redimiré si lo hago! ¿Cuándo comenzamos, mi respetado maestro?

Con un tono que resta importancia a sus afirmaciones, Meier le responde.

- Apenas hayas finalizado tu preparación...

La palabra suena mal a los oídos de Moisés; no la esperaba...

- ¿"Preparación"? ¿Acaso no poseo los conocimientos necesarios...?

- Los tienes... ¡Ojalá muchos de los alumnos de los seminarios poseyeran la mitad de tu instrucción religiosa! Pero no me refiero a eso... Pienso en algo diferente... en un periodo necesario anterior... Algo así como un tránsito previo a convertirse en mi discípulo de manera formal...

- ¿No será usted mi guía por el camino de la verdad? ¿Qué más me hace falta?

- No te aceptaré sin que antes pases unos meses con los jasidim de Gur...

- ¿Con los de Gur? La exclamación de Moisés resume su alarma. -¡Los más reaccionarios, los integristas más extremos! ¡No me aceptarán!

- No te rechazaran, mi estimado joven ¡Se hallan tan necesitados de seguidores! Poco se preocuparan en averiguar tus antecedentes...

- ¿Por qué me somete, Reb Meier, a una prueba tan dura?

- Así apreciaras mejor mis enseñanzas... luego...

- ¡Además, respetado mentor, “esos” tiene su sede en Tel Aviv!

- No veo motivo para tu alarma. Tel Aviv está dentro de los límites de Tierra Santa…

- ¡Para mí representa la urbe de la perdición, maestro! ¡Los más peligrosos estímulos para mis perversas inclinaciones se cruzarán a cada uno de mis pasos! ¿Ha observado alguna vez a las muchachas de esa pérfida ciudad moviendo sus palmitos en las playas? ¡Me incitarán a fornicar en todo momento! ¡Además colaboran las muy resabiadas! ¡Siempre dispuestas! Moisés gime implorante.

Reb Meier da por finalizada la entrevista. El tono de su voz no admite dudas cuando las pronuncia.

- Es mi decisión inapelable, Moisés Bensimón. Permanecerás unos meses con los píos seguidores del Rebe de Gur. Una vez acabado ese periodo podrás comenzar tus estudios conmigo… “Cuando el discípulo está preparado, aparece el maestro”. Reb Meier cierra el diálogo con una de sus frases preferidas.

No fue necesario aguardar largo tiempo para obtener los resultados de lo recomendado por el maestro de Greiding a “Moi”.

En los primeros días de aceptado por el desprevenido jefe de los de Gur, el irresistible sefardí sedujo a la joven esposa del hijo -y heredero- del supremo rebe de la secta… También “conoció” a la prometida de su compañero de pupitre, que inocentemente se la presentó. La futura esposa de su colega no resistió demasiado a los embates del tentador hispano. la frustrada cónyuge -una inmigrante rusa recién convertida a la ultraortodoxia- colaboró entusiásticamente con la pérdida de su recién adquiridos principios de conducta, de recato y modestia pías.

Así hubiera continuado, para aflicción de los desolados jasidim.

Los salvó del oprobio una capitán del ejército, vecina medianera del centro de los jasidim de Gur, sito en el boulevard Max Nordau en el corazón de Tel Aviv.

Moisés practica con la rubia -y bien formada oficial- los ejercicios propios del conocimiento bíblico, con la intensidad adecuada de quienes desean llegar a la cúspide de la erudición en una disciplina.

Obviamente, Moisés Bensimón jamás regresó a la casa de Reb Meier Vlodsky, el Rebe de Greiding.

El encuentro de tan dispares personalidades, Reb Meier por un lado, Moisés por el otro produjo contradictorios resultados:

Dudas en el maestro de Las Escrituras.

"¿Cuál fue la razón que determinó a los canonizadores de las Escrituras a incluir la historia del Rey David en Los Textos...?

El relato bíblico de los actos del Rey David lejos está de resultar edificante; conspiró con los hijos del rey Saúl, su protector, para derrocarlo; se pasó al enemigo, a Aquis de Gat, soberano de los filisteos, sirviéndolo como mercenario. Robó, mató con sus hombres en el desierto de Zif. Juró en falso a Saúl en En Gedi. Desposó a Abigail, la viuda de Nabal, su enemigo. Ordenó mataran a Isobert, hijo de Saúl; lo degollaron mientras dormía. Cometió adulterio con Betsabé. Al no poder endosarle el fruto de la infidelidad al marido, Urías "el hitita", uno de sus fieles generales, lo asesinó con un ardid cobarde...

Sus hijos cometieron incesto y se mataron entre ellos; Amnón violó a Tamar, su media hermana. Absalón asesinó a su medio hermano. También se sublevó contra su padre y pagó con su vida por ello. ¿Cuántos hijos de Judea e Israel murieron innecesariamente por los pecados de David?"

Reb Meier va aún más lejos en sus reflexiones:

"¿Cuántas más iniquidades puede cometer un hombre? David descendió a los abismos de todos los vicios... Sin embargo Dios lo perdonó. Más aún es venerado como uno de los héroes máximos de Israel, los descendientes de su casa son respetados como príncipes... ¿Por qué aman los pueblos a determinados líderes a pesar de sus públicos pecados, de sus delitos y faltas qué en otros no perdonarían...?

Hizo bien Moisés Bensimón en apoyarse en ese ejemplo de Las Escrituras para justificarse y solicitar misericordia..."

Pero la mayor de sus incertidumbres corresponde a una profunda duda de fe.

"¿No se obtendrá un efecto totalmente opuesto al buscado por los sabios canonizadores de Los Textos Sagrados el incluir la historia de David? El Rey de los Salmos lo consiguió todo; poder, fortuna, mujeres, amor, una larga vida, respeto histórico, el cariño de su pueblo...

E, inclusive, el perdón del Todopoderoso...

¿Por qué no seguir su ejemplo? se preguntará, con razón, más de un pecador... Moisés entre ellos..."

La angustia crece en Reb Meier a medida que medita buscando la "responsa magnificat" a sus dudas permanentes... Quizás esto esclarezca el sentido de su entera vida...

En cambio a Moisés Bensimón las recomendaciones de Reb Meier le han dado una certeza absoluta. Si bien se percató de la prueba a que lo quería someter el maestro de Greiding, enviándolo al seno de los tremendistas de Gur y al mismo corazón de las tentaciones de las dulces playas mediterráneas, lejos de la mística Jerusalén, él aceptó el reto.

Dados los resultados, ambos hicieron bien.

El ensayo sirvió para que Moisés enterrara sus dudas escatológicas en las arenas de la costa. Moisés vive, a partir de su fallido intento religioso, epicúreamente sin preocuparse demasiado por su futuro existencial, por otra parte impredecible…

Y Reb Meier de Greiding continúa ensimismado en sus dubitativas reflexiones filosóficas…

SAMUEL

- Pero usted ¿cree o no en la existencia de Dios?

No le ha resultado sencillo al joven rabino efectuar la trascendental pregunta a su veterano y sabio colega. Rav Samuel Kot la formula superando muchos reparos.

“¿Cómo interrogar sobre su fe en Adonai a un rabí?”

Exigir esa respuesta a quien tiene por cometido en la vida honrar y enaltecer al Supremo Señor del Universo, es como dudar que las murallas de Jerusalén, con más de tres mil años de antigüedad, carecen de cimientos. O que el Templo, descripto detalladamente en los Sagrados Textos, nunca fue erigido por Salomón.

Demandar su fe en la esencia divina de El Creador al descendiente de uno de los continuadores de Reb Israel ben Eliezer, el mítico Ba´al Shem Tov -fundador del jasidismo- suena a blasfemia.

Si a uno de aquellos a quien la comunidad le ha confiado el magisterio de La Palabra le asalta la incertidumbre sobre Él ¿cómo justifica su misión, su entera vida?

Esta cuestión adquiere para Samuel una especial dimensión; ha egresado del seminario de lubavitcher de Nueva York con las mejores clasificaciones -honores máximos- y como uno de los discípulos predilectos del Rebe -a pocos confería tal distinción Menajem Mendel Shneerson, el último conductor supremo e indiscutible en vida del jasidismo "HABAD", el hecho constituía una sacudida interior sobrecogedora.

"¡Imposible! ¡Aceptar qué un maestro de La Torá vacile -no se atreve a proseguir en sus reflexiones- en admitir la existencia de Adonai, Dios Uno y Único, no lo puede siquiera pensar!" en especial en ese momento; rabí Samuel Kot se encuentra en medio de una profunda crisis personal.

Hasta el instante en que las inesperadas afirmaciones lo golpearon rudamente, ha efectuado un difícil trayecto; llegar desde su Buenos Aires natal a la casa de Reb Meier ben Scholem Vlodsky, el Rebe de Greiding en Jerusalén, ha significado, no sólo un largo camino recorrido a través de los años y en diversas etapas; representa, también, un complicado trayecto espiritual. Su caminar no ha finalizado; tampoco su intrincado conflicto vital.

Arribar, desde el extremismo de los dogmas fundamentalistas de la secta "HABAD", a la decisión de mantener un diálogo con Reb Meier de Greiding no ha sido fácil para él, educado en la veneración al casi divino rebe Lubavitcher...

Las dudas, en las cuales Reb Meier lo ha inmerso, son de una magnitud desmedida que repite la pregunta para convencerse de haber comprendido correctamente.

- Reb Meier; me resulta difícil aceptar que usted no cree en Adonai, Dios Uno y Único... ¿O he entendido mal... quizás...?

El maestro de Greiding, con un tenue brillo irónico en su mirada, responde.

- ¿A ti qué parece, mi estimado rabí?

Su desconcierto es tal, que Samuel no repara en el juego de su interlocutor; utiliza la habitual estratagema rabínica, responder con otro interrogante a la pregunta que se le ha efectuado. Su mundo -hasta pocas semanas- estaba constituido por certezas. Lo afirmado por Reb Menajem Mendl Schneerson, el supremo dirigente lubavitcher, representaba la verdad incuestionable; sus palabras, santas, provenían directamente de la revelación divina. Dios había elegido al Rebe como receptor -único- de sus mensajes.

Para Samuel no existían dudas. "Si el Rebe ha dicho, así es..."

Pero el encuentro con Reb Meier lo ha introducido en los territorios de los silogismos racionales, donde no existen las verdades absolutas ni los dogmas indiscutibles.

Samuel Kot no está preparado para afrontar una situación tan extrema. Los árboles arrancados de su tierra nativa al ser resembrados en suelos extraños no tienen -generalmente- el vigor que a simple vista aparentan...

Cuando don Leonardo Kot -el funcionario de la Dirección de Inmigraciones de la República Argentina le recomendó a Leibl Kotliarinsky transformara su nombre y apellido, de engorrosa pronunciación y escritura en algo más asequible- Leibl no vaciló un segundo en rebautizarse.

El agente gubernamental sabía de las dificultades, no sólo ortográficas y de pronunciación, que le esperaban al inmigrante; éste, por su parte, conocía por experiencia propia los problemas que su nombre y apellido, de indudables resonancias hebraicas, le habían ocasionado con las autoridades rusas o polacas, según la época de la historia.

Pertenecer al "Pueblo Elegido" siempre trae inconvenientes; Leonardo tenía perfecta conciencia de ello.

Cambiar de nombre y apellido no constituía un problema dificultoso cuando se llegaba en los años 20 al puerto de Buenos Aires. No se exigían demasiados requisitos ni documentaciones muy elaboradas para acceder al nuevo país, de generosas puertas abiertas para todos aquellos deseosos de "habitar el suelo argentino".

Leibl Kotliarinsky no tuvo inconvenientes -tampoco los hubo para los millares de inmigrantes "rusos"- al arribar. Las entidades que se preocupaban por los refugiados judíos del mundo entero habían previsto los detalles; pasajes, pasaportes más o menos legales, sobornos, primer alojamiento...

Los escapados de las sangrientas tempestades antisemitas recibían la solidaridad de sus hermanos. Cumplían de esa manera con el mandato bíblico de rescatar a sus correligionarios en esclavitud y ayudar a los desplazados violentamente de sus hogares a reconstruir sus vidas.

La elección de la Argentina no fue el resultado de una meditada reflexión por parte de Leibl. Él, en realidad, pretendía entrar en los Estados Unidos, pero la llamada de unos distantes parientes de Kansas nunca llegaba...

Cansado de vagabundear por las calles de Génova, comprendió que entre la mala voluntad del gobierno de la dorada Norteamérica y la poca de sus desconocidos familiares, su estancia en puerto italiano superaría la resignación de Job y no deseando "que su alma esté hastiada de su vida", decidió aceptar la alternativa de emigrar a un lejano rincón de la Tierra llamado Argentina.

Cualquier punto de la ignorada geografía mundial le daba igual.

Argentina... "¿Por qué no?"

Los horizontes conocidos por Leibl, hasta que sus padres decidieron que su "Leibale" debía escapar del infierno, no superaban las orillas del río Bug; cruzándolo Ucrania se transformaba, desde poco tiempo atrás, en un país llamado Polonia.

Una noche de febrero, la misma del día que por enésima vez las tropas del Ejército Blanco asolaban su Lokagi natal, Leibl con apenas diecisiete años, atravesó la corriente en la barca de un contrabandista con buenas conexiones con los guardias de ambas márgenes.

Los servicios del transportista le costaron una de las fundas de oro de los dientes de su madre, cinco en total que, sumadas a las alianzas de sus progenitores, constituían el único capital disponible para financiar su huida.

Jamás volvió a ver a sus padres ni a sus hermanos.

Argentina...

No tenía noticias de ese ignorado paraje. En la "Talmud Torá" de Lokagi no enseñaban geografía, ni historia, ni nada fuera de Las Escrituras.

Solo un vago recuerdo de su niñez. Las comadres del pueblo comentaban que a Pesie, "la bizca", la hija del matarife ritual, le había llegado, por intermedio de un casamentero de Lublin, la oferta de un rico comerciante de Buenos Aires. Con apenas verla en una fotografía se enamoró perdidamente del retoño del carnicero.

"La habrán fotografiado de perfil", glosaban las cotillas. Pero, a pesar de esas perversas críticas, la estrábica se marchó a Buenos Aires, un lejano y desconocido paraje...

Si bien no se casó con el acaudalado novio postal -un renombrado proxeneta de la capital rioplatense- Pesie amortizó su pasaje. Comenzó a ganar dinero convirtiéndose en una solicitada pupila de uno de los burdeles del rufián que la había "importado". Su estrabismo agregaba -afirmaban los clientes- cierto morbo a las relaciones con "la bizca".

Cuando la red internacional de comadres hizo llegar las noticias de las actividades de Pesie a Lokagi, el matarife y su esposa se sumieron en la desesperación. Los sacó del pesar una carta de la distante hija contiendo, además de las noticias, unas cuantas decenas de dólares. Pesie les comunicaba que no debían preocuparse demasiado. Ella era una de las centenares de muchachas -las llamaban "las polacas- que habían emprendido, engañadas la mayoría, "el camino de Buenos Aires". Como una elevada proporción de sus compañeras de trabajo, acabaría casándose aceptablemente. La escasez de mujeres hebreas casaderas en la región lo garantizaba. Por un puñado de pesos, el futuro esposo le compraba al chulo la libertad de su pupila y pasaban de inmediato por debajo de la "jupa". El pasado quedaba enterrado para siempre...

Pesie le decía a sus atribulados padres no se afligieran exageradamente. Tan segura estaba que, en sus ratos libres, había comenzado a coser su ajuar...

Los progenitores de "la bizca" se resignaron. De haber permanecido en Lokagi, probablemente hubiera sido violada por los cosacos del Atamán Petlyura y asesinada a continuación por sus forzadores... Al menos en el prostíbulo su vida no peligraba... Posiblemente

se casara -hecho impensable en la aldea-... y los beneficios inmediatos y concretos podían contarse en billetes de banco...

Esas lejanas informaciones, oídas a escondidas, -no tenía edad para ser informado como adulto, cuando se produjeron- eran las únicas y difuminadas noticias de Leibl acerca de Buenos Aires.

Al atravesar las verjas del puerto bonaerense, cuando divisó las primeras casas asomadas sobre la recova del Paseo Colón, Leonardo experimentó una sensación de libertad nunca percibida anteriormente. En ese instante decidió dejar la noche de su vida recluida en su memoria. No pudo confinar en el olvido, sin embargo, las imágenes de sus padres, de sus hermanas, la suya, buscando enloquecidos un lugar donde ocultarse de los borrachos y vociferantes soldados, -podían pertenecer a cualquiera de los ejércitos o bandas- “de paso” por la región. Recorrían las calles de Lokagi a la búsqueda de sus víctimas preferidas; los aterrorizados judihuelos del pueblo. Un día encontraron a su hermana menor, la más bella de todas...

Los fantasmas se presentaban en sus dolorosas vigilias, llenas de nocturnales terrores... Pero esa mañana, observando por vez primera el perfil de Buenos Aires -la ciudad en esa época poco se diferenciaba de un improvisado poblachón construido de prisa a orillas de un río pardusco-, Leonardo Kot, sin ser consciente de su decisión cabalmente, resolvió: Aquí estaba su lugar en el mundo...

El recién llegado encontró rápidamente su primer empleo; peón de albañil. Contribuyó a ello sus rudimentarios conocimientos del “xeneise” adquirido durante sus vagabundeos por las calles de Génova -los de la construcción eran todos italianos en esos años- ; su fuerte constitución, su juventud y la necesidad no hicieron difícil el ajuste del salario y representaron las referencias suficientes para integrarlo en la cuadrilla.

La ciudad crecía vertiginosamente. El dinero y los millares de inmigrantes que los barcos traían al retornar de Europa, hacia donde habían zarpado llevando incontables de toneladas de trigo y carne, originaron un desarrollo imprevisto. La mano de obra, escasa en general durante esos enloquecidos años, se notaba especialmente en la construcción.

Para Leonardo, que nunca había trabajado realmente hasta ese momento, levantar ladrillos, hacer mezclas, llevar cubos por las empinadas escaleras y los cimbreantes andamios, tirar de las pesadas cuerdas de las poleas, representó una dura experiencia...

Pero cuando el primer sábado -ni siquiera se percató el haber olvidado respetar el día de descanso obligado- recibió su paga, se sintió feliz...

Ya no dependería para sobrevivir de la caridad. Ya no le resultaba necesario el socorro de sus correligionarios para subsistir... Algún día -lo juró- devolvería la ayuda recibida.

Al llegar la época de los “días terribles” del calendario mosaico, la comunidad israelita de Buenos Aires organizó una sinagoga. En ella los “gringos” -los recién llegados- podrían celebrar los servicios de “Rosch Haschaná” y “Yom Kipur”, jornadas vitales para los practicantes.

Leonardo Kot, si bien había dejado relegada la observancia del sábado, no quiso dejar pasaran esas fechas sin cumplir con sus obligaciones religiosas. No consiguió únicamente la piedad de Rey de Mundo; su entero destino cambió por completo.

Don Manuel Guerschanik, un campesino de la provincia de Entre Ríos, asistía a los mismos servicios. Su presencia en Buenos Aires, lejos de su hogar en esos días señalados, no constituía un hecho fortuito. Venía en busca de un yerno...

Deseaba encontrar un hombre sano, fuerte, decente, dispuesto a trabajar duro en su chacra. Esperaba hallarlo entre los recién inmigrados al país. Los jóvenes casaderos de Basavilvaso -allí estaban sus tierras- se habían matrimoniado ya o se habían marchado de la colonia. No quería un peón. Para eso lo habría contratado entre los gauchos del lugar. Pretendía dar con un esposo para su única hija, Jone.

Su futuro yerno, al trabajar la tierra, tendría perfecta conciencia que ese campo algún día sería suyo...

Don Manuel ambicionaba descubrir al señalado; debía unir a su juventud y fortaleza un respeto por los valores judaicos, no proceder de una gran ciudad -esos no gustan de agacharse ni para atarse lo cordones de sus zapatos- y querer labrarse un porvenir...

Leonardo resultó el elegido. Aunque unos años menor que su hija -no todo podía ser perfecto- el muchacho le agradó: de aspecto saludable y robusto; el trabajar como peón de albañil lo terminó por convencer. Quien es capaz de soportar el sol ardiente o el mal tiempo, acarreando pesados cubos, arrojar los ladrillos durante horas, no le haría ascos a las labores del campo.

Leonardo se enteró, para su sorpresa, de la existencia de judíos dedicados a la agricultura -¡cómo propietarios de sus tierras!- y que doscientas cincuenta hectáreas constituían una pequeña explotación...

Se casó con Jone, hija única de don Manuel Guerschanik; vivió el resto de su vida en Basavilvaso, un pueblo perdido en la inmensidad húmeda de la provincia de Entre Ríos. Allí, entre el ganado vacuno, los trigales y sus vecinos se adhirió a esa tierra como uno más de sus árboles.

Le perdió el miedo a las vacas, toros, perros y en especial a los caballos. Para su asombro -siempre consideró a los jinetes como los ángeles de la muerte cuando asolaban su Lokagi natal- aprendió a montarlos.

Trocó sus europeas, escasas y desgastadas ropas por los amplios pantalones abombachados ajustados al tobillo, las camisas de tela fuerte, el chaleco corto y las alpargatas

o las botas cortas (los zapatos quedaron reservados para las fiestas, bodas y entierros). La raída gorra la cual descendió del barco fue reemplazada por la boina a diario y por el sombrero de alas anchas y barbijo para las salidas al pueblo.

El idisch quedó reservado para la intimidad de la familia para conversar con los vecinos y amigos. El idioma del país, hablado con ese deje propio del litoral argentino, se convirtió en su lengua habitual. Leonardo utilizaba un castellano lleno de giros vernáculos propios de la región.

A los pocos años, al verlo descabalgar de su montura y entrar en la pulpería cercana, nadie supondría que no se trataba de un gaucho de la zona. Pero cuando retiraba el "Idische Tzaintug" de la estafeta su identidad quedaba reflejada. Leía con dificultad, y escribía con mayores problemas, el español de su país de adopción.

El milagro de la tierra, la gestación de la vida contenida en cada semilla transformándose en espiga -prodigio prohibido a los hebreos por ucase del padrecito Zar en Lokagi y en toda "la zona"- lo transfiguró para siempre e hizo posible lo demás...

Su tercer hijo Manuel -llevaba el nombre de su abuelo fallecido poco tiempo antes de su nacimiento- llegó cuando ya no se lo esperaba. Los años transcurridos entre la venida al mundo de Esther, la segunda de las hijas, y su arribo fueron muchos para que él y Jone no consideraran su venida como un milagro. Para Leonardo un portento sobrenatural sólo comparable al nacimiento de la primera espiga surgida de la primera semilla por él plantada con sus propias manos.

Manuelito no tuvo ninguno de los problemas de su padre; tampoco los de su abuelo, -inmigrantes sin ningún contacto anterior con la tierra-, inclusive cabalgaba "en pelo" como lo hacían los guachos más aindiados de Basavilvaso. Sorbía la bombilla del mate amargo como desayuno diario. A su progenitor le costó largo tiempo acostumbrarse a esa infusión medio salvaje, aunque luego se convirtiera en vicio para don Leonardo.

La escuela primaria nacional, en la cual era la única maestra su prima "Chola", marcó la diferencia generacional definitiva. "Chola" Guerschanik cabalgaba diez kilómetros todos los días para impartir clase en aquel pequeño centro perdido en la espesura de mil tonalidades de verde de la planicie entrerriana. La educadora no sólo montaba bien. Su mano sabía también manejar con habilidad el facón que llevaba terciado debajo de su bata blanca de maestra. Se lo había entregado su padre para que la muchacha pudiera defenderse del ataque de algún gato montés o de un maula, si llegaba la ocasión. Nunca tuvo oportunidad de utilizarlo contra un hombre. Los gauchos de la región la respetaban y protegían. Quien se atreviera a molestar a la maestra, no viviría para contarlo... Ella sacaba a sus hijos de la ignorancia. No serían bestias brutas como sus progenitores....

En aquella remota escuelita rural, Manuelito, "Lito" para sus familiares y amigos, aprendió a leer y a escribir el castellano. El idisch quedó relegado a las conversaciones con sus padres. En el "patio", de tierra apisonada, cantó el Himno Nacional en las efemérides y en el mismo polvoriento ágora juró por vez primera la bandera azul-celeste y blanca de su Patria.

Basavilvaso era su pago, los verdes campos entrerrianos, encerrados por los dos caudalosos ríos como frontera, su terruño. Del resto del mundo sólo tenía noticias por los relatos de su padre.

Para el año de la "bar-mitzvá" de Lito la guerra había finalizado en Europa. En Buenos Aires gobernaba Argentina un coronel; un fascista, afirmaban los caudillos políticos, dirigentes tradicionales de la "cosa pública" que la manejaban como asunto personal, desde tiempo inmemorial.

Pero a los coterráneos de los Kot, esos a quienes los gobernantes desplazados llamaban despectivamente "cabecitas negras", poco les importaban la ideología del coronel Perón. Se marchaban a Buenos Aires a trabajar en las fábricas que habían surgido a causa del cierre de la importación durante la conflagración europea. Deseaban ganar un buen salario, vivir cerca de un médico, de una farmacia, de una escuela. Les gustaba transitar por calles pavimentadas, ir al cine, a las tiendas... A los "cabecitas negras", si eso se calificaba como fascismo, les tenía sin cuidado.

A los exportadores, y a los nuevos industriales, si bien les disgustaban los métodos represivos del nuevo gobierno, no rechazaban la protección oficial para sus prósperos negocios.

Con o sin democracia -poca o nula fue su existencia en los períodos anteriores cuando mandaban lo "de siempre"- Argentina, neutral y proveedora de ambos bandos durante el tiempo de la guerra y los siguientes, prosperó increíblemente. El trigo, la carne, las materias primas resultaban indispensables para los combatientes y en los años inmediatos de la postguerra, convirtieron al país en uno de los mayores proveedores para alimentar a las masas de hambrientos y necesitados europeos.

Las cifras de muertos, heridos en última instancia, no pasaban de ser números... Las ciudades destruidas, las masas de refugiados sólo fotografías y relatos de periodistas. Eran datos, imágenes distantes, ajenas.

Leonardo Kor, al igual que los propietarios agrícolas del resto del país, se convirtió de una campesino luchando por sobrevivir en una persona con recursos.

Pero él, y los restantes judíos de la Argentina tuvieron un complejo de culpa; cuando las cifras de los exterminados en los campos de concentración resultaron evidentes, cuando las cartas de los familiares europeos no llegaron como antes de la guerra, cuando algunos sobrevivientes arribaron a las costas del país, la enorme dimensión de la tragedia pesó como una losa sobre sus conciencias...

Un día Leonardo, al llevar una donación a la misma entidad de beneficencia que lo había protegido piadosamente veinte y cinco años atrás, se enteró que casi todos los hebreos de su Lokagi natal, habían perecido; comprendió que él no había salvado su vida únicamente; tenía una familia, una posición económica mientras los suyos, parientes, amigos, paisanos habían sucumbido en una altar de dioses incomprensibles que afirmaban nutrirse en las enseñanzas de los Sagrados Escritos; los pocos sobrevivientes estaban convertidos en piltrafas...

Leonardo Kot nunca volvió a ser el mismo.

Solamente el hecho de que sus hijos -y sus nietos- se criarían lejos de la vieja, antisemita y asesina Europa, lo consolaba.

Transcurridas unas pocas pariciones -a Manuelito le agradaba jugar con los terneros a la manera de los vaqueros de las películas- Leonardo se enfrentó con la disyuntiva:

¿Cuál sería el futuro de su hijo? Por el porvenir de sus hermanas mayores, Reina y Rosa, no debía preocuparse demasiado. Se habían casado con buenos muchachos de las colonias vecinas. Ellas y sus esposos parecía guachos y no descendientes de sus apaleados progenitores llegados decenios antes a las riberas de la remota Argentina, pero no por ello olvidaban el Pacto del Pueblo con Adonai.

Sus vidas estaban encaminadas y la Tradición a salvo...

Con Manuelito su dilema tenía aspectos diferentes...

Por un momento consideró la posibilidad de convertirlo en un hacendado propietario de millares de hectáreas y otro tanto de cabezas de ganado. Podía comprar por muy poco dinero las chacras y las haciendas de varios vecinos. Los colonos de la “Jewish” comenzaban a marcharse del campo a la ciudad. Fatigados por la dura vida campesina, atraídos como la mayoría de los habitantes del interior del país -los “cabecitas negras”- por las comodidades, las ventajas ciudadanas y formas más sosegadas de ganarse la vida, abandonaban el campo y despoblaban las tierras.

Partían a la búsqueda de un mañana diferente para sus hijos e hijas; habían reunido unos pesos durante los años de la guerra y deseaban darles estudios universitarios a los varones, a las mujeres casarlas con hombres menos rudos que los muchachos de las colonias de los alrededores. Por eso cedían sus chacras a precios irrisorios.

A don Leonardo Kot nunca se le pasó por la cabeza la idea de abandonar el lugar en el cual había conocido la felicidad por primera vez. En ese trozo de campo tuvo la oportunidad de formar una familia, de trabajar dignamente, tener amigos... En ella se sintió libre e igual a los demás hombres...

“¿Dejar su chacra?... ¡Nunca!”

Además ahora tenía la oportunidad de convertir sus doscientas cincuenta hectáreas propias en mil quinientas... o más... Pero transformarse de un simple chacarero en un estanciero no representaba un tema fácil de enfrentar para don Leonardo.

Además de sus limitaciones -él tenía conciencia de ellas- su edad le impedía encarar un plan tan ambicioso... Pero Manuel si podía...

Pero Jone, madre de pura estirpe judaica, rechazó el plan a las primeras palabras; dictaminó sin apelación posible: “Su hijo, su querido Manuelito, sería doctor...” La ilusión de tener “un hijo doctor” se apoderó también de Leonardo.

Al desarrapado y hambriento inmigrante, ser padre del “doctor Manuel Kot” le sonaba a gloria...

El adolescente dejó la casa paterna, el paisaje de su infancia y se marchó a cursar sus estudios secundarios en el “nacional” de Gualeguay. Sólo regresaría, de ahí en adelante, para las vacaciones, las fechas señaladas en el calendario hebreo, los casamientos, las ceremonias de circuncisiones, los funerales...

Una vez finalizados los cinco inevitables años, la universidad le abrió sus puertas. A su madre le parecieron poco las facultades de Rosario o Santa Fe. Para su hijo ¡lo mejor!..

Manuel Kot estudió medicina en Buenos Aires. Al tiempo que descubría los secretos del cuerpo humano, se “metió” en política, hecho inevitable para los universitarios de esas épocas.

Un joven libre, criado sin ataduras, sensibilizado por las terribles secuelas del nazismo, no pudo -ni quiso- evitar la militancia antifascista. En aquellos tiempos, en la Argentina, ello significaba luchar contra el general Perón y su sistema dictatorial. Activó, en los inicios, en las organizaciones estudiantiles. La natural consecuencia de su descollada acción fue su captación por los comunistas, -abundante en las federaciones universitarias-.

Manuel Kot acabó su carrera a pesar de las detenciones policiales, las huelgas, las expulsiones más o menos temporales de la facultad y los profesores -al final de sus estudios- “flor de ceibo”. Los universitarios así llamaban a los docentes peronistas designados para ocupar las cátedras de los maestros que no comulgaban con los principios del “general” y, por ese pecado, merecedores de la privación de sus cargos.

El doctor Manuel Kot se convirtió en un excelente cardiólogo. Los pacientes acudían a su consulta -instalada en un buen barrio de Buenos Aires con la ayuda de sus enorgullecidos padres- sin importarles nada la ideología del médico.

Se casó con una compañera de estudios -y del “partido”-; ella no acabó la carrera. Lo de esposa le iba mejor. A pesar de que Marcela tenía sangre hebraica por los cuatro ascendientes, decidieron desposarse únicamente “por lo civil”... A don Leonardo le agradó poco, mejor dicho nada, la determinación de su hijo. A la madre, menos, pero se consolaron considerando la posibilidad de que la elegida por Manuel hubiese pertenecido a “los otros”...

Al llegar los hijos, Samuel fue el segundo, Manuel Kot no se animó a no circuncidarlos. La constaba que con “eso” no sólo obtendría el perdón de don Leonardo y de su madre; les evitaría un dolor enorme por otra parte no merecido. Utilizó el pretexto de la higiene venérea que, en boca de un médico, resultó relativamente plausible para los camaradas...

Sin embargo no todo fue tan normalmente anormal... o quizás si lo fue.

La historia personal de Manuel Kot no difiere demasiado de las biografías de miles de jóvenes argentinos de aquellos tumultuosos tiempos.

Durante el trayecto vital del hijo de don Leonardo acontecieron en el mundo hechos que cambiaron el rumbo de sus ideas (y las de muchos)...

La ideología por la cual estuvo encarcelado y estaba dispuesto a dar la vida, se derrumbó estrepitosamente. Los dogmas del estalinismo a los cuales había ajustado su existencia entera, no cayeron en el precipicio por "la acción de los agentes del imperialismo infiltrados en las filas comunistas". Así rezaban habitualmente los considerados de las penas de muerte a los que condenaban a los críticos del sistema instaurado por el "padre" del "socialismo real"; Manuel tuvo perfecta conciencia de que el colapso lo provocaron los "camaradas" que habían compartido, con él ahora calificado "monstruo" de la humanidad, la dirección de "la vanguardia revolucionaria del mundo"...

Pero las dudas del doctor Manuel Kot no habían aparecido únicamente al conocer las resoluciones del "XX Congreso del Partido Comunista de la URSS". Poco tiempo antes Manuel participó en una "Reunión de Médicos por la Paz" en Budapest. Él formaba parte de la delegación argentina, elegida por el "Partido" entre afiliados y fieles "compañeros de ruta".

Allí comprobó, atónito, que los "logros" del régimen socialista húngaro no podían compararse, en una mínima proporción siquiera, con el nivel de vida de los habitantes de la Argentina. Si eso constituía el paraíso comunista...

Tampoco pudo eludir las evidentes pruebas del antisemitismo imperante; los procesos a "los criminales médicos, agentes del sionismo internacional", "conspiradores pagados para asesinar al "padrecito"...

...O como se fusilaba a héroes de las luchas antifascistas. Las víctimas caían bajo las balas del pelotón dando vivas al comunismo...

Manuel no quiso asumir como verdaderas las experiencias directas. Prefirió atribuirlas a sus "debilidades pequeño burguesas, que no le permitían seguir "la marcha revolucionaria de los pueblos" a pesar de que sus colegas magiares, jugándose la libertad, lo llevaron a comprobar "la felicidad del pueblo húngaro"...

Pero el "informe Kruschev" acabó por despertarlo.

La realidad no se correspondía con los sueños de su anterior existencia. A los hechos ya no los tamizaba el cedazo de la obediencia ciega a las órdenes de "la dirección", ni la indiscutible verdad de los pensamientos y actos del "amado líder de los pueblos del mundo"...

Pero matar al "padre" lo llevó a una crisis personal de la cual no salió fácilmente.

Aceptar que su vida anterior estuvo regida por "la gran mentira universal", resultó doloroso para Manuel. Bordeó la desesperación -algunas veces se adentró en los turbulentos fosos de la depresión- sin poder sustraerse fácilmente al hundimiento.

Manuel Kot vivió así largos y pesimistas años...

No se entregó por completo gracias a su familia; Marcela demostró ser una buena compañera, capaz de comprenderlo; sus hijos le brindaban las alegrías propias de un padre, a las que había renunciado, en demasiadas oportunidades, en favor de la construcción de "un mundo mejor". Don Leonardo cabalgaba junto a él durante sus visitas a la chacra natal.

Recorrían el verde paisaje entrerriano mientras le hablaba de la grandeza de la obra de Dios; nadie podría destruirla ni Stalin que, al fin y al cabo, según él no era más "que otro "goim" antisemita como cualquier otro ruso de cualquier época"...

Así, entre todos sus seres queridos, lo mantuvieron fuera del remolino de la desesperación...

El punto de inflexión se produjo un día del año 1967. Manuel se encontró, por casualidad, con un antiguo compañero de militancia universitaria con quien mantenía una buena relación. Alexis estaba de regreso de la Conferencia Trienal de la Habana, durante la cual se expresó la solidaridad con la Revolución Cubana y el comunismo internacional restaurado después de la eliminación de los restos del estalinismo.

Alexis, acérrimo partidario de Fidel Castro, le explicó al desconcertado Manuel la próxima etapa de la "revolución mundial"; pasaba por el Cercano y el Medio Oriente.

Las explotadas masas árabes se levantarían y tomarían el poder...

- "¿Y qué pasará con los tres millones de israelíes?" Preguntó el atribulado Manuel.

- "Manuel ¿Qué significa la vida de dos o tres millones de seres si ello representa el triunfo de la revolución social en esa zona tan importante del mundo?" Respondió con absoluta claridad su antiguo compañero:

Ante la expresión enajenada de Manuel, Alexis agregó:

- "¡Vamos, Manuel! ¡No te dejes ganar por sentimentalismos "pequeño burgueses"! ¿Qué importa si son judíos o chinos?

A Manuel Kot si le importaba. Mucho. Sintió renacer los temores históricos de los Hijos del Pacto. Se identificó con ellos. Su porvenir, y él de los suyos, no difería del de sus ancestros...

Abandonada toda esperanza en la redención común de los pueblos por el camino de la revolución internacional encabezada por la URSS, Manuel Kot se aferró a sus renacidas raíces hebreas.

En los nuevos ideales -muy antiguos según don Leonardo- Manuel halló un renovado sentido de utilidad para su existencia. No sabía como vivir sin grandes ideas.

En ellas volcó su actividad social. Israel dejó de significar “una avanzada del imperialismo”, de acuerdo con la nomenclatura soviética, para convertirse en la entidad nacional de muchos millones de judíos.

Las angustias anteriores -y el orgullo posterior- a la “Guerra de los Seis Días” constituyeron el final de su catarsis personal. Emergió de su larga crisis con una identificación vital, con un sentido de pertenencia -cómo antes lo fuera su militancia comunista- sin los cuales su vida carecía de sentido... Renació.

Manuel Kot se convirtió en un ser tolerante. Aunque conservaba su ateísmo, ya no se manifestaba como un antirreligioso militante obstinado. Comprendió la necesidad innata del ser humano de creer en algo; él había creído en el dogma estalinista...

Por eso cuando su hijo Samuel subió a la “bimá” de la sinagoga para leer un discurso de iniciación como un adulto asumiendo el Pacto con Adonai, no se sintió frustrado ni incómodo.

Su padre, ya anciano, se lo había pedido encarecidamente. Don Leonardo no quería morirse sin ver a su nieto cumpliendo con los requisitos de la “Bar Mitzvá”. Estuvo presente con su esposa durante la ceremonia sonriendo como lo haría cualquier padre en similares circunstancias.

Manuel Kot no asistía a una sinagoga desde los tiempos de su confirmación.

Le resultó, sin embargo, difícil de admitir la determinación de su hijo de proseguir estudios superiores en un seminario rabínico...

Samuel, crecido en los tumultuosos períodos de la deriva paternal, se tomó en serio la reconversión espiritual de su progenitor y dió un paso más... Buscó en la religión los ideales de la redención colectiva. Así como su padre pretendió, en sus tiempos, salvar al mundo de la miseria y la explotación por la vía de la lucha revolucionaria él, Samuel Kot, lo intentaría por el camino de la fe en Dios, Uno y Único.

¿Con cuáles argumentos podía oponerse el doctor Manuel Kot a las decisiones de su hijo...?

No lo hizo. Más aún. Se comprometió a respaldarlo económicamente hasta la terminación de sus estudios.

No resultaron necesarios los dineros del doctor Kot. Al poco tiempo de ingresar en el Seminario Rabínico de Buenos Aires, los alumnos más destacados viajaron a Nueva York, invitados por la organización de los lubavitcher.

Entre los actos programados ocupaba un lugar destacado una visita al jefe máximo de la secta JABAD, Reb Menajem Mendl Schneerson.

Según relataron testigos presenciales, el milagroso Rebe conversó unos minutos con Samuel. En ese momento, actuando al impulso de una de sus prodigiosas premoniciones, Reb Menajem decidió tomar bajo su protección personal a Samuel Kot.

¡La sobrenatural perspicacia del Rebe lubavitcher había intuido en el adolescente latinoamericano un futuro sabio del “Sefer”! ¡El mismísimo Reb Menajem Mendl se comprometió a ser su guía…!

Samuel Kot no debía, a partir de ese instante, preocuparse por su futuro. Lo tenía garantizado, previsto por el aura protectora del portentoso rebe.

Pocos, escogidos seres humanos, merecían tal distinción…

No en vano Reb Menajem Mendl Schneerson se comunicaba con El Altísimo a través de su suegro, el anterior jefe de los lubavitcher, cuya tumba visitaba a diario.

Y si él, personalmente había escogido Samuel Kot entre los millares de los alumnos que los visitaban para llevarlo hasta las alturas del magisterio de los “Kivei Hakodesch”, ¡Quién podía dudar de la excepcionalidad del “elegido”!

“En los ojos de las personas se descubre la esencia del espíritu de cada criatura de Dios”, afirmaba el carismático líder de una de las más poderosas organizaciones jasídicas del mundo. “En los ojos de Samuel he visto el resplandor de los designados por Adonai para propagar Su Palabra…”

La noticia del portentoso hecho se difundió por el mundo entero a las pocas horas, en especial por la comunidad rioplatense. Lubavitchers o no, los argentinos reaccionan muy singularmente en las ocasiones cuando uno de ellos resulta distinguido internacionalmente, se trate de un jugador de fútbol, un científico… o un aspirante a rabino milagroso. Los connacionales del agraciado se sienten copartícipes de la distinción y no ocultan su orgullo patriótico.

Don Leonardo recibió, halagado, las felicitaciones de los correligionarios al concurrir ese sábado -generalmente no lo hacía- a los servicios de la sinagoga de Basavilvaso. ¡Su nieto tenía pasta de sabio, de doctor de Las Escrituras!

Quizás al único a quien el tema le causó poca gracia fue a Manuel Kot. No le agradaba nada que su hijo se convirtiera en un lubavitcher…

“Seguramente la secta tendría pocos adeptos en la Argentina y utilizarían a Samuel para despertar entusiasmos entre los jóvenes…”

Pero a quien realmente impactó la elección fue al “elegido”. Samuel, deslumbrado por el encuentro con el mágico portador del mensaje de los lubavitcher y se entregó por completo a la causa JABAD.

Reb Menajem Mendl Schneerson no se equivocó. Samuel Kot poseía el potencial entrevisto por el líder del movimiento. No en vano se reunían en el muchacho los factores necesarios; producto de los nuevos países, en los cuales la voluntad de los abuelos de superar las miserias de sus países de origen resultaba fundamental; la educación de sus padres, sumada a la igualdad de oportunidades y la amplitud de los horizontes se amalgamaban. Daba como resultado un modelo humano propio de las tierras de promisión, de los nuevos países abiertos a todos los desclasados y pobres del mundo. Samuel Kot era un prototipo de ello. Poseía una inteligencia despierta, ávida de conocimientos, de tenacidad similar a su aptitud para el liderato. El único problema lo constituía mezclar sabiamente esas virtudes con la doctrina del movimiento jasídico JABAD.

Si lo conseguían obtendrían un perfecto ejemplar de rabino lubavitcher apto para captar nuevos adeptos con su entusiasmo casi místico y capaz de conducir a los seguidores del Rebe Menajem Mendl donde le fuera encomendada la misión.

Los directivos de la organización, obtenida la bendición del líder supremo, comenzaron a cumplir las etapas que convertirían a Samuel en un epígono del "Rebe". (Para los lubavitcher el título de "Rebe" le correspondía a uno y único entre los mortales, sólo inferior al Supremo Hacedor; a Reb Menajem Mendl Mendl Schneerson).

El inicio fueron los cursos de la "Yeshivá" de JABAD en Nueva York. La organización, cuyas siglas en hebreo, de origen jasídico y cabalístico, define claramente su ideario religioso, cubre prácticamente el mundo entero pero su centro espiritual se encuentra situado en Crown Heights, en el suburbio neoyorkino de Brooklyn. Allí se hallan la casa del "Rebe" y la sinagoga central del movimiento.

Mayor distinción para un novato, imposible. Estudiar en el ombligo de la secta, cerca del "Rebe", representaba un privilegio reservado a los escogidos entre los millares de postulantes. Maravillado por la deferencia del, en aquellos tiempos, proclamado como el posible Mesías (aunque el "Rebe" no negaba la afirmación de sus más fervorosos seguidores, tampoco -en honor a la verdad- tampoco la aceptaba) Samuel, se convirtió en un devotísimo seguidor del séptimo "Rebe" la dinastía lubavitcher.

Sus palabras no se hallaban lejos de lo divino; sus premoniciones, rayanas con el prodigio, sus milagrosos consejos resolvían las dudas e incertidumbres de quienes creían en él. Samuel fue, desde el primer momento un ciego acólito.

El jovencito porteño trocó sus ropas informales, habituales en los jóvenes de su edad y origen por el negro ropaje de los píos jasidim. Si bien en las clases del seminario bonaerense usaba el solideo, que se quitaba a la salida, la "kipá" a partir de su mirífico encuentro, quedó soldada a su cabeza. En sus salidas al exterior -las más para asistir los sábados al "tisch" del "Rebe"- cubría el casquete con el obligado sombrero de alas anchas. El privilegio de asistir a la mesa sabática del Rav Menajem Mendl, distinción para seleccionados alumnos del seminario, le fue otorgada.

Samuel, al mismo tiempo, dejó crecer su incipiente barba y los cabellos de los laterales de la cabeza sobre las orejas; simultáneamente rasuró el resto de sus cabellos al rape.

A los pocos meses, con sus rizos ondeando a los costados de sus mejillas, su barbicastaña cubriéndole las mejillas, su negro capote, su blanca camisa abotonada sin corbata, su solideo adherido con una hebilla a su pelo, se transformó en un jasid indiferenciado más de las huestes de los lubavitcher. Poco, o nada, restaba del hijo del doctor Manuel Kot.

Al atribulado padre le desagradaba profundamente la metamorfosis de Samuel, pero poco sirvieron sus protestas, como fueron inútiles las realizadas por don Leonardo en su hora cuando su hijo Manuel se enroló en las filas del comunismo para salvar al mundo... También pretendía hacerlo Samuel...

Ambos, cada uno a su manera, creían en el Mesías.

El devenir de sus estudios -perfectamente preestablecido con anterioridad por la jerarquía de la secta- llevaron a Samuel a Los Ángeles, a Jerusalén... El "elegido" recorrió los diversos centros de enseñanza que los lubavitcher tienen establecidos en los cuatro rincones del mundo. Debía conocer personalmente el poderío de la organización. Sólo así podría concebir la importancia de su misión cuando llegara el momento...

"Él", y "ellos", los directos colaboradores del "Rebe", escogidos en su oportunidad para tan altos cometidos, sabían que "ese" discípulo y otros pocos, de entre las decenas de miles de alumnos de los mil cuatrocientos centros de enseñanza de la secta JABAD, los remplazarían en el momento señalado. Quizás sería a un movimiento distinto... El "Rebe" predijo, en una jornada especial, que no existiría un octavo "Rebe" lubavitcher pues el Mesías se manifestaría antes de que ello ocurriera... Ello significaba, según la profecía del inefable conductor que él, Rab Menajem Mendl Schneerson, no tendría sucesor...

Samuel, poseedor de un intelecto excepcional, con una iniciativa personal poco habitual entre los clónicos estudiantes de las "yusivo" cumplía, paso a paso, las predicciones de su mentor. Descolló como alumno; de igual forma se destacaría como rabino.

Con los años su barba se espesó y su mente -dominada con arduos esfuerzos de su parte- adquirió los reflejos adecuados para reaccionar ante las críticas de los incrédulos que negaban las afirmaciones del "Rebe".

Si el inefable e infalible líder, aseguraba -por ejemplo- que la prehistoria nunca existió, así era. Rab Menajem Schneerson, aseveraba que "Dios nos hace creer que los tiempos anteriores a la fecha del comienzo del mundo, señalada en los Sagrados Escritos, existieron por razones que nos serán reveladas por El Santo Creador del Universo en el momento que Él considere oportuno."

Si el "Rebe", graduado con honores en La Sorbona en arduas disciplinas científicas, lo sostenía ¿quién podía dudar de la verdad absoluta de sus tesis?

El “Rebe” tenía una explicación para todo. Sus seguidores las aceptaban ciegamente. Samuel Kot no constituía una excepción.

Al cumplir los dieciocho años la superioridad decidió que el fuerte joven debía casarse. Su mente, liberada de las inquietudes de la edad, podría así dedicarse por completo al estudio de la Torá y al movimiento.

La esposa adecuada, según la resolución de la jerarquía, fue Esther, una de las hijas de Reb Salman Copel de Toronto, un prestigioso líder lubavitcher canadiense.

Al doctor Samuel Kot y su esposa Marcela, invitados especialmente a la boda como padres del novio que eran, el aspecto de Samuel a quien hacía largo tiempo no veían, el aspecto de la novia, el entorno de la casa de sus consuegros, la ceremonia realizada de acuerdo con el rito de la secta, propia de siglos pasados, además de sorprenderlos los irritó, en especial al doctor Kot.

Si bien el retorno a las fuentes judaicas aumentó su tolerancia con respecto a la religión -a pesar de no profesarla- el descubrir a su hijo convertido en un jasid lubavitcher lo afectó profundamente.

Renegó de su indulgencia, de su comprensión y se arrepintió de haber consentido que Samuel siguiera estudios religiosos.

Su hijo merecía un porvenir mejor que ser el fanático seguidor de un obtuso y retrógrado dirigente autoproclamado milagroso.

El doctor Manuel Kot, con una mente lógica, educada en el racionalismo científico de su carrera profesional, no pudo tragarse el indigesto banquete de boda ofrecido.

Le costó, pero se lo dijo: No podía aceptar calladamente que su hijo se hubiera convertido en un obcecado militante fundamentalista.

A Samuel la opinión de su padre lo afectó sobremanera pero la devoción por “Rebe” le importó más.

Manuel Kot y su hijo no se vieron durante largos y penosos años. El dolor fue para ambos, pero mayor para el padre…

Al graduarse de rabino, con los honores máximos, Samuel Kot estaba tan considerado por sus superiores hasta el punto que, a veces, le permitían intervenir en alguna discusión teológica. Por otra parte el joven rabí utilizaba un hebreo de resonancias bíblicas, un inglés perfecto con un acento aceptable hasta por las clases altas británicas; el castellano, su idioma natal, surgía límpido, casi libre de los modismos propios de Buenos Aires. Samuel se había preocupado especialmente de ello pues tenía constancia que a los restantes latinoamericanos no les agradaba el acento porteño.

El prometedor discípulo del “Rebe”, con perfecta conciencia de su futuro, siguió los consejos de su mentor; se preparó para ese porvenir eliminando los aspectos formales que, muchas veces, pesan tanto, o más, que los de fondo.

Su primera misión, apenas acabados sus estudios -por expreso mandato del “Rebe”, fue Sídney. Debía cofundar, con otros rabinos mayores y con más experiencia que él, el primer seminario rabínico del movimiento JABAD en esa ciudad. Para un novato el hecho constituía una distinción confirmatoria de los altos destinos para los cuales el rabí Samuel Kot estaba elegido.

Por ello no causó ninguna sorpresa que los directivos de la Fundación Británica Lubavitcher le encomendara, pasados un par de años, una difícil tarea. Lo designaron, a pesar de que algunos dirigentes de la entidad señalaron el origen sudamericano (alguno dijeron “colonial”) de Samuel. Ello no lo hacía especialmente, dijeron, apto para la compleja operación de largo alcance planificada por los lubavitcher de Gran Bretaña. Pero la recomendación del “Rebe” inclinó el fiel sin discusiones; las actitudes imperiales no tenían ninguna gravitación ante la palabra del Conductor Supremo del movimiento JABAD.

El objetivo de la organización constituía una meta problemática de alcanzar: Atraer a los descreídos estudiantes judíos de la Universidad de Oxford al movimiento JABAD. Si lograba convertirlos en lubavitcher, excelente, pero no constituía la conversión de los mundanos “alumno” hebreos en seguidores del “Rebe” el fin único de la misión. Si obtenía la adhesión -o al menos la simpatía- de los miembros de las futuras clases dirigentes de la comunidad -algunos además tendrían proyección nacional económica, política o social- hacia los principios de la organización JABAD, su trabajo de “agit-prop” lubavitcher lo habría cumplido con creces.

Las finalidades planteadas constituían un desafío para el ambicioso rabí. Penetrar en los cerrados círculos de la selecta universidad con un mensaje tan inusual parecía, a simple vista, delirante. Pero Samuel no se amilanó.

Partió hacia Oxford con su esposa Esther a quien, íntimamente, la posibilidad de alejarse del asfixiante medio de las mujeres de la secta le encantó. Allí se podría desenvolver sin el agobiante control social de las esposas de los colegas de Samuel en los seminarios. No llegaba a dudar de la certeza de los principios del movimiento -Samuel no le permitiría manifestarlo ni en la intimidad- pero muchas de las costumbres y modos de la secta le parecían anacrónicos... Ella había actuado en un aspecto sin consultarlo... Cuatro hijos en seis años le parecían suficientes... No pensaba emular el récord de su madre con una marca de catorce retoños...

Al singular misionero lubavitcher la organización le proporcionó un sueldo adecuado, un presupuesto y unos escasos contactos en la ciudad universitaria; en los selectos colegios, ninguno. Hasta el arribo del joven rabino lubavitcher los estudiantes de fe mosaica, observantes o simplemente tradicionalistas, practicaban su credo discretamente, sin estridencias. Seguían la imperante costumbre británica de acuerdo a la cual, una persona bien nacida debe vivir en temor con el respeto reverencial adecuado al Todopoderoso. Si ello se practicaba como miembro de la Iglesia Anglicana, mejor. Las otras ramas del protestantismo resultaban

aceptables; hacia los papistas, si bien su maldad social había disminuido y la tolerancia aumentaba, la historia pesaba lo suyo.

Los hindúes, mahometanos y otras sectas incomprensibles para los británicos, correspondían a súbditos venidos de las colonias a quienes se les debía tolerar como tales, con sus costumbres y tradiciones mientras no pretendieran salir del marco social en el cual se hallaban encuadrados.

Los judíos, no excesivamente mal considerados por la democrática intolerancia religiosa, el racismo ancestral británicos correspondían a un sector aceptable dentro del rígido esquema social; patriotas, trabajadores, poseedores alguno de ellos de grandes fortunas, no pretendían demasiado; tranquilidad -la tenían- y de vez en cuando alguna distinción real o título nobiliario para anteponer a su apellido el “Sir” o “Lord”. Ello les bastaba para ser devotos súbditos de Su Majestad.

Un hecho importante para la buena consideración de los propietarios del país por sus huéspedes, la asistencia semanal a un templo de cualquier categoría, la cumplen todos; constituye la prueba básica de su integración en la escala social determinada por los señores.

Los agnósticos y ateos pertenecen al grupo de individuos no aceptados socialmente, salvo si pertenecen a la aristocracia. En ese caso se los considera excéntricos y sus reprobables conductas se ven atenuadas. Si carecen de tal circunstancia, los irreligiosos corresponden a la ruin chusma, a la hez del país.

Como no hay nada más inglés que un no inglés que desea serlo o al menos aparentarlo, los extranjeros y sus descendientes -los judíos entre ellos- observan estas reglas con esmero, simultáneamente con sus esfuerzos por hablar la lengua de Shakespeare con el adecuado acento, logrado únicamente por las segundas generaciones de alienígenos.

Con este panorama se enfrentó rabí Samuel Kot. Predicar en el núcleo del “establishment”, reclutar seguidores par la secta JABAD o, al menos, obtener un respeto por ella entre la crema intelectual de judería británica significaba una ardua tarea, quizás rayana en lo imposible.

Su perspicacia advirtió de inmediato los arduos matices del laberíntico problema.

Los métodos habituales del proselitismo lubavitcher no lograrían atraer a los snobs e intelectualizados universitarios hebreos de Oxford. Tratar de convencerlos sobre la verdad indiscutible de los principios del movimiento JABAD, o la milagrosa figura señera del sobrenatural Reb Menajem Mendl Schneerson, garantía absoluta de las excelsas relaciones entre los lubavitcher y el Todopoderoso, le parecieron a Samuel -justificadamente- pobres argumentos de convicción.

La experiencia histórica de sus abuelos, improvisados agricultores y audaces colonos, el espíritu de lucha de sus padres irrumpieron en el inconsciente de Samuel. No se trataba de un

hijo del ghetto. Él venía de los inmensos horizontes vírgenes de los nuevos continentes; hombres audaces capaces de improvisar soluciones originales para circunstancias inesperadas.

Samuel fue digno de sus antecesores.

Con el joven rabí llegó la conmoción al tradicional "campus". Liberado de los rígidos controles jerárquicos al estar lejos de los jefes de la secta, solo, su fuerza creadora contenida por los estrechos marcos de la organización, estalló. Samuel, decidido a salir airoso de "la misión imposible" confiada, lo convirtió en un asunto personal.

La escueta lista de contactos provista por la Fundación Británica Lubavitcher se ampliaba considerablemente a finalizar cada entrevista.

Con su teléfono portátil siempre en uso a la búsqueda de "clientes", montado en su bicicleta recorrió los centenarios y circunspectos colegios de Oxford. Inició relaciones con los estudiantes sin distinciones de credo o raza, pero se interesó preferentemente por sus correligionarios, por tibios practicantes fueran del credo mosaico.

Los universitarios, salvados los recelos iniciales, descubrían debajo del solideo, de la máscara de su larga barba, los flotantes rizos, del negro y vetusto disfraz guético a un joven no mucho mayor que ellos, simpático, bien informado y al día con las últimas tendencias y corrientes del mundo secular.

Quizás Samuel resultara un poco excéntrico pero en la singular Albión, patria de paradójicos y extravagantes personajes, al poco tiempo de circular por los colegios y los puntos de reunión de los estudiantes Samuel no constituyó un motivo de sorpresa.

Durante semanas "Reb Shmulik" -así comenzaron a llamarlo en el "campus"- dedicó su tiempo por entero a conocer a centenares de miembros de los colegios, a catedráticos, profesores y adjuntos del claustro; no desdeñó a empleados y servidores de las variadas especialidades de las instituciones universitarias.

Samuel, con estas informaciones basadas en las opiniones, requerimientos y necesidades de su potencial clientela, sacó sus conclusiones...

La primera reunión convocada por "Reb Shmulik" motivó al sorprendido comentario de la universidad y de la ciudad por entero, caja de resonancia de los colegios y claustros. La recepción resultó un inesperado -y total- éxito. No se recordaba nada parecido, excepto las desaforadas ceremonias de graduación o los festejos motivados por un triunfo sobre Cambridge en la regata anual.

Una cuidadosa puesta en escena contribuyó al feliz resultado.

Samuel eligió premeditadamente el recinto; un reducto olvidado de los locos años 60, reavivado por "Shmulik" para la ocasión recuperó su tradición de inconformismo.

El insólito rabí no sólo reacondicionó el lugar con su trabajo personal; además, el día señalado, llenó el remozado ámbito con globos inflados portadores de caricaturas de las celebridades del momento. La secreta y específica función de estos balones quedó reservada como final de fiesta.

Los invitados se presentaron animados más por la curiosidad que por otros motivos.

Pero Shmulik se consagró en su incansable animador. Cuando advertía que la velada decaía, el oportuno cuento humorístico -sacado de su inagotable reserva- la reanimaba. Esas intervenciones provocaban entre los presentes -los ingleses han inventado al "entertainer"- el afán de superación; no faltaron aquellos que trataran de superarlo con un relato o anécdota hilarante. El jolgorio se generalizó.

El gran "finale", iniciado por el Shmulik, consistió en reventar los balones con las viñetas de los personajes públicos de actualidad. Shmulik comenzó haciendo estallar el correspondiente al jefe del gobierno inglés y continuó por el globo con la caricatura del presidente de los Estados Unidos. Su gesto de rebeldía, cuasi infantil, fue imitado por la concurrencia con entusiasmo. Los rostros de varias decenas de personalidades internacionales volaron hechos pedazos. La candorosa sublevación se convirtió en una catarsis colectiva. Los integrantes de la pueril rebelión de los estudiantes contra los miembros del "establishment" -del cual formarían parte dentro de unos años- resultó altamente gratificante para ellos.

Shmulik supo interpretar sus sentimientos, reprimidos por la tradicional educación británica sin necesidad de recurrir a la embriaguez liberadora habitual lograda en los pubs los fines de semana.

Esa especial velada, repleta de alegría -así lo proclamaron durante días quienes tuvieron el privilegio de asistir a la reunión- constituyó el comentario obligado de los estudiantes y profesores.

Tuvo, asimismo, repercusión en la prensa universitaria y local. De los titulares de Oxford saltó a la prensa nacional.

Lo valioso para Samuel fue la aceptación de los universitarios de la "upper-class" no judíos. La mimética clase media, por consiguiente, se adhirió de inmediato.

Los correligionarios de Samuel inicialmente observaban con reticencia las actividades del inesperado rabí -¡quizás sus imprevisibles acciones acabaran por avergonzarlos colectivamente!- Al verificar la aprobación de los restantes universitarios se sumaron al entusiasmo general.

A partir de aquella memorable convocatoria primera, Reb Shmulik atrajo a sus cenas y conferencias a centenares de asistentes. Cuando Gorbachov -en la cúspide de su popularidad internacional- aceptó dar una conferencia en una de las reuniones organizadas por el joven rabino, su prestigio alcanzó niveles inesperados. (Nunca se supo si el entonces máximo dirigente

soviético le prestó su colaboración mediante la intervención divina o el simple desparpajo de Shmulik le resultó convincente).

A partir de esa jornada el flujo de personalidades se convirtió en incesante; célebres políticos, profundos pensadores, distinguidos científicos, premios Nobel en diversas disciplinas accedieron a participar. Algunos personajes hasta lo solicitaron; la repercusión en los medios de comunicación -prensa, radio, televisión- de los actos organizados por Reb Shmulik, además de contribuir al mejoramiento de las evaluaciones egolátricas, originaban posteriores conferencias, éstas -las siguientes- bien pagadas. Por estas razones las "celebridades" no rehusaban las invitaciones de Shmulik. La fama del voluntarioso rabí superó las más optimistas previsiones.

Aparentemente...

Quienes deberían hallarse muy satisfechos por los éxitos de su misionero, los miembros de la jerarquía lubavitcher británica, no lo estaban en absoluto. Su enfado crecía en medida proporcional al triunfo de su enviado.

Le llamaron repetidamente la atención; no se hallaba destacado en Oxford para ilustrar a los universitarios sobre las ideas y los hechos del mundo. Sus obligaciones consistían en explicar los principios de la organización, lograr seguidores o al, menos, simpatizantes de los lubavitcher difundir la obra y milagros del "Rebe" Menajem Mendl Schneerson.

Samuel los oía pero no los obedecía. Sumido en su tarea, exaltado por sus resultados, proseguía sin importarle demasiado las observaciones de sus jefes.

La jerarquía, irritada, no encontraba fácil solución al problema:

¿Cómo reaccionar ante el díscolo -pero popular y exitoso- militante, sin perjudicar el prestigio de la organización? El dilema se prolongó, y los contuvo, durante meses.

Ante las reconvenciones de sus superiores Samuel apenas respondía. En más de una ocasión se animó, inclusive, a discutir con sus mandatarios la verdadera finalidad de su misión. Si lograba demostrar que los lubavitcher no representaban el oscurantismo de la fe mosaica -como aseguraban los liberales, conservadores y reformistas del credo- sino un amplio ámbito donde tenían cabida diversos pensamientos e ideas, los resultados favorables para la reputación de la entidad resultarían incalculables. Los jefes no lo entendían así.

El furor jerárquico se acumulaba. Contribuyó de manera superlativa la crítica efectuada por Shmulik a un rabino que excluyó a los fieles homosexuales de su congregación. Por escrito dejó clara constancia en un periódico de la universidad.

La terrible ira de los santos rabinos de Lubavitcher, fue en aumento. El estallido final se hallaba próximo. Llegó el día que Reb Samuel Kot proclamó públicamente que no se debía criticar ni rechazar las parejas formadas por fieles de la Torá y cónyuges no pertenecientes al credo de Moisés una vez casados.

"¿Casados?" Se preguntaron los maestros de JABAD. "¿Por quién y de qué forma?" Fue el segundo interrogante de los preclaros varones.

Samuel sostuvo que daba mejores resultados mantener contactos con las parejas mixtas que estigmatizarlos. Sus patrones no perdonaron el pecado de uno de los suyos contra las instituciones rabínicas encargadas de dar legitimidad a los asuntos de familia.

Poco margen le restaba al potencial hereje...

Samuel lanzado en sus personales especulaciones, producto de vivir fuera del ghetto ultraortodoxo cerrado, endogámico libavitcher, su contacto con un centro universitario cúspide del pensamiento europeo, no se detuvo ante la visible y cercana tempestad integrista.

En una sesión de grupo se explayó -con la conformidad manifiesta de su propia esposa Esther, asistente a la reunión (hecho violatorio de las normas del papel de la mujer en la vida social de acuerdo a los principios del movimiento JABAD)- sobre la falta de obscenidad de los actos sexuales, sin limitaciones, dentro del matrimonio. Si las relaciones y los juegos sensuales proporcionaban placer, alegría a la pareja, constituían sin duda, actos gratos a los ojos de El Altísimo...

Los servicios de espionaje comunicaron de inmediato las heréticas afirmaciones a la superioridad.

¡Basta! Reb Samuel Kot había sobrepasado todo límite. Los doctos rabinos de la secta dictaminaron que el pecado de blasfemia no ofrecía dudas. Si alguien perteneciente a la organización había incurrido en el "Hillul Hashem", las medidas debían ser drásticas.

Ordenaron a Samuel cerrar de inmediato su centro de actividades, empacar y marcharse de Oxford sin demoras y sin dar explicaciones. Su misión se daba por acabada.

Al enterarse los estudiantes, los profesores -correligionarios y no pertenecientes al credo mosaico-, los conferenciantes pasados por su tribuna, los lectores de sus artículos, sus seguidores a través de la urdimbre del Internet en cuyas pantallas aparecían frecuentemente sus opiniones, del cese de Shmulik se produjo una conmoción imprevisible.

Llegaron centenares de misivas a la Fundación Lubavitcher Británica, circunstancia superable para una organización sometida a la despiadada crítica racionalista desde siempre.

Pero la situación empeoró terriblemente; decenas de "cartas del lector" protestando por el cierre comenzaron a publicarse en prestigiosos periódicos. Las "cartas del lector" representan una horrible situación pública para un súbdito de Su Majestad; los dirigentes de la Fundación lo son. El impacto, que una misiva publicada en el "The Times" tiene aún hoy, intimó a los desconcertados directivos. (Alguien recordó el origen colonial de Samuel).

Los artículos de personalidades de derechas -aprovechaban las posibilidades antisemitas de los hechos-, de izquierda -aprovechaban las posibilidades antirreligiosas-

defendiendo a Shmulik, a quien la mayoría no conocía ni había tenido noticias de su existencia hasta ese momento, abrumaron a los lubavitcher.

Se llegó a un compromiso. Shmulik podía proseguir su labor pero sin contar con el apoyo económico de la Fundación...

Que se buscara otros patrocinadores.

Pero la alegría de Samuel duró poco. Si bien no lo expulsaban -por el momento- de la organización, le permitían continuar su tarea.

Pasado el escándalo público -el tema desapareció rápidamente de la prensa superado por los avatares de los Príncipes de Gales- el interés general desapareció; se convirtió en algo menos que un recuerdo. Sus fervientes defensores no se preocuparon de lograr un solo penique para Samuel, ni para su labor.

Con escasos recursos -unos pocos ahorros- su alertada esposa los había reunido en previsión de los malos tiempos que la actuación de su marido le hacía prever (No en vano su condición de hija de un dirigente lubavitcher la previno sobre las consecuencias)

Excluido, en la práctica, del movimiento, Samuel cayó en la confusión.

Creyó actuar bien, trabajar en favor de las ideas básicas del judaísmo, proceder de acuerdo con las enseñanzas de su amado maestro -en tanto desaparecido para confusión de aquellos que lo proclamaban como El Mesías- Reb Menajem Mendl Schneerson.

Pero los líderes del clan -se disputaban el trono en esos días- lo calificaron como un renegado, un traidor, un hereje.

Se ocuparían de él llegada la oportunidad, cuando el escándalo estuviera olvidado.

Samuel sumido en un ostracismo lindero con el anatema rabínico, marginado por sus colegas, fuera de la secta, quedó desprotegido ante las terribles tempestades del mundo real. Protegido o perseguido, pero contando con la solidaridad de sus iguales se puede sobrevivir... Solo resulta difícil, doloroso, duro. Samuel, sin la experiencia necesaria en tales lides, no pudo sobreponerse a la confusión anímica.

Únicamente contaba con el apoyo de su esposa, Esther. Ella no vaciló en enfrentarse a su padre Reb Zalman Kopel de Toronto le aseguró obtendría su divorcio del hereje sin dificultades ante el tribunal rabínico.

Su lugar, le respondió se hallaba junto a su esposo cuyas ideas, además, compartía.

En medio de su desesperación, muerto su guía y mentor, Reb Menajem Mendl Schneerson, quien seguramente lo hubiera ayudado a encontrar el camino recto, Samuel recurrió a la única instancia superior que lo podía auxiliar: Dios.

Con la frente apoyada contra las piedras del Muro de las Lamentaciones de Jerusalén, Samuel imploró al Señor del Universo para que con Su Palabra lo orientara.

Desesperado ante la falta de respuesta, reclamó al Señor:

- ¡Adonai! ¿Por qué callas?

Si bien Dios no le contestó, lo hizo en cambio Moisés Bensimón que oraba a su lado. Al sefardí le extrañó la exclamación en castellano (inevitablemente los grandes dolores se expresan en la lengua materna) pronunciada por ese jasid vestido a la manera de los lubavitcher más extremos.

- ¡Vamos amigo mío, no será para tanto! Intervino "Moi" también en español.

Samuel apenas se extrañó, tan preparado se hallaba para aferrarse a cualquier señal del Supremo Hacedor. El Rey del Mundo no habla únicamente en hebreo a sus seguidores. Lo ha hecho, sin necesidad de rebuscar demasiado, en el arameo de las Sagradas Escrituras...

¿Por qué no en castellano...?

Moisés Bensimón en ese día se hallaba en Jerusalén actuando como guía turístico de unas turistas canadienses, un agente de viajes lo utilizaba para esas especiales ocasiones en las cuales el joven no tenía igual.

Con una mesa de por medio perteneciente a un bar "al estilo jasídico"; el de Motik, situado no lejos del Muro, Samuel se confesó -en el más puro estilo tanguístico porteño- al de Madrid, que actuó como está mandado de acuerdo con los cánones del género poético rioplatense. Fue el "compadre a quien se le confiesan las cuitas", algo así como un protosicoanálisis bonaerense auténtico.

-...Moisés me aseguró, Reb Meier, que usted le devolvió la alegría de vivir y difuminó sus dudas con respecto al sentido último de su existencia...

El de Greiding sonríe, esbozando un gesto de ironía.

- No necesitó demasiado de mi parte... Sus reales apetencias, tan evidentes por otra parte, sólo requirieron una pequeña ayuda para reaparecer... Moisés Bensimón, estimado amigo, es quien es... ¿No había, por casualidad alguna mujer cerca de él...?

- Varias... Guiaba a unas turistas canadienses en su "tour" por Tierra Santa...

La pregunta inquieta a Samuel pero él no desea, en ese momento precisamente, investigar sobre las dotes premonitorias del rabí. Necesita su orientación, que con su sabiduría le ayude a despejar sus incógnitas y así encontrar el camino...

Pero los primeros tramos de la conversación con Reb Meier de Greiding, a cuyo domicilio guió con sus consejos Moisés a Samuel, no constituyeron ningún alivio para sus penas; lo único

conseguido por las palabras del veterano maestro de La Ley, ha sido aumentar las incertidumbres del dubitativo discípulo de los lubavitcher…

Para comenzar le aseguró que su devoción por el "Rebe" Menajem Mendl Schneerson constituía un culto pagano, impropio de acuerdo a la Torá.

Ante las protestas de que se trata únicamente de una devoción por sus virtudes excepcionales, por su clarividencia y sus facultades de prever los hechos, Reb Meier le responde.

- ¿Nada más mi estimado rab Samuel? ¿Acaso no se comunicaba con Dios? ¿No hacía milagros? ¿No lo proclamaron, en vida, cómo el Mesías y él no lo negó.

El rabino Kot no puede negar las evidencias. Lo afirmado por Reb Meier es verdad, quien, además agrega para su pesar.

-… El culto de los lubavitcher por el "Rebe" no se distingue mucho de la idolatría, del "culto a la personalidad" estalinista. Conceptualmente ¿en qué se diferencia un lubavitcher de un comunista de aquellos tiempos?" ¿Para qué pensar? ¡No debemos razonar! ¡Ya lo hacen por nosotros esos seres providenciales designados por Dios o la historia!, según unos y otros creyentes.

Samuel recuerda -aunque él era apenas un niño en aquellas épocas- los amargos momentos pasados por su padre cuando le descubrieron la falsedad del culto al "padrecito" Stalin, la enorme estafa a la fe de millones de personas deseosos de construir "un mundo mejor". El "dios" comunista murió en esas aciagas jornadas… Manuel Kot aseguró que sus hijos no cometerían jamás un error similar al suyo.

Pero Samuel se resiste. No puede -ni quiere- aceptar que su veneración por el "Rebe" de los lubavitcher tenga una mínima relación con el fetichismo del culto a Stalin.

- Para su secta Reb Menajem Mendl Schneerson ha sido, y es, de mayor importancia que Dios mismo…

- Usted exagera, Reb Meier…

- ¡No exagero! Para ustedes, los lubavitcher y los demás jasidim, los rebes milagrosos tienen la primera y la última palabra en cualquier asunto, divino o terrenal. ¿Quién, de sus seguidores se atreve a cuestionar sus decisiones? ¡Dudar del jefe de una secta representa algo muy parecido a un grave pecado contra la voluntad de Adonai!

- ¡No Reb Meier! ¡Para mí El Altísimo ha sido, y es, el Rey de la creación! ¡Él qué ha sido antes y será después! ¡Nadie, ni nada se puede considerar superior a Dios, Uno y Único! ¡Nunca se debe colocar a persona, u objeto, en Su Lugar…!

Reb Meier esperaba las fervientes afirmaciones del joven rabí. Sabe que Samuel no ha llegado a su casa desde tan lejos para mantener con él una discusión teológica, pero le consta - los años le han dado la suficiente experiencia- que si a un cerrado dogmático, como Samuel Kot,

no se le conmueven los cimientos del edificio de sus creencias, sus consejos resultarán inútiles. Primarán los artículos de fe mamados de la boca de sus "rebes".

- Dime Samuel... ¿Te hablaron tus maestros, a simple título informativo digamos, de las múltiples definiciones existentes acerca del concepto de Dios o de la esencia divina?

Para Samuel Kot la pregunta del rabino de Greiding significa un impacto inesperado. En sus largos años de estudio con los grandes maestros del movimiento JABAD jamás escuchó nada parecido...

- ¿Definir a Dios...? ¿Analizar su esencia...? ¿Quién, de sus criaturas, se puede atrever a ello?

Serenamente, a pesar de las enardecidas palabras de su joven colega, el Rebe de Greiding en términos con el añejo sabor de antiguas reflexiones, le aclara.

- Siempre ha constituido el desafío supremo, el intento máximo. Si encontramos la respuesta a la pregunta de quien o que es Dios, tendremos todas las respuestas a todas las dudas de la existencia humana...

Sin poder impedirlo, Reb Meier se deja llevar por sus dudas. La incertidumbre estalla en un susurro de inquietud, profundo.

- ¡Dios! ¡Si conociéramos la verdad de tu esencia! ¡Si existes y pudiéramos dialogar contigo directamente y no a través de intermediarios iluminados qué así lo proclamaron y proclaman...! ¡Si pudiera alejar de mí la idea de qué únicamente eres un concepto creado por la necesidad de explicar lo inexplicable y pudiera creer sinceramente en ti!

El estallido emocional tiñe de angustia existencial las incertidumbres de quien, como Reb Meier, considerado un maestro del Verbo Divino, un rabí y duda de aquel que afirma "Soy el que soy", el fundamento mismo de la fe mosaica y de otras religiones que en ella se originan...

- ¡Dios! Si no fueras más qué una idea... ¿Cómo enfrentarse con ello?.

Reb Meier cae, pronunciadas estas últimas palabras, en un abismal silencio.

Samuel anonadado, siente como las poderosas corrientes de la perplejidad lo arrastran. Nunca escuchó de sus maestros un interrogante parecido; jamás tuvo duda alguna acerca de la existencia del Supremo Creador, ni de las verdades contenidas en El Libro.

Dios es, fue antes de la Creación del Mundo y lo será después...

Un largo momento de silencio se rompe cuando Reb Meier retorna al sendero de los grandes misterios.

- ¡Ninguna creencia tiene una respuesta racional a la gran cuestión! ¡Sólo puede igualarse a la otra gran pregunta! La muerte... ¿Para qué nacemos si estamos sentenciados a morir...?

Reb Meier, con un gesto triste, propio de quien ha encontrado los interrogantes pero no las contestaciones, contempla al sorprendido joven.

Samuel experimenta la seducción de las ideas expresadas por el viejo maestro. Da, quizás inocentemente, el primer paso por una andadura que no podrá abandonar. Pero, como un acto reflejo, trata de repeler la atracción de lo desconocido.

- ¡Dios es Uno! ¡Es nuestro Señor, el divino Creador, el Rey del Mundo, de las Tierras y de los Cielos, el Nombre Santo! ¡Adonai está fuera del tiempo y el espacio!

Samuel proclama las verdades aprendidas durante años en los duros pupitres de los seminarios; repite las palabras repetidas millares de veces. Pero, por vez primera, no le bastan...

Reb Meier vuelve a picanearlo.

- Cuándo hablas de sus poderes... ¿Te refieres a la esencia de Dios?

- ¡La esencia de Adonai es desconocida! La frase del joven surge de su memoria; la ha reiterado miles de veces en sus lecciones como alumno y como maestro, pero por vez primera experimenta una extraña sensación; constituyen solo vocablos creídos a fuerza de ser repetidos. Nunca, antes de este instante, ha pensado en su real significado.

- ¿Afirmas qué es incognoscible? El maestro aprieta un poco más el escalpelo.

- Posiblemente...

- Bien; te acercas a los conceptos de Maimónides...

- ¡Jamás! Samuel reacciona instintivamente ante el nombre del pensador cordobés. Sus ideas racionalistas acerca de la religión chocan con la actitud dogmática de los fundamentalistas del Pueblo del Libro, los lubavitcher entre ellos. -¡Él insinúa dudas sobre la existencia de Dios!

- Sólo en sus especulaciones filosóficas, nunca en sus actos...

- ¡Por ello se comienza! ¡Es iniciar el camino guiado por Satán! Exclama el atónito Samuel. Ni en la semana que no tuviera sábado creyó en la posibilidad de encontrarse discutiendo la certeza de Dios...

- Sin embargo Maimónides coincide contigo... El escribió, en el siglo XII de la Era Común, que la naturaleza de Dios es incognoscible, pero afirmó, al mismo tiempo, que si se pueden conocer sus atributos... lo que emana de su esencia... ¿Has estudiado a Maimónides...?

- Poco...

- Apenas... los movimientos de origen cabalístico, místico, como el JABAD y otros similares rechazan su pensamiento teológico.

Samuel, abrumado por los conceptos de Reb Meier, se atrinchera y agrega.

- ¿Qué pretende? ¿Destruir las creencias del Pueblo del Pacto? Si introduce la duda acerca de Un Dios Uno y Único, dentro de pocos años nada quedará... del Pueblo Elegido...

- No lo sé... Hoy hay muchos que sin concurrir un solo día a la Sinagoga, sin pronunciar una oración, sin creer El Señor, se proclaman herederos del mensaje ético de la Torá y así lo manifiestan públicamente con todas sus consecuencias...

Samuel no puede evitar recordar a su padre. Manuel Kot es uno de esos singulares judíos... pero pueden más sus años de credo lubavitcher.

- ¡Eso no pueden ser considerados auténticos Hijo del Pacto...!

- ¿Estás seguro de ello, Samuel?

La callada por respuesta da fe de la confusión del joven. Meier conoce, por experiencia propia, la tempestad que sacude al muchacho. Para derrumbar el edificio ideológico construido durante años por las enseñanzas recibidas, resulta necesaria una explosión controlada, si no se quiere destruir al individuo...

- No vayamos tan lejos... Quizás si aceptamos que la idea de Dios es una idea humana, como lo han afirmado tantos pensadores, y llevamos esa idea a la categoría de concepto rector, resulte suficiente... A partir de ello podemos construir el resto del pensamiento mosaico... Su ética, sus Mandamientos, su Ley...

No deja de constituir un pensamiento original, atractivo... Las ráfagas del racionalismo religioso resultan poderosas... Samuel, sin percatarse de ello, da otro paso...

- Reb Meier... ¿Usted afirma qué Adonai ha sido creado por la mente humana?

- No he sido yo el pensador de quien han nacido esos razonamientos. Lo único que he hecho, Samuel, ha sido considerarlos seriamente sin rechazarlos como heréticos como muchos hacen, los lubavitcher entre ellos...

- ¿Y no lo son?

- Si aceptamos que la verdad pertenece únicamente a quienes llaman herejes a los que piensan de forma distinta a ellos, no hay duda... Por eso se excomulgó a Uriel Acosta y a Baruj Espinoza... Por considerar heterodoxos, cismáticos, judaizantes o infieles a quienes no aceptaban la verdad de la Iglesia Católica, ardieron piras humanas en los cuatro rincones de

Europa... Maimónides se vio obligado a huir en varias oportunidades... Y Avicena, su precursor, no era bien visto por las autoridades musulmanas...

- ¿Avicena? Nunca lo he oído nombrar...

El desconcierto de Samuel demuestra cabalmente su desconocimiento.

- Avicena, Averroes fueron grandes filósofos mahometanos. Sus pensamientos beben de la misma fuente...

- ¿Filósofos musulmanes? El tono de Samuel no oculta su menosprecio. -La religión de Mahoma se ha nutrido en los Textos Sagrados a las que ha sumado tradiciones y fábulas propias de los hombres del desierto y unas pocas ideas de los heréticos cristianos. ¿A esa extraña y confusa amalgama llama usted religión, Reb Meier?

El desdén por el credo de los descendientes de Ismael resulta evidente en el joven rabí.

La intolerancia de los jasídicos no se diferencia, en su esencia, del comportamiento de los fundamentalistas de otras religiones. A Reb Meier le consta. Ha combatido a los fanáticos desde siempre a pesar de lo improperios recibidos; los dogmáticos nunca le han perdonado sus críticas, originadas en el ejercicio, afirma el de Greiding, del razonar humano.

Con suavidad -sabe que la introducción de sus reflexiones provocará en Samuel una conmoción profunda- Reb Meier le dice:

- Desde que una pequeña tribu mesopotámica, originaria de Ur, decidió haber sido elegida por "El Dios" entre los demás pueblos, los descendientes de Abraham hemos elaborado, además de un magnífico tratado ético, las leyendas que enseñan y ejemplifican su filosofía religiosa. A esa mitología la llamamos Biblia...

El muchacho queda petrificado. No puede casar las aseveraciones de Reb Meier con su condición de rabino.

- ¿Usted Reb Meier, un maestro del Libro Sagrado, compara lo dictado por Dios a las descabelladas historias de dioses y semidioses helénicos, romanos o mesopotámicos...?

- No pocas historias y leyendas de los pueblos que habitaban entre el Tigris y el Eúfrates, han servido de base para la mitología hebrea...

Samuel, anonadado, no sabe como reaccionar. Las palabras de Reb Meier parecen dictadas por Satán y lo impulsan a dejar la casa del blasfemo pero, por otra parte, las nuevas ideas le resultan atractivas... En su mente, blindada su capacidad de razonar por el aprendizaje reiterado de los dogmas lubavitcher, se producen brechas por las cuales penetra una luz, unos pensamientos peligrosamente atrayentes para su intelecto...

- Reb Meier... Usted, con estas manifestaciones, si las hace públicas...

- Lo he hecho en más de una oportunidad...

- ...Se hace pasible de las más severas sanciones...

- Lo sé, Samuel... A más de uno le gustaría verme expulsado del seno del Pacto...

- ...Lo que usted dice contradice las enseñanzas de los maestros de las Sagradas Escrituras; niega que hayan sido conferidas por Dios a Su Pueblo...

- ¿En verdad crees que El Señor del mundo creó exclusivamente a los judíos...? Existían otros pueblos... El mismo Libro Sagrado lo menciona... ¿A dónde huyó Cain después de su crimen...? ¿Quién era Noé...? ¿De qué rincón del mundo procedía...? ¿No es acaso el Edén una región de la Mesopotamia...? ¿Obra de quién han sido...?

"Es verdad... La Torá lo afirma..." La duda sobre la verdad de lo aprendido anteriormente como una y única, se apodera de Samuel... "Y si los dogmas básicos admiten incertidumbres... ¿Por qué no...?"

Ha dado otro paso... No puede resistir el encantamiento del nuevo horizonte intelectual propuesto por Reb Meier. La aventura de la razón lo atrae... Da el primer paso; intuye que no habrá retorno...

- ¿Dónde moraban "los descendientes de los gigantes que habitaban la tierra en esos días que se llegaron a las hijas de los hombres y engendraron hijos...?" ¿De dónde venían esos gigantes? ¿Quiénes eran...

-No lo digo yo... Está escrito en la Torá... Agrega el viejo maestro. En el trasfondo de sus frases se percibe un aire socarrón. Por su experiencia personal sabe en cuales dilemas se debate el joven rabí.

Samuel repite los versículos mencionados de memoria... y otros pero, por primera vez, los analiza lógicamente. No acepta, como de costumbre lo hacía, sin analizar las exégesis de sus mentores del JABAD... No puede admitir, sin embargo, repentinamente las conclusiones iniciales de su examen. Le resultan demasiado inquietantes...

Reb Meier conoce las disyuntivas en las cuales se halla inmerso su visitante. Él ha vivido unas experiencias semejantes. Cuando su padre y maestro, Reb Scholem de Greiding, llamado "el zahorí", lo introdujo en la ruta de la duda como método filosófico él, su hijo y discípulo, padeció las mismas crisis que ahora embargan a Samuel, a pesar de que su progenitor, no obstante su inteligencia y sabiduría, no se atrevió a recorrer el camino hasta el final. Su sucesor, Reb Meier de Greiding, si lo hizo... Y pagó su precio por su atrevimiento, al igual que Adán cuando desobedeció a su Creador y comió el fruto prohibido...

El joven Reb Meier un día se sacudió del acatamiento ciego a las interpretaciones que los exégetas habían efectuado en siglos anteriores. Trató de explicarse, y explicar a otros sus ideas sobre el significado de las Escrituras...

Si el primer hombre fue expulsado del Paraíso por desoír las órdenes del Creador, Reb Meier, a partir de esos días, vivió siempre al borde de la exclusión. Los celadores del único y autorizado análisis del Verbo Divino no aceptan rebeldías en materia de dogma. (Reb Meier aseguraba que, Adán no fue arrojado del Edén por haber abierto los ojos al comer el fruto, sino por el hecho de no obedecer).

Esa, su difícil experiencia, la ve ahora renovada en Samuel. Pero también sabe que el herrero forja las piezas cuando el hierro está al rojo.

- Dime Samuel; para ti ¿Adonai es sólo un Dios exclusivo de los miembros del Pueblo Elegido o su reinado se extiende sobre toda la especie humana sin distinciones?

Samuel conoce la respuesta. Está escrita. Surge sin necesidad de una exégesis excepcional, pero el aceptarlo ahora, sumado a los sacudimientos anteriores, representa una conmoción tan profunda que no le resulta fácil de soportar.

Atribulado, sin poder contener su angustia, le dice al maestro.

- ¡Reb Meier, por favor! ¡He sido apartado de aquellos que han sido los míos durante mi existencia! ¡Creí obrar bien y ellos, mis guías y maestros, los discípulos del Rebe Menajem Mendl Schneerson, me condenan por ello! Ahora usted, el hombre a quien he acudido en busca de consejo, me introduce en el laberinto de la duda... ¿Cómo reconocer en unos pocos instantes qué las creencias qué han dado sentido a mi vida están erradas...? Samuel transforma su incertidumbre en enfado. -¿Usted se considera verdaderamente un rabino, un maestro de Las Escrituras o se escuda en ese título para destruir, realmente, la fe de los demás en El Señor del Mundo, en Adonai?

El ataque, no por esperado, hiere menos a Reb Meier. El último descendiente de los grandes rabíes de Greiding, el hijo y nieto de hombres sabios, se transforma; el anciano, vestido modestamente, en medio del pobre escenario de su humilde hogar en Mea Sharim, contrafigura de las orondas redondeces de los jerarcas ultraortodoxos entronizados y satisfechos, se convierte en grande; un halo parece envolver su cuerpo. Reb Meier proclama sin estridencias, pero con la convicción de un hombre que ha recorrido el camino del conocimiento hasta su amargo final:

- Yo, Reb Meier ben Scholem Vlodsky, Décimo Rebe de Greiding, digo a quien quiera oírme; mis ideas son el fruto de mis estudios, de mis reflexiones sobre el sentido último de Las Escrituras. ¡Sólo pretendo hallar la verdad en los Textos, el mensaje qué en ellos se encuentra guardado! ¡Busco con ahínco el sentido de la herencia qué nos ha sido legada por los maestros de La Ley qué en el mundo han sido antes qué nosotros! ¡Nadie puede negarme, ni despojarme de mi condición de maestro de La Palabra! ¡Poseo títulos y derechos más que suficientes para ser respetado como rabí! ¡He dedicado mi vida a indagar el sentido final de los Mandamientos! ¡El mensaje ético, de La Ley constituyen para mí la finalidad de mi existencia! ¡Únicamente pretendo, cómo lo desean Las Escrituras, un mundo en el cuál reine la paz y la armonía entre los seres humanos!

Las palabras de Reb Meier derrumban los últimos reparos de Samuel como si de las trompetas de Josué lo hicieran con las murallas de Jericó.

Abandona sus prevenciones y se convierte en un discípulo deseoso de recibir las ideas de su nuevo maestro.

Pero si bien los pensamientos de Reb Meier lo atraen, un punto provoca en él la duda suprema.

- Rebe... ¿Quién, qué, cómo es Adonai para usted...?

La respuesta surge de las profundidades de un ser consagrado por entero a la búsqueda de la Suma Réplica.

- ¡Dios es una idea abstracta, la más bella creada por el hombre! ¡Nunca lograremos conocer su esencia por qué Adonai es para cada ser humano una concepción diferente! ¡Tampoco resulta necesario si las criaturas del mundo respetan sus atributos, sus emanaciones fundamentales! La ética, la moral que de ella emerge, La Ley que debe regir las relaciones humanas... ¡Dios es una idea ética! La naturaleza verdadera del Ser Supremo son sus enseñanzas...

Samuel tiene la sensación de penetrar en un territorio desconocido. La extraordinaria experiencia de descubrir senderos ocultos, la deslumbrante naturaleza de ideas, de pensamientos hasta ahora ignorados por él. La maravillosa aventura del saber le produce una excitación hasta ese momento nunca saboreada.

Reb Meier lo orienta con paso seguro. Experimenta un extraño sentimiento de libertad. Ha roto el voto de obediencia absoluta que lo unía con la jerarquía del clan lubavitcher. Ha comido el fruto del árbol prohibido...

Pero una vez probado el gusto de la emancipación, su mente quiere emular a la del maestro.

- ¿Si la idea de Dios es una abstracción, cómo estamos seguros que La Ley, su Ley es justa...? ¡Cuántas leyes han sido sancionadas para proteger los intereses de los poderosos, de las clases sociales qué dominan un país, para discriminar a los débiles! ¿Acaso no hemos sido nosotros, víctimas de leyes racistas...! ¿Una ley es equitativa por el solo hecho de ser ley...?

Reb Meier está satisfecho. Advierte que el joven rabí avanza rápidamente por el camino del librepensamiento...

- Samuel... Tú no has bebido únicamente de las fuentes de las enseñanzas lubavitcher.

A Samuel, repentinamente, retornan las imágenes de su niñez cuando su padre, Manuel Kot, lo arengaba sobre la igualdad de los hombres y el derecho de los oprimidos a luchar contra el orden establecido, contra las leyes de la burguesía...

- Si… en mi casa paterna imperaban otras ideas… Por eso no acepto que una ley deba respetarse por el único hecho de llevar ese nombre…

- ¡La Ley de la Torá si! ¡Fue legislada con un concepto igualitario para un grupo humano recién liberado de la esclavitud, sin poderosos, sin guerreros, sin aristocracia! Fue dictada con el simple propósito de ayudar a sobrevivir a un pueblo débil, evitando las luchas internas por el camino de la convivencia! La Ley de Moisés, del Pentateuco se originan en el derecho natural, en la Ética. Los mandamientos bíblicos no defienden a unos en detrimento de otros… La vida armónica de los hombres con los hombres, del género humano con la naturaleza en la cual vive y de la cual proviene ese es su fin supremo.

- ¿Y por qué le atribuyen a Dios su redacción…?

- De otra forma ese confundido pueblo, recién liberado de un opresor yugo sufrido durante siglos en Egipto, de orígenes diversos, con dioses e ídolos diferentes no hubiera aceptado La Ley ¡Esa fue la genialidad de Moisés! ¡No sólo dirigió con éxito una revuelta de esclavos! ¡Convirtió a decenas y decenas de tribus, de personas traídas de los remotos confines del imperio faraónico en una unidad dándoles un Dios, una Ley dictada por El Señor! ¡La fe en un Dios, Uno y Único constituía el exclusivo camino a seguir para unirlos sin primacías de una tribu sobre otra! En esas épocas no existía otra forma de legislar que el milagro, los prodigios de El Creador…

Se produce un largo silencio. Ambos tienen en que pensar. Reb Meier en la ecuanimidad de sus ideas, rayanas en lo impío. Samuel en aceptarlas; no puede borrar en pocos instantes millares de horas consagradas al estudio de las exégesis de doctos rabinos a la búsqueda del verdadero sentido de las Letras Divinas.

¿Perder la fe en los dictámenes del portentoso Reb Menajem Mendl Schneerson para seguir el análisis racionalista de un maestro desconocido, al borde del "Jerem"?

No resulta fácil para ninguno de los dos.

Samuel rompe el mutismo. No está todo dicho.

- ¿Tan simple, tan sencillo?

- Si. Se puede resumir la doctrina de la entera Biblia en un versículo del Levítico que tú conoces a la perfección: "Amaras a tu vecino, a tu prójimo, como a ti mismo."

- Si admitimos como ciertos esos principios, Reb Meier ¿Qué utilidad tienen entonces los restantes Textos Sagrados, los comentarios, la Mishná, el Talmud, las sabias responsas rabínicas?

- Representan la forma de profundizar en los pensamientos básicos de las historias de La Biblia. Su texto fue redactado para ejemplificar la experiencia de un pueblo sometido a esos principios éticos. Las dificultades en aceptarlos, en vivir de acuerdo con ellos. Las Escrituras son el relato del combate eterno entre el bien y la perversión de los humanos, y los resultados de

esas luchas… Los maestros debemos contribuir a que todos comprendan el sentido de los mitos, las leyendas, los proverbios, los salmos y los relatos canonizados… Pero no debemos convertir nuestras interpretaciones en algo aún más difícil, en un farragoso conjunto de escritos necesitados de guías prodigiosos para que el común los puedan comprender. ¡Eso han hecho demasiados rabíes qué se titulan milagrosos o permiten así lo crean sus seguidores!

Una incógnita, fundamental, perturba a Samuel.

- ¿Y por ello se justifica el continuo sufrimiento, las horribles persecuciones sufridas por nuestro pueblo?

Un silencio prolongado constituye la primera respuesta.

- Reb Meier ¿Su razón carece de contestación para un interrogante tan sencillo y vital para nosotros…?

- No, ¡No disculpo ninguna opresión, ningún acoso! ¡Ni a los hebreos ni a ningún otro pueblo o persona! ¡El poder se basa en el dominio, en la subyugación de unos pocos fuertes sobre los más débiles…! Nosotros siempre hemos sido pocos y frágiles, pero no hemos sido destruidos… ¡Nunca! Porque la verdad se puede acallar por un tiempo pero silenciarla por siempre ¡Jamás! Si ello fuera posible… El silencio cubre sus palabras como un oscuro manto.

- ¿Qué sucedería, Reb Meier…?

La respuesta surge de las profundidades de un pesimismo dado por los años y las experiencias.

- La noche final para este mundo estaría próxima. El ocaso de la humanidad… La nada…

Samuel, ante la desesperanzada réplica, insiste en refugiarse en los valores por él aceptados, aunque su tono carece de la firmeza inicial.

- ¡Por ello mi fe en Adonai me protege! Sus sofismas, Reb Meier, no pueden reemplazar la certeza de su existencia…

El viejo maestro cansado ya de predicar sin ser entendido, levanta su fatigada voz.

- ¡Pues cree! Mientras respetes su Ética, sus mandamientos y sus leyes no importa cual es tu relación con el Supremo Señor! ¡Dios es uno y único, pero diferente para cada individuo de los miles de millones de habitantes del Universo, aún para aquellos que dudan o niegan su existencia!

La respuesta desconcierta a Samuel.

- ¿Se refiere usted a los agnósticos y ateos?

- No los excluyo... Perversos son aquellos que manifiestan exteriormente su piedad, su sumisión al Todopoderoso y traicionan en la práctica cada uno de sus preceptos. ¡De nada sirve su religiosidad! Prefiero a aquellos que negando la existencia o dudando sobre la existencia de un Ser Supremo Divino, ajustan sus vidas a la ética y a la moral... ¡Merecen mi respeto! Creen de una manera diferente y difícil. ¡Para ellos no hay "más allá", ni otra existencia, ni obtendrán premios por su buen comportamiento en la vida terrenal! La única recompensa para ellos es su autoestima...

Samuel evoca la figura de su padre. Manuel Kot pronunció, en más de una oportunidad, las mismas palabras, los mismos conceptos de Reb Meier... ¿Cuál y extraña relación existe entre el médico bonaerense y el rabí jerosolimitano...?

La respuesta altera a Samuel Kot...

Sin poder contener sus palabras, como si sus pensamientos se manifestaran a pesar suyo, interroga.

- ¿Eso... es Dios...?

- ¿No te parece suficiente? ¿Lo consideras un ideal fácil de alcanzar por el género humano?

La incesante cascada de nuevos conceptos, de formas diferentes de enfocar el credo mosaico, los recién conocidos modos de encarar el magisterio de Los Textos, los modernos análisis de lo que está escrito finalmente se amalgaman y hacen eclosión. En Samuel se produce la inevitable catarsis de una mente predispuesta por los sucesos acaecidos no demasiado tiempo atrás. Lo acontecido en Oxford no se encuentra tan distante como para ser considerado sólo una evocación...

La desilusión producida por la actitud de sus guías espirituales, respetados y acatados hasta esos días, profunda y dolorosa, ha preparado la tierra para la germinación de nuevas semillas. El encuentro con Reb Meier por obra de la casualidad -Moisés Bensimón no puede considerarse portavoz del Señor... -han hecho lo suyo; el recuerdo reiterado de su padre, recluido en la memoria lejana de Samuel, sumados han preparado el estallido del joven y lo alejan definitivamente del credo de los fundamentalistas del JABAD.

- ¡Necesito saber más, rebe! ¡Tengo miles de dudas, de preguntas qué hacerle!

- Lo esencial de mis pensamientos ya lo conoces. Nuestro diálogo, a partir de ahora, será simple literatura, comentarios apenas... Las ideas deben resultar simples y entendibles. Agregar palabras es vana retórica.

La advertencia de poco le sirve a ambos. Tanto Meier como Samuel, por igual para educando y educador, los placeres de la polémica intelectual, el análisis de los análisis, la interpretación de las exégesis de los grandes rabíes de la antigüedad, los símiles de los versículos, el significado de las poesías, de las historias bíblicas, los trueques y retrueques de

dos mentes preparadas por la educación rabínica, constituyeron el excelso ejercicio y goce de sus intelectos entrenados desde niños para esas lides…

El sol se pone en dirección a la línea del horizonte hacia el Mediterráneo. Los últimos reflejos de su luz se reflejan, dorados, en las piedras de la muralla de la ciudad de David. El largo día llega a su final pero no el coloquio entre el joven rabí y el viejo rabí.

Lea, la paciente esposa de Reb Meier, sabe que interrumpir el diálogo sería privar a su marido de uno de sus deleites máximos; pocas veces tiene oportunidad de disfrutarlo por falta de interlocutores adecuados, bien es cierto que el maestro de Greiding considera a muy pocos dignos de discutir con él tema alguno. Por ello, sin ser vista ni oída, sirve repetidos vasos de té manados de un vetusto samovar. De hora en hora agrega un plato de "pastrami", preparado por ella de acuerdo a la secreta receta transferida de madres a hijas. Huevos duros reemplazan el fiambre al acabarse. Y cuando ni ellos quedan, la tarta de miel -de también tradicional y ocultamente transmitida- acompaña los vasos de cristal adornados con una greca que Lea llena incansablemente; alimenta así los dialécticos espíritus de Reb Meier y Samuel, librándolos de las necesidades corporales que pudieran enturbiar su elevada conversación…

…La luz del siguiente amanecer dibuja a contraluz las torres, las cúpulas de Jerusalén. Recién entonces Samuel sale del hogar de Reb Meier de Greiding.

El desesperado impulso que lo trajo a la Ciudad Santa ha tenido su compensación. Ha logrado la respuesta a sus incertidumbres. Ha recuperado su libertad. Ya no regirá su vida por los caminos prefijados por otros; ya no dependerá de las decisiones dictadas por una jerarquía fanática, por la intolerancia y el culto irracional a una persona…

En el interior de su casa Reb Meier cierra el último libro de los centenares abiertos durante la hermosa noche recién finalizada. Contempla los anaqueles que lo rodean rebosantes con la creación de mentes privilegiadas; han sido heredados muchos y, sumados a esos, los por él acumulados a lo largo de su existencia. Los fundamentos de la sabiduría de los "Rebes" de Greiding se encuentra en esas estanterías. Su entera vida personal también; ha empleado la mayor parte de sus años en estudiarlos, una vez y otra…

No ha sido en vano, como en oportunidades temió. Las mágicas horas compartidas con Samuel, entre otros momentos especiales de su vida -no demasiados- les dan sentido. Ha sembrado la semilla, traída de Greiding, en alguien que la hará germinar, quizás en otras latitudes… supone…

Por su parte rabí Samuel Kot se dirige a la pensión en la cual se aloja con su mujer y sus hijos. En el trayecto desde Mea Sharim a la calle Ben Yehuda -allí se encuentra el hospedaje- toma varias decisiones:

En primer lugar telefonea -cobro revertido- a su padre a Buenos Aires. El doctor Kot acepta, sorprendido, la llamada. El hijo le pide envíe -lo antes posible- pasajes para él, su esposa y sus hijos, Tel Aviv-Buenos Aires ida únicamente. Ya le explicará personalmente las circunstancias.

Samuel carece de dinero -se ha gastado los pocos ahorros en el viaje a Jerusalén- y nunca ha tenido una tarjeta de crédito.

El padre accede sin efectuar demasiadas preguntas. Gestionará los billetes de inmediato. Su instinto le dice que ha recuperado a su hijo...

El rabí Kot como segunda medida arroja la peluca de su esposa al cubo de la basura. Esther, rígida observante de las ordenanzas de la secta que obligan a las hembras a ocultar sus encantos femeninos para no distraer a los hombres del estudio, tiene, como está mandado, la cabeza rapada. Llevará un pañuelo cubriéndola mientras sus cabellos crezcan. Esther admite la mudanza con alegría. Ella, la pía hija de Reb Zalman Kopel, jefe de los lubavitcher de Canadá, también está harta de la vida a la cual parecía condenada desde su niñez. No acatar las absurdas reglas de un recato impuesto por los anticuados ultraortodoxos, la libera, no sólo de los ridículos ropajes de las pías y púdicas féminas pertenecientes a los clanes jasídicos, también la manumite espiritualmente. La mujer lo sabe y lo desea. Los hijos, cuantos más mejor, la cocina y el hogar llevados de acuerdo a los rigurosos reglamentos represores no constituirán ya la única meta a la cual puede aspirar...

Samuel, acompañado por sus tres hijos varones, se encamina hacia la primera peluquería. Una vez allí ordena les eliminen, a los cuatro, los rizos en tirabuzón y les hagan un corte al uso. También solicita le afeiten su tupida barba y le dejen las mejillas rasuradas a navaja...

El peluquero, nada sorprendido, atiende los pedidos de su cliente. Jerosolimitano de nacimiento, al frente del negocio desde largos años, ha contribuido con su oficio, en incontables oportunidades a los cambios exteriores de los numerosos píos reconvertidos al siglo. Su peluquería, dada su vecindad con Mea Sharim, constituye la primera etapa de los desertores del fundamentalismo para integrarse a la vida normal.

Finalmente, la familia en pleno, Samuel, su esposa Esther, sus tres hijos y la cuarta, la niña, se dirigen a unos grandes almacenes no distantes del alojamiento. Allí se gastan, con alegría, los penúltimos dólares. Después de múltiples pruebas -los vendedores también están acostumbrados a estas escenas- truecan sus negras y desangeladas ropas, el arcaico y distintivo uniforme jasídico, por un vestuario normal.

Samuel descubre asombrado a su esposa; Esther es una hermosa y atractiva mujer. A ella, a su vez, se le presenta un esposo gallardo y encantador... Los niños obtienen de su padre, como propina, la compra de unas enormes y blancas zapatillas de baloncesto; suspiraban por ellas con la convicción de un anhelo imposible de alcanzar...

Samuel agrega para su satisfacción personal un acto; entra en una pizzería sin importarle si no tiene el sello del rabinato otorgándole la categoría de "casher"; en ella engulle, sin pausas, varias porciones abundantemente recubiertas de queso "mozzarella", doble ración a su expreso pedido; recupera así uno de los sabores perdidos -y añorados- de su niñez...

Recién entonces Samuel Kot puede aguardar calmadamente los billetes que lo llevarán de regreso.

YEHUDA

"¿Por qué se han acordado de su existencia?"

No se lo explica.

En el país las organizaciones suprapías, las sectas jasídicas y las integristas suman centenares. Sólo en Jerusalén se cuentan por decenas y decenas. Cada día nace una nueva; segregaciones, variantes de un mismo tenor; las más de las veces se crean ante el impulso creador de un recién descubierto mecenas deseoso de poseer un "rebe" propio y unos cuantos seguidores para mayor honra de su nombre.

Ello sin contar con las poderosas delegaciones de las entidades internacionales -estadounidenses en su mayoría- que no se sienten completas si no poseen una rama en Tierra Santa.

Para Reb Meier de Greiding el hecho carece, a primera vista, de explicación lógica. Los líderes de los clanes extremistas conocen sus ideas; un somero análisis de las mismas lo colocan fuera del credo oficial, no sólo de los límites de las más exaltadas; las menos radicales

dudan si sus pensamientos se encuentran dentro de los márgenes de lo aceptable por la “halajá”.

Pero por extrañas motivaciones -¿el nombre de Reb Scholem, “el zahorí”, pesa aún tanto?- ¿quizás por evitar un escándalo y una discusión pública de las barbaridades a tratar en la reunión? Extraño... Por razones ignoradas por él, a Reb Meier no lo han expulsado -aún- de la religión del pueblo elegido...

Recuerda las advertencias de su padre; Reb Scholem de Greiding le enseñó no fiarse nunca de las inesperadas amabilidades de un jerarca teologal. Entrañan, siempre, pedidos de favores difíciles de cumplir o peligros ocultos...

“El “zahorí” no tenía -en general- una gran opinión sobre sus colegas.

Sea como fuere Reb Meier Vlodsky de Greiding proseguía en la categoría de “uno de los nuestros” para los rabinos “oficiales”, a juzgar por la invitación recibida para asistir a esa magna asamblea convocada por los prominentes líderes del país.

Su sorpresa aumentaba al contemplar las turbulencias provocadas por las luchas entre los jefes y jefecillos, personajes y personajillos de los clanes y subclanes por lograr ser convocados a la selectiva reunión.

Participar en el importante cónclave “haredi” de la Ciudad Santa significa ser “alguien” en el mundillo religioso. La omisión representa el desprecio supremo, ignorar a él y a su secta, ni merecer una mínima consideración. En definitiva, para ellos, para quienes ese tipo de hechos constituye la esencia misma de sus existencias, la exclusión de la lista de invitados significa su clara defunción social; pasar de la categoría de “rebe”, o aspirante más o menos respetado, a la de “don nadie”...

¿Qué pensarían de ellos sus patrocinadores, sus sostenedores?

Sabedor de las consecuencias de concurrir o no a la distinguida convención, Reb Meier se asombra de haber recibido una carta, enviada por mensajero particular, -para asegurarse de su recepción- dirigida a su nombre, con un sello de “personal e intransferible”, convocándolo a la “trascendental asamblea de los jefes de las organizaciones religiosas para discutir un asunto de especial interés”...

“¿Por qué lo han incluido en la depurada lista de personas dignas de merecer tal honor?”

Para comenzar “su organización” no existe. Los rebes de Greiding nunca la han tenido. Únicamente los discípulos reunidos en torno al grande Greiding de cada época, representaban una más o menos coordenada entidad. Se agrupaban con el único propósito asistir a las clases del Rebe impartidas en su casa.

En tiempos, se cuenta, los alumnos excedían la capacidad de la misma y los últimos en llegar a Greiding debía contentarse en seguir las palabras del Rebe fuera, a través de las ventanas abiertas, aún en los crudos inviernos ucranianos.

Reb Meier, actual Rebe de Greiding, había heredado de su padre, Reb Scholem "el zahorí", unos centenares de seguidores que con el correr de los años se habían diluido... Le restaban unos pocos, los dedos de una mano sobraban para contarlos, teniendo en cuenta dos en el extranjero. Meier conocía las razones; desde sus innovadoras -peligrosas- tesis teológicas, pasando por la carencia de patrocinadores que aseguraban a sus alumnos una mesada y un buen pasar para el o los maestros -como se obtenía en otros seminarios dependientes de prósperas sectas-, y como corolario, las pocas perspectivas de hallar un empleo posterior... El Rebe de Greiding únicamente proporciona la satisfacción del saber; ello, en estos tiempos, poco o nada significa para quienes necesitan solucionar sus necesidades.

Tampoco aparecía en los programas de televisión como otros rabinos; ni siquiera publicaba artículos en los periódicos y revistas de gran circulación. En realidad, encerrado en su casa de Mea Sharim, recibía, de vez en cuando, contados visitantes poco representativos.

Reb Meier contempla las calles del barrio, hasta sus más sinuosas y remotas travesías recorridos por una turba de enloquecidos rabinos con sus negras vestiduras revueltas a la búsqueda de una recomendación de alguna persona allegada a Reb Yehuda Katz, organizador del conclave. Sólo él puede remediar el oprobio de haber sido excluido del magno concilio.

De rabí Katz, quien firma las invitaciones en nombre del comité organizador, depende la honra de los no llamados a compartir la suprema asamblea. Nada podrá reparar tal vergüenza. De esa fecha en adelante los rabinos se dividirán en dos categorías: los invitados y los no invitados.

El hacedor de honras y deshonras de rabíes y predicadores, ejerce sus funciones de acuerdo con las listas preparadas por los jefes supremos; los márgenes dejados a su criterio los maneja de acuerdo con sus intereses y su bondad, una perversidad sujeta a rencores, fobias y sentimientos de diverso origen.

A Yehuda Katz pertenece la rúbrica estampada al pie de la invitación llegada -para su extrañeza- a manos de Reb Meier de Greiding...

Meier conoce bien a quien con su firma convierte a los rabinillos en seres superiores o en ángeles caídos. Lo ha visto crecer desde la cuna hasta que, con los años, se transformó en un influyente individuo bien colocado -siempre ha poseído la habilidad necesaria para ello- en buenas posiciones en diversas organizaciones nacionales y del extranjero.

La casa del Berale Katz, el "maschguíaj", padre de Yehuda, apenas se halla separada de la de Reb Meier por una semicaída medianera de alambre tejido. En más de una oportunidad Lea, esposa del Rebe de Greiding, expulsó al atrevido Yehuda de su casa para evitarle metiera mano a las más jóvenes de sus trece hijas. En aquellos tiempos, apenas niño o adolescente, Yehuda cedía con facilidad a impulsos lúbricos impropios de su edad. La situación cambió

substancialmente cuando el retoño del celador oficial de la pureza ritual rabínica de los alimentos, bebidas y demás expendidos en bares y restaurantes de un barrio de Jerusalén, cumplió trece años e ingresó en un seminario. A partir de esa edad, temeroso de las sanciones previstas para los infractores a las rígidas normas de las relaciones sexuales de los seminaristas, Yehuda redujo su acoso de hecho a miradas libidinosas e intentos de espionaje tratando de sorprender a las hijas de Reb Meier en su intimidad.

Las muchachas, conscientes de los deseos y actividades de su lascivo vecino, a pesar de la estricta educación recibida, del recato impuesto por las costumbres del barrio y la obligada modestia de sus ropas, no cesaban en provocarlo con sus ojos, los movimientos de sus cuerpos, la clara insinuación de sus crecientes senos o con la visión de sus blancos muslos muy cerca de las zonas pecaminosas… La pubertad no respeta reglas de ningún tipo.

El joven seminarista en ocasiones, no satisfecho con el culto a Onán, traspasó la poco efectiva medianera en pos de una de sus vecinitas. Únicamente la severa vigilancia maternal evitó a alguna de sus hijas de una “barriga” indeseada…

Sin embargo Lea, en el ejercicio de su estrecha supervisión preventiva de hechos irreparables, no evitaba por completo las actividades provocativas de sus retoños, ni reprimía exageradamente las acciones del salido vecino.

Quizás, finalmente, el futuro rabino se casara con una de ellas. No resulta fácil hallar marido para las habitantes de Mea Sharim, en especial cuando sus progenitores apenas superan los límites de la absoluta pobreza y el padre -Reb Meier en este particular caso- no se encuentra incluido en la jerarquía de los jefes destacados de los diversos clanes. Carece, por ende, del prestigio necesario para atraer a un novel rabino a la búsqueda de un suegro que le proporcione un porvenir seguro.

El maestro de Greiding, ensimismado en el estudio y la reflexión ignoraba estos hechos pues, como corresponde tradicionalmente, los menesteres vinculados al ámbito doméstico de la casa, niveles a los cuales los jerarcas religiosos no se asoman, se encuentran reservados a las funciones de las esposas de los excelsos intérpretes del Verbo. La actividad principal de la cónyuge de un rabino consiste en preservarlo de las preocupaciones terrenales. Lea trataba de proteger a Meier del cuidado de sus hijas, pero, de vez en cuando alguno de sus gritos, rechazando al invasor Yehuda, llegaba a oídos del maestro.

Un día el vecino se graduó y se marchó. Aparecía intermitentemente.

Su madre informaba, medianera de por medio, a Lea los logros de Yehuda convertido en un joven exitoso. Rabí Katz eligió -y lo consiguió- servir en diversas instituciones del país y del extranjero, no como rabino precisamente. No le atraía ejercer esas funciones en algún remoto punto del planisferio, o deambular por las calles de Mea Sharim sin otra ocupación conocida de ser un seguidor de un milagroso jefe de secta, o a la caza y captura de los turistas con la noble finalidad de extraerles una limosna para “su” clan, representado en ese momento por el pedigüeño…

Prefería trepar en los escalafones de las instituciones que lo empleaban, procurando saltarse unos peldaños, si los de arriba se descuidaban. Deseaba llegar a ser "alguien" indispensable para las múltiples entidades que el ego de los judíos pudientes crean incesantemente para mayor honra de sus nombres...

Al mismo tiempo las hijas de Reb Meier se fueron casando, nada bien la mayor parte de ellas, alguna francamente mal.

En esos momentos, de los trece retoños femeninos habidos de su esposa -Reb Meier no tuvo el vástago varón anhelado-, únicamente permanecía soltera la última, Sara, llegada cuando el tiempo de la fecundidad de Lea sobrepasó lo considerado normal. Por ello la gran diferencia de años con su hermana más próxima.

El maestro de Greiding la reserva para "ese", el discípulo preferido a quien legar su sabiduría e ideas... Pero el "esperado" aún no ha hecho acto de presencia... No importa. Sara, lo suficientemente joven -no ha cumplido los diecisiete años- le permite guardar esperanzas de ver su anhelo cumplido.

Yehuda, durante las visitas a sus padres, Berale el celoso guardián de la pureza dietética y su esposa, la parlanchina Rivke, uno de los pilares del servicio de información femenino del vecindario, no olvida saludar a sus vecinos. Durante esos espaciados encuentros no cesa de observar, rijoso, a Sara... Lea lo atribuye más a su libidinoso carácter que a un real interés por desposar a la niña. Le consta las comunicaciones recibidas a través de la red informadora de las cotillas de Meha Sharim, los comentarios efectuados por Rivke, la madre del vislumbrado marido. "¿Su Yehudale yerno de un pobretón cómo Reb Meier? ¿Casarse con una adolescente un hombre de 30 años? ¡Jamás! Si mantiene su soltería lo hace a la espera de encontrar la mujer adecuada; una rica heredera o la descendiente de un rabino poderoso, sin hijos varones sucesores de pleno derecho según la tradición a la jefatura del clan, en cuyo caso él, Yehuda Katz, se convertiría en su natural heredero, como lo fue Rav Menajem Mendl Schneerson de su suegro, el gran jefe lubavitcher... Su interés por Sara es un infundio esparcido por Lea, la esposa de Reb Meier, desesperada por "colocar" a su última hija en un mercado muy competido... Si bien cierto que Sara es una bellísima muchacha, atractiva pero la hermosura pasa con los años y el dinero permanece..."

Las venenosas aclaraciones de su vecina Rivke llegan a oídos de Lea, quien, sabedora del mínimo respeto que su esposo, Reb Meier, tiene por Yehuda ni se molesta en desmentir...

El menospreciado hijo de los vecinos conoce las opiniones del Rebe de Greiding acerca de su persona por algún conducto desconocido, o por simple intuición. No se llega, a dónde él ha llegado, sin poseer un claro sentido de percepción anticipada.

Las intrigas barriales, las secretas maniobras de su cónyuge, los desmentidos públicos de la esposa del "maschguíaj" Berale Katz, las visitas de Yehuda, los triunfos espurios -a su juicio- del trepador, han llegado a conocimiento de Reb Meier; lo reafirman en su concepto sobre Yehuda; el personaje le desagrada profundamente.

Por ello le asombra la invitación. Firmada por Yehuda Katz, de su puño y letra, las reales motivaciones del hecho deben corresponder a razones ocultas o a la necesidad de provocar una oposición, con su presencia asegurada, para romper las acusaciones que una probable unanimidad podrían suscitar en la opinión pública laica...

Puede ser, pero la mayoría de los rabinos apenas saben de él y aquellos que lo han tratado preferirán no haberlo hecho nunca...

Reb Meier no encaja en las categorías habituales de la profesión; con un maestro de La Ley se puede discutir la interpretación de un versículo bíblico durante horas, días, meses, años pero, jamás, harán dudar al interlocutor sobre la verdad entera del mensaje...

El de Greiding, sin caer en la heterodoxia, con argumentos extraídos de las mismas escrituras logra sembrar incertidumbres aún en los más experimentados.

Reb Meier rompe las reglas del juego.

Utilizar la esgrima dialéctica, el "pil-pul" rabínico, para demostrar al otro la justeza de sus exégesis constituye lo habitual. La polémica acaba, siempre, con los oponentes manteniendo cada uno sus opiniones como ciertas, pero ¡llevar a los excelsos jerarcas de los clanes al campo de las incertidumbres metafísicas resulta intolerable!

Esto lo consigue, invariablemente, Reb Meier de Greiding cuando se enfrentan con él. Ello inadmisible -y riesgoso- para los grandes jefes de las sectas. Por eso ellos lo ignoran. Mejor no tratar con él.

A eso se debe su aislamiento; el maestro lo sabe. También le constan unas bien conseguidas enemistades con las cabezas de varias organizaciones jasídicas, unas de antigua data, otras recientes pero profundas y cargadas de rencor, las unas y las otras...

Los motivos de estas aversiones no tienen todas su origen en disputas teológicas; las causas de muchas son terrenales, mundanas si se prefiere...

... Los jasidim de Gur, con su enfurecido jefe encabezándolos, le reprochan haberles enviado a Moisés Bensimón como aspirante a integrarse en sus filas.

¿Cómo pudo, sin mala intención manifiesta, recomendar al ruin y depravado sefardí asistiera a las clases y servicios de tan excelsa orden para probar su devoción?

El malvado hispano en poco más de una semana, nunca se supo si fueron algunas jornadas más, las que frecuentó la casa de los de Gur situada en el Bulevard Nordau de Tel Aviv, cometió una cantidad de tropelías cuyas consecuencias ponen en juego el de por sí precario futuro de la decreciente secta.

En menos de una quincena -sólo permaneció entre ellos ese corto período- instruyó a varias esposas de preclaros y estudiosos seguidores del Rebe de Gur sobre las posibilidades, ignoradas por ellas, del deleite sexual...

La enseñanza fue práctica, la única manera adecuada según Moisés, para adquirir la destreza necesaria en el correcto y exhaustivo ejercicio venéreo. Las aleccionó, experimentalmente, sobre ciertos potenciales de los órganos femeninos además de las molestas y largas obligaciones de la reproducción.

Las introdujo en el mundo del placer. Las deslizó por las ocultas laderas del Monte de Venus. Sus ansiosas y disciplinadas discípulas aprendieron rápidamente con tan agradable profesor. Los cursos acelerados de los recónditos mundos del amor carnal los impartió Moisés durante el tiempo consagrado por los maridos de sus alumnas al estudio de los textos tratando de hallar el verdadero sentido, de ellos o el valor guemátrico de las palabras de acuerdo con La Cábala lúrica...

Pero si Moisés se dedicaba con ahínco a producir el bienestar físico y sicológico de las insatisfechas cónyuges de los jasidim, absolutamente convencidos de que la única función de los atributos femeninos consiste en hacer hijos, éstos ignoraban su nueva categoría social; la de cornudos.

Pero el audaz amador sobrepasó el límite de lo tolerable:

La hazaña cumbre de Moisés Bensimón pertenecía a la categoría de las ineludiblemente ocultables pero nunca disculpable.

¿Quién puede pretender que el Rebe de Gur aceptara sin maldecir y anatemizar al responsable de la conversión en cabrón de su hijo varón, la luz de su vida, su único y nombrado heredero?

El lascivo macho cabrío, ese Moisés Bensimón, seductor de la inocente -hasta el momento de conocer al sefardí pía, ya no tanto- esposa de su descendiente y sucesor, se aprovechó de la ignorancia de la casta -menos ahora- jovencita -veinte años florecidos y muy bien distribuidos en un cuerpo de proporciones generosas-. Fue llevada por el camino del pecado por las expertas manos del lujurioso sátiro, enmascarado con ropas y aspecto de un piadoso seguidor jasídico. Así, de esa ruin manera, había el libidinoso penetrado en las intimidades de la virtuosa mujer del hijo del jefe de la secta pervirtiéndola.

No se podía reparar el daño; el arrepentimiento de la infiel, era poco fiable según la opinión de su omnímodo suegro; “quien ha catado el fruto del árbol prohibido no merece confianza, tal como el Supremo Hacedor decidió con Adán y Eva...”

Los tremendos hechos fueron acallados, para salvaguardar el prestigio del clan, así lo intentaron los de Gur, pero siempre hay quien perteneciente al secreto servicio de cotilleo internacional filtra la información.

El jefe no pudo excluir al maldito transgresor de los principios de la fidelidad conyugal de la fe hebrea, como era su ferviente deseo.

Execrar públicamente a Moisés contribuiría a la divulgación generalizada de su desgracia. Si se conociera, sin poder atribuirlo a la envidia o al infundio, la vergonzante condición de cornudo del heredero -¿qué respeto o veneración podría merecer el futuro Rebe de Gur si se lo denominara con el sobrenombre de “cabrón”…?

Además del oprobio personal significaría el fin de la dinastía y de la secta, bastante falta de seguidores, sin necesidad de agregar tal vergüenza a su futuro superior.

El Rebe de Gur prefirió tragarse sus deseos de venganza y callar.

A sus seguidores les hizo jurar -lo hicieron de buen grado, además de obedecer como está mandado- silencio absoluto sobre lo acontecido porque..

…¿Quién de ellos estaba seguro de no pertenecer a la misma categoría del coronado hijo del Rebe? En especial algunos cuyas esposas tenían unas expresiones de felicidad y calma no observadas en ellas hasta entonces.

Los miembros de las organizaciones jasídicas, estrictos cumplidores de las prohibiciones de concurrir al cine, teatro, museos o mirar televisión por la posibilidad de contemplar imágenes vedadas por las disposiciones de sus Rebes, practican en su tiempo libre una de las pocas diversiones autorizadas; hacer hijos. Pero el problema de sus esposas no lo constituye la cantidad; los numerosos hijos así dan fe. Se quejan de la calidad de los mismos. Para una mujer el fugaz rapto carnal de su devoto marido, destinado a liberar su mente masculina de alteraciones perjudiciales para sus estudios religiosos, no entran en la categoría de satisfactorios, en especial cuando se han enterado de la existencia del orgasmo por indirectos conductos. El conocerlo por experiencia personal entra dentro de sus legítimas aspiraciones.

Otros jerarcas regulan la frecuencia y cantidad de los encuentros venéreos maritales. No deben perjudicar, ni quitar fuerzas, a la concentración en el estudio de los Textos. De este tenor no faltan instrucciones a seguir con lujo de detalles dictaminadas por los jefes.

A este abonado terreno para su labor esclarecedora llegó Moisés Bensimón. Su tarea caló hondo entre las jóvenes -y no tanto- mujeres de Gur. Su prédica sobre los desconocidos horizontes, a los cuales se puede arribar a través de una asociación destinada a lograr el máximo placer sensual, fue seguida por muchas.

La investigación del Rebe de Gur para conocer el instigador del desastre producido por la presencia de Moisés Bensimón dio prontos resultados: Reb Meier Vlodsky de Greiding lo había enviado maquillando sus malvados designios con un disfraz de piadosa prueba para el neófito.

¿Cabe alguna duda sobre los sobrados motivos del acendrado odio del dirigente máximo de los de Gur para con Reb Meier…?

El profundo resentimiento de los lubavitcher hacia el maestro de Greiding tiene causas concretas.

El ex rabino de la secta Samuel Kot, la gran promesa frustrada, convertido en un dañino hereje realiza, desde su regreso a Buenos Aires, una labor destructiva de los principios del movimiento JABAD únicamente comparable con las acciones de la maligna Lilit.

El perverso ex rabí no sólo ha abandonado, con las vestiduras jasídicas cualquier otro signo de su anterior historia lubavitcher; ha fundado una nueva escuela de pensamiento fundamentado en los principios del racionalismo religioso hebreo… Y, ¡para mayor desgracia! -tiene gran éxito entre las intelectualizadas capas de la comunidad…

Los principios del movimiento de Samuel Kot le fueron descubiertos por Reb Meier de Greiding; Samuel no deja de mencionarlo en sus prédicas.

Centenares de jóvenes, deseosos de hallar una fórmula religiosa adaptada a los tiempos actuales, se han sumado a la reciente organización; su número no cesa de aumentar.

La fuerza comunicativa de Samuel, su capacidad de trabajo, lo novedoso de sus presentaciones, la necesidad de llenar espiritualmente sus existencias hizo penetrar con pujanza el mensaje en la comunidad bonaerense.

Se difundió hacia otras latitudes. Como de habitual, la distante capital rioplatense acoge las novedades intelectuales con mucha anticipación al resto del mundo. Quizás lo haga por su esnobismo tan peculiar pero, sin ninguna duda, su condición de adelantada la convierte en un foco de irradiación incomparable para las nuevas tendencias e ideas.

Como sucediera en Oxford, Samuel obtuvo desde el mismo comienzo un suceso arrollador.

En un terreno fértil, dispuesto a la germinación de un renovado ideario, su labor tuvo frutos.

La originalidad de sus conceptos -aunque de antigua cepa originada en la Córdoba de Maimónides-, sumado a la carencia de ideales, a la quiebra del revolucionarismo latinoamericano castrista, al fracaso del socialismo real destrozado por la realidad, provocó un vuelco de los ansiosos jóvenes -y otros no tan bisoños- necesitados de un imaginario altruista que llenara sus vidas.

Si las expectativas para los lubavitcher, la más activa de las organizaciones ultraortodoxos entre la juventud, mermaron en la lejana Buenos Aires a consecuencia del trabajo de Samuel, con la peligrosa posibilidad de su expansión a poco que el descarriado hijo de la secta JABAD se sintiera con fuerzas, no resulta extraño el profundo resentimiento de la jerarquía lubavitcher contra quien ellos consideran responsable del desviacionismo de su ex militante; Reb Meier.

De ello a calificar al maestro de Greiding entre los apóstatas, una emanación del Ángel Caído, el maligno por antonomasia, no resulta un transito demasiado largo para los jerarcas de la organización JABAD.

Pero han decidido guardar silencio a la espera de la oportunidad. La publicidad acerca de los hechos pondría en duda la inefabilidad de los juicios y premoniciones del santo Reb Menajem Mendl Schneerson; él seleccionó a Samuel Kot para su destino de "elegido"...

Ello representaría un perjuicio mayor para la secta que lograr el anatema para Samuel y su inspirador, el malvado Reb Meier de Greiding...

La animosidad del doctor Reuben Lovental, actual jefe de la escuela de Worms, para con Reb Meier de Greiding viene de lejos...

El actual dirigente máximo de la corriente alemana heredó de su padre, el doctor Guershom Lovental, el resentimiento hacia los de Greiding; para medir lo serio de la enemistad debe considerarse la extraordinaria personalidad de Rav Guershom. Él, sucesor directo de los fundadores del primigenio movimiento piadoso germana, los "Hasidei Ashkenaz", creado por los hebreos alemanes en los siglos XII y XIII, no sólo era respetado como sabio; su decidido carácter lo convirtió en el guía espiritual de un crecido grupo de devotos Hijos del Pacto.

Al comenzar el año 1934 dictaminó que la vida de sus seguidores, como también la suya y la de su familia se hallaban en peligro; la acción asesina antisemita de los comandos pardos hitleristas aumentaba día a día. Los judíos alemanes debían considerar seriamente la posibilidad de abandonar su país natal. Para apreciar en su justa medida la seriedad del juicio, resultaba necesario conocer los antecedentes del doctor Reb Guershom Lovental; descendía en línea directa del legendario linaje de los Kalonymus, fundadores en el medioevo del movimiento que encabezaba; además para ellos Alemania era su Patria...

Durante la terrible jornada de la "Cristal Nacht" su sinagoga, como otros centenares de templos israelitas, fue quemada.

Ya no dudó. Los anuncios de Hitler no constituían meras bravuconadas de un líder político a la búsqueda de adeptos; el propósito de aniquilar a los judíos de Alemania primero, y luego a los del mundo entero, integraba su ideología como una parte fundamental. Debía salvar a cuantos correligionarios le fuera posible con sus llamados de alerta a la cómoda e incrédula comunidad alemana. Mandó en forma concreta a emigrar del lugar que se convertiría, lo avisó claramente, en el inevitable matadero.

Sumó a sus palabras el ejemplo personal. Él, el doctor Guershom Lovental y su familia por entero salieron de Worms. No resultó nada fácil para quienes tenían sus raíces en la ciudad desde hacía mil años.

Parte de sus seguidores y la mayoría de sus discípulos imitaron al Rebe y obedecieron, como de costumbre, la decisión de su guía. Los dubitativos no pudieron hacerlo más tarde y acabaron en los crematorios...

Reb Guershom encabezó a su grey en el nuevo Éxodo y se dirigió, como en Los Textos está mandado, a la Tierra Prometida por el Señor. No más renovados exilios a la espera del Mesías. Se lo podía aguardar en el país de la Biblia. Nada en contra afirmaban Las Escrituras. No buscó, a la manera de otros jefes europeos de muchas sectas ultraortodoxas europeas, argumentos que justificaran la postergación de "ascender" al país otorgado por Adonai y efectuar una "parada" en sitios menos rigurosos y más seguros del orbe, los Estados Unidos por ejemplo.

Sus razonamientos hermenéuticos no justificaban a los rabíes anclados en puertos distantes de las tormentas que se anunciaban en el horizonte europeo y el Cercano Oriente. Unió sus ideas a los actos. En aquellos difíciles años 30 del mandato británico sobre Tierra Santa, desembarcó a la cabeza de sus fieles en el puerto Haifa.

Se dirigió al Norte, al lugar dónde los primeros refugiados alemanes habían fundado un pueblo llamado Naharía. La futura ciudad se encontraba en embrión, pero sus primeros pobladores la construían con una pulcritud y prolijidad desconocidas en el extremo oriental del Mediterráneo. Sus escasos y tercos habitantes luchaban con denuedo contra las rebeldes dunas, reacias a ser dominadas por los testarudos germanos.

Los miembros de la secta ultraortodoxa de Worms se unieron a ellos; colaboraron, no sólo con impetraciones, sino con su rudo trabajo en convertir el villorrio en una cuidada urbe, quizás la más del país, mérito notable en el descuidado territorio de la primitiva Palestina. Los nuevos pobladores del futuro país carecían de tiempo, medios -y costumbre- para pensar en sofisticaciones tales como el orden, por ejemplo.

Asentado el Rebe de Worms, en Naharía comenzó a ejercer su magisterio; creó primeramente la sinagoga y un centro de estudios. Su prestigio de docto maestro de La Ley circunscrito en un comienzo a los círculos alemanes, se extendió rápidamente al resto del país. Su nombre adquirió fama -merecida- y respeto.

En esas distantes épocas de la década de los años treinta se produjo el malhadado incidente que originó la profunda enemistad entre el Rebe de Worms y el Rebe de Greiding. Al mismo asistieron, entre otros, sus respectivos hijos y sucesores; el futuro doctor Reuben Lovental y Meier Vlodsky, el actual jefe de la escuela de Greiding.

La disputa, contrariamente a lo que se podría suponer, no surgió de una polémica teológica entre el doctor Lovental, graduado en filosofía por la Universidad de Heidelberg y Reb Scholem Vlodsky de Greiding, llamado "el zahorí". El académico rabino de Worms respetaba al maestro ucraniano, formado únicamente por las enseñanzas de su padre, Reb Meier y su abuelo Reb Scholem... (Los nombres se repiten entre los Greiding, con una generación de por medio, de acuerdo a la vieja tradición impuesta no se sabe bien por cual de los antecesores).

El renombre de Reb Scholem, "el zahorí", como pensador original se fundamentaba en sus afirmaciones acerca de la esencia de lo necesario para ser considerado "un buen judío", respetuoso de Dios. Reducía las exigencias, a diferencia de otros rabíes que las aumentaban de continuo, al cumplimiento de Los Mandamientos y a la parte observable, en los tiempos

actuales, de las “mitzvot” contenidas en los Textos Sagrados eliminando toda la hojarasca interpretativa. Para Reb Scholem cumplir dentro de lo posible en el siglo XX, con las 613 obligaciones religiosas -248 positivas y 365 negativas- legisladas en el Pentateuco, representaban el total de los deberes de un Hijo del Pacto sometido al Mandato Divino, a la Ética, a la moral y a La Ley del Dios Uno y Único.

El erudito doctor germano, de raíz ideológica ultraortodoxa, si bien disentía con el tosco rabí de Greiding, consideraba sus originales pensamientos. No compartía el criterio de los fundamentalistas que rechazaban las afirmaciones de Reb Scholem, “el zahorí”. Algo de cierto había en su negación de las exégesis superpuestas. Le interesaban las ideas del rudo maestro de la estepa ucraniana... Pero los integristas percibían en esas teorías el final de sus reinados. Por eso la animosidad creciente del “establishment” ultrarreligioso hacia el de Greiding, nunca mitigada y transferida al actual Rebe de Greiding, Meier, el hijo de “el zahorí”.

El apelativo agregado al nombre de Reb Scholem no se originaba, como se podía suponer, en su perspicacia para catalogar a los seres humanos. Poseía la concreta -y sorprendente- facultad natural de predecir el lugar exacto donde se podía hallar acuíferos subterráneos.

Esa innata aptitud, en la árida Palestina, constituía un don inapreciable. Los habitantes de las resecas tierras, -judíos, árabes, drusos- , solicitaban continuamente su concurso para resolver sus problemas de carencia de agua. Reb Scholem se prestaba, siempre bien dispuesto, a dar su veredicto sobre el punto exacto para excavar un aljibe productivo. Generalmente acertaba. Jamás cobraba por sus servicios. Reb Scholem aseguraba que si Dios lo había dotado con esos poderes no lo había hecho para que lucrara con ellos; sus dotes adivinatorias excepcionales le habían sido conferidas para servir a la comunidad.

La desavenencia entre el rabí estepario y el doctor en filosofía alemán, se produjo por el encadenamiento de situaciones imprevisibles cuando Reb Scholem recibió, inesperadamente, una invitación para pasar el fin de semana en casa del jefe de los jasidim alemanes, distinción que el patriarca de Naharía dispensaba a pocas y muy selectas personalidades.

El honor, como bien supuso Reb Scholem, correspondía a un motivo concreto. El doctor Lovental lo puso en su conocimiento a los pocos minutos de su arribo a Naharía, acompañado por su hijo Meier. Había arribado desde Jerusalén en el traqueteante y asmático ferrocarril británico que unía la ciudad de David con la línea férrea del Mediterráneo Oriental.

El rector de los de Worms necesitaba la firma aprobatoria de un rabí de moral intachable y honestidad probada para confirmar uno de sus dictámenes que, tenía especiales dificultades interpretativas. La rúbrica de Reb Scholem encabezando la lista de las cien correspondientes a otros tantos respetables rabinos, cantidad requerida por los tribunales religiosos para convalidar ciertos veredictos en especial cuando afectan a la clase clerical, le resultaba valiosa.

El Rebe de Greiding, si bien controvertido por sus afirmaciones escatológicas, estaba considerado uno de los más honestos y sabios maestros de La Ley. Su nombre y apellido como la

primera del centenar requerido, evitaba discusiones y aceleraba la decisión de los restantes signatarios exigidos.

El asunto sometido al Dr. Lovental no podía considerarse simple. Se trataba de resolver sobre la posibilidad del divorcio del hijo -y sucesor- del poderoso Rebe de Brody. La poderosa secta polaca, afincada en Bnei Brak, suburbio cercano a Tel Aviv. Para mayor complicación jurídica la esposa del heredero se oponía terminantemente a la disolución matrimonial.

Se sumaba otro elemento; la cónyuge no era una "doña nadie"; se trataba de la hija del representante en Tierra Santa del prestigioso -e influyente- Rebe de Berdichev.

El tema no podía juzgarse sólo ateniéndose al texto de la ley rabínica.

El suegro del hijo del Rebe de Brody poseía influencias de peso, en especial en el exterior. Una decisión apresurada, no sopesada, provocaría una explosiva reacción si la sentencia resultara desfavorable a la mujer.

El caso "sub-judice", la petición de repudio del heredero del Rebe de Brody, aduciendo el articulado que prevé la posibilidad de solicitar la disolución del vínculo matrimonial por falta de descendencia luego de un plazo mínimo de diez años, declarándose a la mujer estéril, en esa causa, en particular, no resultaba tan clara.

Si bien habían transcurrido los diez años previstos sin hijos, la mujer había quedado embarazada varias veces. Sus gestaciones se vieron interrumpidas por causas naturales indeterminadas. Por ende yerma no era; la semilla de su esposo había germinado repetidamente.

¿Cómo se podía negar terminantemente la posibilidad de una preñez feliz y tener hijos en el futuro...?

Tan complejo resultaba el juicio que los jueces del tribunal religioso solicitaron el asesoramiento del docto maestro de La Ley de Worms. Como alemán se encontraba fuera de las rencillas existentes entre los clanes polacos y ucranianos; su dictamen no podría discutirse como parcial...

Reb Guershom elaboró su veredicto pero comprendió las consecuencias resultantes de su opinión; la parte perdedora nunca se lo perdonaría. El tribunal rabínico se ampararía en su dictamen para dictar sentencia librándose así del enfado inevitable y perdurable.

Por ello el doctor Lovental, protegiéndose en una tradición un tanto vetusta pero vigente para estos casos en el cual se dilucidan pleitos entre grandes de la religión, buscó el escudo protector de las cien firmas de rabinos con prestigio para avalar su parecer.

Conocedor de las tendencias feministas de Reb Scholem de Greiding, sus escritos de público conocimiento, esforzándose por lograr un trato más equitativo para las mujeres minusvaloradas en práctica jasídica, -las colocan por debajo del varón más que en los Textos

Sagrados lo hacían muy apto para el caso-. Rav Guershom consideró a su colega de Greiding un seguro apoyo para sus tesis.

Su responsa rabínica, favorable a la posición de la esposa, no resultaría agradable al poderoso Rebe de Grody; necesitaba avales.

“Un fin de semana en mi casa frente al mar le vendrá muy bien a usted y a su hijo”, concluía la invitación del doctor Lovental a Reb Scholem luego de exponerle el real motivo de su requerimiento.

Reb Scholem aceptó; dejar por unas jornadas las enrarecidas callejuelas de Mea Sharim y gozar de las playas de Nahería no se podía desdeñar; el coche del Rebe alemán los esperaría en la estación del ferrocarril. En lo referente al dictamen no le cabía la menor duda: Todo aquello tendente a mejorar la situación de las mujeres en la religión mosaica contaba con su apoyo incondicional.

La casa del Rebe de Worms constituía una parte fundamental de su leyenda. Ser invitado a ella representaba entrar en la mítica historia de Rav Guershom...

...Al decidir públicamente, con una declaración reproducida en la mayor parte de la prensa occidental, abandonar Alemania a causa de las persecuciones hitleristas, las autoridades germanas desposeyeron al doctor Lovental de sus bienes; su casa -propiedad de la familia desde hacía siglos-, el mobiliario de la misma, su dinero, todo aquello de valor le sería confiscado como condición inexcusable si se marchaba del país.

Reb doctor Guershom Lovental mantuvo su actitud; corría el año 1934; (a partir de 1938 además de sus bienes hubiera perdido la vida en algún campo de concentración).

Sólo uno de sus bienes mereció su posición intransigente; la biblioteca. O salían con él hasta el último de sus centenares y centenares de libros, algunos de ellos manuscritos acumulados por sus antecesores durante siglos, o permanecía en Alemania sin importarle las consecuencias.

Las agencias de información, los periódicos del mundo entero destacaron el conflicto entre el rabí y el declaradamente antisemita gobierno hitlerista. El escándalo adquirió contornos internacionales...

...Por ello, encontrarse en medio de aquella biblioteca en casa del doctor Lovental, significaba un hecho singular y el mejor honor que el rabí alemán podía deparar a sus visitantes.

Rav Guershom construyó prácticamente con sus manos su hogar en Tierra Santa comenzando por la biblioteca. Debía proteger sus libros del ardiente sol del Mediterráneo Oriental. El resto de la vivienda lo levantó en torno a la estancia que contenía su tesoro más preciado.

El Rebe de Greiding, Scholem Vlodsky, “el zahorí” se sentía especialmente halagado al encontrarse sentado en “esa” biblioteca rodeado por aquellos legendarios volúmenes, departiendo con el doctor Lovental en una singular velada sabática.

Pero no sólo libros cercaban a las dos cumbres del saber religioso; decenas de discípulos del Rebe de Worms y una gran cantidad de pobladores de Naharía se congregaron para seguir de cerca -algunos tuvieron la fortuna de acceder al recinto, otros lo hacían a través de las ventanas abiertas para la ocasión- el diálogo del insuperable dúo. La tradicional costumbre de reunirse en torno a la mesa del “rebe” la noche del sábado para escuchar las sabias conclusiones de los maestros de La Ley, adquiría esa velada un especial interés; el “tisch” lo integraban dos de los más grandes doctores de los Hijos del Pacto...

- Reb Scholem -el rabino alemán se dirigió a su colega ucraniano con un tono de respeto inusual en un “ieke” para con los rudos maestros de origen eslavo- tengo entendido que suelen agregar a su nombre el apelativo “el zahorí”...

El de Greiding halagado -no lo podía negar- por la deferencia del grande de Worms, observó como su hijo, Meier, sonreía complacido ante el atento trato que él recibía. Su orgullo adquirió contornos vecinos a la jactancia; para un padre no existe mayor alabanza que la proporcionada por la admiración de sus hijos. Pero escogió el camino de la modestia. Sabía que la humildad enaltecería su mérito aún más.

- Es cierto, doctor Lovental. Así me denominaron mis paisanos cuando vivíamos en Greiding... Con ese mote -sonríe con aparente sencillez- me conocen hasta hoy...

- Lo merece, sin duda, Reb Scholem; pocas personas he frecuentado con mayor perspicacia que la suya... Penetra con facilidad en los recónditos significados de los textos, y en la naturaleza de los seres humanos, sin esfuerzos...

- No es únicamente por mis méritos intelectuales por los cuales me llaman “el zahorí”, estimado doctor. Razones terrenales, muy concretas, me han valido, desde muy joven el apodo...

Asombrado, desconocedor de los antecedentes, el Rebe de Worms no pudo menos que interesarse.

- Me intriga, estimado colega... ¿Cuáles pueden ser los motivos por lo qué así lo denominan, Reb Scholem...?

- Tengo la facultad natural de percibir elementos ocultos situados debajo de la tierra, en especial las fuentes o corrientes de aguas subterráneas... Los mujics de Greiding me apreciaban mucho por ello. Les señalaba, con exactitud, el lugar donde excavar sus pozos... En Ucrania, por supuesto no resultaba difícil, pero en cambio aquí, en Tierra Santa seca, árida, no resulta sencillo... Pero suelo acertar. De vez en cuando llegan a mi casa campesinos árabes, colonos judíos, y hasta miembros de algún kibutz, para solicitar mis servicios como zahorí; me requieren para que les indique donde situar sus aljibes, sus alchubes, sus bombas.

Una sonora e irreprimible carcajada fue la inesperada respuesta del doctor Lovental. El racionalismo científico germano, la formación universitaria rígidamente organizada en lo referente a los hechos naturales recibidas en Heidelberg, la cerrazón habitual de la disciplina alemana unidos provocaron la agraviante jocosidad del rabí de Worms.

El considerar como verdaderos los sobrenaturales poderes atribuidos a Reb Scholem le pareció tan ridículo que no pudo evitar la ofensiva risa.

Meier se irritó sobremanera. Él había presenciado, en más de una oportunidad, como su padre indicaba, sólo provisto de un péndulo o de su reloj de bolsillo a falta del instrumento habitual de rabdomantes, el lugar exacto en el cual, cavados algunos metros, surgía el agua... La mirada autoritaria de Reb Scholem lo detuvo de replicar como correspondía al petulante alemán.

El Rebe de Greiding, con calma, extrajo su viejo reloj del bolsillo de su chaleco; El antiguo modelo, inclusive para los años 30, de un indeterminado material blanco pendía de una cadena del mismo e indefinido metal. Reb Scholem, jugando con él a manera de colgante propio de los adivinos buscadores de agua, dijo reposadamente pues había previsto, la reacción de su docto interlocutor:

- Este reloj me ha servido para localizar, varias veces, fuentes de agua subterránea. Me lo regaló un pastor druso agradecido; le señalé el sitio adecuado para construir el abrevadero para su rebaño a pocos metros de su casa. Le evité unos 4 kilómetros de trayecto dos veces al día. Llevaba a beber a su manada a un arroyo situado...

El doctor Lovental, entre sorprendido y burlón, lo interrumpió:

- Está usted afirmando, Reb Meier, que usted, con la ayuda de ese reloj, puede predecir el lugar donde hallar agua...

Reb Scholem le responde con seguridad.

- Si la hay en el sitio, por más oculta se halle, casi siempre, doctor Lovental...

El jefe de los jasidim de Worms, a pesar de su diaria indagación los atributos divinos, de su relación cotidiana con la esencia incognoscible del Supremo Hacedor no creyó en las facultades de su invitado.

- Así que además de rabino, Reb Scholem, usted es adivino.- Sus palabras tenían un manifiesto subtexto burlón.

El maestro de Greiding observaba, con especial interés, los repetidos movimientos de su reloj-péndulo al tiempo que experimentaba la extraordinaria sensación anunciadora de sus descubrimientos; en el subsuelo del salón donde se hallaban existía una corriente.

Preocupado por su premonición advirtió a Reb Guershom.

- No lo tome a chanza, estimado doctor... Acierto casi siempre... Por ejemplo, aquí mismo, en su apreciada biblioteca, a pocos centímetros de profundidad corre un poderoso flujo de agua. Puede estallar en cualquier momento. Si quiere salvar sus preciados libros de un remojón, sáquelos de inmediato de aquí.

El rabino alemán lo observó con absoluta, y divertida, incredulidad.

- ¿Aquí, en mi biblioteca, en mi casa...? El académico alemán no podía aceptar lo afirmado por su primitivo interlocutor. La segunda respuesta, significó una despreciativa réplica a la calma advertencia de Reb Scholem.

- ¡Déjese de pamplinas! ¡No hay una sola gota de agua en el subsuelo de esta parte de Naharía! ¡Sólo arena! ¡Esta casa la he construído sobre una duna! ¡Me costó sudor y sangre afirmarla!

- Pues a pesar de ello, mi apreciado colega, esa corriente existe y, a su tiempo, inundará con su fuerza este lugar... La firme aseveración del Rebe de Greiding únicamente logra incrementar las burlas del dueño de casa.

- ¿Donde? ¿Me podría indicar el punto, respetado rabdomante...?

Reb Scholem contempló las oscilaciones de su reloj-péndulo. El maestro formado en las estepas ucranianas puso todas sus facultades al servicio de sus sensaciones...

La situación se había convertido en un enfrentamiento personal, inaudito. Las dos cumbres de la teología mosaica no discutían acerca de una determinada interpretación de algún oscuro párrafo de “Ha Ketuvim”. El choque de ambos rabinos representaba, de cierta forma, la colisión de dos culturas y formaciones intelectuales; el racionalismo de Leibniz oponiéndose a las creencias populares. Lo germano frente a lo eslavo. La rigidez disciplinada de la técnica frente a lo intuitivo.

Reb Scholem reflexionó. Para él no existía la menor duda. Su péndulo indicaba el lugar, su cuerpo experimentaba las vibraciones con una intensidad pocas veces sentida anteriormente; allí, debajo mismo del sillón ocupado por el doctor Lovental corría un poderoso flujo de agua. Pero no deseaba avergonzar públicamente al rabino de Worms. Eligió entonces una tercera vía alternativa.

- Estimado Rav Guershom... Olvidemos el asunto... Dejemos en manos de Dios...

- ¡No me hable en idisch, esa jerga de cocina, en ese mal remedo del alemán! ¡No puedo entender esa jeringoza! ¡Ni las verduleras de Worms utilizan esa bárbara forma de expresarse!

La ofensiva interrupción del doctor Lovental irritó sobremanera a Reb Scholem. Si, era verdad, había pasado sin percatarse y a consecuencia de la tensa situación, de utilizar el culto y florido hebreo de raíces bíblicas a su lengua cotidiana, a su amado idioma materno, al idisch. La

afrenta excedía los límites de su paciencia. Su amor propio superó a su prudencia; dominado por la cólera indicó un punto situado en el sitio exacto que su péndulo le indicaba.

- ¡Ahí! señaló con el índice extendido.

En ese mismo instante un fortísimo chorro de agua fluyó del suelo levantando la costosa alfombra (regalo de un feligrés de Bagdad) situada bajo el sillón donde se asentaba el doctor Lovental, quien cayo al suelo al volcarse su trono rabínico.

La corriente comenzó a manar poderosa; el peligro de inundación resultaba evidente.

Rav Guershom perdió su serenidad y comenzó a gritar indicando a Reb Scholem.

- ¡Hechicero, nigromante, brujo, demonio, hijo del maligno! ¡Fuera de aquí con tus artes pérfidas descendiente de Lilit...! - Advirtió, seguidamente que su mayor tesoro, sus libros, se hallaba en peligro.

- ¡Mi biblioteca! ¡Ayuda! ¡Debemos salvarlos!

Los presentes se lanzaron en socorro de su líder. Con la colaboración de los discípulos y los demás, el patrimonio intelectual del Rebe de Worms fue puesto a salvo.

Reb Scholem de Greiding y su hijo durmieron esa noche en la playa de Nahаría a la espera del final del sábado. Caminaba, divertido a su pesar, con los pies descalzos por la arena acompañado por Meier. Recordaba sus correrías por las tierras recién roturadas de los mujics cuando niño... Observando la mirada de admiración de su vástago, le aclaró.

- No ha sido, hijo mío, un acto de magia... Existe, con seguridad, una razón concreta, real para lo acontecido...Tu padre es incapaz de realizar milagros... Nadie, ningún ser humano tiene esos poderes.

Al poco tiempo, cuando el doctor Lovental comenzó los trabajos de reparación de su casa, se descubrió una vía de agua de mar. La corriente discurría sobre una capa de feldespatos impermeables y se concentraba en una hoya situada debajo mismo de la vivienda de Rav Guershom.

El problema tuvo arreglo y los libros volvieron a lucir en los anaqueles. El recinto del Rebe recobró su magnificencia.

Lo que nunca pudo repararse, el amor propio del líder religioso alemán, originó una inquina hacia Reb Scholem de Greiding duradera como la cuenta de sus días. Más aún; la legó a su hijo Reuben.

La animadversión hacia el rabí ucraniano la heredó su sucesor, Reb Meier.

La explicación del encono de Reb Jaim ben Leibl Vlodsky de Kurst contra Reb Meier ben Scholem Vlodsy de Greiding, su distante familiar, resulta comprensible.

Si bien la histórica disputa entre las dos ramas descendientes del mítico Reb Scholem de Greiding, sobrevive desde aquel lejano siglo XVIII hasta nuestros días, sobre cual tiene la primacía sobre la otra, el motivo del encono entre ambos lejanos parientes tiene un origen actual y concreto.

Reb Jaim responsabiliza a Reb Meier, privadamente por supuesto, por la “barriga” que le “hicieron” a Miriam, su hija más querida.

Acusa el de Kurst, en su casi silencioso dolor, al de Greiding por lo acontecido; afirma que de no ser por los pecaminosos consejos dados por Reb Meier a su niña, nada hubiera sucedido. Ella nunca habría perdido su virginidad antes de contraer matrimonio con quien sus padres decidieran fuera su marido.

Agrava la tirria del ofendido progenitor el fracaso de la solución de emergencia elegida.

Si bien nunca se sabrá si el embarazo de la excasta muchacha se puede atribuir a sus iniciáticas relaciones con Moisés Bensimón o al asumido padre, ese jactancioso discípulo argentino de Reb Jaim quien no vaciló en proclamar, a las pocas horas de yacer con Miriam, su “conocimiento” de la muchacha, -ambas relaciones se produjeron sin solución de continuidad- el hecho en sí no tiene demasiada importancia.

Miriam se percató de su difícil situación al despedirse “a la francesa” su casi involuntario desflorador y le puso inmediato remedio. Necesitaba un marido, un creíble padre…

Lo buscó diligentemente; lo halló de inmediato. Nadie podía negarse al envite de una hembra como ella.

El Rebe de Kurst, enterado por la arreglada sorpresa -entre Miriam, necesitada de ella, y las fanfarronadas de su futuro yerno, -resultó fácil descubrirlos “in fraganti”. Reb Jaim, al tanto de su desgraciada situación, aceptó la solución salvadora de su prestigio.

Una vez casados, antes de insinuarse el promontorio estomacal denunciador de fechas y circunstancias, Reb Jaim consiguió, a través de sus conexiones, un buen empleo para su apresurado yerno. En una sinagoga de Kansas, situada en una perdida ciudad cerealera, su rabino, anciano ya, estaba a punto de retirarse. El destino no constituía precisamente una bicoca pero encajaba perfectamente con los intereses del Rebe de Kurst.

El nacimiento de su nieto se produciría lejos de los malintencionados vecinos, vecinas y colegas que contarían -no le cabía la menor duda- los meses transcurridos entre boda y circuncisión. La distancia permitía dar la noticia cuando resultara conveniente para no provocar susceptibilidades en Bnei Brak, una barriada muy predispuesta a ellas.

Pero si bien la primera parte de tan elaborado plan resultó exitosa, sus consecuencias resultaron imprevisibles, inclusive para una mente privilegiada como la de Reb Jaim de Kurst:

El pérfido, fanfarrón y probable padre putativo, el esposo de la pervertida por Reb Meier, la desgraciada Miriam, sumó a su anteriores desdichas una más; el traidor cónyuge rioplatense

no esperó el nacimiento de su probable hijo. Huyó, sin paradero conocido al menos por su abandonada mujer, con la hija única de un ganadero millonario de la región, por supuesto pertenecientes, acaudalado hacendado y su único retoño, a una extraña secta cristiana.

Sola y desamparada la infortunada hija del Rebe de Kurst no tuvo otra alternativa; regresó a casa de sus padres, a Bnei Brak para el nacimiento de su hijo, dando certezas a quienes la lejanía impedía efectuar los cálculos correctos.

Su apresurado retorno, y las cuentas de las comadres, constituyeron el tema central, no sólo de las cotillas; llegó rápidamente a los círculos masculinos de las sinagogas y seminarios.

Casada a tiempo la madre evitó, al menos, el infame sello de bastardo para su hijo. Ese estigma persigue a un Hijo del Pacto durante diez generaciones, con sus consecuencias jurídicas, sociales y religiosas. Este baldón se consiguió, afortunadamente, evitar.

Lo imposible de eludir resultó la inclusión de Miriam en la desairada categoría de "aguná". Las esposas abandonadas que no han obtenido el divorcio -sólo pueden otorgarlo los maridos de acuerdo a la "Halajá"- tienen una amarga suerte: al no estar legalmente separadas, ni poder comprobarse su condición de viudas tienen prohibido contraer nuevo matrimonio; sus hijos, si los tuvieren, serán considerados bastardos. Las consecuencias sociales de tan humillante condición, demasiadas para aquellas que sufren las reglamentaciones de una religión machista, resultaron inaceptables para Miriam.

Catalogada como soltera apresurada en quebrantar su castidad por decisión inapelable del tribunal constituído por las chismosas y su red nacional de intercambio de noticias, calificada por las reglamentaciones rabínicas contenidas en la "Halajá", como "aguná" sin la menor esperanza de la reaparición de su huido esposo, Miriam optó por olvidar lo desagradable y unirse al mundo existente fuera de los vetustos límites físicos e ideológicos de Bnei Brak y el mundo jasídico.

No por ello dejó el cómodo refugio de la casa familiar y el sostén paterno. En su caso la libertad y la seguridad no tenían razones para marchar por sendas separadas. Si la hipocresía beata constituía la regla de coexistencia en el medio donde vivía, no se convertiría ella en la excepción en perjuicio de sus intereses. No tenía pasta de redentora, ni pretendía sublevarse contra las reglas del juego impuestas por los rabinos; con utilizarlas en su provecho le bastaba.

Sin demasiadas dificultades se informó sobre las técnicas anticonceptivas femeninas. Luego, iniciada en la práctica del ejercicio sicalíptico con la experta conducción de Moisés Bensimón, la continuó con diversos asociados. En un principio los elegía entre los castos jóvenes de Bnei Brak. Dadas las monotemáticas actividades sexuales de los píos muchachos el peligro de enfermedades no existía.

Más tarde, hartada de instruir a los neófitos en las artes amatorias, deseó ampliar su campo de actividades, sabiéndose protegida por las prácticas preventivas de los embarazos no

deseados -prohibidas a las mujeres ultraortodoxas- el horizonte de sus actividades sensuales se desarrolló considerablemente.

Si bien la discreción cubría el conjunto de hechos, la entrega del himen antes de desposarse, un hijo habido en fecha inconveniente, sumada a la facilona popularidad de Miriam, éstos mancharon indeleblemente el nombre del Rebe de Kurst. La celebridad de su hija no contribuía a su prestigio de manera positiva.

No resulta extraño, dados estos antecedentes, el profundo odio del Rebe de Kurst por el cabeza de la rama de Greiding. Reb Meier representaba para Reb Jaim la encarnación de Satán; a él debía la ruina de su fama y la decadencia de su clan...

Si nada hacía por expulsarlo, por hacer caer sobre Meier el anatema del “jerem”, su falta de acción únicamente se justificaba por evitar el juicio público que ello conllevaría, en el cual los restos de su dignidad los aventaría para siempre el interés morboso de las gentes.

Las diferencias de Reb Meier de Greiding con Reb Motik de Savión no se pueden conceptuar como enemistad. Se podrían calificar como un enfriamiento progresivo de relaciones, iniciadas como una cálida adhesión para acabar como gélidas.

Para el importante Reb Motik la presencia de Reb Meier de Greiding constituye la aparición de un testigo molesto, conocedor directo de su condición de falsario, a pesar de su silencio; lo ha mantenido con discreción sin fisuras durante el proceso de conversión de Motl Mandelbaum en el hoy afamado Reb Motik. El celebre rabí fue uno de los contadísimos discípulos de Reb Meier. Estudió con él durante tres años. La relación entre ambos comenzó de una manera singular.

El, en aquel entonces, muchacho se hallaba en una situación complicada.

Motik cursaba sus estudios en una “yeshivá” ultraortodoxa situada en el barrio judío de la ciudad vieja, no lejos del Muro. En ese escenario de milenarias hazañas y devociones pasó lo que pasó...

A los veinte años los jóvenes suelen enamorarse sin pensar demasiado en las consecuencias, afortunadamente para la supervivencia de la raza humana.

La elegida de sus sentimientos -quizás ella lo escogiera a él (Motik era, y aún lo conserva, un hombre de un poderoso atractivo)- fue una hermosa muchacha, vendedora de una tienda de “souvenirs” situada en El Cardo, la renovada arteria comercial del tiempo de los romanos en la actual Jerusalén.

Se conocieron -bíblicamente inclusive- durante unos inolvidables meses de primavera.

Él, llegado el momento de afrontar las responsabilidades habidas de las relaciones - Motik no podía considerar una vida sin Varda, su amada- topó con la jerarquía rabínica.

Existía un obstáculo insuperable para el matrimonio legitimador de la situación de hecho y el fruto del mismo, el anunciado hijo.

La ley reguladora del derecho de familia está regida por la "Halajá". Para sus funcionarios y jueces una caraíta, Varda pertenecía a esa secta bíblica, no podía casarse con Motik...

La joven, nacida en Ofakim, uno de los ancestrales centros del "Pueblo de la Escritura" en la tierra de Los Textos, carecía de legitimidad hebraica para los jueces religiosos.

Varda, descendiente de padres, de abuelos y de innumerables generaciones entroncadas en las tribus mosaicas originales, conquistadoras del bíblico Canaan y habitantes de la Tierra Prometida desde esos remotos tiempos, para los rabinos, recién llegados de las comunidades del centro de Europa, o a lo sumo primeras progenies de nuevos inmigrantes, no consideraban a Varda judía; por lo tanto su matrimonio con Motik no se podía consagrar; los tribunales religiosos no permiten enlaces entre personas no pertenecientes, ambos, al mismo credo.

Los jueces rabínicos hebreos consideran las creencias caraítas en una categoría lindera con la herejía. Esta secta rechaza la validez de los comentarios y las exégesis efectuadas por los rabinos a las Sagradas Escrituras. Para ellos los Textos constituyen el único artículo de fe que respetan, la única fuente del credo mosaico. Eso afecta los cimientos del edificio rabínico. A pesar de que la religión hebrea elimina los intermediarios entre Dios y el hombre, los intérpretes y maestros de la Torá se han constituido en una casta sacerdotal cuyos poderes exceden los previstos en la Biblia, afirman los partidarios de la lectura del contenido literal bíblico.

Por consiguiente, como los afectados por la descalificación eran quienes debían autorizar la boda entre Motik y Varda, aplicaron la doctrina extrema; la prohibieron considerando a la caraíta no apta para el matrimonio.

Motik apeló. Para él, y otros maestros de La Ley mosaica, la secta de quienes únicamente aceptan Las Escrituras como la fuente exclusiva del credo de los Hijos del Pacto, deben considerarse iguales a los restantes descendientes de Abraham y Sara, los padres bíblicos.

Lógicamente el tribunal rabínico de apelación confirmó el fallo del inferior. Motik se adentró en los meandros de la Suprema Corte nacional, de carácter civil y con jurisdicción sobre los magistrados religiosos.

Estos temas no constituyen precisamente lo más apetecible para los miembros del Tribunal Supremo. En concreto; una resolución en alzada con respecto a una sentencia rabínica, puede demorar un tiempo similar al del vagabundeo de las tribus en el desierto previsto en "Números".

Simultáneamente a los enfrentamientos judiciales a Motik se le presentaron acuciantes problemas.

En primer lugar se casó con su amada Varda de acuerdo a las escuetas exigencias de La Ley; éstas sólo exigen, en concreto, la presencia de dos testigos hábiles, la manifestación pública, por parte del contrayente masculino únicamente, de su voluntad de tomar a esa determinada mujer como esposa de acuerdo a los mandamientos y disposiciones de La Ley de Moisés y poco más.

Agregó, a esos mínimos requerimientos, la presencia de un rabino disidente que aceptaba a los caraítas como buenos hebreos, quien redactó el contrato matrimonial y lo firmó para constancia.

De esta manera Motik cumplió varios objetivos; los piadosos padres de Varda no consideraron la unión como un concubinato; el hijo, habido a los pocos meses, debidamente circunciso tenía absoluta legitimidad y, finalmente, estaban casados ante Dios y los hombres, salvo algunos integristas dominadores de las cortes religiosas.

Por supuesto estas actitudes trajeron como consecuencia su fulminante expulsión del seminario y la eliminación de la bolsa de estudios correspondiente a su condición de alumno de la exclusiva “yeshivá”.

Motik, obstinado descendiente de lituanos (considerados como los más porfiados tercos del universo), no se amilanó; unión su tozudez con la astucia comercial.

En uno de los tantos abandonados cuchitriles de la Ciudad Vieja de Jerusalén, no distante del Muro de Las Lamentaciones, abrió un bar que denominó “jasidico”. Consiguió el permiso sin muchas dificultades, pues la municipalidad deseaba adecentar el rincón; el alquiler, pertenecía a un anciano armenio, resultó muy razonable.

Varda atendía la barra, sólo expendían alimentos y bebidas estrictamente casher para tranquilidad de los turistas, mayormente norteamericanos; los visitantes de Tierra Santa, esencialmente laicos en su país, se convierten, apenas pisan Tierra Santa, en unos devotos y extremos observantes de los reglamentos y ordenanzas, como si fuera una gigantesca sinagoga.

En el salón y en la amplia terraza, Motik, vestido de camarero con toques jasídicos, atendía a la clientela mientras cantaba viejas canciones en idisch. Por las noches, acompañándose de un arpa, replica aproximada del instrumento de David, interpretaba los fragmentos de la Biblia, en especial trozos de “Cantar de los Cantares”…

No sólo se ganaron el sustento de forma decorosa. El negocio prosperó de manera ostensible; como la inteligencia y el dinero resulta difíciles de ocultar, ello irritó sobremanera a sus antiguos maestros y a otros miembros de la “yeshivá” de la cual fuera alumno.

Éstos, en un arranque de inusitado patriotismo, denunciaron a Motik; enviaron a las autoridades una carta comunicándole su expulsión del instituto de estudios religiosos; por lo tanto, perdida su condición de seminarista, su derecho a eximirse del servicio militar obligatorio quedaba extinguido.

La situación adquiría perfiles catastróficos para Motik.

¿Qué hacer...?

La solución llegó encarnada en la figura de un guía turístico, especializado en "tours" femeninos, parroquiano habitual de su bar; solía echar un párrafo con Motik cuando "sus" mujeres -así las denominaba Moisés Bensimón- le daban un respiro y se dedicaban a gastar el dinero de sus maridos en las tiendas de El Cardo.

El descarado sefardí con quien Motik se sinceró por motivos desconocidos, -la relación entre ambos no pasaba de la superficial entre un cantinero y un cliente habitual- lo guió hacia la casa de Reb Meier de Greiding...

El maestro le ofreció una solución; le extendería un certificado de estudios religiosos -estaba autorizado para ello pues, aunque con escasos alumnos, dirigía un centro de enseñanza teológica- si observaba tres condiciones ineludibles:

La primera estudiar efectivamente con él, a diario, en las horas más convenientes para Motik.

La segunda e inapelable condición consistía en la gratuidad absoluta. El Rebe no le cobraría ningún tipo de honorarios; fundaba este requerimiento en un razonamiento indiscutible para el maestro; extendería el certificado de estudios liberador por convicción y no deseaba que ningún interés económico, aún legítimo, existiera en su "mitzvá". Lo hacía por considerarlo una obligación básica de justicia y no por ninguna otra razón.

La tercera, de un origen profundamente enraizado en las convicciones de Reb Meier sobre la equidad de los auténticos jueces del país, no en los tribunales rabínicos, consistía en que una vez conocido el fallo del Tribunal Supremo, si sus magistrados consideraran su matrimonio nulo, acataría la sentencia; no huiría del país, ni buscaría excusa alguna para no obedecerlo.

El segundo y el tercer requerimiento se hallaban profundamente vinculados; Reb Meier, en general, estaba -y está- en contra de las excepciones que benefician a los estudiantes de las "yeshivot", eximidos por su condición de seminaristas ultraortodoxos del servicio militar obligatorio. Él, en sus años mozos, siendo alumno del centro de estudios religiosos más estricto de la ciudad participó, con las armas en la mano, en la defensa de Jerusalén durante los duros meses del asedio del año 1948, cuando pudo, fácilmente, eludir la obligación. Reb Meier consideró el caso de Motik una situación merecedora de la excepción que, una mentalidad amplia, debe aplicarse llegado el caso de colisión entre los principios teóricos y la realidad.

No podía permitir, pudiéndolo evitar, que la venganza de unos hipócritas líderes fundamentalistas utilizaran medios y recursos con los cuales no comulgaban; el ejército del estado que no reconocían muchos de ellos. Del país sólo les interesaban los subsidios para sus organizaciones otorgados por los así, considerados por ellos, repudiables gobernantes

heterodoxos. Impedir se perfeccionara con éxito la artimaña, hundiendo a quien, tuvo la valentía de enfrentarlos, constituyó un deber para Meier.

Si el tartufesco celo patriótico lo utilizaban para la revancha, él debía luchar contra esa felonía.

Motik aceptó las condiciones impuestas.

Durante dos años educador y discípulo compartieron largas horas. El "pil-pul" como método de enseñanza lo aplicaba el maestro no sólo a las disciplinas religiosas. Utilizaba la dialéctica como sistema para otras asignaturas no relacionadas con la escatología.

(Reb Meier considera al antiguo método de instrucción de gran utilidad como método pedagógico, inclusive para enseñar ciencias exactas).

Motik, con el correr de los días, le cobró gran cariño a su preceptor y comenzó a considerar sus ideas eclécticas, heterodoxas como dignas de respeto.

La duda metafísica hizo presa del educando.

El maestro tenía perfecta conciencia de ese peligro, pero prefería correrlo a formar individuos clónicamente necios.

El enorme peligro, para los ultraortodoxos, de aplicar el racionalismo a las religiones no se reduce a explicar los hechos, las relaciones de la Divinidad con el ser humano de una manera más aceptable para la mente de los hombres; los mortales pueden ir más allá... ¡Ahí reside riesgo! Pueden comenzar a hesitar sobre la verdad de los dogmas...

Así aconteció con Uriel Acosta, con Baruj Spinoza, con las tendencias reformistas mosaicas.

No era la intención de Reb Meier llevar a Motik al agnosticismo, y tampoco a la hipocresía.

Un día se sinceró el alumno con el maestro.

- "Rebeñu", con sus doctrinas no me ganaré la vida ni prosperaré como rabino. Usted es demasiado decente; la sabiduría combinada con la bondad no constituyen una buena aleación. Conforma una amalgama demasiado débil para soportar la dureza y sobrevivir en el competido mundo sinagogal.

- Motik; no le pidas al león que bale ni a la oveja que ruja.

El educando comprendió el sentido de la respuesta. Y actuó en consecuencia.

Transfirió por una buena suma su bar jasídico. La base de su clientela la constituían los grupos de turistas norteamericanos a quienes los guías llevaban para que encontraran lo

buscado por ellos, tan difícil de hallar en Israel; la tradición del “schtetl” de sus padres y abuelos, conocida por los relatos. La ausencia de los ancestrales modos de la vida de sus mayores en el nuevo estado, los desconcertaba. Los habían borrado el camino emprendido por la metódica acción de “los padres de la patria, los dirigentes sionistas”; deseaban eliminar todo rastro de una diáspora juzgada por ellos como vergonzante.

La contradictoria actitud de los creadores del nuevo país -rechazar, ignorar la historia de sus antepasados, con saña en los aspectos entrañables-, favoreció el éxito de Motik.

La cocina tradicional de la “mame” -Motik liberó a Varda de la cocina; contrató a una rusa recién llegada conocedora de las recetas mágicas del “guefilte fisch”, el “pastrami” o el “borscht”- y lo sumó al idisch, el dulce idioma de los ghettos eslavos. Estos elementos elevaron la suma por la “llave” del “Rincón Jasídico” a una cantidad de verdes billetes, con la efigie de Washington, insospechada.

Con los fondos obtenidos, más otros ahorros, Motik y los suyos se marcharon a los Estados Unidos; allí tenía buenas relaciones establecidas durante su época de restaurador y se instaló en Nueva York.

Obtuvo de un comprensivo rabino ortodoxo y autorizado por el Estado para celebrar matrimonios, por unos dólares, la convalidación, quizás, nunca se supo, un matrimonio “ex-novo” con su esposa Varada, la caraíta. Para el ministro neoyorquino era tan hebrea como la que más.

La sentencia de la Suprema Corte de Israel, a la sazón aún por resolver -¿qué apuro tenían los magistrados de enfrentarse con los religiosos?- quedó reservada para los anales de la jurisprudencia.

Motik tenía un plan perfectamente elaborado y práctico. La razón deontológica la dejó para las elucubraciones de Reb Meier.

A continuación se matriculó en la Yeshiva University, la institución con mayor prestigio para el estudio de los temas religiosos hebreos. Simultáneamente se inscribió en la carrera de filosofía de la Universidad de Columbia.

En el instituto judío acabó rápidamente sus estudios con los máximos honores. En ella aplicó los amplios conocimientos recibidos durante los años de estudios con Reb Meier; guardó un cauteloso silencio sobre los temas controvertidos. Se adhirió, entusiastamente a las teorías de sus profesores. Su título de rabino, válido en el mundo entero, le fue otorgado con los máximos honores.

Terminó sus cursos de filosofía en Columbia en un tiempo increíble; en un par de años se doctoró “cum laude”. El título de su tesis doctoral, perfectamente planificada para su futuro, se titulaba “La llegada del Mesías según el Antiguo Testamento”.

Se convirtió en un experto en el tema mesiánico.

Ya para ese entonces, apoyado por un grupo de bien posicionados amigos norteamericanos, fundó la "Sociedad de Estudios Mesiánicos", de la cual, convertido en su director, comenzó a recibir un buen sueldo.

Una vez terminados los delicados prolegómenos -títulos, prestigio académico, el apoyo ciertos círculos norteamericanos (éstos, a su vez, deseaban tener presencia en los poderes fácticos de Israel), más un capital "de trabajo" regresó a su país natal con su aumentada familia.

Eligió cuidadosamente su nuevo domicilio. Ni Mea Sharim, ni Bnei Brak. Nada que oliera a ultra. Savión, el suburbio de Tel Aviv habitado por los millonarios aborígenes e importados, resultó seleccionado.

Sus planes se hallaban íntimamente vinculados con los intereses de "establishment".

En su amplia casa de la opulenta barriada fundó la "Sociedad de Estudios Mesiánicos" en Tierra Santa, sin perder el control de su homóloga norteamericana. La carretera al aeropuerto se convirtió en muy frecuentada por él.

El éxito coronó inmediatamente su proyecto. El concepto fundamental de sus teorías resultaba atractivo y políticamente útil para combatir a un sector negador del Estado. Además concedía a los dirigentes laicos una respetabilidad religiosa.

La idea, como todas las buenas ideas, era simple; Motik la había sopesado y planificado cuidadosamente. Conferirle un matiz atrayente y modernamente ortodoxo constituía la base de su acción en pos de renombre y fortuna. El Rebe de Savión -así comenzaron a llamarlo sus seguidores hábilmente inducidos por él- afirmaba lo siguiente:

"El Mesías ha llegado y está entre nosotros, en Israel. Únicamente espera el momento oportuno para mostrarse públicamente, para presentarse ante los ojos de Su Pueblo".

Con la capacidad aprendida en seminarios y universidades, interpretaba los hechos concretos y obtenía de ellos los argumentos necesarios para avalar su tesis.

"¿No ha sido un milagro la mismísima creación del Estado de Israel? ¿No ha sido otro portento su victoria en la Guerra de Independencia? ¿Cómo fue posible el triunfo de un país con menos de 500.000 habitantes, casi inermes, ante una alianza de estados con más de 200.000.000 pobladores, dotados de poderosos ejércitos bien armados y entrenados? ¿Y las victorias en las guerras subsiguientes, superando las agresiones de sus fuertes enemigos? ¿De qué manera explicar, sin la intervención de Su Voluntad, el hecho de haberse desviado los "scuds" iraquíes de sus objetivos y no haber ocasionado bajas entre los habitantes de la Tierra Santa? ¿No ha sido por su Divino Albedrío el derrumbe de la Unión Soviética y la liberación de los hermanos prisioneros del faraón comunista, permitiéndoles emprender un nuevo Éxodo? Dios no se contradice. Durante casi 2.000 años no quiso el retorno de Su Pueblo a la Tierra Prometida y lo supeditó a la llegada de El Mesías. Si ahora el regreso se produce es porque Su Enviado ya está en Tierra Santa. No existe ninguna otra explicación para la recuperación del país bíblico por los verdaderos creyentes. Si aún no ha decidido presentarse, el Supremo Hacedor sus

razones tendrá. Lo hará, de acuerdo a los secretos designios del Divino Creador, en el momento oportuno. El Mesías está entre nosotros y ello es lo único que importa".

Las teorías de Reb Motik Mandelbaum de Savión repercutieron favorablemente entre aquellos observantes que no lograban casar sus extremas creencias religiosas con la existencia del Estado. Para los gobernantes y políticos de tendencias laicas, estos principios solucionaban múltiples problemas con su electorado y, por otra parte, les proporcionaba excelentes argumentos para enfrentarse a las organizaciones integristas, -la de Satmar por ejemplo- contrarias por motivos religiosos a la misma existencia del Estado sionista, como esos fundamentalistas denominan a Israel.

Los gobernantes, discretamente, favorecieron con importantes subsidios a la organización del Rebe de Savión. Les interesaba mucho el conocimiento público del movimiento neo-mesiánico encabezado por Reb Motik.

La central norteamericana de la "Sociedad de Estudios Mesiánicos" aprovechó la coyuntura y, encabezada por los antiguos amigos del Rebe de Savión, comenzaron una activa campaña en los Estados Unidos. Los lemas de la entidad solucionaban en el seno de la comunidad americana las mismas contradicciones existentes entre el concepto mesiánico y la realidad del Estado Israel.

Por otra parte las visitas a la sede del Rebe de Savión resultaban sumamente agradables. Ser atendidos por un diligente mayordomo filipino en una elegante y discreta mansión, y no en las feísimas casas de los rebes de Mea Sharim o Bnei Brak, no admitía comparaciones...

Los tres únicos hijos del Rebe de Savión y no las docenas largas de retoños habituales de los rabinos ultraortodoxos, constituían un tácito mensaje; Reb Motik estaba a favor de la planificación familiar. Ello, para los creyentes modernos, representaba una tácita aprobación a sus actos anticonceptivos.

El estilo de Reb Motik Mandelbaum le valió grandes apoyos. Sus cuentas bancarias aumentaron considerablemente; su influencia social y política creció. Tal como lo había planeado, se convirtió en un personaje, en una celebridad. Comenzó a ser invitado frecuentemente a los coloquios, tan superabundantes en las televisiones de un país en el cual el deporte nacional es discutir. Su foto aparecía repetidamente en los diarios y, en las revistas, la excaraíta Varda dictaba normas de elegancia aceptables para el recato religioso "up to day".

Pero este oropel no consiguió engañar a Reb Meier de Greiding. Conocía profundamente a su antiguo discípulo. Estaba plenamente seguro de que las teorías del "neo-mesianismo" de Motik no pasaban de un montaje ideológico bien urdido por su aventajado alumno. También estaba convencido de que el listísimo Motik no creía una sola palabra de sus propias teorías. Las había inventado con suma inteligencia para que las escucharan aquellos que precisamente deseaban oírlas y, además, para ser utilizadas por quienes las necesitaban, los políticos por ejemplo.

Reb Meier se percató del agnosticismo de Motik; quizás él, con sus enseñanzas lo había llevado hasta las orillas de la duda sobre los valores divinos pero jamás lo habían instruido en el cinismo demostrado por el popular Rebe de Savión.

La superchería doctrinaria la había fraguado Motik por sí solo, sin necesidad de ninguna ayuda. Su perspicacia y talento le bastaban para montar su particular tenderete en la feria de las sectas religiosas.

Lo grave para Motik era que "sabía" que su maestro, Reb Meier, "sabía"...

A consecuencia de ello, el exitoso predicador de Savión, no deseaba encontrarse con su antiguo preceptor cara a cara.

Reb Meier de Greiding tampoco resultaba grato a los extremistas del integrismo. El maestro los ha criticado -y critica- públicamente. Las poderosas sectas de Satmar y otras opuestas a reconocer la existencia del Estado de Israel sostienen que ella no es posible por no haberse cumplido la anunciada llegada de El Mesías, esos clanes fueron calificados -y mantiene ello sin hesitar- por Reb Meier como adversos al espíritu de Las Escrituras.

"La cuestión judía", tan traída y llevada por propios y ajenos se reduce, afirma el maestro de Greiding, a una cuestión ética fundamenta; la libertad individual, la posibilidad de cada persona para decidir su forma de vivir, la capacidad de elección del ser humano, en el concepto de libre albedrío contenido en Los Textos en resumen.

Sostiene Reb Meier que El Supremo Hacedor dota a sus criaturas de la facultad de admitir, o no aceptar, las ideas y las órdenes de "su" Creador; a discutir con el mismo Dios, como escrito está en La Biblia. La libertad, concepto incluído en el libre albedrío conferido por la voluntad divina, es lo esencial.

Todo acto contrario a la libertad, o simplemente limitativo de esa capacidad individual, debe considerarse contrario a Las Escrituras. Se opone a uno de los principios éticos básicos de la Torá.

Por ello el antisemitismo representa una violación herética de los mandamientos y las obligaciones del hombre ante La Ley Divina, a pesar del acatamiento a Dios proclamado por los peores enemigos de los judíos.

Pero Reb Meier no se detiene en su condena a quienes manifiestan sus intenciones contrarias al judaismo o, como otros, sus planes de eliminarlos de la faz de la Tierra. Las extiende a los "colaboracionistas" judíos, como a él le gusta definir a los opuestos, militantemente, a la creación del Estado.

"Si la vida y la libertad representan los bienes supremos concedidos por Dios a sus criaturas -¿cómo calificar a los jefes, y a las sectas por ellos dirigidas, qué predican la permanencia del Pueblo de Adonai en un medio hostil pudiendo evitarlo? - Si individualmente

prefieren la diáspora, o la mismísima asimilación, ejercen su libre albedrío y debe ser respetados, pero no pueden negar a los demás, a los "otros", sus derechos a elegir libremente".

Lógicamente los líderes de los clanes aludidos no sentía simpatía alguna por el Rebe de Greiding. De ahí la profunda estupefacción de ellos cuando Reb Meier entró en la sala.

El murmullo de asombro primero, originado en quienes lo conocían, y los siguientes susurros de comunicación de éstos a los que lo desconocían, fueron los sonidos anunciadores de su llegada al templo situado en el corazón de Mea Sharim.

Comprobado lo indeseable de su asistencia -pero invitado estaba y no por extrema supersensibilidad dejaría de participar en una reunión a la cual "alguien" consideraba útil acudiera -Reb Meier buscó el lugar señalado en su invitación. Estaba situado en un semioculto rincón del recinto, distante de las filas destinadas a los importantes líderes…

…Siente el aguijón de las furtivas miradas de los poderosos y las de los aduladores segundones.

El interrogante se le presenta una vez más:

"¿Quién ha tenido un motivo racional para incluirlo en la lista de invitados a tan selectivo cónclave?

La firma del rabino Yehuda Katz, secretario ejecutivo del comité organizador, concede plena validez a la esquela recibida. ¿Se tratará de una broma…? Nadie correría ese riesgo. ¿La habrá efectuado rabí Yehuda Katz por su cuenta a espaldas de las coronadas testas masoréticas? No; un hombre tan hábil y precavido como él nunca lo haría. Además ¿Qué motivo personal puede moverlo a cometer tamaña imprudencia? Ninguno. Por otra parte el trepador muchacho conoce su antipatía por su persona…"

Sumido en sus elucubraciones a la búsqueda de un solo motivo racional que justifique su presencia en el concilio, su mirada se cruza -¿casualmente?- con la de Yehuda Katz…

Conoce al personaje desde niño. Es el clásico producto de un hogar modesto, pobre sería más acertada calificación, deseoso de escapar a su destino.

En su casa paterna Yehuda pasó necesidades pero no hambre. Su padre, el "maschguíaj" Katz, si bien percibía una corta paga por sus servicios de celador encargado de velar por la pureza y la correcta preparación de los alimentos en las cocinas de varios hoteles y restaurantes jerosolimitanos, completaba su escaso salario con las viandas que traía a su casa al finalizar cada jornada. Los dueños de los establecimientos por él vigilados, compensaban su tolerancia con las infracciones menores a las estrictas normas establecidas para considerar a los alimentos y bebidas, servidas en los establecimientos públicos, sin mácula alguna perjudicial de su "cashrut"..

Los hoteles y restaurantes las cometen reiteradamente; además de las severas -y costosas- medidas para recuperar la pureza, corren el riesgo de que les sea retirada la

calificación de “casher”. Ello representa una pérdida de clientela asegurada; los religiosos, y los que presumen de ello por diversos motivos, dejaran de frecuentarlos. Por otra parte los laicos, a pesar de su condición, tienen una subliminal adhesión a ciertos principios higiénicos tradicionales.

Una de las transgresiones habituales en los hoteles, el celoso Berale Katz, y sus colegas están al acecho para sorprender al infractor, consiste en consumir productos lácteos en las mesas exclusivamente reservadas a la ingesta de carne y sus derivados. Las cometen los clientes, en especial los extranjeros, desconocedores de las duras reglamentaciones destinada a salvaguardar la pureza de las comidas.

Berale, en vez de seguir al pie de la letra las órdenes de sus fanáticos jefes se limitaba, en sus tiempos, a una somera observación. El personal de servicio trasladaba, discretamente, al desprevenido parroquiano a la sección correspondiente y así evitaban la desastrosa clausura.

La comprensiva actitud del “maschguíaj” merecía el reconocimiento de sus vigilados. Lea, la esposa de Reb Meier y éste a través de las ventanas, veían llegar cada noche a su vecino con un buen paquete de alimentos para el día siguiente...

En más de una oportunidad el maestro se enteró por la presuntuosa postura de su medianero -conversaban de vez en cuando, con el ralo seto divisorio de por medio, -como éste vetaba como impuros ciertos apetecibles productos por imperfecciones mínimas o discutibles; ello no impedía su posterior consumo por la familia Katz...

“Policía mal pagada, poco vigila”. Con su buena predisposición Berale Batz evitaba el ayuno de los suyos en fechas adicionales a las prescritas por el calendario hebreo.

Reb Meier, crítico acérrimo de los excesos de los afanosos vigilantes de las normas dietéticas hebreas, creadores de una reglamentación represiva, ajena por completo al espíritu de Las Escrituras en estos aspectos como en otros, no censura excesivamente a su vecino. ¿Quién puede caminar sin pérdidas de equilibrio por el farragoso andamiaje construido por las desviadas mentes teocráticas?

Tratados, bibliotecas enteras han escrito los vigilantes rabinos dietéticos para mayor confusión de la observante grey.

En ese hogar nació y se crió Yehuda, el menor de los catorce retoños de Berale. El benjamín de los Katz, inteligente por naturaleza y listo por necesidad, desarrolló capacidades inesperadas para un retoño del limitado celador. Su ferviente deseo por salir de la pobreza lo dotó de una ambición no sujeta a las normas imperantes en su misérrimo hogar.

Estudió en un seminario rabínico con una merecida beca de un desconocido filántropo. Al graduarse no buscó colocación en alguna congregación situada en un perdido rincón del orbe. Los salarios de la enseñanza tampoco le atrajeron. La perspectiva de pasar una buena parte de su existencia en un “Talmud Torá”, obligando a memorizar -como con él hicieron-

párrafos enteros de los Libros Sagrados a párvulos mejor dispuestos a otras actividades, no lo seducía para nada.

Yehuda asimismo rechazó el puesto de "schojet". No entraba en sus planes permanecer el resto de sus días en un matadero cortándole ritualmente las yugulares a vacunos, ovinos y gallináceas. Para mayor inconveniente, en las comunidades pequeñas, no podía aspirar a ninguna importante dados sus antecedentes familiares -ningún rabino de peso en su parentela-, el ejercicio de matarife "cascher" se hallaba unido al de "mohel". Quitarle el prepucio a los varones a los ocho días de nacidos para iniciar el pacto entre el neófito y El Señor, le apetecía tan poco como matar pollos.

Ni maestro, ni jifero, ni circuncidador. Yehuda lo tenía perfectamente en claro. Esos oficios no representaban un porvenir adecuado para él.

Su buena presencia física, inusual entre los pálidos muchachos de Mea Sharim, resultado de largos años de vivir los lívidos jóvenes entre las amarillentas páginas de miles de libros escatológicos, representaba para Yehuda un factor inicial favorable.

A su agradable aspecto unía un fácil verbo; no lo reservaba únicamente para las homilías que, de vez en cuando, pronunciaba en las prácticas obligadas de los seminarios. Convertido en rabino comprendió el valor de estos elementos reunidos; apariencia y labia lo convertían en apto para destinos más atrayentes a los habituales.

Analizando sus posibilidades se apercibió de una reiterada circunstancia:

"Aquellos que tratan con dinero ajeno, dinero propio obtienen".

Orientó entonces sus pasos a la búsqueda de una posición inmersa en el ir y venir de numerario.

Su primer empleo, recolector de donativos para una de las múltiples entidades benéficas de Tierra Santa, se ajustó fielmente a esa regla de oro que regiría su futuro, salvo contadísimas excepciones debidas, siempre, a su irrefrenable libido...

Tuvo un éxito clamoroso como recaudador. A los clásicos argumentos de los pedigüeños profesionales cuyo repertorio se limitaba a la necesidad de asegurar la existencia de las instituciones, especialmente las religiosas, radicadas en Tierra Santa pues de otra forma ¿cómo se podría asegurar la supervivencia de quiénes sacrifican sus vidas por mantener el auténtico judaísmo en el País Prometido habitado por los descreídos, cuándo no ateos, israelíes? el rabino Katz agregó razonamientos originales.

Por ejemplo entre sus adulaciones, Yehuda insinuaba que "a los ojos de Adonai es más grato dar que recibir. Haciéndolo se cumple con una de las obligaciones establecidas en el Pentateuco... Él, lo prometía, se lo haría saber al Supremo Creador en sus oraciones diarias con nombre y apellido..." Ésto, subrayado por una oportuna lágrima, producía efectos devastadores en las cuentas corrientes de los donantes diaspóricos.

Se convirtió en un verdadero experto en exacciones; las ejercía, implacablemente, contra comunidades enteras. Una vez que Yehuda Katz pasaba por una, inútiles resultaban los esfuerzos de los siguientes recolectores por obtener un solo dólar.

El hijo menor de los Katz percibía unos excelentes ingresos entre sueldos, comisiones y viáticos.

Las informaciones de los éxitos de Yehuda llegaron prestamente a oídos de Reb Meier con amplios detalles.

Su madre, orgullosa de los avances de su hijo, los comunicaba de inmediatamente a Lea, cuyas apariciones acechaba agazapada entre las ramas sueltas del seto medianero. La esposa de Reb Meier durante las comidas, nunca se atrevería interrumpir las lecturas y las reflexiones de marido, entre las novedades del día le hacía saber los progresos del hijo de sus vecinos.

Al maestro le disgustaban los pordioseros profesionales, merodeadores del mundo en nombre de la fe; de igual manera rechazaba a los mendigos aficionados que abundan en la ciudad de David. Éstos utilizan las mismas argumentaciones de los pedigüeños oficiales. Esgrimiéndolos asaltan a cualquier paseante con aspecto de extranjero, en especial si de un turista norteamericano se trata.

Una de las razones preferidas por los mendicantes, amateurs o de carrera, le resultaba especialmente desagradable:

Blanden con carácter de urgencia básica para la supervivencia del credo mosaico, la necesidad de liberar a los seminaristas, los así llamados “yeshive bojers” y a los supuestos estudiosos de los Textos, los denominados “Sifrei Hakodesh”, de los trabajos ordinarios y cotidianos. Debían tener el tiempo necesario para dedicarse día y noche a buscar en Los Libros el verdadero sentido de Su Mensaje.

Los miembros, y los aspirantes, de las decenas y decenas de sectas, con sus colegios y seminarios constituyen la “reserva espiritual” del Pueblo Hebreo. La obligación de los restantes Hijos del Pacto es mantener a los elegidos entre los elegidos.

Para Reb Meier estas tácticas individuales, y de ciertas instituciones, no son más que la réplica de las artes y modelos acuñados por los partidos religiosos. Los líderes políticos de estos grupos parlamentarios extorsionan al gobierno nacional de turno, sea de derechas, sea de izquierdas. Siempre exigen un buen precio a cambio de su apoyo en la Kneset. Los suelen enajenar a cambio de subvenciones para las instituciones que ellos, o sus allegados, dirigen, llámense escuelas, seminarios, centros de estudios u organizaciones religiosas de diversa índole.

La obtención de fondos de fuentes privadas, individuales, entidades, fundaciones y todo aquello capaz de generar dinero ha creado un orificio institucionalizado en la vida de las comunidades del mundo entero; se los conoce con la elegante denominación en inglés, de

“found risers”. En idisch se los llama con un sonoro, y despectivo, epíteto; “schnorers”. Así los define Reb Meier quien, además, no cesa en denunciar públicamente a estas organizaciones; sólo tienen un objeto social principal, a veces único; pagar los sueldos y comisiones de los “found risers” y sus jefes; la finalidad original ha sido olvidada, o ya no tiene ningún sentido cien o cincuenta años después a la fecha de sus respectivas creaciones.

Yehuda poseía unas facultades de adaptación notables; no se limitaban su aspecto exterior; su postura física, el tono de su voz, el vocabulario utilizado se mimetizaban de acuerdo con la entidad para la cual recaudaba fondos.

Reb Meier al verlo, durante las visitas de Yehuda a sus padres, advertía de inmediato sus cambios de empleo.

Durante sus funciones de recolector al servicio de la sociedad de recuperación y asentamiento en Israel de huérfanos, una entidad de raíz humanitaria pero de ideología sionista, Reb Katz se recortó la barba, eliminó las largas patillas enruladas que solían enmarcar su rostro, relegó al olvido sus largos capotes jasídicos y los reemplazó por chaquetas, si bien oscuras, nada recordatorias de su reciente pasado ultraortodoxo. El sombrero de castor fue abandonado; el nuevo, un “borsalino”, le resultaba útil para adecuarse a la moda imperante.

Su aspecto se asemejaba al de un pastor cristiano perteneciente a una de las múltiples sectas norteamericanas.

Pero no sólo su aspecto exterior experimentó una profunda transformación; su discurso cambió totalmente. En vez de las reiteradas menciones a los textos de Las Escrituras y de famosos rabies, sus referencias a los “Padres fundadores de la Patria”, a las urgencias del Estado y las continuas consignas sionistas poblaron sus prédicas. El “agiornamiento” le rindió suculentos frutos.

Si bien la desconfianza de Reb Meier hacia Yehuda no disminuyó -no creía en la sinceridad de sus actitudes- abrió un paréntesis en sus críticas.

El maestro no ignoraba el principal objetivo de la dedicación de su proteico vecino al cumplimiento de uno de los mandatos fundamentales de La Ley mosaica; socorrer a los huérfanos y niños en desgracia. Pero eso era sólo válido para las entidades. A Yehuda sólo le interesaba ganar sus suculentas comisiones.

Pero censurarlo por ello, a pesar de su instintivo recelo hacia su mutante vecino, el Rebe de Greiding no lo consideraba justo.

Ayudar al cumplimiento de una de las “mitzvot” básicas del ordenamiento social hebreo, lo ponía a salvo.

Reb Meier aceptaba el axioma “Por mis hechos me conoceréis” como una verdad necesaria para la convivencia, sin prejuiciosos análisis de las acciones humanas y sus intrínsecas motivaciones.

Pero este mismo criterio le sirvió, poco después, para ratificar sus prevenciones para con Yehuda.

Repentinamente el rabino Katz cambió.

El encendido patriota sionista, el ferviente nacionalista se transfiguró en un detractor del Estado creado por los ateos negadores de esperar, como está escrito, la llegada de El Mesías. Sus vestiduras, súbitamente, se alargaron; mudó su chaqueta de los últimos tiempos por sus antiguos, largos y negros capotes; su sombrero, a la moda, se transmutó en uno de rígidas alas anchas, al más puro estilo jasídico. Los relucientes zapatos, del mejor y brillante cuero, fueron reemplazados por un ramplón y deformado calzado.

La metamorfosis extrínseca e intrínseca fue súbita y total.

El día en que Yehuda realizó, con su nuevo aspecto una visita a padres, Reb Meier al verlo no pudo ocultar una burlona sonrisa.

Berale Katz, sin pérdida de tiempo, efectuó a su malpensado vecino las aclaraciones necesarias sobre las razones de las transfiguración de su hijo:

La súbita conversión de Yehuda se debía a la aparición de un ángel, directamente enviado por El Altísimo, reconviniéndole por sus errores y señalándole el camino correcto.

El Rebe de Greiding desconfiaba, por convicción, de las apariciones y de los ángeles llegados con mensajes específicos. Esperó los hechos explicativos, terrenalmente, de la transformación del cambiante rabino Katz.

No demoraron en producirse.

Pocas semanas más tarde Yehuda apareció públicamente como el responsable organizativo de la próxima visita a Tierra Santa del activo antisionista Reb Moshe Teitelbaum, Jefe Supremo de la secta Satmar. El furibundo líder de las frenéticas campañas antiestado le pareció a Reb Meier un símil adecuado; la figura del ángel divino enviado para salvar de su error al rabino Katz no pudo hallar mejor encarnación terrenal que en el jefe del riquísimo clan integrista.

El poder seráfico del "Rey" de los Satmar -así describieron los medios de comunicación la figura de Reb Moshe Teitelbaum- produjo unas encendidas declaraciones del hijo de Berale Katz, su vecino.

"Será la mayor bienvenida a Jerusalén de toda la historia desde los tiempos bíblicos a nuestros días. Sólo podrá compararse con la dada Rey David cuando trasladó la Capital de Judea e Israel de Hebrón a Jerusalén", manifestó el encargado de organizarla, el angélicamente visitado Reb Yehuda.

Pero lo más indignante para el maestro de Greiding -y para quienes consideraban la tolerancia y el respeto por los demás la única forma de vida ordenada por Las Escrituras- llegó

con las declaraciones del Rebe de Satmar. El epígono del integrismo absoluto, y otros semejantes a él, que encontraban -y encuentran- en los textos redactados y canonizados, la fuente para sus sacrílegas teorías fundamentalistas. "Son de la misma raíz ideológica que los hitleristas, y los antisemitas de todas las épocas, utilizan en sus intentos por eliminarnos..." afirma con tristeza Reb Meier, "son los mismos que los utilizados por estos falsos interpretes de Los Textos..."

Pero las críticas del maestro fueron ignoradas. Una de las primeras medidas de Yehuda consistió en usar los medios habituales en estos casos; grandes anuncios pagados en todos los periódicos y revistas, mensajes persuasorios y demás métodos de probada eficacia para propagar las palabras de Reb Teitelbaum y acallar las opiniones negativas a su visita. O al menos relegarlas a la última rincón de la última columna, en cuerpo seis, de manera de salvaguardar la inmaculada libertad de prensa.

Por otra parte, -el maestro lo sabía- "¿quién se atreve a enfrentar a las poderosas sectas ultraortodoxas? Escasos a nivel individual; partidos políticos con ansias de poder, ninguno. En algún momento necesitarán su apoyo..."

El antisionismo del rabino Teitelbaum comenzó antes de iniciarse el viaje; se negó a viajar en "El-Al" por considerarla la compañía oficial del estado cuya existencia él repudiaba.

Reiteró públicamente su responsa rabínica: "Considero la creación del Estado como una herejía, un sacrilegio, una aberración histórica que demora la redención del pueblo judío por Dios a través de la llegada de El Mesías".

Anunció reiteradamente su negativa a orar frente al Muro de las Lamentaciones, los venerados restos del Templo, por haber sido reconquistados por los soldados del ejército del país negado por él.

Ante el boato que rodeaba su traslado desde Nueva York, donde residía permanentemente hasta Jerusalén y otros puntos de Tierra Santa, el respeto sacro con el cual pretendían dotar la figura del Rebe de Satmar, Reb Meier de Greiding sintió la obligación de aprovechar una circunstancia fortuita para criticarlos.

El fallecimiento de un profesor de la Universidad Hebrea con quien había polemizado acerca de la santidad o no de los restos del Templo, -aunque ambos sostenían su carácter no sagrado ya que a religión mosaica no admite representaciones físicas de Dios (diferían en el tratamiento cotidiano de estos restos arqueológicos)- lo llevó ante las cámaras de la televisión.

Reb Meier tuvo perfecta conciencia del momento; la emisión era en directo, por lo tanto no podían ignorar o tergiversar posteriormente sus declaraciones; varios millones de televidentes se encontraban frente a los receptores -se trataba del principal informativo del día- y dijo lo que dijo...

"No sólo considero el desplazamiento y el ceremonial del rabino Mosche Teitelbaum, líder de la secta Satmar, una culminación de despropósitos y mal gusto; es para mí una

manifestación de auténtica heterodoxia. Pretenden colocar al jefe de los Satmar, mediante un desaforado culto a la personalidad, por encima de la devoción por Adonai. Se la puede considerar una postura pagana propia de idólatras...”

De loco a ignorante, la amplia gama de descalificaciones no dejó calumnia por utilizar contra quien así se había manifestado.

Los responsables del viaje, Yehuda entre ellos, se alarmaron por las consecuencias de las declaraciones del Rebe de Greiding. Las apariciones en televisión, aunque los más estrictos ultraortodoxos prohiban su contemplación, poseen un efecto mágico para ellos y para otros muchos; políticos, dirigentes sindicales, poderosos y exquisitos intelectuales incluídos, están dispuestos a cualquier trato con tal de aparecer unos breves instantes en la pantalla de la vanidad; los encargados de la promoción del “Rey” Teitelbaum sobreestimaron el impacto de las palabras de Reb Meier. No valoraron las circunstancias:

El televidente ha llegado a la hartura; muy pocas entrevistas le interesan. Son simple sonido de fondo, en especial cuando esperan la iniciación de un encuentro futbolístico- que fue el momento durante el cual se produjo el diálogo con el Rebe de Greiding-. La experimentada audiencia aprovecha esos minutos para prepararse un bocadillo, buscar una bebida en la nevera o cumplir con otras imperiosas necesidades.

Los encargados de la imagen pública del jefe de los Satmar, alarmados, ampliaron la campaña prevista hasta límites inverosímiles:

Para subsanar el posible daño causado consiguieron les incrementaran el presupuesto destinado a publicidad y promoción. (Esto benefició a Yehuda; el monto de su comisión personal, que las agencias le reconocían graciablemente por haberlas seleccionado, aumentó considerablemente).

Se empapeló el país, en especial Jerusalén, con millares de afiches anunciando la llegada del “Rey”.

La efigie del Rebe de Satmar apareció reiteradamente en las primeras páginas de los diarios y en las portadas de las revistas.

Su presencia constituyó el tema obligado de las incontables tertulias radiales y los abrumadores coloquios televisivos.

Sus extremistas teorías -Reb Meier recordó similares ideas contrarias al establecimiento del Estado en boca de los comunistas palestinos de los años veinte- fueron ampliamente difundidas.

Ningún habitante del país tuvo la menor posibilidad de no enterarse de la visita del Rebe de Satmar.

Los detalles de "la operación traslado" llegaron a extremos inauditos únicamente comparables a las publicitadas giras internacionales de las estrellas del "pop" o a los viajes del Papa romano.

Se fletaron cinco aviones "charter", desde Nueva York a Tel Aviv para trasladar a los seguidores norteamericanos del Rebe de Satmar deseosos de acompañarlo en su peregrinación.

Yehuda contrató 120 automóviles para los desplazamientos programados a lo largo y ancho de Tierra Santa, excepto naturalmente a El Muro de las Lamentaciones, reconquistado por los soldados sionistas. Reb Meier se preguntó como se había logrado el resto del territorio, o salvado de la destrucción el mismo Mea Sharim, sin el mismo ejército.

Los coches, cada uno con su teléfono algunos, además, equipados con "fax" (¿cómo se puede vivir sin él?) para los más pudientes. Los más modestos debieron conformarse con varios centenares de "beepers-busca personas".

Para los servicios de la organización se necesitaron 310 "walkies-talkies".

Sin embargo el mayor éxito de la operación "Rebe de Satmar en Tierra Santa" lo representó el convenio de la organización del Rebe Mosche Teitelbaum -santo entre los santos- con la multinacional compañía de refrescos "Pepsi Cola".

Nunca se pudo conocer a ciencia cierta el monto de los beneficios de la piadosa organización.

Hasta el día anterior al comienzo de la fervorosa gira, la gaseosa norteamericana estaba considerada no apta para el consumo de los observantes de las normas dietéticas. Era espuria para los tutores de la pureza de los alimentos y bebidas "casher".

El veto, originado en una resolución del Consejo Rabínico encargado de otorgar los certificados de idoneidad alimentaria, no se fundamentaba en tacha alguna a los elementos componentes de la fórmula del refresco; tampoco en faltas durante el proceso de fabricación.

Los perjuicios comerciales, no sólo en Israel, -el veto se extendió al universo ortodoxo de los Estados Unidos y de otros países- resultaban inaceptables para los ejecutivos de la empresa.

El marchamo de puridad lo perdió la "Pepsi" por haber utilizado, en una campaña publicitaria, imágenes de la evolución del hombre de acuerdo a la teoría darwiniana. Si en "Génesis" está claramente determinado que en el día sexto fue creado por Dios el ser humano ¿quién puede dudar de ello y proclamarlo públicamente sin provocar la ira de los celosos celadores de la fe...?

Y si "esa" bebida tiene el certificado de pureza religiosa, debe sancionársela retirándoselo por pagar campañas contrarias a los preceptos de Los Libros Sagrados...

...Anatema que pesó hasta el día previo a la visita del Rebe de Satmar... Cómo logró la "Pepsi" fueran aceptadas sus disculpas nunca llegó al conocimiento público.

Pero no quedó en eso la vinculación con el clan del "Rey" Mosche Teitelbaum. Además de serle levantado el castigo a la ex impía gaseosa se la declaró, al mismo tiempo, "bebida oficial" del peregrinaje del jefe de los Satmar a Tierra Santa.

Si el irracionalismo fundamentalista indigna a Reb Meier de Greiding, la hipocresía de ciertos líderes integristas lo subleva. Para él resultó insoportable la absurda interpretación ultraortodoxa literal de los Textos sin percatarse de su carácter mitológico; los días pueden considerarse largos ciclos cósmicos de miles o millones de años; las jornadas de "Génesis", como otras parábolas de Las Escrituras, son relatos metafóricos propios de pueblo primitivos, observadores de la realidad pero carentes de la preparación científica para explicarlos. Pero lo más irritante para Reb Meier lo representó la venalidad de la jerarquía rabínica.

Escudarse en el Libro Sagrado y la pureza alimentaria para chalanear con ellos, ¿qué respeto pueden merecer quiénes así trafican con los principios divinos? ¿qué observancia pueden exigir esos mercaderes a su dictámenes?

Intentó denunciarlo pero únicamente un periódico marginal, editado por un reducidísimo grupo de críticos del sistema, dió cabida a su artículo.

Apareció -la pequeña organización careció de los fondos necesarios para imprimirlo durante la visita del "Rey"- varias semanas después de la vuelta del Rebe de los Satmar a Nueva York.

Lo que colmó la capacidad de Reb Meier fue la visita de Reb Mosche Teitelbaum, el considerado por sus fieles como el depositario de La Palabra de Dios, a la tumba de Jacob de Haan.

Rendir honores a un activo militante antisionista como lo fue de Haan ya resultaba indignante durante una visita oficial a Israel, pero, además, venerar a ese hombre que conspiró aliado a los dirigentes árabes más reaccionarios contra sus hermanos judíos, sobrepasaba lo imaginable.

"¿Un rabino, un maestro de La Ley Mosaica rindiendo su homenaje a un individuo qué planeaba asesinar a los pocos millares de idealistas jóvenes, indefensos pioneros del intento germinal de Hogar Nacional en la difícil década de los 20...? ¿Cómo calificar ese acto del jefe de los Satmar? ¿De nada servían al autoproclamado excelso receptor del Verbo Divino las experiencias del Genocidio, las guerras contra el renovado país de los Hijos del Pacto? ¿Prefería Reb Mosche Teitelbaum ver exterminados, cómo lo pretendió Jacob de Haan, a quiénes disentían con sus teorías...? ¿Había leído el jefe de los Satmar Las Escrituras o sólo las utilizaba para justificar el aniquilamiento de aquellos qué discrepaban y criticaban sus teorías...?".

La indignación de Reb Meier logró, en esta singular oportunidad, cierto eco en algunos medios de prensa. Nunca supo cual fue el motivo de los mismos en interesarse en sus críticas al homenaje del Rebe de Satmar a Jacob de Haan.

(Lo consiguió porque al poderoso Reb Motik Mandelbaum le interesó, en ese momento, desprestigiar a quien como Reb Mosche sostenían una tesis opuesta a la suya sobre la presencia de El Mesías en Tierra Santa. Motik envió, utilizando sus influencias, a los periodistas a casa de Reb Meier...)

...Cuando Yehuda, además de sostener su mirada, esbozó una mueca semejante a una pretendida sonrisa, la extrañeza de Reb Meier llegó a límites inexplicables.

Los choques con la jerarquía no habían acaecido en fechas remotas, en días que el olvido con el imperturbable paso del tiempo pudiera mitigar.

Sin embargo lo había invitado al magno concilio de los notables jerarcas religiosos del país...

...Y allí estaba, sentado en una butaca reservada a su nombre.

Ya no le quedaban dudas; su presencia en la reunión se debía a una maniobra de Yehuda.

Si los motivos eran personales o instigados por alguien, no dejaría de saberlo rápidamente.

Comenzó el acto con una de las clásicas peroratas indescifrables, e insufribles, del "telonero" de turno. Aparte de su ineludible misión de alabar a los presentes con sus nombres y rango, de ensalzar la importancia de la reunión cuyo objeto seguía desconocido para Reb Meier, su actuación estaba destinada a cubrir los minutos iniciales.

Los comienzos de ese tipo de asambleas, como en los viejos tiempos del teatro con sus "oberturas", se utilizan para llegar tarde, los que desean hacerse notar, saludarse, acomodarse, observar y adoptar la actitud adecuada correspondiente a su categoría.

Por supuesto los considerados importantes se hallaban situados en las primeras filas, en el centro los de real peso. La ubicación apropiada, para no suscitar susceptibilidades, representa una estrategia de muy difícil aplicación para cualquier organizador.

El sitio de Reb Meier, en un ángulo distante y opaco del salón, no ofreció dificultades ni los airados reclamos habituales propios de aquellos para quienes la pérdida de un sitio constituye una ofensa vital.

El maestro de Greiding lo consideró lógico pues no sabía bien la razón de su presencia en el concilio.

Sus interrogantes comenzaron a dilucidarse cuando oyó la voz de Reb Yehuda Katz a sus espaldas, apenas susurrada pero inteligible.

- ¡Me siento muy feliz, Reb Meier, por su presencia! Temía no aceptara mi invitación -El énfasis de la palabra "mi", constituye una pista para el maestro. Se trata de un asunto personal.

- Se te agradece... Yehuda. -El título de "rabino" se resiste a salir de su boca. Para él es un honor el serlo... Yehuda no está incluido...

Rabí Katz se sienta a su lado, en la parte más oscura de la retirada esquina.

- Es un cónclave al cual solo he invitado a quienes honran, no importa su punto de vista doctrinario, nuestra fe. Usted, Reb Meier, es para mí, a pesar de nuestros desacuerdos, una de las lumbreras del pensamiento teológico de nuestros tiempos.

"¿Yehuda dándole coba...? Debe tratarse de un asunto importante. No estará de más una buena dosis de prevención..." A pesar de la natural desconfianza que le inspira el sujeto, Reb Meier decide seguir el juego con la mejor predisposición posible.

- Se agradecen tus elogios. Nunca supuse tuvieras tan buena opinión pero mis ideas no merecen ese concepto por parte de la mayoría de los presentes en este salón.

- Usted las formula con demasiada brusquedad, estimado maestro. Las nuevas aproximaciones a los Textos han de efectuarse suavemente... sin producir más inquietud de la necesaria.

"Quizás tenga razón el bribón... Pero no le resulta fácil contenerse ante los hipócritas y falsarios... ¡Ni quiero...!" Los pensamientos del veterano maestro no alteran el tono del mesurado diálogo con su astuto interlocutor.

- No esperaba de ti palabras semejantes.

- No hemos intimado lo suficiente, a pesar de ser vecinos, Reb Meier.

Las aclaraciones del hijo de Berale Katz, utilizando el melifluo acento propio de quien, hallándose ante un superior -especialmente en los círculos teocráticos- espera un favor del colocado un peldaño más arriba, no desarman al maestro.

- Las puertas de mi casa siempre están abiertas, dice en tono impersonal.

- Lo sé, Rebe... Tengo pensado visitarlo.

- Cuando lo creas oportuno serás bienvenido, Yehuda... -Con un tono amablemente burlón, Reb Meier agrega- Sabes perfectamente donde se encuentra mi casa.

Utilizando el mismo acento de afabilidad, Reb Katz le responde.

- ¿Cómo olvidar a mi ilustre vecino… y a su familia…? Si bien vivo ahora en un piso nuevo, de mi propiedad y totalmente pagado, de seis habitaciones, el salón con vistas a las murallas de la Ciudad Santa, no he olvidado Mea Sharim…

- ¿Seis habitaciones, Yehuda? ¿Para ti solo…?

- …Y para mi futura familia… espero casarme pronto… y tener hijos…

- ¡"Mazel Tov!" ¿Y quién es la agraciada…?

Ambos tienen perfecta conciencia que los circunloquios han llegado a su término. Yehuda, sin cambiar el almibarado tono de sus palabras, transforma el acento de su intención.

- Sin poner en duda sus merecimientos personales para participar en este concilio -y agrega con especial énfasis prometedor- ¡Y más honores, con sus respectivas retribuciones le esperan mi estimado maestro, si usted pusiera de su parte un poco de "diplomacia", digamos! ¡Con mi ayuda -Yehuda subraya su parte en el plan que propone al Rebe de Greiding- podría llegar muy alto…!

A Meier no le encaja la proposición con el escenario elegido.

- ¿Para esto me has invitado a esta asamblea? Son asuntos para conversas con mayor detenimiento. En mi casa, por ejemplo…

- Una visita a su domicilio, Reb Meier, usted conoce tan bien como yo Mea Sharim, sabe que cualquier movimiento desusado de uno de sus habitantes, cada vecino se encuentra sometido a un severo control, daría un carácter que, por ahora, deseo evitar… Prefiero esta discreta conversación. -Yehuda vacila antes de proseguir- …en realidad mis propósitos tienen… un carácter… "especial"…

El acalorado discurso del "telonero" anuncia por su ardor, paralelo a los molestos movimientos de la audiencia, su final.

- Mejor te apresuras, Yehuda. Dentro de poco tu cobertura terminará su perorata y seremos observados con detenimiento.

Reb Katz se sorprende; no esperaba tamaña astucia en el aparentemente ingenuo rabí. Debe precipitar los hechos.

- Reb Meier… su hija Sara ¿Tiene algún compromiso matrimonial…?

"¡Ese es el motivo! ¡Lo debí suponer! ¡Siempre la deseó! ¡Sus lúbricas miradas cuándo contemplaba a Sara desde muy niña lo explican todo!" Las conclusiones de Meier son las acertadas… "Pero casar a la única que permanece soltera, de las trece habidas, con un individuo como Yehuda Katz no le apetece… ¿Cómo responder…?"

- ¿Qué te motiva para hacerme tal propuesta? Sabes perfectamente que sigo perteneciendo a la categoría de pobre. Tu madre te mantendrá informado, supongo...

Yehuda sonríe burlón.

- No me atrae su fortuna, Reb Meier.

- Si bien Sara posee una inteligencia y una sabiduría comparables a las del mejor seminarista, no creo que tampoco esas sean las razones...

- Las mujeres deben ocuparse de lo suyo; la casa, los hijos, servir al marido, hacerlo feliz. Con eso me alcanza.

- Deberías considerar la edad; mi niña apenas tiene 17 años... y tú has sobrepasado la treintena...

- Yo acabo de cumplir los 31, Reb Meier... No me parece una diferencia exagerada.

El maestro decide descubrir a Yehuda sus condiciones...

- Reservo a mi única hija Sara para desposarla con quien, en su momento, se haga cargo de la escuela de Greiding. Reb Meier manifiesta sus aspiraciones, a pesar de que le consta la dificultad por alcanzarlas..."¿Quién, merecedor y capaz de continuar desarrollando sus ideas, se casará con Sara? Y lo más dudoso. ¿Deseará Sara unirse al "elegido"?"

Yehuda no esperaba esa respuesta.

- Reb Meier... usted tiene 12 yernos; la mayoría de sus hijas se han casado con estudiantes de las mejores "yeschivot". Varios ya ejercen de rabinos.

- Cierto, pero los juzgó inútiles, dogmáticos, incapaces de pensar un solo instante por su cuenta. ¡Prefiero antes qué desaparezca el Rebe de Greiding! ¡Jamás consentiré qué alguno de esos imbéciles herede mi título!

El prolongado silencio de Yehuda satisface a Reb Meier. Ha logrado, sin necesidad de emplear ninguna grosería -estuvo tentado a manifestarle a su trepador vecino sus opiniones sobre su "exitosa" carrera- pero ha conseguido rechazarlo sin necesidad de recurrir a la extensa lista de actitudes reprobables -según su juicio- acumulada por Yehuda para escalar posiciones.

- ¿Es una condición ineludible? El tono frío, acerado, empleado por Reb Katz demuestra a Meier el acierto de su respuesta, por otra parte ajustada a la verdad.

- Si, sin excepciones... -Para asegurar la fuerza de sus argumentos, Reb Meier recurre a la tradición, si bien sabe que él nunca obligará a Sara a desposarse con quien ella no quiera. -Creo, Yehuda, que conoces bien las reglas y costumbres rabínicas para estos casos.

La contestación, ácida, constituye el final de la entrevista:

- Perfectamente, Reb Meier. No necesito su ayuda para recordar el respeto debido a quienes Dios ha designado guardianes de la fe. Ha sido una ocasión para saludarlo, adón Meier. -Yehuda, profundamente resentido, omite el título de rabí.

- También para mí ha sido oportuno este encuentro… Reb Katz… La réplica empleando su habitual sentido de la ironía -el utilizarla le ha valido más de un disgusto pero ¡cómo no disfrutarla en esta ocasión! Sin abandonar la sorna Reb Meier finaliza su frase. -No has desmentido ninguna de mis opiniones sobre ti. Y acaba con unas palabras nada tranquilizadoras para Yehuda. -¡Ah! Permíteme agradecerte el haberme invitado a esta reunión! Puede resultar realmente interesante.

Congestionado por la ira Yehuda se aleja con rapidez. Sus ideas, ofuscadas por el ataque de cólera, fluyen sin lograr controlarlas.

"¿Cómo se le pudo ocurrir invitar a ese energúmeno? ¿Por qué consideró qué el halago de participar en el cónclave más importante de los últimos tiempos, compartiéndolo con los más destacados rabinos y los poderosos líderes de las grandes organizaciones religiosas lo predispondrían favorablemente a conceder sus peticiones?"

La pretensión de autorizar su matrimonio con Sara, a condición de convertirse en su sucesor de la inexistente cátedra de Greiding, demuestra la insanía de Reb Meier.

Pero la sola mención de Sara le trae la imagen de la muchacha. No consigue reprimir sus fantasías…

Recorre sus contornos; supone el calor, la humedad de sus ocultos recovecos… Cuando la ninfa tenía quizás unos 10 años, o menos, metió sus manos entre sus apretados muslos… y acarició sus nacientes pechos… Para Sara fue un juego pero para Yehuda, un hombre hecho con más de veintitantos años, no… Sólo el temor a ser sorprendido y tener que enfrentarse con la policía lo detuvo, aunque en Mea Sharim los padres de las vírgenes desfloradas solucionan esos incidentes con la boda, su padre, Reb Meier, no pertenecía a la categoría habitual de los progenitores del barrio. Podía reaccionar de forma impensada…

…En casos de urgencia se entregaba al culto a Onán figurándose que la poseía… O utilizaba a una de las prostitutas de la esquina de la calla Hayarkon y Allenby de Tel Aviv…

…También las rameras se transfiguraban en Sara… o cuando, pagando los servicios extras, las zorras lo deleitaban con una buena felación, a Sara pertenecían la boca y la lengua adoradoras de su falo…

…Cuando consideró que nada podía oponerse a concretar sus deseos, venidos desde tanto tiempo atrás…

"¡El imbécil de su padre quiere imponerme la descabellada condición de convertirme en su sucesor…!"

Yehuda trata de recuperar su serenidad.

“Para comenzar es indispensable acabar con la fijación de Sara... No puedo comprometer mi futuro con una alucinación. ¡Hay tantas mujeres deseables y dispuestas...!

De inmediato hará saber en el círculo de los rabinos con poderío económico y religioso, que se encuentra en disposición de casarse. ¡Los jefes de las sectas siempre cuentan con alguna hija soltera! Podrá elegir... Le lloverán las ofertas...”

De inmediato, en un rincón de la sala, utiliza su teléfono móvil y concreta una cita con Nina, esa nueva pupila traída desde no se sabe donde. Ella se proclama mongola...

“Conoce unas especialidades propias de las asiáticas... Quizás el sábado se escape a Tel Aviv y se entreviste con Terezinha, la mulata”.

Yehuda quiere ahogar en las fuentes lúbricas de las hetairas habituales de los lujosos hoteles costeros o de las barras de Hayarkon, la figura de Sara... Lo persigue sin cesar... Se le aparece constantemente...

“¿Y si llamara a Miriam, la hija del Rebe de Kurst...? ¡Buena e insaciable hembra la pía “aguná”! Podrían pasar un fin de semana inolvidable en Eilat...! Pero tiene unos antojos singulares ¡Pretende unir los placeres relatados por Salomón -le gusta recitar el “Cantar de los Cantares” al oído en los momentos del orgasmo- con sus obligaciones maternales! ¡No quiere separarse de su hijo, ese bastardo! En unos días dedicados al goce la presencia de un niño junto a su madre resulta un inconveniente insoportable! Ya la verá un día de éstos, cuando visite a su padre por algún tema religioso...”

Sara ha quedado definitivamente atrás.

“Espero que mis pasiones no me traigan, una vez más, inconvenientes... ¡Cómo se me ocurrió invitar al delirante Reb Meier...! “El sexo fríe el seso...” Reflexiona el ahora más calmado Reb Katz.

Yehuda trata de alejar el mal momento vivido; debe centrarse en la asamblea, en especial en estos momentos, cuando finalizados los introitos se comenzará a discutir el tema concreto para el cual se han reunido.

Habla, “Rabeñu” Moshe, descendiente del “rabeñu” Guershom de Maintz, el llamado en su tiempo “Maor Hagolá”, según él afirma y la mayoría lo dude; de imposible demostración ambos extremos. ¡Han pasado tantos años y tantos vaivenes de la historia! Guerras, persecuciones, masacres, desaparición de sinagogas y sus archivos en esas zonas de los principados germánicos...

El autoafirmado descendiente del rebe conocido como “Luz de la diáspora”, arremete admonitorio:

“... ¡En Jerusalén gobernarán, por un tiempo, únicamente los alcaldes qué cuenten con nuestro apoyo, los habitantes de la Ciudad Santa realmente observantes! ¡Debemos imponer entonces en nuestra ciudad, para comenzar, el máximo respeto por el sábado! ¡No podemos

demorar un solo día su estricto cumplimiento! ¡Ningún vehículo debe circular por calle alguna de la Capital de la Tierra Prometida!"

El clamor aprobatorio de los presentes, nada acostumbrados a dar voces, demuestra a las claras el ánimo de los reunidos...

El pretendido sucesor del gran Rabino de Maintz, insistiendo - siempre lo hace cuando tiene oportunidad- en reafirmar su prosapia, termina su arenga con un llamado a su propicia audiencia:

"¡... Yo, heredero directo del gran "rabeñu" Guershom, "Maor Hagolá", proclamo el comienzo de nuestro movimiento ¡Debemos reconquistar Jerusalén para quiénes respetamos estrictamente el mandato de Adonai ¡Exijo el apoyo unánime de los presentes! ¡Unánime!

- ¡Unánime! La réplica, a coro, de los grandes rabinos comparecientes enardece a la audiencia... Suena de inmediato la voz de Reb Turniansky, sin dejar continúe Reb Moshe.

- ... ¿Quién se atreverá a discutir el dictamen de los aquí reunidos? ¡Somos los elegidos por El Altísimo para guiar a Su Pueblo hacia La Luz, hacia la conquista del Gran Israel bajo la dirección de El Mesías cuándo Él nos lo envíe! ¡Si, excelsos defensores de Su Mensaje! ¡Nuestros acuerdos deben ser únicos! ¡Unánime! Proclama enardecido el rabino Turniansky. Él es el verdadero organizador del concilio y su repentino entusiasmo se debe, Yehuda no lo duda por un solo instante, para evitar que el oportunista "rabeñu" Mosche de Maintz le quite protagonismo.

Turniansky quien contrató, en nombre del grupo inspirador de la acción, a Yehuda, nunca le dió nombres; él tampoco pretendió conocerlos: los intuía. El promotor del concilio destinado a proclamar el inicio de las santas acciones destinadas a la toma de Jerusalén por las fuerzas ultraortodoxas le hizo unas recomendaciones fundamentales:

- "Reb Katz; elija cuidadosamente a quien invite fuera de la lista de infaltables. No queremos voces demasiados discordantes. Un poco de discusión no vendrá mal pero, finalmente, los acuerdos deben ser unánimes. Nadie se atreverá a disentir con las decisiones de más de cien rabinos, los más excelsos y respetados del mundo. ¡Jerusalén debe ser nuestra!... para comenzar..."

Yehuda experimenta un temblor irrefrenable... "¡Unánime...!"

Recién percibe lo inmenso de su error ¡Invitó a Reb Meier...!

Intenta tranquilizarse...

"¿Acaso el Rebe de Greiding puede discordar con la santidad del sábado?"

Sin embargo su padre, Berale "el maschguíaj", vecino suyo desde la adolescencia, le relató que el joven Reb Meier no vaciló en luchar, con las armas en la mano, durante el asedio de 1948, todos los sábados que duró el asedio...

Yehuda recuerda habérselo preguntado una vez... La respuesta nunca la olvidó. Reb Meier le dijo en aquella oportunidad, con una dulzura incapaz de suponer en un hombre dispuesto a matar:

"Yehudale; por salvar una vida se puede quebrantar el sábado y cualquier otro mandamiento o Ley de la Torá. Lo autoriza expresamente y así lo han ratificado los más grandes exégetas bíblicos. ¿Te parece poco justificación combatir contra quiénes te atacan con el propósito declarado de eliminarte también, a los tuyos y a tus hermanos de fe de la faz del mundo? Sólo he cumplido con el mandato de Las Escrituras".

Por otra parte, considera el joven, Reb Meier tendrá sus ideas particulares sobre diversos temas pero jamás las defenderá alocadamente... ¡Además, no se atreverá a enfrentarse con los máximos dirigentes religiosos del mundo...!

Así razona Yehuda pero no consigue evitar el frío sudor que recorre su nuca por debajo del solideo bordado de las grandes ocasiones.

Los argumentos de Reb Turniansky, definitivamente apoderado del podio, plenos de santa exaltación retumban como si de las trompetas de Josué se trataran:

- "...Simplemente con el crecimiento vegetativo de las familias cuidadosas de la Palabra Divina, tarea a la cuál los varones piadosos nos consagramos de acuerdo a lo ordenado por Dios -"¡Fructificad y multiplicaos" - será suficiente! ¡En unos años tendremos los votos necesarios para elegir "nuestro" alcalde! ¡La Ciudad será gobernada por uno de "los nuestros"! ¡Entonces, en ese momento, Jerusalén merecerá ser santa en nuestros días cómo lo fue en tiempos de Salomón!"

Un estallido de adhesión fervorosa -inesperada en personajes tan calmos y reposados habitualmente- subraya la arenga.

Pero no finaliza sólo en un estruendoso aplauso la aceptación colectiva de los presentes. Consignas de lucha comienzan a oírse, demasiado coordenadas, especialmente dirigidas al sector de la prensa, las juzga Reb Meier; recuerda las asambleas universitarias cuando determinados grupos, previamente organizados, deseaban imponer sus opiniones.

- ¡Las huestes de Adonai tomarán la ciudad cómo lo hizo David con la fortaleza de Sión! Proclama un enjuto y pálido seminarista situado entre el público; ocupa el sector de la sinagoga de costumbre dedicado exclusivamente a la concurrencia femenina pero, dado el magno acontecimiento, ha sido habilitado para un enjambre de estudiantes de las "yeshivot" más extremistas y una multitud de rabinillos recién graduados en esos institutos.

"Debe haberlos elegido Yehuda" Juzgó Reb Meier al observas las fervientes voces que de ellos partían.

- ¡La Halajá regirá sin concesiones en la metrópoli del Templo! Grita enardecido un desencajado joven tirándose alocadamente de los rizos, reafirmando las sospechas del Rebe de Greiding.

- ¡Recuperemos a la morada de los Reyes de las manos de los herejes! clama otro lívido cruzado alzando sus manos al cielo.

Pero un claro bramido da a Reb Meier la clave para comprender exactamente lo que acontece.

- ¡Eliminemos a los impíos de la Ciudad de Adonai!

Decenas de soflamas por el estilo. El arrebato se apodera de todos… Un éxtasis místico llama a la lucha por la conquista ultraortodoxa de Jerusalén.

Reb Turniansky sonríe satisfecho y busca con su mirada a Yehuda a quien felicita con un imperceptible gesto para los demás, pero no para Reb Katz…

- ¿Y cómo se obtendrá la mayoría absoluta en las elecciones venideras, Reb Turniansky? Hoy por hoy los votantes ultraortodoxos representan menos del 30 por ciento del censo electoral de Jerusalén… No veo como podrá lograr el control del Consejo Municipal en tan pocos años, por más que los píos se afanen en sus actividades procreadoras…

La sorpresiva voz disonante produce un repentino silencio. El frenesí de los congregados, ante una circunstancia no prevista, se apaga.

Reb Turniansky observa, desconcertado, a quien se atreve a poner una nota discordante en una orquesta preparada para sonar uniformemente. La pregunta no figura en el guión preestablecido.

"Nada de preguntas inconvenientes, Yehuda… No olvide que habrá periodistas…" La orden impartida no se prestaba a falsas interpretaciones "Y sin embargo…" Sus coléricos ojos encuentran la despavorida mirada de Reb Katz.

- Reb Meier Vlodsky ben Scholem, de Greiding… Aclara el aterrorizado Yehuda, percibiendo la tempestad vecina.

Pero Reb Turniansky conoce apenas a su interlocutor. Lo ha oído mencionar quizás en una sola oportunidad, cuando sostuvo la judeidad de un negro de Chicago convertido. Defendió al "hebrew", a quien el tribunal rabínico negaba su condición. El de color pretendía casarse con una muchacha blanca… "¡Cómo si no tuviéramos suficientes problemas con los etíopes!" Fue entonces la reflexión del poderoso rabino.

Duda, pero finalmente decide responder. "¡Pobre diablo! Sólo busca destacarse ante la prensa… Vendrá bien… Un poco de polémica nos dará unos minutos más de exposición televisiva…"

Al advertir Yehuda la sonrisa de suficiente de Reb Turniansky, un desasosiego profundo -y justificado- se apodera de él.

"¡No se meta Reb Turniansky! ¡Ignórelo! ¡Maldito sea el momento en qué se me ocurrió invitar a ese excéntrico!". Al tiempo que se arrepiente, nota como su camisa se humedece a causa del sudor.

El líder de la asamblea, con un gesto de benévola superioridad, se digna aclarar a su ridículo interlocutor, y de paso a los periodistas, la cuestión.

- No debe preocuparse. Jerusalén será nuestra en pocos años. Un plan simple, sencillo...

Yehuda, ante la inevitable orientación de los acontecimientos, no deja de reprocharse sus debilidades:

"¡Nunca aprendo! ¡Dentro de unos minutos estaré metido en un lío terrible! ¡Mucho peor qué cuándo me pesqué una blenorragia galopante por cepillarme a la hija del Rebe de Volodin, sin preservativo, aquella noche de Pascua! Si bien en aquella oportunidad nadie podía suponer que la niña de tan santo varón fuera una promiscua de mucho cuidado. ¡Cuándo sabré separar los asuntos del sexo de los otros!"

En tanto Reb Turniansky continúa su explicación.

-...La demografía está de nuestro lado. ¡El Altísimo marcha al frente de sus fieles seguidores! ¡Él nos da decenas de hijos...!

-...Ayudado por los avances científicos y la higiene... Sin ellos no sobrevivirían ni tres de cada diez, Reb Turniansky, como sucedía en nuestras aldeas. La aclaración de Reb Meier, si bien sorprende a orador, no le impide continuar. Busca con la vista, una vez más, a Yehuda...

Reb Katz se oculta entre las sombras. Percibe la tormenta.

- ¿Niega usted, Reb Meier, la intervención divina en la concepción de sus criaturas...?

- ¿Ignora usted, acaso, Reb Turniansky, la exactitud de mis afirmaciones? Mi madre tuvo diez hijos de los cuales sólo sobrevivimos dos; mi hermana Jone y yo. Lea, mi esposa, concibió trece, mujeres todas; se encuentran vivas y sanas. ¿No tiene ninguna experiencia parecida...?

El líder de la cruzada se desorienta. No era lo programado...

El Rebe de Greiding, a pesar del silencio generalizado nada favorable a su intervención, continúa:

- ... Sus cálculos, Reb Turniansky, no se ajustan a las matemáticas. Posiblemente, con el tiempo, la población ultraortodoxa de Jerusalén será mayoritaria... pero, en el mejor de los casos, demorará decenas y decenas de años llegar a ello... si se llega... Los laicos... Reb Turniansky se ha ido rehaciendo. Estaba al acecho de poder fulminar a su no previsto interruptor.

- ¿Laicos? Brama el dirigente integrista - ¡Vaya delicado término utiliza para calificar a los heréticos, a esos "goim" qué se llaman a si mismo judíos profanando el término sólo merecido por aquellos qué siguen a Adonai! ¡Esa palabreja en su boca, Reb Meier, habla poco en su favor!

- Pues esos "laicos", rabino, existen le guste o no. No los puede omitir. Tienen derecho a voto. Y "ellos" también tienen hijos, no tantos, lo admito como los matrimonios religiosos, pero no podrán superarlos en decenas de años. Sume a esto las deserciones de los descendientes de las familias ultraortodoxas. ¿Conoce usted las cifras, estimado Reb Turniansky? ¡Más del 25 por ciento el último año! Y sigue en aumento. ¡El siglo está ahí, a la vuelta de la esquina, llamándolos! Y da en el lugar más sensible para los integristas al agregar -Las hijas en especial... Pareciera que las muchachas no soportan más el destino único de convertirse en madres de familias numerosas y amas de casa que les tienen reservado las organizaciones pías...

La ira mal contenida enrojece la faz de Reb Turniansky. Conoce los datos. Demasiados jóvenes abandonan la práctica de la fe, como él y los suyos las consideran correctas. Pero un pensamiento supera a los restantes: "¿A quién se le ha ocurrido invitar a este energúmeno?"

Yehuda, semioculto en un oscuro ángulo del recinto, considera su futuro. De prometedor hasta este desgraciado día, se ha convertido en incierto, al menos...

"¿Cómo pudo suponer qué, halagado por la invitación de participar en tan importante cónclave, Reb Meier se mostraría comedido? Su madre le había informado de la última extravagancia de su vecino; a pesar de la indigencia en que viven los Vlodskys, el Rebe había renunciado a continuar en una Junta Directiva de una entidad benéfica para el sostén de huérfanos de Etiopía por el nimio hecho de qué no le permitían ver las cuentas de la institución... Y perder así una aceptable dieta percibida puntualmente por sólo asistir a una breve reunión mensual y estampar su firma en el libro de actas. De un insensato de tal categoría se puede esperar cualquier cosa..."

Abrumado por la certeza del inevitable desastre, Yehuda no ve solución para su porvenir inmediato... "Quizás adherirse a ese movimiento "Judíos por Cristo" fundado por un colega suyo de seminario... Le va muy bien... Ya tiene una sucursal en Rusia... No le vendría mal un predicador de su talla... Pagan bien y dan un premio por cada nuevo fiel... ¡Ese si se dió cuenta a tiempo qué la profesión de rabino no tenía futuro!.. O quizás crear algo parecido... propio... en los Estados Unidos, por supuesto... Allí hay predisposición para estos inventos..."

Las deducciones de Yehuda resultan acertadas. Reb Meier insiste en agravar sus diferencias con Reb Turniansky -y con los demás asistentes- al puntualizar los evidentes errores de la exposición de jefe de la cruzada redentora.

-...Se deberán consumir centenares de sacos de sal para que, por la vía del crecimiento vegetativo, los beatos alcancen una mayoría natural en la ciudad... No lo veremos ni yo ni usted, Reb Turniansky.

Esa mención resulta insoportable para el aludido... y pierde el control...

"¡Él no se dedica, cómo lo hace, para un día distante, en un tiempo lejano lograr sus metas! ¡Tiene ambiciones personales inmediatas! Será el primer alcalde ultraortodoxo de Jerusalén... ¡Él marcará el comienzo de la reconquista y así quedará reflejado en Los Libros!"...

Sin poder dominarse, cegado por la cólera, Reb Turniansky proclama públicamente los aspectos secretos del proyecto.

-...¡Dios nos guía! ¡Los impíos han comenzado a marcharse de la Ciudad Santa! ¡Jerusalén no constituye ya un lugar adecuado para sus pecaminosas existencias! Y, olvidando por completo la prudencia, pregona sin rodeos teóricos: -¡Nosotros, los observantes del Mandato Divino, colaboramos en ello con todas nuestras fuerzas! ¡Debemos forzar el abandono de los herejes de la Ciudad de David! ¡Arrojemos a los profanos del Templo!

- ¿Cómo, distinguido rabino? La calma voz de Reb Meier interrumpe de raíz el entusiástico bullicio provocado por la enardecida alocución.

Yehuda experimenta sus señales de alerta disparadas ante el peligro:

"¡No aclare nada más Reb Turniansky! ¡Recuerde qué hay periodistas en la sala! ¡Mañana el país entero estará al corriente de sus planes!" Por un fugaz instante se siente tentado a intervenir para impedir el desastre pero su natural instinto de supervivencia lo detiene a tiempo. "No me debo exhibir públicamente como partícipe de la trama pergeñada para expulsar a los no creyentes de Jerusalén en pocos años. ¡Qué cargue Reb Turniansky con el muerto! ¿Acaso no pretende convertirse en el primer Alcalde de Dios en Su Ciudad? Lo único que me interesa es lograr que las llamas del desastre me chamusquen lo menos posible...". Sin remordimientos el sibilino amanuense deja abandonado a su fracasado empleador.

Turniansky con la boca caldeada por el uso ante tan reputado cónclave, y con su evidente aprobación -al menos así lo supone- educado, como los funcionarios de todas las religiones para utilizar la palabra como principal instrumento laboral, no puede renunciar a su empleo en tan señalada oportunidad. Su verbo surge fluidamente.

- ¡Utilizaremos nuestro poder actual, y él futuro en el Consejo Municipal! ¡Ningún alcalde, el actual, ni ningún otro en el porvenir puede, ni podrá, gobernar sin nuestros votos! ¡Obtendremos la interrupción del tránsito rodado en todas las calles desde el viernes al anochecer hasta la finalización del Sábado! ¡No habrá autobuses circulando en el Día de El Señor! ¡Los coches particulares qué se atrevan a desobedecer serán severamente multados o decomisados! ¡Tampoco lo podrán hacer las motos o bicicletas! ¡Cerrarán por estricta orden administrativa los cines, los teatros, las cafeterías, los bares, los lugares de diversión! ¡Los restaurantes no podrán servir comidas en el Séptimo día y las fechas señaladas!...

Una voz, en tono aparentemente inocente, surge entre los alaridos de entusiasmo colectivo.

- ¿También en los hoteles? Reb Meier, una vez más, incordia con sus interrogantes.

Se produce un espeso silencio.

Yehuda, convencido definitivamente de su inminente e ignominioso despido, saca sus conclusiones:

"¡No permitiré, de aquí en adelante, qué mis pasiones enturbien mi mollera! ¡Maldita sea esa apetitosa ínfula! ¡Ha provocado mi ruina!"

Una espantada exclamación surge de uno de los presentes.

- ¿Los restaurantes y bares de los hoteles cerrar los sábados? ¡Jamás! ¿Pretende usted, Reb Turniansky, echar a los turistas de Jerusalén?

Evidentemente el celo ortodoxo del aterrado interviniente está moderado por sus intereses en la industria más importante de la ciudad; el turismo.

Para sosegar a los alarmados el rabino Yosef Martin -Martinsky se llamaba su abuelo al llegar a Nueva York-, socio de una activa compañía de "tours" religiosos a Jerusalén y otros lugares santos -los hay por centenares en el pequeño país-, interviene calmamente:

- ¡Tranquilícense estimados señores! Dar de comer a los invitados a nuestra casa -¿qué otra cosa es un albergue? -en sábado representa una buena acción grata a los ojos de El Señor.

La paz se reinstala en la concurrencia, menos en una persona; Yehuda Katz. Él sabe que...

-... Tiene usted absoluta razón, estimado colega... -Por supuesto es Reb Meier quien interviene- brindar alimentos a una persona, especialmente en Shabat, sentarlo a nuestra mesa constituye una "mitzvá", pero no cobrando, distinguidos señores. Representa una buena acción si lo hacemos gratuitamente... no creo que los restaurantes y bares de los hoteles no reciban el pago correspondiente a las consumiciones de sus clientes.

Un frío silencio se apodera de los presentes. Se asemeja, por lo gélido, al rocío de los inviernos jerosolimitanos. Enmudecen. Nadie venía dispuesto a presenciar una disputa exegética. Concurrían con la orden expresa de suscribir lo que se propusiera desde la tribuna por boca de sus jefes.

Reb Jaim Vlodsky de Kurst, el lejano, distanciado y enfurecido pariente de Reb Meier, que al notar su presencia determinó ignorarlo totalmente, no puede, sin embargo, resistir la oportunidad de humillar públicamente al responsable de la perdición de su hija Miriam.

Con tono hiriente, despreciativo y ofensivo, sin mirarlo siquiera, manifiesta:

- Se advierte que entre los asistentes a esta reunión, a la cual ni siquiera debió ser invitado por sus conocidos y repudiables antecedentes, hay un "personajillo" que pretende

conocer el espíritu de los Textos mejor que los grandes maestros aquí convocados. Este maléfico individuo utiliza el título de Rebe de Greiding. Seguramente su padre, de saber el desgraciado camino emprendido por su sucesor, lo hubiera desheredado. Este pretendido maestro une a su perversa ignorancia, el desconocimiento absoluto de las prácticas hosteleras. Para información de ese palurdo, los hoteles no tienen necesidad de cobrar en el acto las consumiciones de sus huéspedes; cargan esos importes a las facturas correspondientes. Se abonan luego, en días comunes, nunca en sábado. ¡Si jamás ha salido de Mea Sharim! ¿Cómo se puede conocer el resto del mundo y las prácticas habituales en un alojamiento?.

Reb Jaim sonríe con gesto cómplice a los jerarcas de los clanes. Estos asienten pero verdaderamente no se muestran muy convencidos.

Menos lo está Yehuda. No deberían entrar en el juego dialéctico con Reb Meier...

Éste percibe que ha llegado el momento definitivo de poner las cosas en claro. Si las circunstancias le dan la oportunidad de enfrentarse con los pretendidos dueños de La Palabra, debe poner en evidencia su hipocresía.

Si hasta el momento ha efectuado sus intervenciones sentado, ahora se pone de pie. Desea que los presentes lo observen y sepan quien habla. Lo hace pausadamente. No quiere falsas interpretaciones. Contempla a la concurrencia. Una vez percibido haberse convertido en el centro de atención, comienza:

- Se nos plantea una vez más, maestros de La Ley, estudiantes que mañana deberéis guiar a nuestros hermanos de credo el dilema fundamental: ¿Qué es lo esencial en la Ética de la Torá, en Los Mandamientos, en La Ley contenida en La Biblia? ¿Su cumplimiento simplemente formal o la real intención qué inspiran los actos de cada persona? ¿Qué es lo vital en la observancia de las "mitzvot"? ¿Ser o parecer ser? En el caso concreto del Sábado. ¿Cumplir con exactitud exterior el precepto de la observancia del Día Consagrado, mientras en el interior se espera impacientemente acabe de una buena vez, o aceptarlo con alegría, regocijo y limpieza de espíritu? ¿Resulta suficiente para ustedes, grandes rabinos, jefes de las más destacadas organizaciones religiosas del mundo, la ficción de no cobrar en efectivo los servicios de un hotel en sábado y cargarlos en sus cuentas? ¿Basta con qué las comidas sean proporcionadas por camareros, muchos de ellos judíos a quiénes se ha hecho firmar de antemano qué trabajaran en Shabat y Días de Guardar, violando conscientemente el precepto qué dice expresamente: "... mas el día séptimo, es día de sábado, consagrado al Señor tu Dios; no hagas obra alguna tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu bestia, ni tu extranjero que habita dentro de tus puertas..."? Doctos señores; he aquí, concretamente, la disyuntiva eterna: ¿Ser o parecer? ¿El respeto formal o la devoción interior? Reb Meier de Greiding se sienta.

Yehuda lo sabía de antemano: Las palabras de su vecino siempre resultan inoportunas; ha hecho, una vez más, justicia a su fama de aguafiestas, de intratable. Y él lo ha invitado...

Un secuaz del Rebe de Gur, inducido por su jefe, grita inflamado de santo ardor para evitar se discuta el tema.

- ¿Quién eres tú, sacrílego, para defender el sábado cuándo violas todos Sus Preceptos?

Un furioso jasid, perteneciente a los lubavitcher, ante un gesto de su guía, brama.

- ¡Vuelve al seminario, ignorante, si existe alguno capaz de aceptarte, hereje!

Los jerarcas, sin necesidad de manifestarse públicamente, evitan así el riesgo de una polémica con el Rebe de Greiding azuzan a sus subalternos para la faena de acoso al descarriado rabí.

La gritería, los insultos indiscriminados reemplazan a la dialéctica de uso en los seminarios y centros de estudios. Al mostrenco no le quedará otra alternativa que la huida.

Pero quien no participa en el plan, pues lo ofusca la ira sumada a la soberbia ofendida, es Reb Turniansky.

- ¡Basta de digresiones santurronas! Grita colérico superando a las airadas voces de la asistencia.

"¡No, no diga una sola palabra!" Pero Yehuda reprime su intención de evitar la caída definitiva de su jefe. Sabe, por experiencia, que un hombre prisionero de sus pasiones no acepta prevenciones de nadie; la ciega furia de sus instintos incontrolados lo conduce hacia el desastre.

Reb Turniansky cae en la trampa del arrebato:

-... ¡No estamos en una institución de enseñanza! ¡Nos hemos reunido para proclamar el inicio de la reconquista de la Ciudad de David!...

Mientras el aspirante a redentor de Jerusalén vocifera, Yehuda, recobrada totalmente la calma, recapacita sobre sus actividades futuras; su carrera de brillante ejecutivo religioso puede darse por acabada.

Los gritos mitineros del líder fundamentalista prosiguen:

-... ¡Debemos arrojar de la Ciudad del Templo a la calaña atea! ¡Nadie qué no obedezca nuestras ordenanzas sobre el respeto a la religión, debe tener el privilegio de ser un habitante de "nuestra" ciudad! ¡Reconquistaremos el monte! ¡Sión será nuestro!

En un breve instante de calma, al aquietarse los gritos de los fanáticos seguidores por un fugaz segundo, una voz surge con un inoportuno llamado a la reflexión:

- ¿No debemos preguntarnos qué acontecerá si se alejan de Jerusalén a quiénes realizan actividades productivas, comerciales o ejercen sus profesiones? ¿Cómo sobrevivirá la ciudad en la práctica? Si los no observantes no pagaran impuestos, ya que se habrán marchado a otras poblaciones, y los religiosos no abonan por decreto ni un shekel al erario público, supongo tampoco contribuirán en los días siguientes a la toma del Monte ¿cuáles serán los

fondos municipales? ¿Cómo se solventará el presupuesto y, en especial, las subvenciones a los institutos religiosos?

Un preocupado silencio colectivo constituye la respuesta de los presentes. Nadie había considerado el tema desde ese punto de vista.

Pero ante el cariz que adquiere el asunto, uno de los grandes líderes del movimiento ultraortodoxo, el Rebe de Telem, acude en ayuda del atribulado líder y, a la vez, trata de tranquilizar a las huestes, quienes ante la posible falta de subsidios, ven peligrar su diario sustento.

- ¡El gobierno nacional deberá proveer! ¡Sin nuestros votos en la Kneset no podrá gobernar ningún partido en el país! ¡Además nos manifestaremos, publicaremos solicitadas en los periódicos norteamericanos! ¡Condenaremos a quiénes nos nieguen el dinero necesario para sostenernos! ¡Los consideraremos ateos ante el mundo! ¡Nos temen! ¡Nos necesitan, tanto los de izquierda cómo los de derecha! ¡Regatearan pero finalmente aflojarán la bolsa! ¡Calma! ¡Nadie tocará a nuestras instituciones, ni perjudicará a sus miembros!

Reb Meier, con perfecta conciencia de los efectos de su actitud, no acalla la voz de sus principios y proclama:

- ¡Hijos del Pacto! ¡Pueblo de Dios! ¡Ved en qué se han convertido tus rabinos! ¡En pordioseros! ¡En extorsionadores! ¡Ya no les alcanza lo determinado en La Ley para su manutención! ¡Quieren más y más! ¡Prefieren ser holgazanes! ¡Y si los zánganos de acuerdo a la ley natural, a la ley de Las Escrituras tienen una corta vida pues son unos inútiles, aquí se pretende justificarlos! ¡No se detienen ante nada! ¡Pretenden echar de Jerusalén a sus propios hermanos, tratándolos peor qué a extraños! ¡Olvidan el mandato que ordena respetar a todos! "¡Por qué extranjero fuiste en tierra de Egipto!"... Con acento admonitorio, propio de Los Profetas bíblicos, los condena- ¡Si a estos extremos de fanatismo, de transgresión de Su Mensaje han sido llevados por las horas consagradas al estudio de Los Textos guiados por sus jefes, ninguno de ustedes debería acercarse, jamás, a Las Escrituras! ¡Incluidos los "rebes" respetados ciegamente!

La poderosa voz, digna de un profeta, imposible de creer se origine en tan menguado cuerpo se acalla. El temor se apodera de los supersticiosos presentes salvo en aquellos quienes fomentan el fetichismo de sus seguidores. Entre ellos se cuenta Reb Jaim Vlodsky de Kurst; su furor, el odio a su pariente sobrepasa su prudencia.

- ¿Quién eres espurio rabino, mísero individuo para amonestarnos! Y alzando sus brazos hacia lo alto, a semejanza de las imágenes de los sacerdotes implorando la protección Divina, proclama. -¡Nosotros somos los guardianes de la fe, los guías de Tu Pueblo, los únicos intérpretes del Verbo! ¡Los herederos de los "cohanim" bíblicos!

Reb Meier incapaz de soportar esas afirmaciones, -las considera falsas y negativas- lo increpa.

- ¿Eres capaz, Reb Jaim, descendiente cómo yo de Reb Scholem de Greiding "el milagroso", fundador de la escuela de pensamiento más avanzada de su época, qué Dios te ha conferido su sacerdocio? Los fieles, simplemente, te han otorgado el permiso de enseñar La Ley. ¿Presumes, cómo lo hacen otros de tus colegas, de comunicarte directamente con El Señor? ¿Olvidas qué nuestra fe carece y prohíbe los intermediarios entre Dios y el género humano? ¡Todos, hombres, mujeres, rabinos, predicadores, todos, sin excepciones, somos criaturas iguales ante Los mandamientos y La Ley...!

Un incómodo mutismo se apodera de los presentes. Desde el último amanuense hasta el primero de los jerarcas, saben perfectamente que las ideas y los principios expuestos por Reb Meier se ajustan por completo al texto y al espíritu de Las Escrituras. Pero aceptarlas, lisa y llanamente supone el detrimento de su poder y el menoscabo de sus facultades, consideradas por sus seguidores -y por ellos fomentado- como mágicas en más de una oportunidad.

Pero antes que alguno reaccione, el Rebe de Greiding continúa:

- Espero, lo deseo con todas mis fuerzas, que nunca llegue el día en que ustedes sean capaces de gobernar Jerusalén... ¡O este país! ¡Prefiero no verlo...!

Reb Turniansky estalla. Ya no se trata únicamente de la ira. Se le agrega la frustración de sus proyectos, el resentimiento hacia quien ha liquidado sus ambiciones, el fracaso de su proyecto personal. Aunque el plan de conquista proseguirá, él ya no contará para sus inspiradores. Nadie le perdonará este fracaso.

- ¡Jerusalén será nuestra! ¡Antes qué después! ¡Si es necesario recurriremos a los votos de los árabes! ¡Sus imanes también quieren una ciudad libre de pecado! ¡Lo intentó en los años 20 el santo Jacobo de Haan! ¡Lo evitaron sus asesinos! ¡Ellos, los ateos impidieron entonces el triunfo de las huestes de Dios! ¡Pero no lo lograron hoy! ¡La Ciudad Santa y todo el Gran Israel, con la llegada de El Mesías, será gobernada por nosotros a quiénes está confiado el cuidado de la Fe...! Y alzando sus brazos y su mirada al cielo, clama -¡El Señor, Rey de la Tierra y de los Cielos, está con nosotros!

Ante ciertos mínimos gestos de los jefes de los clanes, pero perceptibles para sus seguidores, el eco en la concurrencia es ínfimo. Solo algunos enfervorizados y despistados participantes gritan y aplauden.

A los jerarcas las menciones de Reb Turniansky frente a la prensa no le parecen las más oportunas.

"Reb Turniansky está acabado... y yo también..." Las reflexiones de Yehuda no se hallan desencaminadas; él lo sabe. "¡Maldito seas Reb Meier! ¡Espero me haya servido de lección para el resto de mi vida!"

En tanto el Rebe de Greiding se cala el sombrero y se encamina hacia la salida; antes de pasar la puerta se da la vuelta; observa a los presentes con una mirada llena de significación (él también gusta de la teatralidad en ciertas circunstancias; esta es una de ellas) y sentencia:

- Yo, Reb Meier ben Scholem Vlodsky, el único descendiente directo del primer rebe de Greiding, el reconocido como sabio entre los sabios, les advierto: ¡El pecado qué proyectan no les será perdonado! ¡Pero no por Dios, sino por los hombres de esta Tierra! ¡Están quebrantando la solidaridad entre nosotros, los Hijos del Pacto! Ese ha sido el secreto de la supervivencia del pueblo hebreo! ¡Conspirar contra el país qué les da cobijo, los mantiene y los defiende a pesar de eludir la participación en las fuerzas defensoras de todos sus habitantes, sólo puede ser considerada una traición propia de renegados! ¡Si Dios existe, qué nos proteja de ustedes!

Reb Meier, sin esperar nada más, sale.

Reb Turniansky realiza un último intento. No acepta su triste final.

- ¡Adelante! ¡Las palabras de un pobre demente no pueden detenernos...!

Ya advertidos de su estrepitosa caída en desgracia, los presentes callan.

Yehuda Katz, atento a los hechos, sube al podio y dice.

- ¡Hermanos! ¡La reunión se suspende hasta una nueva oportunidad! ¡La paz sea con vosotros!

Una cierta desazón hace presa de asistentes; comienzan a reunirse en torno a sus respectivos líderes.

"¡Quizás este último gesto me salve y pueda mantener mi puesto!" Yehuda considera la posibilidad de...

- ¿Quién habrá sido el imbécil a quién se le ocurrió invitar a ese necio? Pregunta, preso de santa indignación, el poderoso representante de los de Satmar.

"... ir buscándome otro trabajo. En cuanto averigüen... ¡Lilit me debió inducir con su maldad! Estoy acabado..." termina su introspección con un resultado realista y negativo.

- Deberíamos tomar las medidas adecuadas para que a un individuo de la calaña de ese Meier no se le permita autoproclamarse rabino. Reb Jaim de Kurst lo propone al reducido cónclave de los más influyentes, reunido para sacar las primeras consecuencias del fallido acto.

- No deje que la sed de venganza lo ciegue, Reb Jaim. Las palabras provienen del astuto delegado de los lubavitcher. -No irritemos a los mansos. ¿De qué nos sirve ahora, justo en este momento, provocar una disputa que no se podrá evitar? ¡Dejemos las rencillas de familia para mejor oportunidad!

La opinión de Reb Motik de Savión complementa el parecer del taimado lubavitcher (quizás represente un oculto sentimiento de gratitud del ascendente líder hacia su antiguo maestro. Quiere protegerlo del anatema que sería proclamado públicamente).

- Dejémoslo en paz... Qué nadie recuerde siquiera su existencia. Decretemos su exclusión práctica sin necesidad de pregonarlo. No falta demasiado para que Dios, o Satán, lo llame a su lado. Cuando muera ni siquiera tendrá quien diga “cadish” por él. Nadie se acordará de él. ¡Olvidémoslo!

El concilio asiente con gestos aprobatorios. Las palabras sobran. Ya se han dicho demasiadas esa jornada.

Reb Meier desciende por la empinada callejuela que lo conduce al soterrado rincón de Mea Sharim donde habita.

Con un extraño sentimiento, mezcla de cariño, de pertenencia y -¿por qué no?- de un respeto reverencial atávico, de raíces mágicas por la ciudad del Muro de las Lamentaciones, a pesar de negar su santidad -”los judíos carecen de imágenes o lugares santos concretos”, gusta afirmar-, observa la dorada silueta de Jerusalén a la que tanto ama.

Le consta; a partir de este día está condenado al ostracismo. Nadie le dirigirá la palabra ni querrán tratar con él. Vagará por las calles de Mea Sharim, o por las de cualquier otra población ultraortodoxa, sin que nadie lo vea. No se animaran a excomulgarlo -los jerarcas saben que un debate no les conviene- pero aplicarán la ley del silencio; será obedecida sin excepciones por los seguidores de los Rebes.

Nunca le perdonarán haber criticado sus planes a la luz de Las Escrituras, las mismas que pretenden avalen sus tortuosas acciones los espurios jerarcas, los autoproclamados dueños absolutos de la fe mosaica oficial.

Lo ignorarán hasta que enmudezca para siempre.

Le consta.

Durante un viaje a Nueva York efectué una visita a Borough Park, una barriada sita en el corazón de Brooklyn.

El que fuera distinguido vecindario de judíos de buena posición económica, había transformado su carácter con el paso de los años. Si bien no había perdido los perfiles hebraicos de sus habitantes, los actuales vecinos pertenecían a familias numerosas de jasidim de diversas sectas deseosos de vivir en comunidad y a distancias posibles de cubrir, sin fatigas, a pie desde sus domicilios a “su” sinagoga. En ella “su” Rebe les impartía sus enseñanzas y los hacía depositarios de sus pensamientos.

Los respectivos seguidores, al igual que sus congéneres de Mea Sharim, lucían sus negras vestiduras de los ghettos europeos de siglos ya pasados. No habían salido de ellos a pesar de habitar ahora en los Estados Unidos, Israel u otros rincones del mundo actual.

Fue un domingo de primavera. Recorrí la 13th. Avenue entre una multitud compuesta por infinitas parejas beatas con su abundante progenie que, sumados a las simplemente ortodoxas, menos profusas en cuanto a vástagos constituían, de por sí, una buena base numérica para la muchedumbre.

A ellos se debían agregar los miembros de las congregaciones reformistas y conservadoras. Se los reconocía fácilmente. Lucían sus inconfundibles aspectos de ejecutivos o profesionales en ropas de domingo; vaqueros, camisetas, zapatillas deportivas... Pretendían liberarse de sus uniformes de trabajo, esos trajes de quinientos dólares, zapatos de doscientos, camisas de fino popelín con la correspondiente corbata a tono, reloj de marca, atuendo obligatorio en sus despachos o consultas.

El ágora se completaba con los nuevos inmigrantes, hebreos de la ex Unión Soviética, recién llegados a "la América".

Por supuesto no faltaban los fisgones, los turistas del extranjero y los visitantes de otros estados de la Unión, deseosos de contemplar el abigarrado espectáculo del mercadillo donde se podía adquirir desde un buen arenque importado del báltico a una menorá de plata, última novedad de un famoso rabino-orfebre de Chicago renombrado por sus diseños. Una "buena" casa "debía" lucir una obra del artista "de moda".

Los paseantes regateaban, compraban o simplemente curioseaban.

La mezcla de inglés, idisch y ruso componían una singular banda de sonido adecuadamente sincronizada con la imagen.

Recordé las viejas escenas descriptas en las páginas de "Judíos sin dinero", leídas durante mi adolescencia; los mercadillos de Manhattan Lower East Side de comienzos de siglo, retratados por Michael Gold, no diferían demasiado -al menos yo así lo suponía- de éstos de finales de centuria en Borough Park.

Me alejé de la procesión; seguí las indicaciones de un anciano y hallé el cementerio de la barriada.

Allí, guiado por las notas de un funcionario, encontré la tumba de Reb Meier ben Scholem Vlodsky, Rebe de Greiding, como se leía en la inscripción cincelada en la sencilla lápida.

Permanecí en silencio rindiendo mi homenaje a un hombre, a un maestro excepcional que, como acontece usualmente, fue ignorado y silenciado por sus colegas.

Dejé una piedra sobre la losa, testimonio de mi visita.

Su hija Sara, la menor de sus trece retoños únicamente femeninos, casada felizmente con el próspero Reb Mendl Liberman, actual Rebe de Nueva York conocido anteriormente como "Rebe de Greiding", me relató los días finales de su padre; Lea, la esposa de Reb Meier, alojada

en una residencia para ancianos de La Florida -el clima de Nueva York le resultaba insoportable- no pudo hacerlo; quizás su versión hubiese diferido…

Fueron, al estilo bíblico, “días terribles” para el viejo maestro.

Las dudas lo asolaban sin darle respiro durante sus últimas jornadas.

Consideraba nefastos los resultados de sus consejos, dados los resultados.

Insistía en algunos ejemplos concretos:

Miriam, la hija del Rebe de Kurst, su distante familiar, se había convertido en una mujer promiscua, para no calificarla más severamente, muy popular en Bnei Brak y alrededores.

Moisés Bensimón, liberado de los acosos de su conciencia, vivía “a tope” sin privarse de ningún placer terrenal, en especial los carnales. También él gozaba de una merecida notoriedad en Tel Aviv.

Samuel Kot, el ex rabino lubavitcher, había fundado su particular secta judeo-cristiana que se propagaba con rápido éxito el continente americano. Simultáneamente a sus felices resultados de nuevo credo, las cuentas bancarias del predicador de la buena nueva, aumentaban.

Motik, “el Rebe de Savión”, había sido elegido diputado y pensaba en formar su propio partido neo-religioso.

Yehuda Katz, encontró solución a sus problemas al casarse con la rica heredera de una poderosa familia canadiense.

El Rebe de Satmar, cuya secta se mantenía prósperamente gracias a las generosas contribuciones de la millonaria dinastía, -sus donaciones representaban la principal fuente de sus ingresos- perdonó sin demoras a Yehuda.

Además lo llevó a su lado en un cargo de relevancia.

Y si todo ello fuera poco, él mismo, el Rebe de Greiding, había aceptado trasladarse a Nueva York.

Evidentemente “Wall Street” no era el Muro de Las Lamentaciones…

Lejos de su amado Jerusalén, abrumado por las incertidumbres, no luchó demasiado por evitar recorrer la senda final.

Murió una noche de invierno mientras dormía, atenazado por las pesadillas. Así acabó sus días el último Rebe de Greiding.

Durante una de nuestras entrevistas le pregunté:

- Reb Meier, usted siempre insiste en el concepto de que la Ética es el núcleo central, el fundamento básico del judaísmo.

- Si lo es. El Profeta Amós lo afirma y yo también...

Insistí, necesitaba saber más:

- Pero la Ética puede tener variadas interpretaciones, según quién la defina.

El maestro respondió rotundamente.

- Para Las Escrituras sólo tiene una. Desde "Génesis", pasando por "Éxodo", "Levítico", "Deuteronomio" o "Salmos", el concepto mosaico de la Ética no resulta complicada para quienes deseen observar sus principios.

Seguidamente se sumió en sus pensamientos. Buscaba una explicación sencilla para una persona como yo que, evidentemente, no frecuentaba Los Textos.

- La Ética contenida en la Torá no requiere interpretaciones complejas para ser comprendida y respetada como guía de la conducta humana. Tiene un carácter eminentemente social; está destinada a preservar la vida, a lograr la armonía entre los hombres, a reguardar la existencia de la sociedad. Lo repite una vez y otra: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo..." "No dañar al otro, no hacer daño al débil..." Ya lo dijo Hillel, "el viejo"; "Lo que es aborrecible para ti no lo desees para tu vecino. Esto es la entera Torá, todo el resto es comentario..."

Había oído esas palabras de boca de mi abuelo, de mis tíos, de mi padre pero en ese instante, al menos así me pareció, adquirieron su real dimensión; la armoniosa relación de los seres humanos entre ellos constituía la entera base de la ética hebrea.

Me queda otro gran interrogante:

- Reb Meier... ¿Qué significa "ser judío"?

Su respuesta, dicha con ese acento mezcla de la ironía, el dolor, la autocompasión, sabiduría y el escepticismo propio de los borrados ghettos de la Europa de preguerra resumió, en pocas palabras, la historia vivida por su pueblo durante los últimos dos mil años:

- No ser el "otro"; el prójimo para los "otros". Pero nuestra situación no constituye nada excepcional; la padecen muchos individuos, etnias, pueblos, nacionalidades. No debes preocuparte demasiado... Si bien venero y enseño La Ética de la Torá, no creo que el género humano en general, nuestros correligionarios incluidos, la respeten mucho... ni poco. Resulta difícil hallar alguien que cumpla los requisitos para ser considerado "una persona" ("a mentch" en idisch, idioma en el cual ese particular vocablo tiene un significado mayor y especial). Pocos seres son dignos de tal definición en el sentido íntegro del concepto. Esto no rige únicamente para nosotros. En Los Textos está explícitamente dicho que El Pacto de Dios fue con "... todo ser viviente que está con vosotros, por los siglos perpetuos." Eso dijo El Creador a Noé y lo certificó

con “su arco” como prueba del Pacto entre Él y el género humano después del Diluvio. No lo digo yo, un simple maestro; lo afirman Las Escrituras.

Reb Meier acabó estas reflexiones, que nunca olvidaré, con una expresión de trágico asombro.

- La mayor paradoja de la Historia resulta del hecho que la Ética, la Moral, avaladas por las leyendas y las crónicas de un pequeño pueblo, los hebreos, que solía habitar una reducida y pobre franja de tierra entre el Mediterráneo y el valle del Jordán, se hubiera perdido con el paso de los siglos, como tantos otros legados, de no ser por la acción de los peores enemigos de los judíos. Lo que comenzó como una disidencia, una secta del monoteísmo hebreo, difundió La Biblia y la convirtió en patrimonio de la humanidad. Al mismo tiempo inventaron el antisemitismo para justificar su supremacía religiosa ante un mismo Dios...

Sus palabras están grabadas en mí como un sello que marca indeleblemente, un material predispuesto a recibir la impronta.

¿Cuáles fueron las razones qué persuadieron a Reb Meier de Greiding a qué abandonara la Ciudad de David y se trasladara a Nueva York?...

Esa es otra historia.